BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM
CONVENTUS
CIVIT. BENITIÆ
Lit. 242
Pl. D

EL

EVANGELIO MEDITADO.

XI.

PARÍS, IMPRENTA DE MOQUET Y COMP.ª,
Calle de la Harpe, 90.

EL

EVANGELIO MEDITADO

Ó

MEDITACIONES

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

COMPUESTAS EN FRANCES

POR

EL ABATE DUQUESNE.

Nueva Edicion

revista y notablemente enmendada.

TOMO UNDÉCIMO.

MADRID,

EN LA LIBRERIA DE RAZOLA.

PARIS,

LECOINTE, QUAI DES AUGUSTINS, 49.

—

1837

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/elevangeliomedit0000elab_a0g1

EL

EVANGELIO MEDITADO.

MEDITACION CCCI.

JESUS VA AL HUERTO DE LAS OLIVAS : PREVIENE SUS APÓSTOLES CONTRA EL ESCANDALO DE SU PASION POR MEDIO DE LAS PREDICCIONES QUE LES HACE.

S. Mat., c. XXVI, v. XXX, XXXV.—S. Luc., c. XXII, v. XXXI, XXXIV.—S. Marc., c XIV, v. XXV, XXXI.

Primero. Prediccion hecha á todos los Apóstoles en general. Segundo. Prediccion hecha á San Pedro en particular. Tercero. Engaño de San Pedro, y de los demas Apóstoles, sobre estas predicciones.

PUNTO PRIMERO.

Prediccion hecha á todos los Apóstoles en general.

Esta Meditacion es una preparacion á las siguientes sobre la Pasion. Las humillaciones, á que Jesucristo se ha sujetado, son tan excesivas, que nos-

3809

otros mismos, que somos Cristianos, no debemos meditarlas, sin estar bien zanjados, y consolidados en la fe de su divinidad: sin esto, se podia temer, que nos ocasionasen una especie de escándalo, dejándonos una idea de bajeza, de debilidad, y de impotencia de Jesucristo, mientras debemos mirarlo, en este estado mismo de humillacion, como la fuerza, y la sabiduría de Dios. A esto puntualmente nos prepara el discurso, que tiene él con sus Apóstoles, antes de llegar al primer teatro de sus dolores, y de sus humillaciones.

Primero. *Jesus les predice su caida.* — « Y dicho el Himno, salieron al Monte de las olivas... » Despues del tierno discurso de Jesucristo á sus Apóstoles, y de la sublime oracion, que habia hecho por ellos, y por nosotros, rezó con ellos el cántico de accion de gracias, que se usaba despues de haber comido. Luego se retiró, ó á lo menos se dispuso á retirarse sobre el Monte de las olivas; porque segun algunos, lo que se dice aquí, sucedió aun en la casa, y segun otros en el camino. Sea como fuese. » Entonces les dijo Jesus; todos vosotros padecereis escandalo en mí, en esta noche... » Esto es; vosotros caereis en el temor, en la desconfianza, y en la infidelidad; ya no sabreis, qué cosa debais pensar de mí, y todo lo que os he dicho de mi Padre, de mi Reino, de los puestos, que os destino, todo desvanecerá de vuestro espíritu, por la consternacion en que me vereis. Ninguna cosa habia mas distante, en este mismo momento, del pensamiento de los

Apóstoles, que una tal perfidia : el término ciertamente no estaba lejos, y es menester decir, que Jesucristo conocia lo por venir tan perfectamente como lo presente, para hablar de este modo.

Segundo. *Jesus confirma su prediccion, con el testimonio de un Profeta.* — « Porque está escrito * heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño.... » ¿No estan aquí bien anunciados Jesucristo, y sus Apóstoles? Las profecías frecuentemente citadas por el Salvador mismo, y tan fielmente cumplidas en él, y en los suyos, fueron en adelante para los Apóstoles, y serán siempre para los fieles un grande motivo de consolacion, y un sólido fundamento de la fe Cristiana, contra los Judíos, y contra los impíos. No hay otro, que haya podido decir tan largo tiempo antes, y por tantas bocas diferentes, tantos sucesos diversos, como se hallan reunidos, y cumplidos en la promesa de nuestro Divino Redentor. Esta es una reflexion, que debemos hacer frecuentemente.

Tercero. *Jesus endulza la amargura de su prediccion, con la certidumbre de su Resurreccion.* — « Pero despues que resucite, os iré delante á la Galilea... » Esta palabra era de mucha consideracion, y habria debido hacer sobre los corazones de los Apóstoles una impresion indeleble. Pero si la olvidaron, como todo lo demas, sirvió á lo menos á su tiempo, para hacerles volver en sí del exceso de su consternacion,

* Zach., c XIII, v. VII.

y para volverlos á llamar á la fe. La Galilea era su patria, allí los habia recogido Jesus; y de allí los habia conducido á Jerusalen, y en este último viage, lo habian seguido con una extrema repugnancia, por el temor de dejar allí la vida *. Y ¡o cuáles debieron ser sus sentimientos, cuando vieron á su Maestro preso, y llevado á la muerte! Entonces sin duda se hallaron perdidos, sin esperanza de salir ya mas de la Judea, ni de volver á ver jamas la Galilea su amada patria. Debiendo este nombre de Galilea presentarse con frecuencia á su espíritu, se sirvió, sin duda, Jesucristo de él, para traerles así á la memoria su promesa. ¡Qué atencion, por parte del Salvador; qué bondad, qué misericordia; pero al mismo tiempo, qué grandeza, qué poder!

PUNTO II.

Prediccion hecha á San Pedro en particular.

Primero. *Jesus le declara lo que el demonio ha hecho contra ellos.* — « Dijo mas el Señor, Simon, Simon, mira, que Satanas os ha pedido para crivaros como trigo. » Esto es justamente lo que hizo Satanas con el Santo Job, que en sus dolores, y en la larga felicidad, que se le siguió, era la figura de Jesucristo paciente, muerto, y resucitado. Job ignoraba, lo que Satanas habia obtenido contra él, pero el Hijo de Dios era perfectamente sabidor de todas las ope-

* S. Juan, c. XI, v. VIII, XVI.

raciones de este espíritu de las tinieblas, y de cuanto se le habia concedido. Sabia, que ya uno de sus discipulos le habia abierto la entrada de su corazon, y que él habia tomado posesion de él; sabia la extension del poder, que debia excitar sobre el Pastor, y sobre las ovejas: y la declaracion, que aquí hace Jesus á San Pedro, demuestra bien, que nada le estaba oculto, ni en el Cielo, ni en la tierra, ni en el corazon de los hombres, ni en la voluntad de los Angeles, ni en lo pasado, ni en lo presente, ni en lo futuro. Despues de haber reconocido esta verdad, y rendido nuestros homenages, á nuestro Divino Salvador, admiremos tambien la impotencia del demonio nuestro enemigo, el cual por sí mismo nada puede contra los siervos de Dios, y cuando se trata de una prueba extraordinaria, debe obtener para ella, una expresa permision, y esta jamas se le da entera, é ilimitada, poniéndole Dios los límites, que conviene para sus designios, y para nuestra santificacion. De hecho, si en la presente ocasion ha podido Satanas llevar su furor hasta hacer morir á Jesucristo, no ha podido obtener contra los Apóstoles otra potestad, que para consternarlos, y esparcirlos, crivádoplos como se criva el trigo. Reconozcamos finalmente, que cuando seamos fieles, y recurramos á la oracion, todos los esfuerzos del demonio no producirán sobre nosotros otro efecto, que el que produce sobre el trigo la agitacion de la criva, que es poner el grano mas puro, separándolo de toda la inmundicia.

Segundo. *Jesus declara á Pedro lo que ha hecho á su favor.* — « Pero yo he rogado por tí para que no falte tu fe ; y tú una vez convertido confirma á tus hermanos. » Oracion poderosa que ha triunfado siempre de todos los esfuerzos de Satanas. Oracion y mandamiento eficaz, cuyo efecto dura hasta nuestros dias, y durará hasta la fin del mundo. No ha faltado jamas la fe de Pedro ; su Silla subsistirá hasta la fin de los siglos, y será siempre el oráculo de la verdad, y el centro de la unidad. El que en ella se sentará, tendrá siempre en virtud de esta palabra, y de derecho divino, la preeminencia, el primado sobre todas las otras sillas, y la jurisdiccion sobre la Iglesia Universal. A él tocará velar sobre todo el rebaño, para mantener en él la unidad de la fe, la pureza de la moral, y la uniformidad de la disciplina. Esto es lo que nosotros vemos con nuestros ojos. Jesus nos enseña á quien seamos deudores de esto. ¿Pero quién es el que así nos habla estando ya casi al punto de morir, y cuyas palabras todas se verifican contra toda humana apariencia por el curso de tantos siglos? ¿Quén ha de ser sino el Hijo único de Dios vivo : el Señor absoluto de los corazones ; el árbitro soberano de todos los tiempos?

Tercero. *Jesus declara á Pedro lo que él hará contra su divina Persona.* — Primero. Presuncion de este Apostol..... Pero él le dijo : Señor, estoy pronto á ir contigo á la prision y á la muerte. Aunque todos se escandalizaren en tí, yo nunca me es-

candalizaré... » Habia declarado Jesucristo á Pedro su próxima caida. * Aquí lo asegura de su conversion, y de que su culpa no le haria perder alguno de sus privilegios. Habria debido Pedro contentarse con esta seguridad; pero sintiéndose actualmente lleno de celo, y de valor, se creyó para siempre incapaz de una flaqueza. Se atrevió tambien á preferirse á todos los otros, y mereció caer de una manera mas humillante que todos los demas. ¡Ah! ¡cuánto nos debemos temer á nosotros mismos! No tenemos otra seguridad que en el auxilio de Dios que continuamente debemos implorar. Segundo. Verdad de las palabras de Jesucristo. « Jesus le dijo: en verdad te digo, que tú hoy en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces. » esto es, antes de hacerse de dia; antes que esta noche que está ya bien entrada se pase del todo... « me negarás tres veces... » Nosotros sabemos cómo se cumplió esta prediccion; pero no podremos comprender bastantemente cuán admirable es ella, y cuán divina. He aquí por una parte Pedro, que protesta con la mas grande sinceridad una adhesion eterna á Jesucristo, y que asegura seguirlo, y serle fiel hasta la muerte; y he aquí por otra parte Jesucristo que le asegura, que antes que esta misma noche se pase, Pedro lo habrá ya negado tres veces. No hubo jamas prediccion mas positiva, mas precisa, y hecha en términos tan claros de un suceso

* S. Juan, c. XIII, v. xxxvm.

mas próximo, menos verosimil, y mas complicado de hechos particulares, y tan leves en sí mismos, que solo el conocimiento de un Dios puede llegar á penetrarlos, y verlos claramente en lo por venir.

PUNTO III.

Engaño de Pedro y de los demas Apóstoles sobre esta prediccion.

« Pero él (San Pedro) prosiguió diciendo: aun cuando yo debiese morir contigo no te negaré. Y lo mismo tambien decian todos. »

Primero. *Los Apóstoles se ofrecen á lo que Jesucristo no pretende de ellos.* — Aquí se engañaban grandemente los Apóstoles sobre la naturaleza de su obligacion en la ocasion presente. No se trataba aquí de ir ellos á la prision con Jesucristo, de defenderlo, ó de morir con él. Solo Jesus era el Cordero de Dios, y la gran víctima que debia ser inmolada á la justicia divina por la salvacion de todos los hombres. Jesus les habia dicho muchas veces que debia ser crucificado, morir, y resucitar al tercer dia, pero jamas habian querido comprender estas palabras, ni pedir su explicacion é inteligencia. Si las hubieran comprendido, habrian pedido y preguntado á Jesucristo qué cosa debian ellos hacer en semejante ocasion, ó habrian conocido de los mismos acontecimientos la conducta que debian tener; esto es, de velar y de orar en el Huerto de las oli-

vas; de retirarse cuando Jesucristo se los diese á entender en el tiempo en que él mismo se entregaba á sus enemigos; de conservar en medio de una tan horrible tempestad, una fe viva en él, y la esperanza firme de volverlo á ver vivo el tercero dia, y de no mirar su muerte como la ruina de su Reino, y de sus esperanzas, sino como la consumacion de su obra, y el cumplimiento de todos sus designios.

Segundo. *María era para los Apóstoles un modelo que ellos deberian haber seguido.*—María, Madre de Jesus, habia plenamente comprendido todas las cosas. No perdió ella alguna de las palabras de su Hijo, * ni cuanto los Angeles, ó los hombres inspirados de Dios habian dicho de él... Meditaba en su corazon estos divinos oráculos, los confrontaba entre sí, y con su luz, regulaba todas sus operaciones. Fue sí vista sobre el Calvario, dividir con su Hijo el Caliz de su Pasion; pero ninguno la vió inquietarse; ni dar la menor señal para librarlo, ni tampoco se vió preparar ungüentos, ni ir el tercer dia á buscar entre los muertos al que habia dicho que estaria ya entonces entre los vivos. Pero los Apóstoles no habian tomado las palabras de Jesucristo con la misma simplicidad, ni las habian recibido con la misma atencion y docilidad que María. Las confundian con sus propias ideas, y las interpretaban segun sus prejuicios, y este es el motivo

* S. Luc., c. II, v. XIX.

por que tantas veces se engañaron, y se engañan tambien aquí.

Tercero. *Los Apóstoles no hacen lo que tan expresamente se les habia mandado.*—Esto es, conservar en su corazon la paz, la fe, y la esperanza. Esto es justamente lo que les quiso decir, cuando les predijo que se escandalizarian por él. De esto se dolia cuando les decia que ellos lo dejarian solo, y que no solo lo abandonarian con el cuerpo, á que él no se oponia, sino con el corazon, cayendo en la pusilanimidad, en la perplejidad, y en la incertidumbre, y dejándose sorprender de un temor tan vivo, que les haria olvidar todo lo que les habia dicho en el curso de su vida, y en esta misma noche.

Peticion y coloquio.

O Dios mio, conozco que imito yo muy bien vuestros Apóstoles en orden al modo de entender vuestra divina palabra. Sí, tambien yo, como ellos, soy debil en tantas ocasiones. Pero Vos, o María, alcanzadme la gracia de imitaros á Vos en vuestra docilidad, para que pueda participar de vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CCCII.

DE LAS DOS ESPADAS.

S. Luc., c. XXII, v. XXXIV, XXXVIII.

Primero. Pregunta que Jesucristo hace á sus Apóstoles. Segundo. Orden que parece que Jesucristo dé á sus Apóstoles. Tercero. Nueva prediccion que Jesucristo hace á sus Apóstoles. Cuarto. Qué cosa comprenden los Apóstoles de este discurso.

PUNTO PRIMERO.

Pregunta que Jesucristo hace á los Apóstoles.

Primero. *De esta pregunta en orden á los Apóstoles.*—« Y les dijo : cuando os envié sin alforjas y sin bolsa, y sin calzado ; ¿por ventura os faltó alguna cosa? Y ellos dijeron : nada... » ¿Por qué les hace aquí el Salvador esta pregunta? Tambien ahora han renovado los Apóstoles las prótestas de fidelidad que le habian ya hecho. Jesus conocia su presente fidelidad, y su sinceridad ; pero conocia tambien su futura infidelidad, y su próxima inconstancia... Queria que despues de la advertencia,

comprendiesen al acordarse de sus palabras, que él lo habia previsto todo; que si habia comparecido á sus ojos en estado de flaqueza, de debilidad, y de humillacion, no dejaba por eso de ser la fuerza de Dios, y el esplendor de su gloria; y que así como habia podido hacer que nada les faltase, cuando los habia enviado sin provision de cosa alguna; así cuando compareciese desproveido él mismo de todo socorro, y aun cuando seria privado de la vida, no dejaria de ser el Hijo de Dios, vestido de la omnipotencia, que su Padre le habia dado, y de estar en estado de cumplir todas las promesas que les habia hecho. Tales son tambien las ideas que nosotros debemos tener de él y que no debemos perder jamas de vista en todo el curso de la pasion.

Segundo. *De esta pregunta en orden á nosotros* — Apliquemos á nosotros mismos esta pregunta; y figurémonos, que nos la hace Jesucristo. ¿Cuando él nos ha enviado, cuando hemos obrado por obediencia; cuando hemos sido dóciles en seguir su voz, y fieles en caminar por el camino de sus Santos mandamientos, nos ha faltado, por ventura, alguna cosa? ¿No hemos gozado la paz del corazon, y gustado una alegría interna llena de delicias? Traigamos á la memoria con reconocimiento los favores particulares, que hemos recibido, y la abundancia de los bienes que hemos gozado. Esto es por lo que mira á lo pasado. Consideremos ahora lo presente, con dolor y confusion.. ¿Y por qué, pues, abandonar un Dios tan benéfico? ¿Por qué

servirlo con tanta náusea, tibieza y reserva? Animémonos finalmente para lo venidero: pongamos toda nuestra confianza en la bondad, y en la potencia de nuestro Dios. Hagámonos con frecuencia la pregunta, que aquí hace el Salvador á sus Apóstoles: ¿hasta ahora nos ha faltado alguna cosa? ¿No nos ha proveido la providencia en todas nuestras necesidades? Esperemos, pues, que nos proveerá tambien en adelante, y jamas desconfiemos de ella. Pero cuando el Señor quisiese probarme hasta dejarme morir como á su Hijo, diré como Job, que en él esperaré todavía *. ¿De hecho el gran objeto de nuestras esperanzas no es el mismo despues de la muerte?

PUNTO II.

Orden que parece que Jesucristo dé á sus Apóstoles.

« Y les dijo; pues ahora el que tiene bolsa tómela, y lo mismo tambien la alforja, y el que no la tiene, venda su túnica, y compre una espada. Porque os digo, que es necesario todavía, que en mí se cumpla todo lo que ha sido escrito **: Y fue contado con los malvados.

Primero. *Del sentido de estas palabras.* — Contienen ellas la prediccion del entero abatimiento de

* Job, c. XIII, v. xxv.
** Isai. c. LIII, v. xii.

ánimo de los Apóstoles en el tiempo de la muerte de Jesucristo, y me parece, que se pueda explicar de este modo el pensamiento del Salvador; cuando vosotros me veíais en vuestra compañía, y mi presencia os inspiraba confianza en mí, os decia: andad sin bolsa, sin saco, vosotros me obedecíais; y al presente confesais, que bajo mi proteccion, bien que despojados de todo, ninguna cosa os faltó. Pero ahora, por hablaros segun las disposiciones en que estarcis para conmigo, no obstante las promesas que me haceis, os hablo bien diversamente, porque todas vuestras disposiciones serán diversas, como será tambien todo diverso mi estado. Os digo, pues, que el que tiene una bolsa, la tome, y el que no la tiene, venda su túnica para comprar una espada. Con estas expresiones os quiero hacer comprender, que conozco el exceso del abatimiento de ánimo en que caereis; y luego que suceda, reconocereis, que no he dicho mucho. Cuando me vereis, como ha sido predicho, confundido con los malvados, crucificado, y muerto entre dos ladrones, os imaginareis, que todo se ha perdido: que en mí ya no hay defensa, salvacion, ni libertad, y temereis ser envueltos en mi ruina.

Segundo. *De la oscuridad de estas palabras.*—No solo fueron oscuras estas palabras para los Apóstoles, sino que lo son aun para nosotros. Bien que el sentido, que les hemos dado nos parezca el mas verosimil, todavía creemos que sea necesario practicar en esta ocasion, lo que hemos dicho en otra parte;

que en los pasos oscuros de la Escritura debemos humillarnos, adorar los designios de la Sabiduría de Dios, y contentarnos con las luces, que él nos suministra sin mover disputas, y sin querer penetrarlo todo. Si con estas palabras como suponemos, ha querido el Salvador indicar el total abatimiento de ánimo de sus Apóstoles, claramente se ve la razon porque se les predice en términos tan oscuros; esto es, para poner fin á todas sus vanas protestas que habrian ciertamente renovado, si esta prediccion hubiese sido hecha en términos tan claros, como los primeros, segun hemos visto en la Meditacion precedente.—Admiremos en todo esto, la bondad y la Sabiduría infinita de nuestro divino Salvador.

PUNTO III.

Nueva prediccion, que Jesucristo hace á sus Apóstoles.

Primero. *Prediccion particular.*—«Porque os digo, ser necesario todavía, que en mí se cumpla lo que está escrito; y ha sido contado con los malvados...» Aquí se ve la prediccion de una circunstancia, de que el Salvador no habia hablado aun: esto es, que seria crucificado entre dos ladrones; y es en tal ocasion, en que San Marcos* observa, haberse cumplido esta profecía. Prediciendo el Salvador

* S. Marc., c. XV, v. XXVIII.

esta circunstancia, nos hace tambien observar aquí, que estaba ya anunciada por el Profeta.

Segundo. *Prediccion general.*—«Porque las cosas, que miran á mí, tienen su cumplimiento...» Bien presto vereis vosotros en fin, y el cumplimiento. ¿Quién otro, sino un Dios, podia hablar así? ¿Qué alta idea no debemos tener nosotros de nuestro Salvador, viéndolo entrar así en la carrera de sus dolores? Con estas palabras nos hace entender, que él es el objeto de todas las profecías, y que todas han sido cumplidas en él. Que él mismo es el Dios de los Profetas, que sabe lo que han dicho; que es el dueño del tiempo, en que todo debe cumplirse: que él es el que regula el orden, y la manera.

PUNTO IV.

Qué cosa comprenden los Apóstoles de este discurso.

Primero. *Sus palabras.*—«Pero ellos respondieron: Señor, he aquí dos espadas...» Los Apóstoles, segun su costumbre, se engañaron aquí; no pusieron atencion alguna á las predicciones, que Jesucristo les hacia, ni á las profecías, que les citaba: solo hicieron reflexion sobre la espada, de que habia hablado, sin comprender lo que el Salvador les habia dicho bajo de esta expresion figurada: tomaron las palabras á la letra, y creyeron, que les ordenase estar armados para su defensa. Ninguna cosa habia

mas opuesta al pensamiento de su Maestro, y se engañaria cualquiera que como ellos pensase, que el Salvador del mundo haya puesto la espada material en manos de sus discípulos, para la defensa de su causa. Si Jesucristo no los desengaña aquí es, porque el tiempo era breve, y debian ellos desengañarse presto por el mismo suceso. ¡O cuántas veces nos engañamos tambien nosotros, ó leyendo, ú oyendo la palabra de Dios! Nos detenemos solo sobre lo que se halla conforme á nuestro genio, á nuestros prejuicios, y á nuestras inclinaciones; damos una explicacion á nuestro modo, y nos olvidamos de todo lo demas.

Segundo. *La respuesta de Jesus.*—«Y él les dijo: basta.» Esta palabra *basta* cae mucho menos sobre las espadas, de que hablaban los Apóstoles, que sobre las instrucciones, que Jesucristo les habia dado, y sobre las predicciones que les habia hecho; *basta*, os he dicho bastante, para prepararos al extraño espectáculo, de que sereis testigos; bastante para convenceros del conocimiento cierto que tengo de lo venidero; bastante, para sosteneros en la fidelidad que me debeis, y finalmente, bastante, para conduciros otra vez á mí y para haceros creer en mí, cuando me vereis resucitado. Entonces comprendereis el sentido de las palabras, que os digo, y que vosotros entendeis ahora tan poco... El tiempo se habia pasado, y Jesus no les dijo mas. No les reprende su poco entendimiento. Deja, que sigan sus ideas, y que se sirvan de aquellas dos espadas,

que dentro de poco debian suministrarle la materia de una instruccion, de una demostracion de clemencia, y de un milagro, y se da priesa á cumplir la obra de nuestra redencion, despues de haber dado á sus Apóstoles las advertencias, de que no estaban ciertamente dispuestos á aprovecharse; pero que debian despues, cuando se acordasen de ellas, arrebatarlos de admiracion, y llenarlos de amor, para con el grande, y tierno Maestro, que se las habia dado.—Acordémonos tambien nosotros de ellas, y meditando el exceso de sus tormentos, y de sus humillaciones, no nos olvidemos de sus grandezas y de su poder, de que nos suministrará aun tantas pruebas en el curso mismo de su pasion.

Peticion y Coloquio.

Sí, o Señor; sobre el patíbulo mismo de la cruz, Vos sois ni menos grande ni menos poderoso; en todos los lugares, sois el mismo; en todos los lugares tenéis la misma grandeza, y la misma divinidad: yo tambien en todos los lugares, y en cualquier estado que Vos me pongais, tendré en Vos la misma confianza, y la misma sumision. Confirmad, o Dios mio, la promesa, que os hago. Amen.

MEDITACION CCCIII.

DE LA TRISTEZA DE JESUCRISTO EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS.

S. Juan, c. XVIII, v. 1, 11. — S. Luc., c. XXII, v. XXXIX, XLV. — S. Mat., c. XXVI, v. XXXVI, XXXVIII. — S. Marc., c. XIV, v. XXXII, XXXIV.

Primero. Tristeza libre. Segundo. Tristeza maravillosa. Tercero. Tristeza santa.

PUNTO PRIMERO.

Tristeza libre.

Primero. *Reconozcamos esta libertad en lo que dice Jesucristo.* — « Dichas estas cosas salió Jesus con sus discípulos á la otra parte del torrente Cedron... fué como solia al monte de las Olivas, y tambien lo siguieron sus discípulos... Entonces Jesus fué con ellos á una granja llamada Gersemani... donde habia un huerto, en el que entró él y sus discípulos... y

dijo á sus discípulos : sentaos aquí mientras voy allá, y hago oracion... Orad (tambien vosotros) para no caer en tentacion... » Jesus nos ha advertido * que su vida y su muerte dependen de él, y que él es el Señor de dejarla y volverla á tomar segun su voluntad... Lo que Jesus dice de su muerte se debe entender de cuanto ha padecido, y de todas las circunstancias de su pasion. Esta verdad, que jamas debemos perder de vista, debe aumentar infinitamente nuestro respeto y nuestro amor. Y así á cada particular suplicio que meditemos, pensemos que Jesucristo lo ha padecido porque ha querido. Es de suma importancia que estemos bien convencidos de esta verdad desde este primer tormento de su pasion, sufrido en el huerto de las Olivas. De hecho, está bien claro por todos sus discursos, que la tristeza se ha apoderado de su alma, solo, cuando y porque ha querido. ¡Qué calma reina en todo el sermon de la Cena! Cada una de sus palabras inspira consuelo, confianza y valor. Tal cual, como habia comparecido en el Cenáculo, comparece al entrar en el huerto de las Olivas : aquí habla con su dulzura y con su tranquilidad ordinaria. Si un momento despues se halla cubierto y oprimido de tristeza, es porque él lo quiere, y lo quiere por nuestro amor.

Segundo. *Reconozcamos esta libertad en lo que hace Jesucristo.* — « Y tomó consigo á Pedro, Ja-

* S, Juan, c. X, v. xviii.

cobo y Juan... Jesus hace sus disposiciones con la misma tranquilidad con que ha hablado. Hace detenerse y sentarse á ocho de sus discípulos á la entrada del huerto, y cogió tres que llevó un poco mas lejos, para que fuesen solos testigos de su primer suplicio, y los confidentes de las penas internas de su alma. ¡Afortunados discípulos! Dignaos, o Señor, de hacerme entrar á la parte de esta confianza, y que conozca el exceso de un tormento que Vos sufrís, solo porque quereis, y que quereis sufrir porque quereis salvarme.

Tercero. *Reconozcamos esta libertad en lo que hace Jesucristo.* — « Y Judas que lo entregaba sabia tambien aquel lugar, porque frecuentemente habia ido allí Jesus con sus discípulos... » Judas conocia este lugar, y Jesus no ignoraba que él se serviria de esta noticia para entregarlo en las manos de sus enemigos. Con todo eso, Jesus se va allí, porque quiere ser entregado en sus manos. La traicion de Judas y de todos aquellos que lo imitarán está para ser una de las causas de la tristeza de Jesus; y sin embargo Jesus va donde ha de ser consumada y completa la traicion, porque acepta el ser entregado, y sufrir la tristeza que debe ocasionarle la traicion... Os doy las gracias, o Salvador mio, por la caridad infinita con que os habeis voluntaria y libremente entregado á los suplicios por mi amor. Esta libertad convenia á la dignidad de vuestra persona: á mí no se me ha concedido; pero para agradaros á Vos, y para merecer delante de Vos no me

es necesaria. Estoy condenado á padecer y morir por una suprema é irrevocable sentencia. Si la muerte y los sufrimientos se hubiesen dejado á mi eleccion, no seria de cierto tan generoso que los abrazase por vuestro amor; pero á lo menos en la necesidad indispensable en que estoy de padecer y morir, quiero ser fiel y reconocido en el sufrir y morir solo por Vos, por unirme á Vos, por imitaros y por agradaros.

PUNTO II.

Tristeza maravillosa.

Primero. *Porque ella es repentina.*— « Y empezó á temer, y á entristecerse... » Hasta este punto, habia regulado Jesus todas las cosas con la mayor calma, y sosiego: habia hablado de su pasion, con una serenidad tan grande que se podria decir, que predijese males agenos; ó por mejor decir, que habia hablado de sus tormentos, como si estos debieran haber causado toda su felicidad, y fuesen el objeto universal de sus deseos; pero desde el punto, en que se halla solo, con sus tres discípulos, el temor, el tedio, el disgusto, y el abatimiento se apoderaron de un golpe de su alma... El que inspiraba la fuerza, el ánimo, y el valor, parece que sea ahora la debilidad misma.

Segundo. *Porque es excesiva;* y porque todos los

movimientos que siente son tan violentos, que le amenazan la vida... « Entonces les dijo; mi alma está triste hasta la muerte, quedaos aquí, y velad... » Jesus no exageraba ciertamente sus males. ¡Cuán excesiva, pues, conviene decir que fuese esta tristeza para reducirlo á este estado! ¡Ah! Si nosotros sentimos alguna vez tedio y tristeza, sufrámoslos con resignacion, unámonos á Jesus oprimido de tristeza y tedio, y pensemos que nuestro dolor es infinitamente inferior al que él ha padecido por nosotros. Si el nuestro es excesivo, juzguemos de él cuán grande fue el de nuestro Salvador, pues él solo habria sido capaz de hacerle morir, si él mismo no se hubiese conservado para otros tormentos.

Tercero. *Porque parece contraria á la dignidad de su Persona.* — Sufrir con valor, y morir generosamente, son acciones heróicas que llaman nuestra admiracion. Pero temblar, temer, á vista de la muerte, afligirse, entristecerse, caer en tedio, en la amargura, en el disgusto, llegar al punto de morir del exceso de sus penas, esto es, lo que se llama debilidad; esto es, lo que en el mundo hay de mas bajo, y de mas humillante. Tuviste mucha razon, o Señor, para advertir á vuestros discípulos que no se escandalizaran: ¡qué escándalo no les habria ocasionado el primer paso, que Vos dais en este Huerto y esta primera accion de vuestra pasion, si ellos hubieran sido testigos! Pero los que habeis escogido para ser secretos confidentes de vuestras penas, son aquellos mismos que hicísteis primeros

confidentes de vuestro poder en casa de Jairo *, y solos confidentes de vuestra gloria sobre el Tabor **. Estaré yo tambien lejos de escandalizarme; antes en este repentino cambiamiento, que se hace en Vos reconozco el imperio absoluto que teneis sobre Vos mismo, sobre vuestro Cuerpo, y sobre vuestra vida, sobre vuestra alma, y sobre sus afectos. Por estos diversos internos movimientos á que os abandonais, reconozco, que es mi misma naturaleza, la que Vos habeis tomado, mi misma humanidad en todas las cosas, fuera del pecado, semejante á la mia, sin exceptuar la flaqueza, la debilidad, y la enfermedad, no solo del cuerpo, sino tambien del alma. ¿Pero en el exceso con que os abandonais á estos movimientos de la naturaleza qué otra cosa puedo ver sino el exceso de vuestro amor para conmigo?

PUNTO III.

Tristeza santa.

Primero. *En el principio*, que fue el amor de Dios, la obediencia á sus órdenes; el deseo de reparar su gloria, inmolándose todo entero á su justicia, y haciendo de sí mismo un perfecto holocausto... Así como todas las partes de su cuerpo debian ser afligidas, y debia derramar toda su sangre, así su

* S. Luc., c, VIII. v. LI.
** S. Mat., c. XVII, v. I.

alma debia ser atormentada en todas sus potencias, y de ella, como de la parte mas noble de su humanidad, quiere comenzar su sacrificio. Este tormento fue, sin duda, el mas violento, como el primero de su pasion, y de ella debemos tambien nosotros comenzar á unirnos á Jesucristo, para satisfacer á la Justicia de Dios, cuando nos convertimos á él.

Segundo. *En su objeto;* que fue de una parte, sus propios dolores, que él se representó á sí mismo, con todas sus circunstancias, y de otra, la miserable suerte de los Judíos, que haciéndolo morir, traian sobre sí los últimos rayos de la venganza de Dios; y la miserable suerte de los pecadores, que abusando de sus beneficios, se harian mas culpados, y muchos de ellos, no obstante sus tormentos, se perderian eternamente: finalmente la ofensa de Dios, que vendria á ser tanto mas grave, cuanto mas despreciado seria su amor. ¡Ay de mí! Señor: ¡Cuánta parte he tenido en vuestra tristeza! ¡O y qué impresion debieron hacer en vuestro sagrado corazon mis pecados, mis recaidas, mis infidelidades, mi disipacion! ¡Ah desventurado de mí! ¿Seré yo jamas, para Vos, un sugeto de júbilo, y de consolacion? Conozco muy bien, que el objeto de mis tristezas es diferente, del que ocasiona la vuestra.

Tercero. *En el fin* ; que fue nuestra santificacion.. Jesus quiso padecer, en su alma, este exceso de tristeza, para expiar los pecados, que hemos cometido en esta parte por nosotros mismos, y sobre que no hacemos bastante reflexion; para expiar

aquella insensata tranquilidad, con que el primer hombre prefirió la sentencia de muerte á la obediencia, que debia á Dios; para expiar aquella vana, y loca seguridad, con que los impíos se glorían de hacer frente, y con que tantos pecadores viven sobre la tierra, sin temer las sorpresas de la muerte temporal, ni los suplicios de una muerte eterna; para expiar aquellas alegrías, aquellos gustos, aquellos placeres, aquellos deseos de la vida, aquellas esperanzas, á que abandonamos nuestro corazon contra la Ley de Dios, y sin temor de sus castigos; para expiar las falsas contriciones de nuestro corazon, las conversiones fingidas, enmascaradas, sin dolor, sin penitencia interna, y sin sentimiento de la ofensa de Dios... Quiso Jesucristo experimentar en sí la tristeza, el temor, el tedio, y el disgusto para santificar en nosotros estos mismos movimientos; para consolarnos, cuando los padezcamos; para merecernos la gracia de soportarlos á su ejemplo; para endulzarlos; para moderarlos en nosotros, y muchas veces tambien para eximirnos, y librarnos de ellos. En virtud de esta tristeza, y de este tedio, los Mártires han ido con seguridad á encontrar los suplicios, y la muerte: en virtud de ella, tantos fervorosos cristianos han visto las cercanías de la muerte con tranquilidad, con confianza, y tambien con gozo, en virtud de ella, tantos otros en los ejercicios de la piedad, de la caridad, del celo, y de la penitencia hallan un gusto, y una alegría sensible.

Peticion y coloquio.

¡O Jesus, y cuán amable sois en vuestra tristeza! ¡Cuán grande en vuestra debilidad! ¡Cuán poderoso en vuestro temor! ¡Y cuán consolante en vuestro tedio! Os doy las gracias, por haberos bajado, hasta este punto por mi amor. A Vos soy deudor de todas las consolaciones, y de toda la paz, que gozo. Cuando estaré afligido, abatido, temblando, y abismado de terror, me uniré á Vos; traeré á mi mente, que Vos habeis sufrido todo esto por mí, y que lo que yo padezco, es nada en comparacion de cuanto Vos habeis destinado para Vos. Amen.

MEDITACION CCCIV.

ORACION DE JESUCRISTO EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS.

S. Marc., c. XIV, v. XXXV, XL.—S. Luc., c. XXII, v. XLI, XLII.—S. Mat., c. XXVI, v. XXXIX, XLIV.

Esta Oracion está naturalmente dividida en tres partes.

PUNTO PRIMERO.

Primera Oracion de Jesucristo.

Primero. *Oracion llena de respeto.* — « Y adelantándose algun poco... y se apartó de ellos como un tiro de piedra; y puesto de rodillas oraba... Se postró en tierra, y oraba... » En las oraciones particulares que se hacen fuera del lugar público de la oracion, exige el respeto que la persona se retire á parte para orar con mayor recogimiento y atencion. El Salvador separándose de sus tres discípulos, quiso estar aun en sitio de poder ser visto para

servirles de ejemplo... Contemplemos nosotros mismos este divino modelo ; observemos á Jesus hincarse de rodillas en la presencia de Dios su Padre, y despues postrarse con el rostro por tierra delante de su infinita magestad... ¿Es este el respeto con que oramos á Dios? Nosotros decimos que no somos señores de nuestro espíritu, de nuestra imaginacion ; ¿pero de nuestro cuerpo de que somos señores, qué uso hacemos en la oracion? ¿Ignoramos cuánto influya el cuerpo sobre el alma ; cuánto contribuya una postura humilde y respetuosa para contener el espíritu en el debido respeto, con la imaginacion, y todas las potencias del alma?

Segundo. *Oracion llena de resignacion.* — « Diciendo : Padre mio, si es posible... Si quieres traspasa de mí este Caliz ; mas no se haga mi voluntad sino la tuya... » Esto es : Padre mio, Padre mio ; si es posible, y si lo quereis ; si hay otro medio de cumplir vuestros designios, apartad de mí este horrible Caliz de una muerte igualmente vergonzosa, que cruel : por otra parte no mireis á mi oracion, sino en cuanto la hallareis conforme á vuestra voluntad. He aquí mi corazon sumiso : desechad si es necesario lo que en mí pide la naturaleza flaca y perdida de ánimo... Admiremos en esta oracion el respeto, el amor, el ardor, la confianza, y principalmente la perfecta sumision, y la entera resignacion de Jesucristo... Cualquiera que sea la cosa que pidamos ; cualquiera que sea el interes que tengamos en mira ; cualquiera que sea en nosotros el deseo

de ser oidos, añadamos siempre estas palabras esenciales; mas no se haga mi voluntad sino la tuya...

Tercero. *Oracion llena de caridad.* — Bien que la oracion de Jesucristo fuese al Sumo fervorosa é interesante, no se olvidó él de los tres Apóstoles que habia llevado consigo: se volvió á ellos para animarlos, y para instruirlos... « Y fué á sus discípulos y los halló durmiendo, y dijo á Pedro... ¿Simon, tú duermes? ¿No has podido velar una hora?.. Despues enderezando la palabra á los tres... « Velad, (les dijo) y orad, para que no entreis en tentacion. El espíritu en verdad está pronto; pero la carne enferma... Estas palabras contienen. » Primero. Una reprension que frecuentemente hemos merecido nosotros. Nosotros con el mundo velamos con mucho gusto; pero con Jesus no podemos velar.—Segundo. Un precepto que nosotros hemos olvidado frecuentemente. Debemos velar sobre nuestro corazon, para observar el principio de la tentacion, y orar para obtener la gracia de resistir á este principio. Entonces la victoria no es difícil; pero si por falta de vigilancia y de oracion entramos en tentacion; si escuchamos los primeros pensamientos, en poco tiempo nos dejaremos ganar de ella. — Tercero. Una máxima que nosotros olvidamos frecuentemente, y cuyo olvido ha causado mas de una vez la ruina en nosotros. No nos fiemos; no nos apoyemos sobre las resoluciones de nuestro espíritu: creyéndonos fuertes, firmes, é

inmobles nos exponemos temerariamente al peligro, y entonces experimentamos cuán debil es la carne. — Cuarto. El ejemplo de una caridad y de una dulzura admirable que nosotros imitamos muy poco. Jesus estaba oprimido de tedio y de tristeza. Lo habia manifestado á sus discípulos para que tuviesen tambien su parte: les habia encomendado velar y orar con él, y los halla sepultados en el sueño, olvidando así su estado, y las órdenes que les habia dado. Con todo eso vemos la dulzura con que les habla. No sucede así con nosotros: el mas mínimo disgusto que tengamos, lo hacemos sentir á los otros vivamente con nuestra maneras ásperas y desobligantes; sin que la oracion ó los ejercicios de devocion á que pocos momentos antes atendiamos, endulcen la rusticidad de nuestro humor, y lo desabrido de nuestras palabras.

PUNTO II.

Segunda oracion de Jesucristo.

Primero. ***Esta oracion fue como la primera llena de respeto.*** — « Y fué otra vez á orar diciendo las mismas palabras... » Y haciendo á Dios su Padre la misma peticion, con el mismo respeto, con el mismo ardor, con la misma confianza. En cuanto á nosotros, ¡ay de mí! nuestro fervor no dura tan largo tiempo. Todos los dias orando decimos las palabras mismas, pero si sucede que una vez las

decimos con respeto, al dia siguiente nuestro fervor se va aflojando, y ponemos nuestra constancia en nuestra desatencion, y en las distracciones de nuestro espíritu.

Segundo. *Oracion llena de resignacion.* — « Y se fué de nuevo segunda vez, y oró diciendo : Padre mio, si no puede este caliz pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad...» En el repetir nuestras peticiones para mover el corazon de Dios y ser oidos, el punto sobre que mas debemos insistir, y que debemos repetir con mayor fuerza y energía es el de nuestra perfecta sumision, y del abandono entero de nuestra propia voluntad, para conformarnos enteramente con la santa voluntad de Dios.

Tercero. *Oracion llena de caridad* — « Y vuelto (á sus discípulos) los halló de nuevo dormidos, porque estaban agravados sus ojos, y no sabian qué responderle... » Pero Jesus les evitó este embarazo. Satisfecho con la confusion en que los halla, se compadece de su debilidad, y nada les dice. Despues de la cena no habian tomado algun reposo; habian tenido siempre el espíritu aplicado y atento á los sublimes discursos que el Salvador les hizo, y siempre angustiado el corazon por las predicciones que les hacia, que no anunciaban otra cosa que traicion y abandono, negacion y escándalo. No era, pues, cosa sorprendente que estando ya la noche tan avanzada, se hallasen sus ojos agravados del sueño. Hagamos aquí dos reflexiones : la primera,

que en nuestro sueño y nuestra indolencia en la oracion no somos tan dignos de excusa como los Apóstoles. La segunda, que cuando nuestro prójimo cae en la mismas culpas de que lo hemos reprendido, estamos muy lejos de imitar la dulzura de Jesucristo : nosotros no sabemos qué cosa sea excusar á los otros, justificar sus razones, y perdonar su debilidad y flaqueza.

PUNTO III.

Tercera oracion de Jesucristo.

« Y dejándoles, fué de nuevo, y oró por la tercera vez, diciendo las mismas palabras... » El ejemplo del Salvador nos enseña aquí tres cosas... »

Primero. *La perseverancia en la oracion.* — El Salvador empleó en ella todo el tiempo que le quedó despues del sermon de la Cena hasta el arribo de Judas, y no la interrumpió sino para excitar la vigilancia de sus discípulos, y animarlos á imitarlo... ¡Ah, muy mal lo imitaron! Pero ¡ o y cuán mal lo imitamos tambien nosotros ! ¡ Cuánto tiempo nos sobra que podriamos emplear en la oracion! ¿Cuántas veces interrumpimos la que hacemos, y olvidamos y omitimos la que estamos obligados, ó nos hemos propuesto hacer?

Segundo. *La brevedad de las palabras en la oracion.* — En esta larga oracion que el Salvador hizo

en tres veces, vemos poquísimas palabras, pero mucha humildad, mucha abnegacion, mucho respeto, mucha resignacion. En nuestras oraciones al contrario, muchas palabras y poca atencion, pocos sentimientos y poco de aquel lenguage del corazon, que hace la esencia de la oracion.

Tercero. *La repeticion de la misma oracion.*—Para entretenernos largo tiempo con Dios, para entretenernos con él todos los dias, y en todas las horas del dia, no tenemos necesidad de estudiar nuestras palabras, ni de variar nuestras expresiones. Una palabra que mueva, y que exprima nuestra sumision, nuestra confianza y nuestro amor, puede bastarnos, y podemos repetirla continuamente delante de Dios. De esto se darian por ofendidos los hombres; pero Dios nuestro Criador se tiene por honrado... ¡O, y cuánta condescendencia para facilitarnos el uso de la oracion! ¿No sacaremos nosotros jamas provecho?

Peticion y Coloquio.

Dadme, o Dios mio, este espíritu de gemido y de oracion, para que estando continuamente en vuestra presencia, y en las disposiciones santas de vuestro Hijo único, pueda merecer que vos seais mi consolacion en todos mis males, y mi fortaleza en todos los peligros. Amen.

MEDITACION CCCV.

CUANTO SUCEDIÓ DE EXTRAORDINARIO EN LA ORACION DE JESUCRISTO EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS.

S. Luc., c. XXII, v. XLIII, XLIV.

Primero. La aparicion de un Angel. Segundo. La agonía de Jesucristo. Tercero. El sudor de sangre.

PUNTO PRIMERO.

Aparicion de un Angel.

« Y le apareció un Angel del Cielo confortándolo... » Tres cosas se nos presentan aquí dignas de nuestras reflexiones.

Primero. *Un objeto de admiracion.* — La aparicion del Angel, y todo lo que refiere aquí de particular San Lucas, sucedió mientras que Jesus oraba por la tercera vez. Que apareciese á Jesus un Angel no es una cosa que nos deba sorprender : él es el Señor de los Angeles, y el ministerio de estos bien-

aventurados espíritus es de servirlo, pero lo que hay de muy sorprendente es que este Angel le apareciese para confortarlo. ¿No es Jesucristo la fortaleza misma, la virtud de Dios, aquella fuerza que lleva, y que sostiene todas las cosas *, y por consiguiente el que fortifica los Angeles y los hombres? ¿Cómo, pues, ha podido él ser confortado por un Angel? ¡Ah! Lo quiso así por nuestro amor y por nuestra condescendencia. Así como quiso recibir de la mano de los hombres en la debilidad de su cuerpo, durante el tiempo de su infancia, los socorros que de ella reciben los otros niños, ha querido tambien en el abatimiento de su alma recibir de los Angeles los socorros que deben esperar los otros hombres. Todo esto es una consecuencia de las enfermedades de nuestra naturaleza, á que ha querido sujetarse, y que nos lo deben hacer infinitamente amable... En qué cosa consistiese el socorro del Angel, es un misterio que el Evangelio no nos ha explicado, y excede sin duda nuestros pensamientos.—No podemos hacer aquí otra cosa que admirar, adorar y callar.

Segundo. *Un motivo de confianza.*—En Jesus servido de los Angeles vemos un Señor; pero en Jesus confortado por un Angel vemos nuestro Salvador y nuestra Cabeza, y tenemos derecho, como miembros suyos, á esperar el mismo socorro. —Dios ha establecido sus Angeles para ser en orden á nosotros

* 1. Ad Cor., c. I, v. xxiv,—Ad Hebr., c. I, v. III.

los Ministros de sus bondades y de sus misericordias*. Invoquémoslos en nuestras necesidades, pongamos en ellos nuestra confianza, y no nos faltará seguramente su socorro visible. ¡Cuántas gracias, cuántos buenos pensamientos y cuántos sentimientos de piedad no hemos recibido nosotros por su ministerio, y cuántos no debemos esperar si por los méritos de nuestro Salvador, y manteniéndonos unidos á él, les pedimos con confianza!

Tercero. *Una materia de instruccion.* — Aprendamos aquí que el gran remedio para todos nuestros males es la oracion, que orando y perseverando en la oracion, encontraremos en Dios consolacion, fuerzas y valor que los hombres no pueden darnos; aprendamos tambien que Dios oye nuestras oraciones, no ya siempre con librarnos de nuestros males, sino con darnos fuerza para soportarlos, lo que es de mayor provecho para nosotros y para los intereses de la eternidad.

PUNTO II.

Agonía de Jesucristo.

« Y habiendo entrado en agonía, oraba mas intensamente... »

Primero. *La naturaleza de esta agonía* *. — Fue

* Ad Hebr., c. I, v. XIV.

* *Agonía* significa propiamente *combate.*

esta una especie de combate entre lo que se llama la parte inferior del alma y la parte superior: la primera llena de repugnancia, la segunda llena de sumision; por decirlo en breve, fue un combate en el alma de Jesucristo. No se puede explicar la grandeza del tormento que experimentó. Lo que podemos decir de cierto, es que, sin un milagro, el Salvador habria debido ceder en él. Durante este largo suplicio, no cesó Jesus de orar y de pedir siempre el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios su Padre. Aquí es sumamente necesario observar que, por un incomprensible prodigio, ni la tristeza mortal del Salvador, ni su agonía, ni todos sus tormentos, interrumpieron jamas la vision intuitiva y la bienaventuranza esencial de su bienaventurada alma, y que por otra parte, esta bienaventuranza esencial nada disminuyó de su natural sensibilidad y de la actividad de los tormentos. Tengamos compasion de sus dolores, sin olvidarnos que el que padece es Dios, y que, bien que sea Dios, esto no impide que padezca las penas mas crueles.

Segundo. *Las causas de esta agonía.* — La vista de la muerte no fue ni la única, ni la principal causa de esta agonía. Debemos antes bien atribuirla á la vista de nuestros pecados. Jesus veia toda la serie de suplicios y de oprobios que habia de sufrir; pero no veia menos distintamente la serie de todos los pecados de que se habia cargado, y que estaba para expiar. Veia que esta expiacion sobreabundante aumentaria la malicia de los pecados de mu-

chos, y que para muchos seria inutil. ¡Ay de mí! ¡Cuántos pecados vísteis en mí, o Salvador mio! ¡O cuánto he contribuido á los dolores de vuestra agonía! Haced que á lo menos ahora os pueda servir de alguna consolacion, por un medio de un sincero arrepentimiento de haberos ofendido, y de una firme resolucion de no volveros á ofender jamas.

Tercero. *Razones de esta agonía.*— ¿Por qué quiso el Salvador sufrir esta agonía? ¿Por qué no quiso dejar de padecer alguna de las penas que nosotros debiamos padecer; porque así como su muerte debia ser el modelo, la consolacion y el apoyo de la nuestra, quiso que tambien su agonía nos animase y nos fortificase en la nuestra, para hacernos perseverar hasta el fin. No convenia que sufriese esta agonía sobre la cruz, donde debia mostrar una fuerza mas que humana, y donde su último suspiro debia ser una prueba de su divinidad. Por esto, anticipó el tiempo de su agonía, y quiso sufrirla antes que los otros suplicios, para no dejarnos sin consolacion en un momento tan crítico para nuestra salvacion. ¡O Salvador de nuestras almas, qué gracias os podemos nosotros dar por una tan grande caridad!

PUNTO III.

Sudor de sangre de Jesus.

Primero. *Este nos hace conocer los dolores de Jesus.* — « Y dió en un sudor, como de gotas de sangre que corrian á la tierra... » De un sudor tan extraordinario podemos juzgar cuán violento fue el combate que sostuvo Jesus, cuán grandes sus penas internas, y á qué estado lo redujeron.

Segundo. *Este quita la maldicion de la tierra.* — — Cuando Dios maldijo la tierra, condenó al hombre á bañarla con el sudor de su frente. Para purificarla Jesus y quitarle la maldicion, la baña con un sudor de sangre, exprimido por su amor. ¡O y cuán perfectamente ha sido reparado el orgullo, la desobediencia y la complacencia desreglada del primer hombre, por las humillaciones, por la obediencia hasta la muerte, y por la sangre de un Dios Hombre en el huerto de las Olivas!

Tercero. *Este nos anima á la penitencia.* — Veo, o gran Dios, en qué modo sabeis Vos unir vuestra justicia con vuestra misericordia. ¡Qué otra cosa me queda á mí que hacer para huir de vuestra cólera, sino despojarme del hombre pecador, para vestirme de Vos, o Jesus, paciente y penitente *. ¡Pero ay de mí! ¡Cuán debil es mi penitencia!

* Ad Colos., c. III, v. IX.

Me lamento de sus rigores, y ciertamente no ha llegado mi resistencia hasta derramar la sangre*.

Peticion y Coloquio.

O Jesus, haced morir en mí el hombre viejo; haced salir de mi corazon aquellas lágrimas de penitencia, que son como la sangre de una alma penitente. Aplicadme el mérito de vuestra bienaventurada agonía. Vendrá el momento de la mia en que haciendo la naturaleza en vano los últimos esfuerzos para resistir á la muerte, tendrá mi alma que combatir por la última vez, para vencer los asaltos del enemigo de su salud. Desde ahora, o Señor, acepto esta agonía; me sujeto á su tormento y á todos sus rigores, y os suplico por los méritos de la vuestra, á la cual la uno, que me sostengais en aquel último momento. Si me queda entonces algun vislumbre de conocimiento, concededme la gracia de emplearlo como Vos en la oracion, sometiéndome perfectamente al querer de mi Criador y de mi Padre. —Angel del Cielo, custodio mio fidelísimo, Santos abogados mios, que invoco todos los dias; y Vos principalmente, o Reina de los Angeles y de los Santos; fortificadme en aquel último combate, para que salga de él victorioso, y habiendo perseverado en la fe, en la esperanza y en la caridad hasta el fin, pueda entrar con vosotros en el Reino que mi Salvador me ha prometido y merecido, Reino que no tendrá jamas fin. Amen.

* Ad Hebr., c. XIV, v. IV.

MEDITACION CCCVI.

DE JESUS DESPUES DE SU ORACION EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS.

S. Luc., c. XXII, v. XLV, XLVI.—S. Marc., c. XIV, v. XLI, XLII. —S. Mat., c. XXVI, v. XLV, XLVI.

« Y habiéndose levantado de su oracion, y vuelto á sus discípulos los halló dormidos por la tristeza. Y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos, orad para no entrar en la tentacion. Y volvió la tercera vez, y les dijo, dormid y reposad. Basta: ha llegado la hora: he aquí que el Hijo del hombre va á ser entregado en las manos de los pecadores; alzaos; vamos. He aquí el que me ha de entregar está cerca... » Consideremos en estas palabras. Primero. La reprension de Jesucristo á sus discípulos. Segundo. El valor que muestra para padecer. Tercero. El conocimiento que tiene de las cosas distantes.

PUNTO PRIMERO.

Reprension que Jesucristo da á sus discípulos.

Primero. *Reprension llena de dulzura.* — Jesus les dijo solo estas palabras... ¿Por qué dormís...? No les dijo ya: ¿cómo dormís vosotros aun, habiéndolo yo advertido ya dos veces? Esta es ya la tercera vez que vengo á vosotros, y no obstante mis replicados avisos, os hallo siempre en la misma culpa...» ¡Ay de mí! ¿Qué cosas no decimos nosotros á nuestros semejantes: Jamas se apura nuestra elocuencia... Despues despierta Jesus su atencion con una especie de ironía. Ea dormid y reposad... Esta manera de reprender es buena para hacer avergonzarse al que es pusilánime; pero el estilo irónico muy continuado, es despreciante, é insultante, y por tanto el Salvador luego al punto desistió. Sirvámonos de él á ejemplo suyo, en caso de necesidad, con toda moderacion, y en dos palabras; de otra manera nuestro celo degenerará en extravagancia; y en vez de corregir, no haremos otra cosa que exasperar, é indisponer á los que reprendamos.

Segundo. *Reprension acompañada de instruccion.* — El Salvador habia comenzado, diciéndoles que orasen, para no entrar en la tentacion, y acaba con estas palabras. Podemos decir que esta es la última instruccion que ha dado á sus discípulos antes de morir: de esto debemos juzgar cuán importante sea.

Tercero. *Reprension é instruccion que convienen á nosotros.* — Apliquemos la una y la otra á nosotros mismos. ¿Cómo, nos dice Jesucristo, dormís aun en el sueño del pecado, en el sueño de la tibieza, en el sueño de la pereza, y de la disipacion? ¿Os he despertado ya varias veces: y he aquí que todavía recaeis en el sueño? No advertís que vuestro dormir y que vuestra vida no es otra cosa que un sueño, que los bienes, que los placeres á que os inclinais, son tan poco reales, tan poco sólidos, como aquellos que gozais en la ilusion de un sueño, que se os quitarán luego que desperteis, y os dejarán en la extrema miseria? Ea, pues; dormid, ya que lo quereis; reposad tambien. Es este momento propio para dormir? He aquí que ya estais vecinos á terminar vuestra carrera, bien presto el mundo será ya nada para vosotros; y yo no tardaré en pediros cuenta del uso que habreis hecho de vuestra vida. *Ea, pues, dormid...* abandonaos al sueño, no busqueis otra cosa que establecer aquí en la tierra vuestro reposo, y pasar una vida dulce y ociosa. ¡Ah! Obrad antes bien de sabios. *Basta.* Habeis dormido bastante; habeis perdido ya mucho tiempo, en un sueño culpable y peligroso: despertad al fin: avergonzaos de vuestra inaccion, de vuestra pereza: *alzaos* luego, *y orad.* ¿Quereis vosotros ser sorprendidos? ¡Ah! Empezad una vida seria y cristiana; una vida de oracion, de penitencia y de fervor.

PUNTO II.

El valor, que Jesucristo muestra para padecer.

Primero. *Valor heróico.* — Sale al encuentro á los mayores males; á la ignominia, á los tormentos, y á la muerte. «El hijo del hombre (el que es la santidad misma) será entregado en las manos de los pecadores.» Y ¡o cómo lo tratarán estos, cuando una vez lo tengan entre sus manos, y en su poder! ¿Y nosotros? ¿Qué temor tenemos de caer en las manos de nuestros enemigos? ¿De qué males estamos amenazados, que no tenemos valor de salirles al encuentro? ¡Ah! vergüenza de nuestra debilidad, de nuestros lamentos, y de nuestras quejas!

Segundo. *Valor prudente.* Jesus se presenta al combate; pero despues de la oracion; en ella ha tomado aquel valor, aquella intrepidez que manifiesta. ¿Será acaso cosa sorprendente, que nosotros ni tengamos ánimo, ni valor, cuando estamos sin oracion? Y no creamos haberla hecho bien, si nos hallamos sin fuerzas para las buenas obras; si somos siempre cobardes, siempre sensibles á cualquiera mortificacion, y siempre tan poco aplicados á nuestras obligaciones, como lo estábamos antes.

Tercero. *Valor regulado por la obediencia.* — «La hora ha llegado...» Aquella hora tan deseada, tan terrible: aquella hora es la hora de Dios. No se la ha hecho prevenir el deseo; ni se la ha hecho huir

el temor. Es la hora del suplicio, del oprobio, y de la muerte, pero es la hora de Dios, y ella ha llegado; *alzaos, vamos.* ¡Ay de mí! ¿Es tal nuestra obediencia? Y ciertamente, Dios no pone nuestra obediencia á esta prueba; y para lo poco que nos pide, abandonamos á nuestro Salvador, en vez de unirnos á él. Jesus teme, y tiembla durante la oracion, y es intrépido en la ejecucion. Nosotros al contrario, estamos llenos de valor cuando se trata solo de formar resoluciones; pero todo se acabó al ejecutarlas.

PUNTO III.

El conocimiento, que Jesucristo tiene de las cosas venideras.

«El que me entregará está ya cerca.» Cuando salió (Judas) del Cenáculo, para consumar su traicion, veia Jesus todas las medidas que se habian de tomar, y sabia el tiempo que seria necesario á los Pontífices para juntar una tropa, darle las instrucciones oportunas, y ponerla en movimiento. Jesus seguia en espíritu todos sus pasos; y sobre la ciencia cierta que tenia de ellos, regulaba los suyos. Habia tomado su tiempo en el Cenáculo, para dar el último á Dios á sus Apóstoles, y dejarles sus últimas instrucciones: tomó tambien el que juzgó necesario para hacer su oracion en el huerto, despues de la cual, habiendo tomado consigo á tres de sus discípulos, y habiendo alcanzado con ellos á los

otros ocho les anunció con certeza la llegada de Judas. He aquí cómo Jesus procura asegurar nuestra fe, contra el escándalo de sus humillaciones, para que jamas nos olvidemos que si es un hombre como nosotros el que padece, es al mismo tiempo un Hombre Dios, que padece solo porque quiere, y por nuestra salvacion. Los impíos tienen solo delante de los ojos el escándalo para desechar las pruebas de la divinidad, y todos saben el interes que tienen en mira para creer á los Evangelistas cuando cuentan sus humillaciones, y no creerlos despues cuando dan las pruebas de su divinidad: esto lo hacen, porque creyéndolo Dios, sus humillaciones, y sus tormentos imponen obligaciones de humildad, y de mortificacion, que ellos no quieren absolutamente practicar. Pero nosotros que buscamos únicamente el camino de la salud, lo vemos con gusto andado por aquel, que ha probado de tantas maneras, y hasta el fin, que él era el Hijo de Dios, enviado para enseñárnoslo.

Peticion y Coloquio.

Con esta fe, y con este espíritu os seguiré, o Divino Jesus, en la carrera de vuestra pasion, como á mi Maestro, mi Salvador, mi Dios, y mi modelo. Iluminad siempre mas mi espíritu, para que no pierda jamas de vista vuestra divinidad; y moved siempre mas mi corazon, para que se haga sensible á los dolores, que experimenta vuestra santa humanidad. Amen.

MEDITACION CCCVII.

BESO DE JUDAS.

S. Marc., c. XIV, v. XLIII, XLV.—S. Luc., c. XXII, v. XLVII, XLVIII. — S. Mat., c. XXVI, v. XLVII, L.

Primero. Beso dado con la mas enorme perfidia. Segundo. Beso recibido con el mas sensible dolor. Tercero. Beso reprendido con los términos mas tiernos.

PUNTO PRIMERO.

Beso dado con la mas enorme perfidia.

Primero. *Enormidad en la conspiracion.*—« Y estando aun él hablando llegó Judas Iscariote, uno de los doce, y con el gran tropel de gente armada de espadas y de palos, enviada por los Príncipes de los Sacerdotes, y los Escribas, y los Ancianos. Y el traidor les habia dado la señal, diciendo: aquel que yo besaré ese es; prendedlo, y conducidlo con

cautela. » ¡Cuántos delitos en uno solo! Cuántos actos odiosos! ¡Qué perfidia; qué enormidad! ¡Qué caida para un Apostol! Habia sido llamado para ser uno de los fundamentos de la Iglesia, y de nuestra salud, y se hace cabeza de los impíos; el conductor y la guia de los que hacen morir al Salvador... ¡Qué ceguedad en un hombre que ha sido testigo de los milagros de Jesucristo, si ha creido que esta tropa de soldados armados era capaz de prenderlo contra su voluntad! ¡Qué perfidia servirse de la señal de paz y de amistad para entregarlo, y para dar en las manos de sus enemigos un Maestro de quien solo ha recibido beneficios! ¡Qué odio, qué furor, encargar que lo lleven con tanta precaucion que no se pueda huir! ¿Temia acaso que con él huyese tambien el precio vil en que lo habia tasado...? Judas en esto es la cabeza, el modelo, y la imagen de los Apóstatas, que habiendo abandonado la fe, la Iglesia, y la piedad, no respiran otra cosa que odio, violencia, y traicion: él es la cabeza de los hipócritas y de los engañadores, que lisonjean, y alhagan solo para engañar, hacer traicion, y hacer tambien caer en las asechanzas que tienen preparadas: es el modelo de aquellas almas viles, que por un interes despreciable, por un motivo de ambicion y de fortuna, abrazan el partido de los malos, y se hacen los ministros de sus pasiones para cualquier exceso á que ellas los empeñen: es la imagen de aquellos corazones infieles y corrompidos que en un estado de

perfeccion, y llamados á una santidad distinguida, ceden á los movimientos de una pasion secreta, que nutren y mantienen, y á la que finalmente lo sacrifican todo. ¡O cuánto nos debe hacer temblar y vivir circunspectos el ejemplo de Judas!

Segundo. *Enormidad en la accion.* — « Y aquel que se llamaba Judas, uno de los doce, iba delante de ellos, y se llegó á Jesus para besarlo... » Dejando Judas detras de sí la turba; se adelantó, y se acercó á Jesus para darle el beso como tenian concertado... ¿Cómo? ¿aun tiene Judas atrevimiento para comparecer delante de Jesucristo? ¿Pretende por ventura engañarlo, esconderle su traicion, y hacer creer á sus cólegas que es aun uno de ellos, y que no tiene trato alguno, ni conexion con aquellas personas armadas que se ven detras él? ¡Ah! Judas; tú te engañas; tú te lisonjeas; estas apariencias de una fingida amistad no pueden engañar al que penetra el fondo de los corazones; antes sirven para acrecentar la enormidad de tu perfidia, y cubrirte de una infamia que te hará siempre un objeto de horror á todo el universo. — ¡Ay de mí! Yo me engaño grandemente á mí mismo, cuando procuro esconder el desorden de mi alma. Yo obro como si Dios no me viese, y muchas veces ni aun puedo evitar la vista, y la penetracion de los hombres.

Tercero. *Enormidad en las palabras.* — « Y habiendo venido, se acercó luego á Jesus, y le dijo: Dios te salve, Maestro, y lo besó... » Consideremos la diligencia de Judas, y observémoslo correr hácia

Jesus ; echársele al cuello y besarlo. Oigamos las palabras llenas de respeto y de aficion con que acompaña el pérfido beso, y confesemos tambien que la tierra no ha llevado jamas un monstruo tan horrible. Pero ¡ay de mí! ¿una comunion sacrílega es acaso alguna cosa menos execrable que el beso de Judas? ¿Señor no me he hecho jamas culpable en esto?

PUNTO II.

Es orebibido con el mas sensible dolor.

« Y lo besó... » ¿Cómo? Jesus no aparta su sagrado rostro de aquella boca impura; recibe aquel beso pérfido , y trata todavía de amigo al que se lo da... Este beso es para Jesus.

Primero. *Un tormento que sufre.*—¿Hay tormento mas sensible para un corazon benéfico que una traicion? ¿Y hubo jamas traicion mas horrible que la de Judas? Es un discípulo el que hace traicion á su Maestro; que para entregarlo se sirve de su confianza, y del conocimiento que tiene del lugar donde va á orar , y donde ha ido frecuentemente con él ; que se sirve de la libertad que tiene de abrazarlo, y que habiendo tenido otras veces esta afortunada ventaja, la convierte contra su bienhechor. ¿Y de qué se trata, pues , en esta traicion? De nada menos que de entregar á sus enemigos, y dar la muerte á un Maestro tan bueno , tan Santo, y tan irreprensible.

¡Ah! ¡qué suplicio para el corazon de Jesus! Él lo ha sufrido para enseñarnos á nosotros mismos á sufrirlo. ¿Qué cosa son las traiciones de que nos lamentamos, en comparacion de aquella de que Jesus no se lamenta? ¿No aprenderemos nosotros jamas á sufrir en la escuela de un Maestro que sufre tanto por nuestro amor?

Segundo. *Un ultrage que perdona.*—Judas es un monstruo de ingratitud; el corazon mas inhumano que jamas hubo. No se puede concebir de donde proceda en él un odio tan envenenado contra su bienhechor, y contra el mejor de todos los Maestros: la accion es atroz, y todo su proceder es una enormidad sin ejemplo. Ninguna cosa hay que sobrepuje este exceso de la malicia sino el de la paciencia, de la dulzura y de la bondad de Jesus. Este Divino Salvador ama aun á este discípulo pérfido, aunque sumamente indigno: lo perdona, como despues perdonará á sus verdugos: lo convida á penitencia, le da el título de amigo, y en las palabras de Jesus hay otra tanta sinceridad y afecto, como hay perfidia y odio en las de Judas. ¡Ah! ¿Tendremos aun corazon para resistir á un tal ejemplo de nuestro Maestro? ¿Nos verán aun los hombres llenos de resentimiento por la mas mínima ofensa que se nos haga, y prorumpir en quejas y lamento, con el corazon encendido en cólera, y dispuestos siempre á manifestar los efectos de nuestra venganza? ¿Nos verán todavía implacables para con aquel que nos ha ofendido, aun cuando pro-

cura él darnos señales de su arrepentimiento?

Tercero. *Una pérdida, que deplora.*—Judas pone el colmo á su reprobacion; Judas se condena; y la pérdida de su alma es justamente, lo que conmueve mas vivamente el corazon de Jesus... ¡Ah! Es un cruel suplicio para un corazon celoso, el ver una persona, por quien particularmente se interesaba; que habia instruido, y educado en la piedad, verla de un golpe cambiar semblante, entrar, y caminar, á pasos largos en el camino de la iniquidad, á riesgo de no salir ya jamas, y de perderse para siempre. Pero en orden á la pérdida de una tal alma, nosotros no podemos tener certidumbre alguna; podemos tener solamente temor; pero de la pérdida de Judas tenia Jesus una total certidumbre ¿Desgraciado Apostol, dónde te ha venido á traer tu avaricia? ¡Ay de mí! A qué exceso nos puede conducir una pasion descuidada, lisonjeada, conservada, y que no hemos procurado jamas domar... Pero dirá alguno. ¿No podia Dios cambiar el corazon de Judas? ¿Quién duda de esto? ¿Y si lo podia, por qué no lo ha hecho? ¡O hombres! ¿quién sois vosotros que os atreveis á entrar en juicio con Dios, y hacerle dar cuenta de su conducta? ¿Está, por ventura, empeñado, Dios en multiplicar sus gracias á la medida que nosotros multiplicamos el abuso, que de ellas hacemos? No basta, para justificacion de su misericordia, que reparta sus socorros segun la proporcion de nuestras necesidades? ¿Es acaso necesario aun, que le sirva de regla nuestra malicia? No, no : no

nos engañemos. Dios solo sabe la medida de las gracias, que él nos destina. ¿Cuántas no ha recibido Judas? Pero Judas se ha cegado, se ha obstinado, se ha endurecido : Judas ha hecho resistencia á todo; y Judas se ha condenado. Judas, como tantos otros réprobos, debe imputar á sí solo su reprobacion. ¿Qué cosa debemos concluir de esto? Lo que nos encomienda el Apostol *; obrar nuestra salvacion con temor, y temblor. Temamos pues, abusar, como Judas, de las gracias, que Dios nos ha hecho: velemos, oremos, y temblemos.

PUNTO III.

Beso reprendido con los términos mas tiernos.

Primero. *Tierna reprension de Jesus.*—Jesus le dijo á Judas solo dos palabras. Habiéndosele acercado, y saludádolo, «le dijo Jesus; ¿amigo, á qué has venido?» Y estando Judas en el acto de abrazarlo... «Jesus le dijo : Judas, con un beso entregas al Hijo del Hombre?...» Jesus en estas pocas palabras muestra á Judas todo su afecto; lo llama para que entre dentro de sí mismo; le descubre la grandeza de su delito, y le hace percibir todo el horror de su conducta. ¿Qué corazon no habria cedido á palabras tan tiernas? Para resistirse á ellas, era ne-

* Ad Philip., c. II, v. xii.

cesario un corazon como el de Judas... Pero si este Apostol pérfido no las escucha, ó se hace á ellas insensible...¡Ah! no lo imitemos : recojamos estas palabras con respeto, y hagamos su aplicacion.

Segundo. *Aplicacion á nosotros mismos de la primera palabra de Jesucristo... Amigo, ¿por qué; á qué fin, con qué designio has venido*?—San Bernardo solia frecuentemente hacerse á sí mismo esta pregunta, poniéndose delante de los ojos el fin de su vocacion. Traigamos tambien nosotros á nuestra memoria el fin, para que hemos sido criados, y hemos venido á este mundo; para que nos han bautizado, y hemos entrado en la Iglesia; para que hemos abrazado el tal estado, y hemos llegado en él al término donde nos hallamos al presente. ¿Hemos venido, para hacer en él nuestra voluntad, para vivir sin ley, ó hemos venido á él, para servir á Dios; para obedecer; para sufrir, para trabajar, y para santificarnos? Apliquémonos pues, estas palabras, para el tiempo presente, á fin de entrar en nosotros mismos; por lo venidero á fin de sostenernos en las tentaciones, y en las penas de nuestro estado; y por lo pasado, á fin de detestar, con un sincero dolor los yerros, en que hemos caido... ¿Qué vida he pasado yo, o Dios mio! ¡O cuántos pecados cometidos, cuán pocas virtudes practicadas! ¿He venido yo pues para esto? ¿Era esto lo que habíais Vos de esperar de las gracias, que me habeis dado; de las promesas qne os habia hecho, del fervor con que habia comenzado? La reprension, que Vos habeis

hecho á Judas, conviene, y ¡o cuán bien á mí mismo: bien frecuentemente la he merecido.

Tercero. *Aplicacion de la segunda palabra de Jesus.*—«¿Judas con un beso, entregas al Hijo del Hombre?...» Si acaso, nosotros hemos tenido la desgracia de hacer alguna confesion, ó comunion sacrílega, apliquémonos estas palabras, en la amargura de nuestra alma, y para detestar, con todo nuestro corazon, una tan enorme traicion, comprendamos su malicia. *Judas*, que yo he llamado al Apostolado; *tú*, que yo he hecho nacer en el seno de mi Iglesia; que he instruido, llamado, elegido, y colmado de favores, ¿es este tu reconocimiento? *Entregas*, ¿tú eres un traidor, un pérfido, un hipócrita? Tu llevas tu ingratitud al último exceso, y pones el colmo á todos tus delitos? *¿Entregas al Hijo del Hombre?* Es tu Salvador, tu Juez, el que tú entregas de este modo: es el Hijo de Dios; es el Omnipotente, contra quien tú acometes; son sus misterios, y su religion, de lo que tú te burlas; es su cuerpo el que tú profanas, y su sangre la que tú pisas, y él mismo, el que tú das en las manos á sus enemigos, á tus pasiones, y al pecado. *¿Con un beso?* Tú vienes al tribunal de la reconciliacion á ultrajarlo, y mentir á él mismo, en la persona de su ministro, como si él no oyese tus palabras, ó no viese el fondo de tu corazon? ¿Vienes á declararle guerra, á insultarlo en la Mesa Eucarística, en el Sacramento de su amor? ¿Aquella comunion, la prenda de su ternura, el vínculo que á él une las almas

puras, entre sí unidas, por medio de la caridad, tú la recibes en un cuerpo manchado de la impureza, en un corazon lleno de odio, y de resentimiento contra tu prójimo? *¿Con un beso?* ¿Quién no creeria, que al dárselo, tú eras un amigo tierno, y fiel? Con todo eso tú eres un traidor, un pérfido. Tú engañas á los hombres; esto es lo que tú quieres: pero no engañas á Jesucristo, y esto te importa poco; pero vendrá el dia en que los hombres verán tu traicion, y en que Jesucristo vengará su ultrage.

Peticion y coloquio.

¿Y por qué no puedo yo, o Jesus, recompensar, con mi respeto, y con mi amor, los ultrages, que os hace una comunion sacrílega? ¡Ah! En adelante, o Salvador mio, vendré á los pies de vuestros Altares, á daros el beso de paz, no para entregaros en manos de vuestros enemigos, sino para introduciros en mi corazon: allí iré hambriento de vuestra carne adorable, y sediento de vuestra sangre preciosa: allí iré para nutrirme, hartarme, y suplicarnos vivir en mí, y trasformarme en Vos, para que sea una sola cosa con Vos en el tiempo, y en la eternidad. Amen.

MEDITACION CCCVIII.

POTENCIA DE JESUCRISTO SOBRE LA TURBA, QUE SE ADELANTA PARA PRENDERLO.

S. Juan, c. XVIII, v. III, IX.

Primero. Potencia de Jesucristo en el detener la turba. Segundo. Potencia de Jesucristo en aterrarla. Tercero. Potencia de Jesucristo en prescribirle límites.

PUNTO PRIMERO.

Potencia de Jesucristo en detener la turba.

Primero. *Jesus para los soldados, y los detiene, para que no se acerquen á él.* « Judas, pues, habiendo obtenido una Cohorte * y los Ministros de los Pontífices, y de los Fariseos, vino allí (al huerto de las olivas) con linternas, antorchas, y armas... » Judas habia pedido á los sumos Sacerdotes, á los ancianos, á los Fariseos, y á los Escribas un destacamento de

* Entre los Romanos se llamaba así un cuerpo de infantería, que comunmente constaba de quinientos hombres, y de diez Cohortes se formaba una legion.

soldados, ó sean Judíos, ó sean Romanos, un tribuno, y otros oficiales para mandarles. A esta Cohorte, que iba precedida, y seguida de una multitud de criados, de los cuales unos llevaban antorchas, otros linternas, y otros iban armados de palos, se unieron otros oficiales del Templo, y muchos miembros del Consejo. ¿Era, acaso, necesario tanto mundo, tanto aparato, para prender un hombre solo, y para asegurarse de una tropa de once personas? Avanzad, pues, o Soldados, la señal ya está dada; vosotros ya veis bien al que debeis arrestar, bien veis tambien la debil escolta, que lo acompaña. Pero no: Jesus es aquí el Señor, y lo será todo el tiempo que querrá. Su potencia invisible os encadena, y sin su orden, ni siquiera podreis dar un paso. Os adoro, o divina potencia de Jesus, y reconozco, que si Vos cedeis á vuestros enemigos, lo haceis porque quereis: por la obediencia á las órdenes de vuestro Padre, y por mi amor.

Segundo. *Jesus los para, y hace detener, para ir él mismo á ellos, y preguntarles.* — Pero Jesus, sabiendo todas las cosas que le habian de acaecer, lo regulaba todo, segun las miras de su sabiduría y de su amor. « Se adelantó, y les dijo: ¿ á quién buscais?.. » He aquí, de la una parte, y de la otra una grande tranquilidad en vez de estrépito, de tumulto, y de ruido, que debia ciertamente seguirse en su consecuencia. Pero Jesus ha querido convencernos, de que la fuerza, y la violencin de sus enemigos no han tenido parte alguna en su arresto; y

de que él mismo se ha entregado en sus manos, solo porque ha querido, por la gloria de su Padre, y por nuestra salvacion. No olvidemos esta verdad, en todo el curso de la Pasion, y excite ella en nuestros corazones los mas vivos sentimientos de reconocimiento. De aquí deben tambien aprender sus siervos á presentarse en la ocasion con intrepidez, bien seguros de que nada les sucederá, sino por su permision, para su gloria, y para su provecho. Jesus teme en la oracion, y es intrépido en el peligro.

Tercero. *Jesus los detiene, para darles tiempo de responderle, y que oigan ellos tambien su respuesta.* — « Le respondieron: á Jesus Nazareno. Jesus les dijo: *Yo soy*. Y estaba tambien con ellos Judas, el que lo entregaba... » Todo lo que pudieron hacer en este momento, estas tropas furiosas, fue descubrir su perverso disignio, pero debieron comprender cuán impotentes eran para ejecutarlo. ¡Qué necedad en los pecadores, sublevarse contra Dios, y contra su Cristo! ¿Creen, acaso, poder vencer al Criador del Cielo, y de la tierra, de quien reciben el ser, y la vida? Apenas hubo dado Judas al Salvador el pérfido beso, que debia servir de señal, se retiró en medio de su tropa, para no quedar envuelto en la tempestad, que debia caer sobre la de Jesucristo. La tempestad cayó sobre la tropa, en que él se habia creido seguro, y quedó envuelto en ella. ¡Ah! No imitemos á Judas; no nos metamos en la compañía de los pecadores, no nos creamos

entre ellos seguros, no nos dejemos engañar de su número, de su crédito, de su poder: todo esto no es otra cosa delante de Dios, que debilidad, y nada. Estemos antes bien unidos con los siervos de Jesucristo. No nos alejen de ellos su humildad, su dulzura, su debilidad, su corto número, el desprecio en que viven, y las persecuciones que sufren; solo entre ellos podemos gozar una total seguridad: su Señor sabrá bien un dia sacarlos de la opresion, colocarlos en su gloria, y cubrir sus enemigos de un oprobio eterno.

PUNTO II.

Potencia de Jesucristo en aterrar la turba.

« Pero apenas les hubo dicho; *Yo soy*, volvieron atras, y cayeron en tierra.... » Tres especies de aterramiento debemos considerar, de los cuales el primero es la figura, y el símbolo de los otros dos.

Primero. *Aterramiento de toda la tropa de Judas en el huerto de las olivas.*—No se valió Jesucristo, para atemorizar estas tropas, de un tono de voz severa, con represiones, y amenazas: para aterrarlos; y hacerlos caer amortecidos en tierra, empleó solo estas dos palabras. *Yo soy*. Pero en el pronunciarlas les dió toda la energía, y eficacia posible. *Yo soy* Jesus Nazareno concebido en Nazareth en el seno de una Virgen, por obra del Espíritu Santo. *Yo soy*

el Verbo de Dios hecho carne, Dios hecho hombre; el Hombre Dios; el Hijo de Dios, á cuyo nombre, ó voluntariamente, ó por fuerza se debe doblar toda rodilla en el Cielo, sobre la tierra, y en el infierno. A este, *Yo*; á este terrible nombre, soldados, oficiales, Príncipes, y pueblo, señores, y siervos, Judas, y sus ministros, todo fué por tierra, sin que alguno pudiese mantenerse en pie, ni resistir. ¡O Dios fuerte, Dios Santo, Dios poderoso, Hijo de Dios, y de María; quién podrá estar delante de Vos! ¡Quién no se postrará para adoraros; para suplicaros; para moveros á compasion, y para pediros vuestro amor!

Segundo. *Aterramiento de todos los ídolos sobre la tierra.* — Este aterramiento de soldados armados era una figura del que Jesucristo debia causar sobre la tierra despues que hubiese sido glorificado. Al nombre de Jesus han caido en el polvo los ídolos, sus templos y sus altares: al pronunciarse este nombre sus Sacerdotes y sus adoradores: los Emperadores, los Reyes, los Magistrados, sus defensores y los perseguidores del santo nombre de Jesus han sido aterrados, se han desvanecido, y han desaparecido de la faz de la tierra para dejar el lugar á los Sacerdotes de la nueva Ley, al culto de un solo verdadero Dios por medio de Jesucristo, su Hijo único, y por medio de la oblacion cotidiana del sacrificio incruento de su pasion y de su muerte.

Tercero. *Aterramiento de todos los pecadores en el último dia.* — Si Jesus en la debilidad de nuestra

carne, resuelto á dejarse juzgar, condenar, y ser entregado á la muerte, ha podido con sola una palabra aterrar hombres armados y furiosos contra él, ¿en qué vendrán á parar los pecadores cuando vendrá para juzgarlos, y lo verán sobre el trono de su justicia, cercado de gloria y de magestad, cuando les dirá: *Yo soy* el que vosotros habeis ofendido, despreciado, ultrajado y perseguido?.. ¡Ay en aquel dia del que se hallará en este número, del que habrá hecho traicion á Jesucristo, á su estado, á su vocacion y á sus obligaciones, del que habrá abandonado el partido de los justos por ponerse en el número de los pecadores! ¡Cuál debió ser la sorpresa de Judas cuando se vió á sí mismo y á los soldados amortecidos por tierra á sola una palabra! ¡Cuál debió ser el júbilo de los Apóstoles cuando vieron sus enemigos por tierra, y la facilidad con que su Maestro los aterró! Ligera imagen de los sentimientos que tendrá en el último dia, por una parte los justos, y por otra los pecadores, y particularmente los apóstatas, los que habrán abandonado el partido de la Religion, de la Iglesia y de la piedad, los que se habrán puesto á la frente de los pecadores, para sostenerlos, para animarlos y darles aliento con su autoridad, con sus discursos y con sus ejemplos.

PUNTO III.

Potencia de Jesucristo en prescribir límites á la turba.

Primero. *Prescribe límites á su falta de fuerzas para darles tiempo de entrar dentro de sí mismos.* — ¿Débiles y abatidos, qué es lo que podian hacer en este estado si la misma potencia que los habia aterrado no les hubiese restituido las fuerzas para volverse á levantar? « Se levantaron, pues, y les volvió á preguntar : ¿ á quién buscais? Y ellos dijeron (como la primera vez) á Jesus Nazareno... » ¿Cómo? ¿Siempre el mismo designio, el mismo odio, el mismo furor, ningun cambiamiento, ningun arrepentimiento, ningun temor? ¡Ah! ¡Cuántas veces hemos visto los soberbios humillados, los ricos empobrecidos, los ambiciosos decaidos de toda esperanza, los voluptuosos oprimidos de males y de enfermedades! ¿y no obstante cuándo los hemos visto mudados, excitados al arrepentimiento, ó disgustados del objeto de su pasion? Si alguna vez en medio de sus desgracias tienen algunos discursos edificativos, y capaces de persuadir su conversion, ¡ah! esperad que Dios los vuelva á poner en pie, les restituya la sanidad y las fuerzas, entonces los vereis igualmente atrevidos, furiosos, obstinados, disolutos, libertinos, é igualmente impíos, y acaso mas aun de lo que al principio lo fueron. ¡Ah! Im-

porta mucho no abandonarse á una pasion, pues es tan difícil abandonarla despues.

Segundo. *Prescribe límites á su furor para que se cumplan sus promesas.* « Respondió Jesus : os he dicho que yo soy, pues si me buscais á mí, dejad que estos se vayan... » Con estas palabras se abandonaba Jesus á su discrecion; pero abandonándose á sí mismo, les prohibia hacer insulto alguno á sus discípulos. En este punto fue Jesus obedecido, y de este modo cumplia la promesa que habia hecho á sus Apóstoles *; por lo que hace aquí esta prohibicion á los soldados: « para que se cumpliese la palabra que habia dicho : de los que me has entregado á mí ninguno he perdido. » ¡ Ah ! ¡ Qué ternura en el Señor, á quien nosotros servimos ! En el acto mismo en que por nosotros se entrega en las manos de sus enemigos, piensa en protegernos y en conservarnos. ¡ Qué grandeza, qué poder ! Por mas que sean al sumo furiosos los enemigos de su nombre, sabe encadenar su furor, y nada pueden contra nosotros sin su permiso. ¡ O, y cuán fiel es en sus promesas ! ¡ O, y cuán dulce cosa es poner en él toda nuestra confianza ! Cuando parece que se olvida de sí mismo, no se olvida de nosotros ; nos defiende, nos guia, nos sostiene, y nos librará un dia para siempre de los enemigos de nuestra salud; basta que nosotros le seamos siempre fieles.

Tercero. *Solo á su ceguedad no fueron prescriptos*

* S. Juan, c. XVII, v. XVIII. Meditacion CCXCIX.

límites, y en esto se verifican las amenazas que Jesus les ha hecho. — ¿No es por cierto una cosa incomprensible que estos hombres tendidos como muertos por tierra, de un golpe se levanten tranquilamente, y persistan en su primer empeño, sin hacer reflexion alguna sobre un suceso tan extraordinario y tan improviso? ¿Creerán ellos todavía poder hacer violencia al que con sola una palabra los ha echado todos á tierra? ¿Lo creerán sujetado con sus esfuerzos, vencido con sus armas, impotente entre sus manos, y esclavo de sus cadenas? He aquí cumplidas las palabras de Jesus *: *Moriréis en vuestro pecado*... Dios no nos ha prometido prodigios de gracia para sacarnos fuera de una ceguedad en que libremente nos hemos obstinado. Es necio el pecador que hace cuenta sobre las gracias que recibirá mientras resiste á la fuerza de las gracias que recibe. Blasfema el miserable imputando á Dios y á la falta de sus socorros su impenitencia final, que debe imputar únicamente á su obstinacion en resistir á los socorros que Dios le ha presentado. Jesus es igualmente verdadero en sus amenazas, que lo es en sus promesas, terrible en las unas, amable en las otras: las unas y las otras nos las hace para llevarnos á sí, y ganar nuestro amor.

* S. Juan, c. VIII, v. XXI. Meditacion CXXXIX.

Peticion y coloquio.

O Dios poderoso, yo os temeré: o Dios caritativo, yo os amaré. Véisme aquí á vuestros pies, o Jesus, y aquí me estaré continuamente para implorar vuestra misericordia; de ellos no me levantará la presuncion, ni la obstinacion, sino la confianza. Nada puede todo el furor de los hombres y de los demonios contra los que vuestro Padre os ha dado: *Dejad que estos se vayan,* les decís Vos; y esta palabra basta para ponernos en seguridad. Seais bendito, o Dios mio, por la poderosa proteccion que nos concedeis. No la retireis jamas particularmente de mí. No permitais que yo abuse de ella, ó que la resista. Amen.

MEDITACION CCCIX.

ARDOR DE SAN PEDRO POR LA DEFENSA DE SU MAESTRO.

S. Mat., c. XXVI, v. L, LIV.—
S. Luc., c. XXII, v. XLIX, LI.
—S. Marc., c. XIV, v. XLVI,
XLVII. — S. Juan, c. XVIII,
v. X, XI.

Primero. Cuatro circunstancias de la accion de San Pedro. Segundo. Cuatro palabras que Jesus endereza á San Pedro.

PUNTO PRIMERO.

Cuatro circunstancias de la accion de San Pedro.

Primero. *Los Apóstoles consultan al Salvador.* — « Entonces se acercaron... » Habiendo respondido Jesus á sus enemigos por la segunda vez que él era el que buscaban, se acercaron, y se pusieron en disposicion de arrestarlo... Lo que se lee en San Mateo y en San Marcos. « Que pusieron encima á Jesus las manos, y lo tuvieron estrechamente... » se dijo por anticipacion, y se refiere á lo que dicen

mas abajo San Lucas y San Juan. « Y los que estaban al rededor de Jesus (los Apóstoles), viendo lo que iba á suceder, le dijeron: ¿Señor, herimos con la espada...? » No podemos dejar de admirar aquí el amor y afecto de los Apóstoles para con su Maestro; su atencion á cuanto ven hacer á sus enemigos; su valor que los mantiene junto á él; su confianza en su poder, que no les dejaba duda alguna, de que solo con dos espadas podrian defenderlo contra aquella multitud de personas armadas; y finalmente su docilidad que los mueve á consultarle, y esperar que diga sola una palabra, para comenzar ellos mismos el combate. Es verdad que se engañaban; porque no habian comprendido las palabras que Jesus les habia dicho; pero este era un engaño bien excusable del que el Salvador mismo no habia querido sacarlos, y que sirve aquí para nuestra instruccion. Evitemos, pues, su error, ó imitemos sus virtudes.

Segundo. *Pedro hiere á Malco.* — « Y he aquí que uno de los que estaban con Jesus... Simon Pedro que tenia la espada la desenvainó, é hirió un criado del Sumo Sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco... » Este Malco, criado del gran Sacerdote Caifás, queriendo sin duda hacerse una gloria, y un mérito para con su Señor, se adelantó á poner el primero la mano sobre Jesucristo; pero Simon Pedro que tenia una de las dos espadas, la tiró fuera de la vaina, y sin esperar la respuesta del Salvador le dió un golpe al teme-

rario con que le cortó la oreja derecha. Aquí se nos representa la cabeza de los Apóstoles, el mas aficionado á su Maestro, el mas ardiente en defenderlo, y el primero á exponerse por él.

Tercero. *Jesus contiene este principio de tumulto.*— « Pero Jesus tomando la palabra, dijo: basta eso... Deteneos, no paseis mas adelante. ¿Habla aquí Jesus á sus discípulos, ó á los soldados? A sus discípulos sin duda; y con todo eso, los soldados no se muestran menos dóciles que los mismos discípulos. Este primer golpe debiera naturalmente ser vengado con mil golpes, y muy presto el estrago hubiera sido horrible; pero una sola palabra lo suspende todo, y de la una parte y de la otra ya no se da ningun paso. ¿Quién es el que habla así, y se hace así obedecer? Esta era la pregunta que se hacia cuando Jesucristo calmaba los vientos y el mar; pero aquí el prodigio es aun mas sorprendente. Jesucristo habia permitido este principio de combate, por miras dignas de su sabiduría. Por una parte habia querido dar á sus discípulos la ocasion de mostrarle su fidelidad y su amor; y por otra, tener ocasion él mismo de manifestar su poder y su dulzura, é instruir á su Iglesia, hablando al que ya estaba destinado por cabeza... Jesus ejecuta todo esto con una autoridad que tiene á todos sus enemigos en respeto, y los obliga á ser testigos pacíficos de cuanto se dispone á hacer y á decir. Obra milagros en su presencia con otra tanta dignidad, como en las llanuras de la Galilea; instruye á sus

discípulos con otra tanta tranquilidad como en el Cenáculo: les habla con tanta libertad, con cuanta lo hacia en el Templo, cuando parecia que fuese sostenido de todo el favor del pueblo. Quizás Jesus no compareció jamas mas grande que en el huerto de las Olivas; que en aquel lugar en que ha querido ser atado y encadenado por nosotros... Señor, todo os obedece. ¿Yo solamente os seré rebelde? Cuando en los primeros movimientos de cólera, de odio, de venganza, ó de cualquiera otra pasion que sea, me decís Vos en el fondo del corazon estas divinas palabras: « *basta eso...* » ¿seré yo tan grosero que desprecie vuestra voz, y que quebrante vuestro precepto?

Cuarto. *Jesus sana á Malco.*— Y tocada su oreja, lo sanó... » El que se habia adelantado para poner las manos sobre Jesus, sufre que Jesus ponga sobre él las suyas. Queria poner las manos sobre Jesus para arrestarlo como un malhechor, y Jesus pone las manos sobre él como su bienhechor, y como Salvador para sanarlo. ¡Qué bondad! ¡Qué dulzura! Qué caridad! ¿Malco que recibió este beneficio, y sus cómplices que fueron de él testigos se conmovieron ó se convirtieron? Se hubieran antes convertido unos bárbaros que estos impíos... Este prodigio nada tuvo para ellos de nuevo; nada de sorprendente. No ignoraban que Jesus hacia habitualmente milagros; pero habia ya mucho tiempo que se habian obstinado contra esta prueba de su Divinidad... Todo lo que pudieron concluir de esto

en su ceguedad fue, que segun el aviso del traidor Judas, era necesario usar con Jesucristo mayor precaucion que con cualquier otra persona. ¿Puede darse ceguedad y extravagancia mayor? Habria dificultad en creerlo si los impíos de todos los siglos no nos hubieran dado ejemplos de ello. Pero nosotros saquemos fruto del ejemplo que aquí nos da nuestro Maestro, y aprendamos de él á hacer bien á los que solo procuran hacernos mal.

PUNTO II.

Cuatro palabras de Jesucristo enderezadas á San Pedro.

Primero. *Primera palabra.* — « Entonces Jesus le dijo: vuelve tu espada á su lugar porque todos aquellos que pondrán mano á la espada, con espada perecerán.» Es esta una de aquellas sentencias que estan bastantemente verificadas, sucediendo frecuentemente lo que expresan. Ninguna cosa hay mas comun que el ver que los que se sirven de la espada perecen con la espada. El Salvador enseña aquí una manera de defensa solo digna de él, de sus discípulos, y de su Iglesia. La espada es una arma equívoca; esto es, puede servir á la injusticia, y á la justicia: á la injusticia de un injusto agresor, y á la inocencia de un inocente asaltado. Muchas veces aun por este camino, el culpado triunfa del inocente, porque la emplea con mayor

furor, y con menos precaucion; y muchas veces aun con mayor destreza y experiencia. Jesus para nuestra defensa nos permite otra especie de armas, de que nuestros enemigos no pueden servirse contra nosotros, y estas son la dulzura, la paciencia, la caridad, el silencio, y la oracion. A estas armas promete la victoria y la corona. Por medio de ellas solas la Iglesia se ha mantenido, y debe mantenerse hasta la fin de los siglos. La victoria que ella ha conseguido con solo el uso de estas armas, forma su gloria única; la distingue de toda otra sociedad, y es una prueba auténtica de su Divinidad. ¿Y somos nosotros discípulos de este Divino Maestro, é hijos de esta Santa Iglesia, si para nuestra defensa particular empleamos otras armas diversas de las suyas, y pretendemos rebatir la espada con la espada? Otros nos hacen daño, y nosotros queremos hacerlo; hablan mal de nosotros, y nosotros hablamos mal de ellos; se nos hace una injuria, y respondemos con otra; nos han ofendido con un mote ó con un dicho, y nosotros procuramos ofender con otro; y así de lo demas. ¿Y venceremos nosotros por este camino? No: nosotros nos acarrearemos infinitos disgustos, y cuando venciésemos, nuestra victoria seria para nosotros vergonzosa, y mereceriamos castigo. Si queremos vencer segura y gloriosamente, volvamos nuestra espada á la vaina: esto es, contengamos la lengua, reprimamos nuestros desreglados deseos; sofoquemos aquellos resentimientos; y si nuestra espada ha hecho ya

cualquiera herida, resanémosla con nuestra sumision, con nuestros buenos oficios, reparando prontamente el daño que hayamos hecho, y la ofensa que hayamos cometido. A la violencia, al desprecio, á los insultos, opongamos solamente la paciencia, y entonces la victoria nos es tan segura como la recompensa.

Segundo. *Segunda palabra.* — « Piensas tú, por ventura, que no puedo rogar á mi Padre, y me pondrá delante ahora mas de doce legiones de Angeles?... » El Señor opone las legiones á la Cohorte, que habia venido para arrestarlo; doce legiones á los doce Apóstoles, que él habia elegido; y finalmente los Angeles á los hombres. Ninguna cosa nos hace conocer mejor, cuán voluntaria fuese la oblacion del Salvador, que considerar la extension de su poder. Por sí solo ha podido con una sola palabra, y por un acto solo de su voluntad, aterrar todos sus enemigos, hacerlos inmobles, y habria podido del mismo modo quitarles la vida. Uno solo de sus discípulos armado de una espada, habria podido, bajo su proteccion, deshacer una armada entera, sin que alguno hubiese podido resistir. Si hubiese querido una venganza mas estrepitosa, millones de Angeles habrian tenido á grande honor el combatir por él, y defender su Rey. Pero no: su caridad por nosotros cierra el camino á todos los socorros, que habria podido obtener de su Padre, y de sí mismo, de los Angeles, y de los hombres, del Cielo y de la tierra. Vendrá el tiempo, en que

el universo se armará en su favor * ; pero ahora no se sirve de su poder; y si nos lo advierte, lo hace, para que sepamos que por sí mismo se entrega en manos de sus enemigos, no ya por debilidad, sino por nuestro amor; que no ya por debilidad sufre él, que sean oprimidos sus siervos, que se persiga su Iglesia, sino que en todo esto ejecuta los designios de su providencia, de su sabiduría y de su misericordia para con nosotros. No tengamos, pues, temor alguno bajo de un Señor tan poderoso: abandonémonos á su conducta, y pongamos nuestra gloria en caminar sobre sus pasos.

Tercero. *Tercera palabra.* — « ¿Cómo pues se cumplirán las Escrituras de que así debe suceder... ? » Segun las Escrituras es necesario, que Cristo padezca y muera. Es Jesucristo mismo, el que por su espíritu ha dictado á los Profetas lo que debia hacer, y padecer sobre la tierra cuando hubiese comparecido en ella. El Verbo de Dios no ha mudado designio despues que se hizo hombre, y ejecuta en su humanidad, el plan que ha trazado en las Escrituras. Este plan anunciado tantos siglos antes por medio de tantas bocas diferentes, y exactamente cumplido en la persona de Jesucristo, no deja algun efugio á la incredulidad; disipa todas las nubes, nos muestra al verdadero Mesías, al Hijo de Dios, con una evidencia que conviene ser necio para resistirse aun. La parte de las profecías que

* Sapient., c. V, v, xxi.

mira á la pasion del Mesías, es la mas circunstanciada, y por consiguiente, la mas propia para hacerlo reconocer : Por eso han insistido sobre ella, mayormente el Salvador, sus Apóstoles y sus Evangelistas para hacernos observar, con qué exactitud se ha cumplido en Jesucristo : Es aquella que los falsos Cristos, y sus partidarios han procurado menos aplicarse á cumplir ó contrahacer ; pero es la que los Santos del antiguo Testamento han representado en sus personas de diferentes maneras, siendo figuras del Mesías * : Y es aquella que los Santos del nuevo Testamento deben sobre todo hacerse gloria de cumplir, para hacerse semejantes á su cabeza divina, ser incorporados y poder triunfar con ella; porque las mismas Escrituras que anuncian los dolores, y sufrimientos de la cabeza, y del Maestro, anuncian tambien los de los miembros, y de los discípulos. Con que si la naturaleza, ó ciertos amigos poco espirituales, quieren apartarnos del padecer, y sufrir, respondámosles con nuestro Maestro. *Cómo, pues, se cumplirán las Escrituras.* Ay de aquellos que no las cumplen, con padecer en este mundo con Jesucristo, porque cumplirán lo que está escrito de los pecadores, padeciendo en el otro con los demonios. Pero dirán algunos : ¿por qué tanta penitencia, tanto trabajo, tanto padecer, y tanta paciencia ? Porque se deben cumplir *las Escrituras, á tenor de las cuales, debe ser así.*

* Como Abel, Isaac, Josef, Job, David, Jeremías. etc.

Cuarto. *Cuarta palabra.* — « ¿No beberé yo el Caliz que me ha dado el Padre..?» ¡Palabra digna del respeto, de la obediencia, y del amor del Hijo de Dios á su Padre...! Adaptémosla á nosotros mismos, y apliquémosla á todas las dificultades chicas ó grandes que encontramos en la práctica de la virtud... Aquellas obligaciones gravosas de nuestro estado, aquellos placeres de que debemos privarnos; aquella enfermedad, aquella pérdida, aquel desprecio, aquella afrenta, aquella persecucion: he aquí el caliz que debemos beber, tomando ánimo de dos motivos: el primero porque es Dios nuestro Padre el que nos lo presenta. No consideremos las criaturas, las cuales en sus manos no son otra cosa que instrumentos de que él se sirve. El segundo, porque nuestro Salvador lo ha bebido primero, y despues de él todos sus Apóstoles y todos sus Santos... ¡Ah! ¿Qué comparacion hay entre nuestro caliz y el suyo? ¿Seremos nosotros tan cobardes, tan enemigos de nosotros mismos que rehusemos beberlo? ¿Ignoramos que despues de haber bebido este caliz estaremos eternamente bebiendo en un torrente de delicias en el Cielo *? ¿Preferiremos beber en el caliz envenenado de los pecadores? ¿Pero ignoramos que despues de sus breves y vergonzosos placeres beberán ellos hasta las heces el caliz de la cólera de Dios en una eternidad de suplicios **? No será ya entonces un Dios Padre que

* Psalm. XXXV, v. IX.

** Psalm. LXXIV, v. VI.

presentará un caliz de salud, sino un Dios enemigo y vengador del pecado, cuya justicia se llamará sin misericordia *.

Peticion y Coloquio.

No, o Señor, no escucharé ya mas los falsos amigos que me inspiren el moderar las penas anejas á mi estado. Este es el caliz que Vos me presentais, no me lo dejaré quitar de la mano, lo beberé hasta la hez. Todo lo sufriré de mis hermanos, sin resistir y sin lamentarme: esto es lo que Vos me encomendais, y me enseñais con vuestro ejemplo. Son, es verdad, los hombres los que me hacen padecer y sufrir, diré yo entonces; pero sois Vos, o Dios mio, que como un Padre lleno de bondad me castigais, ó me probais por su ministerio. Amen.

* Oseas, c. I, v. VI.

MEDITACION CCCX.

JESUS SE ENTREGA EN MANOS DE SUS ENEMIGOS.

S. Luc., c. XXII, v. LII, LIII.—S. Mat., c. XXVI, v. LV, LXI.—S. Marc., c. XIV, v. XLVIII, LI.

Primero. Discurso de Jesucristo á las turbas. Segundo. Huida de los Apóstoles. Tercero. De un joven que se halla en el huerto de las Olivas.

PUNTO PRIMERO.

Discurso de Jesucristo á las turbas.

Primero. *Jesus las reprende en orden al hecho presente.* — « Dijo, pues, Jesus á los Príncipes de los Sacerdotes, y á los Magistrados del Templo, y á los ancianos que se habian movido contra él... Como á ladron habeis salido con espadas y con palos á prenderme... » Los malos tratamientos que nosotros experimentamos nos son muchas veces menos dolorosos que la manera con que se nos hacen cuando esta manera manifiesta el mal con-

cepto que se tiene de nosotros, y sirve para que otros lo formen; y he aquí el motivo mas ordinario de nuestras quejas... Todos nos oyen decir cada dia: ¿quién soy yo, pues? ¿Por qué me prenden? Me tratan como si yo fuese... ¡Ah! Si fueses un verdadero discípulo de Jesucristo no te quejarias así; antes te alegrarias de verte tratado como tu Maestro. El Salvador ha hecho expresamente mencion de esta circunstancia, sobre que acaso nosotros no habriamos hecho reflexion, para que nos sirva de consuelo en semejantes ocasiones. Sus enemigos no se contentan con arrestarlo, lo hacen con un aparato el mas indecoroso y humillante. Se diria que se trataba de un hombre que se hacia temer, y que era peligroso; de un ladron, de un asesino, de un enemigo de la Religion y del Estado, cuando era la misma dulzura, que jamas habia hecho resistencia alguna, que habia hecho siempre bien á todo el mundo, que siempre habia cedido á la tempestad, que se contentaba con huir cuando estaba amenazado, y que estaba acompañado solamente de algunos discípulos, y prohibia tambien á los que lo siguiesen emplear el medio de hecho; y volver injusticia por injusticia, injuria por injuria. ¡Qué dulzura en Jesucristo! ¡Qué malicia en sus enemigos! ¡Qué ejemplos, qué instrucciones para nosotros!

Segundo. *Jesus les trae á la memoria lo pasado.* — « Todos los dias estaba entre vosotros sentado en el Templo para enseñar, y no me habeis pren-

dido... » Cada vez que Jesus iba á Jerusalen se iba á enseñar al Templo. En el curso de esta semana, y despues que volvió de Efrain, compareció en él todos los dias. Podian acordarse con qué aclamaciones fue recibido en él el dia primero, con qué frecuencia habia continuado á enseñar los otros dias; y como el Martes, esto es, dos dias antes le habian ellos mismos por sí, y tambien por medio de sus Emisarios hecho varias preguntas; cómo habia respondido á las cavilaciones maliciosas que le habian propuesto, y cómo bajo el velo de varias parábolas les habia anunciado el delito que se disponian á cometer, y el castigo que bien presto les vendria. Podian tambien traer á la memoria cuántas veces habian querido arrestarlo, y que otras tantas, aunque Señores del Templo, y teniendo en él tropa de guardia, habian visto frustrados sus designios, y desvanecidos sus proyectos. Habria bien debido una tal memoria hacerles entrar en sí mismos, ó por lo menos servir para su conversion despues de su resurreccion. Pero si todo esto es para ellos inutil ¡ah! no lo sea para nosotros. Reconozcamos que Jesucristo ha obrado siempre de Señor absoluto, y en calidad de Hijo de Dios, que ha impedido las trazas y el furor de sus enemigos, y que se ha entregado en sus manos cuando ha querido, y cuando lo requeria la obediencia que debia á su Padre, y el amor que tenia para nosotros.

Tercero. *Jesus deja en su libertad lo venidero con*

con tres palabras dignas de observacion, bien capaces de mover el corazon de sus enemigos ; pero que antes bien sirvieron para poner el colmo á su obstinacion y dureza. — Primera. « *Pero esta es vuestra hora...* » La hora que ya por mucho tiempo era el objeto de vuestros deseos, hora funesta para vosotros y al fin concedida por un justo juicio de Dios á vuestra ceguedad y á vuestra malicia. — Segunda. « *Y la potestad de las tinieblas.* » Satanas ha obtenido sobre mí la potestad que deseaba, el infierno está para desencadenarse, y vosotros sereis sus diputados, sus ministros y sus cómplices.— Tercera. « *Y todo esto ha sucedido para que se cumpliesen las Escrituras de los Profetas...* » Cuanto ha sucedido hasta ahora, y cuanto sucederá hasta mi muerte, y despues de mi muerte, no es otra cosa que un exacto cumplimiento de cuanto han escrito los Profetas... Despues de estas palabras de dignidad, de magestad, de divinidad, Jesus derribó, por decirlo así, el muro invisible que contenia como inmobles sus enemigos. Sintieron que ya nada los detenia, y se dispusieron con una rabia y con una ceguedad incomprensible á consumar el atentado horrible que habian venido á ejecutar, y del que no habian podido apartarlos todos los prodigios de fuerza, de dulzura y de caridad de que habian sido testigos : « *Pero esta es vuestra hora.* » ¡Desventurado momento es aquel que Dios en su cólera nos concede para pecar !... « *Y la potestad de las tinieblas...* » ¡Funesto poder es aquel que nosotros ejercita-

mos para ofender á Dios, para oprimir al inocente y seguir los designios del infierno! ¡Horribles *tinieblas* son las que cubren los delitos de los malos, que por un instante esconden su rubor, y les quitan la vista del precipicio en que se arrojan y á que se seguirán las tinieblas exteriores y los suplicios del infierno,..! *Y todo esto ha sucedido para que se cumpliesen las Escrituras...* » ¡Desventurado de aquel que cumple las Escrituras solo con lo que pertenece á los pecadores, á sus excesos, á su dureza, á su impenitencia final y á los suplicios que les estan reservados! ¿No estoy yo, no he estado, no estaré en este número? ¡Ah! estas divinas y terribles palabras del Salvador me penetren de espanto, me aparten del pecado, me hagan volver atras de la orilla del precipicio, si estoy ya en él.

PUNTO II.

Huida de los Apóstoles.

« Entonces todos los discípulos, dejándolo, se huyeron...»

Primero. *Consideremos esta huida como un efecto de su infidelidad.* —Jesus no pedia de ellos que combatiesen por él: se lo habia prohibido; no pedia que lo siguiesen, que se dejasen llevar á la carcel, poner en cadenas para ser llevados á los suplicios y á la muerte; al contrario, habia mandado á las turbas que los dejasen ir. ¿Qué cosa pues debian ha-

cer los Apóstoles? Debian retirarse sobre la palabra de su Maestro, bien seguros que no les sucederia algun mal, y que el tercer dia, segun su promesa, lo verian resucitado. Pero no habian ellos querido jamas creer ni comprender lo que les habia dicho del misterio de su muerte y de su resurreccion. Así lo abandonaron porque ya no tuvieron en él sino una fe incierta y vacilante, y porque en vez de poner su confianza en la verdad de su palabra y en el socorro de su omnipotencia, la pusieron en sí mismos, y en la precipitacion de su huida. Solo ha un momento que protestaban que le serian fieles hasta la muerte; solo ha un momento que estaban dispuestos á combatir por él; ¿cómo pues todos han mudado resolucion, han mudado ideas en un momento? A la verdad, no son ellos que se han mudado. Estarian prontos á combatir y á morir por él con las armas en la mano. Si huyen, es porque la tentacion en que se hallan empeñados es muy diferente de la que se habian imaginado. Se trataba de ver á su Maestro en cadenas, en los suplicios, espirar sobre una cruz: y no obstante esto, creer en él como en el Hijo de Dios, y de esperar en él como en el Reparador y Restaurador del reino de Israel, y en el Salvador de todos los hombres; y esto es lo que jamas habian querido entender, y á lo que de ningun modo estaban dispuestos. Guardémonos de caer en la culpa de los Apóstoles, engañándonos en la naturaleza de las tentaciones á que estamos dispuestos. Si se tratase solamente de tomar las armas por la

Religion, ninguna cosa hay mas natural para el hombre ni mas facil: los Paganos, los Mahometaros, los Hereges lo han hecho; pero no es esto lo que Jesucristo pide; antes lo prohibe; pero ser humildes, sumisos, obedientes, dulces, pacientes, castos, piadosos, justos, modestos, recogidos, unidos á Dios. He aquí lo que debemos hacer, á lo que nos debemos preparar, y donde nos llevarán las tentaciones que debemos vencer.

Segundo. *Consideremos esta huida como un efecto de la Providencia.* — Dios con su sabiduría sabe sacar bien del mal, y su Providencia hace que todo sirva á la ejecucion de sus designios. Esta huida ó este abandono fue para Jesucristo una pena que quiso sufrir para darnos el ejemplo, y merecernos la gracia de soportar semejantes pruebas. — Esta huida fue predicha por los Profetas y por Jesucristo mismo, con que ella servia para el cumplimiento de los divinos oráculos. Esta huida hizo en adelante conocer á los mismos Apóstoles su propia debilidad, y nos advierte la nuestra. Esta huida nos hace conocer la virtud del Espíritu Santo, que pudo en un momento cambiar estos hombres, y de pusilánimes que eran, hacerlos valerosos é intrépidos. Esta huida, tan sinceramente confesada, y tan cándidamente escrita, es una prueba de la verdad de la historia Evangélica. No podemos sospechar mentira en hombres que publican tan francamente su flaqueza, su pusilanimidad y su vergüenza. Finalmente, esta huida confirma el testimonio

que los Apóstoles han dado de Jesucristo, y da á sus palabras una fuerza á que ninguno puede resistir. Adoremos á Dios en la profundidad de sus caminos, y démosle gracias por haber multiplicado de este modo las pruebas de la verdad que él nos ha hecho anunciar.

Tercero. *Consideremos esta huida como un efecto del poder de Jesus.* — Ninguna cosa era mas facil á esta multitud unida y armada, que asegurarse al mismo tiempo con Jesus de los once discípulos que le habian quedado; y ninguna cosa era tan importante á la Sinagoga como arrestar todo de un golpe al Maestro y á los discípulos, y cortar á un mismo tiempo toda una doctrina que le era tan odiosa, y de que tenia tanto que temer. Pero no es cosa que se ha dejado en poder de los hombres el destruir la Iglesia de Jesucristo. Aquella palabra de Jesucristo: « *Dejad que estos se vayan,* » es eterna é inmutable. Es él el que en las mas crueles persecuciones hace la eleccion de los que quiere coronar, y la de los que quiere dejar para continuar su obra; ninguna potencia de la tierra ó del infierno puede romper este orden absoluto: « *Dejad que estos se vayan...* » Pensemos solamente en ser fieles, sin inquietud sobre el éxito que está en las manos de aquel á quien el Padre ha dado todo el poder en el Cielo y en la tierra; bien presto veremos estos fugitivos y tímidos Apóstoles presentarse con confianza, y venir á ser los fundamentos de la Iglesia, y las columnas

inmobles de la verdad. ¡Qué cosa puede haber ni mas grande, ni mas divina!

PUNTO III.

De un joven que se halla en el huerto de las Olivas.

Primero. *Su imprudencia.* — « Y un cierto jovencito seguia á Jesus, cubierto con una sábana sobre la carne desnuda... » ¿Quién era este jovencito, y cómo se halla en un lugar tan peligroso? Era sin duda uno de los habitantes de aquella heredad de Getsemaní, que se despertó al ruido, y lo condujo su curiosidad. — ¡Funesta curiosidad! Queremos verlo todo; queremos oirlo todo; todo lo queremos leer y saber. ¡Cuánta juventud ha sido víctima de su indiscreta curiosidad, y ha perdido por ello el reposo, los bienes, la inocencia y la vida!

Segundo. *Su prision.* — « Y lo pillaron... » La prision de este joven da bien á entender que la libertad que tuvieron los Apóstoles de huirse de allí, no se puede atribuir al descuido, ó inadvertencia, ó preocupacion de los Judíos, sino solo á la proteccion de Jesucristo, que ni tampoco permitió que este joven fuese comprendido en su desgracia, no queriendo que alguno padeciese por su causa.

Tercero. *Su huida.* — « Pero él dejando la sábana, escapó de ellas desnudo... » No es maravilla lo que este joven hizo para salvar su libertad y su vida. ¿Y por qué no hacen todos otro tanto para

salvar su inocencia, y conservar la vida de su alma? Si alguna vez sin saberlo nos hallamos empeñados en algun mal paso; si nos hallamos en cualquier ocasion, ó en cualquier tentacion peligrosa, huyamos sin perder tiempo; dejemos si es necesario la capa como Josef *. Expongámonos á perderlo todo antes que la vida de la gracia. ¿Con tal que escapemos de las manos de nuestros enemigos, qué importa el cómo escapamos? ¿Qué importa que nuestra fortuna, que nuestra reputacion padezca, que nosotros vengamos á ser materia de motes, y objeto de desprecios? Dios sabrá muy bien recompensarnos. Todo lo demas es nada, en comparacion de una vida eterna.

Peticion y Coloquio.

¿Y por qué, o Salvador mio, no era yo en vez de aquel joven? Yo mismo me hubiera entregado en las manos de los enemigos, para acompañaros hasta el Calvario, y morir allí por Vos y con Vos. Pero ¡ay de mí! ¿Qué es lo que yo digo? Por qué me lisonjeo así yo, que por un vano honor, por un respeto humano, por el mas pequeño interes he abandonado muchas veces vuestra causa? ¡Ah! no permitais ya jamas, o Jesus, una cobardía semejante en mí. Vuestro amor que por mí os entrega en

* Genes., c. XXXIX, v. xii.

manos de vuestros enemigos, regule todos los movimientos de mi corazon, y le enseñe á sufrir con alegría todo lo que tendré que sufrir por vuestro amor. Amen.

MEDITACION CCCXI.

DE LAS ATADURAS DE JESUS.
S. Juan, c. XVIII. v. XII.

Primero. Cómo Jesus ha sufrido ser atado. Segundo. Qué ventajas nos han traido las ataduras de Jesus. Tercero. En qué cosa deshonramos las ataduras de Jesus.

PUNTO PRIMERO.

Cómo Jesus ha sufrido ser atado.

Primero. *Jesus en ser atado sufrió gran dolor.* — « La Cohorte, pues, y el Tribuno, y los ministros de los Judíos prendieron á Jesus, y lo ataron..... » Podemos imaginarnos con qué furia aquellos lobos rapaces se arrojaron sobre aquel inocente Cordero; con qué violencia apretaron las cuerdas con que lo ataron; en cuántas maneras lo tiraron, lo empujaron; cuántas veces le hicieron tropezar y caer; con qué inhumanidad lo arrastraron en sus caidas, y con qué golpes lo volvian á levantar... ¡O Jesus, qué preludio es este de cuanto quereis sufrir por

mí!.. ¿Qué haria yo por un amigo que por mí se dejase cargar de cadenas? ¿Qué exigiria yo de un amigo por quien yo hubiese sufrido en su lugar las cadenas?

Segundo. *Sufrió grandes oprobios.* — El triunfo de los cabardes está siempre lleno de arrogancia, y de insulto... Los gritos de alegría que dieron los enemigos de Jesucristo cuando se vieron dueños de su persona; los golpes con que lo oprimieron: las injurias que le dijeron; las cosas que le echaron en cara, y los nombres odiosos que le pusieron, mostraban no solo su odio, sino tambien el sumo desprecio que de él hacian. Lo creian debil, desarmado, vencido, é incapaz ya en adelante de hacer cosa alguna, ó por su defensa, ó por su gloria.

Tercero. *Sufrió ser atado con el mayor amor.* — ¡Ah! ¿sin las ataduras de su amor qué fuerza habrian tenido las ataduras de sus enemigos? Las habria roto con mayor facilidad que Sanson las suyas; pero su amor lo ha dado en manos de sus enemigos, y lo tienen esclavo... ¡O amor y qué poderoso sois, pues sabeis reducir á la esclavitud la Omnipotencia! Reducidme, pues, tambien á mí; domadme, sujetadme, y tenedme esclavo de tal manera, que en mí nada os resista, y nada me separe de Jesucristo hecho esclavo por mí.

PUNTO II.

Qué ventajas nos han procurado las ataduras de Jesucristo.

Primero. *Han encadenado al demonio, y á nosotros nos han puesto en libertad.* — Llevándolas por nosotros Jesus, expiado el mal uso que hemos hecho de nuestra libertad: ha roto la cadena de nuestras iniquidades, y el yugo vergonzoso, bajo del cual nos tenia esclavos el demonio; lo ha encadenado á él mismo, y tiene á la cadena este leon furioso que ya no puede tragar sino es á aquellos que tienen la temeridad de acercársele.

Segundo. *Hacen la consolacion de los esclavos, y la gloria de los Mártires.* — Los que estan detenidos en las prisiones de la humana justicia, sean culpados ó inocentes, hallan en las ataduras de Jesucristo con que santificar las propias; con que consolarse, y con que fortificarse. Pero aquellos que los tiranos en odio de la fe han hecho arrestar, y cargar de cadenas ¿qué fuerza no han hallado, y qué consuelo no han sacado de las ataduras de Jesucristo? ¿Cuánto se han alegrado de tener parte en ellas? Se han gloriado de sus cadenas, y las han preferido con razon á los cetros, y á las coronas de la tierra.

Tercero. *Nos unen á Dios y á su servicio.* — Las ataduras de Jesucristo nos han obtenido la gracia de conocer y amar la gloria que hay en servir á

Dios; en estar unido á él con una fidelidad inviolable para observar su Santa Ley. A esta atadura indispensable de la Ley de Dios, el amor de Jesucristo, y el deseo de estar con él mas estrechamente unidos, han hecho añadir tambien otras que no podemos abrazar sin un valor heróico, y en pos de las cuales la Iglesia ve correr y suspirar un número infinito de sus hijos del uno y del otro sexo. Se ven renunciar con alegría, y para siempre de su libertad; despojarse de sus bienes, y abandonar toda esperanza de poseer ó adquirir; consagrar sus cuerpos á la mortificacion; sujetarse á una regla austera; declarar guerra abierta á su espíritu, á su corazon, y consentir en pasar toda su vida en una total y comun dependencia.

PUNTO III.

En qué cosa deshonramos nosotros las ataduras de Jesucristo.

Primero. *Rehusando obedecer á la Ley de Dios, y cumplir las obligaciones del Cristianismo, y de nuestro estado.* — Entonces volvemos nosotros á poner en práctica el funesto uso de una mala libertad, á que ya habiamos renunciado. En vez de permanecer unidos á Dios, y atados con Jesucristo, volvemos á entrar en las cadenas del demonio para sufrir los males de la mas vergonzosa esclavitud.

Segundo. *Rehusando sufrir de la parte de los hom-*

bres. — Comprendamos bien una vez que los daños, las injusticias, y los malos tratamientos que nos hacen los hombres, son ocasiones que nos presenta Jesucristo, de participar de sus ataduras; pero murmurar, lamentarse, impacientarse, procurar vengarse; esto es, desechar las ataduras de Jesucristo, tener vergüenza de ellas, y por consiguiente deshonrarlas. ¿Y acaso las que él nos presenta son mas dolorosas, y mas injustas que las que él ha sufrido por nosotros? ¡Ah! si pensásemos en esto tendriamos vergüenza de nosotros mismos, y de nuestra pusilanimidad.

Tercero. *Omitiendo el caminar á la perfeccion á que Dios nos llama.* — Faltar á la propia vocacion; no adoptar el espíritu de nuestro estado, y no cumplir sus obligaciones, es rehusar las ataduras de Jesucristo, y preferir el estrépito, y el tumulto de la esclavitud del mundo á la santa y pacífica libertad que se halla en el servicio de Dios. Desecha tambien las ataduras de Jesucristo el que no quiere tener esclavo su espíritu, la imaginacion, y sus sentidos, para vivir en el recogimiento, en la atencion á la oracion, y perseverar en su fervor.... Desecha estas dulces ataduras que nos unirán á Jesucristo el que sigue la disipacion y la tibieza; pero la sequedad, la dulzura del corazon, la indevocion, la agitacion misma, y los remordimientos que experimentamos, toman venganza por Jesucristo de nuestros desprecios, y nos hacen gemir bajo la esclavitud de los sentidos, mientras que tantos otros gustan

una libertad deliciosa en las ataduras del amor que los une á Jesucristo.

Peticion y Coloquio.

O Salvador mio; puedo y quiero suavizar el peso de vuestras cadenas, ayudándome vuestra gracia para romper las que me arrastran al pecado. Concededme, o Jesus, esta gracia. Libre en la esclavitud, o Divino Redentor mio, es vuestro amor para conmigo el que os ata. ¡Ah! Haced que yo no lleve ya otras cadenas que las de vuestro amor. Amen.

MEDITACION CCCXII.

PRIMER CONSEJO DE LOS JUDIOS QUE SE TUVO LA NOCHE EN QUE JESUS COMPARECE, Y ES JUZGADO DIGNO DE MUERTE.

S. Juan, c. XVIII, v. XII, XIV, XIX, XXIV.—S. Mat., c. XXVI, v. LVII, LXIII. — S. Marc., c. XIV, v. LIII, LXI. — S. Luc., c. XXII, v. LIV.

Primero. El Pontífice pregunta á Jesus. Segundo. Jesus recibe una bofetada. Tercero. Se traen testigos.

PUNTO PRIMERO.

El Pontífice pregunta á Jesus.

Primero. *Caracter de los Jueces.*—«La Cohorte, pues, y el Tribuno, y los Ministros de los Judíos prendieron á Jesus... y lo llevaron primeramente á Anás, porque era suegro de Caifás, que era Pontífice en aquel año. Caifás, pues, era el que habia

dado por consejo á los Judíos que convenia que un hombre muriera por el pueblo... Lo condujeron (despues) á Caifás, Príncipe de los Sacerdotes, donde se habian juntado... todos los Sacerdotes, y los Escribas, y los Ancianos...» Anás, uno de los dos Pontífices, suegro de aquel que en aquel año ejercitaba el Pontificado, era uno de aquellos afortunados del siglo, cuya prudencia estima el mundo á proporcion de las riquezas que han adquirido, y de la dignidad á que han llegado. A este fue primeramente conducido Jesus, tanto por hacerle honor, cuanto por darle el agradable espectáculo de ver á Jesus entre cadenas... Fue tambien conducido á él primero para advertirle que ya podia ir al Consejo, que estaba junto en casa de su yerno, donde no habia querido ir con los otros antes que llegase el reo, ó sea porque no juzgase conveniente á su dignidad verse obligado á esperar, ó sea tambien porque no creia que pudiesen arrestar á un hombre que tantas veces se habia librado de sus manos, y que era tan fecundo de expedientes, y tan poderoso en milagros. Si su prudencia le sugeria estas reflexiones, tenia razon, porque Jesus jamas habria sido arrestado si no hubiera querido... Caifás, otro Pontífice, yerno del primero, y que en aquel año estaba en ejercicio, era joven, vivo é impetuoso, y enemigo particular de Jesus. No habian pasado aun quince dias que con la ocasion de la resurreccion de Lázaro habia condenado á Jesus á muerte por pura razon de política, sin otro motivo que el de la multi-

tud de sus milagros*. A casa de este Pontífice fue conducido Jesus para ser juzgado. Anás se lo habia enviado, y bien presto se fué tambien allá él mismo. Los otros Jueces eran Sacerdotes, Escribas, los Ancianos del pueblo, la mayor parte Fariseos, y muchos Saduceos. Estos últimos no creian en la otra vida. Todos estos Jueces eran enemigos de Jesucristo, que él habia confundido mil veces en la disputa, y descubierto su corrupcion, sus rapiñas y su hipocresía. Ya estaban todos juntos en casa de Caifás. La mayor parte habia ya prevenido el juicio con el Pontífice, condenando como él á Jesus á muerte, y los otros no estaban menos dispuestos á hacer en todo la voluntad de Caifás. He aquí el Consejo impío y sanguinario, delante del que quiso comparecer en forma de reo el Mesías, el Hijo de Dios, el Juez eterno de vivos y de muertos. Lo quiso para expiar la injusticia de nuestros propios juicios, y para enseñarnos á sufrir la injusticia de los que contra nosotros se pronuncian.

Segundo. *Pregunta del Pontífice.*—«Ahora el Pontífice (esto es, Caifás, pues San Juan dice que Caifás era el Pontífice de aquel año) preguntó á Jesus acerca de sus discípulos, y acerca de su doctrina...« He aquí una pregunta muy mal fundada, y bien irregular. ¿Hay cosa mas absurda que hacer arrestar un hombre, sin que contra él se haya presentado alguna queja? ¿Puede darse cosa mas inaudita que

* S. Juan, c. XI, v. XLIX, LIII.

comenzar por preguntar á él mismo sobre lo que á él mira, sin presentarle algun capítulo de acusacion? Finalmente pregunta hecha ya muy tarde. Ya habia mas de tres años que Jesucristo tenia discípulos, y que instruia públicamente en el Templo y en todo lugar; ellos mismos ya por mas de tres años lo habian oido y le habian propuesto los principales puntos de la ley para explicarlos en presencia del pueblo : habian frecuentemente admirado su doctrina, y ninguno jamas se habia lamentado, ni menos aquellos que ahora lo juzgan.

Tercero. *Respuesta de Jesucristo.*—Querian pronunciar un juicio contra Jesucristo, y ni siquiera tenian aun pretextos para condenarlo : los buscaban, pero Jesucristo no se los queria suministrar, pues era necesario que su inocencia y la iniquidad de ellos fuesen manifestadas á todos los siglos venideros... «Jesus le respondió : yo he hablado á la gente en público : yo he enseñado siempre en la Sinagoga y en el Templo, donde concurren todos los Judíos, y no he hablado palabra en secreto. ¿Por qué me preguntas á mí? Pregunta á aquellos que han oido lo que yo les hablé : estos saben las cosas que yo he dicho...» La sabiduría en las cadenas de ningun modo es esclava. Nosotros encontramos aquí en Jesus aquella misma dulzura y aquella misma fuerza de discurso que en las Sinagogas y en el Templo han arrebatado tan frecuentemente la admiracion de los pueblos, han hecho enmudecer aquellos mismos que ahora se hacen sus Jueces, y

que aunque Jueces, nada tienen aun que responderle... Os adoro, Sabiduría eterna, que sabeis, aun en vuestras humillaciones, cerrar la boca á la injusticia, manifestar vuestra inocencia, y consolar á todos los que estan oprimidos, y perseguidos de un odio injusto.

PUNTO II.

Jesus recibe una bofetada.

Primero. *Indignidad de este tratamiento.*—Apenas hubo dicho esto, uno de los Ministros que estaban allí presentes dió una bofetada á Jesus diciendo: ¿así respondes al Pontífice?..» ¡Una bofetada!.. ¿Y por qué luego al punto no se secó aquella temeraria mano? ¿Cómo, pues, en el mismo instante no consumió á este miserable un rayo? ¿Cómo en el mismo momento no se arruinó la sala, el palacio de Caifás, y aun toda la ciudad entera de Jerusalen?.. ¡O Magestad adorable, por que sufrís Vos un tratamiento tan indigno? ¡Ah! Vos lo sufrir, o Jesus, para expiar mi orgullo, para enseñarme la humildad, para cerrar el camino á mis quejas, á mis lamentos, y lo hubiérais sufrido en silencio si esta afrenta no hubiera ido acompañada de una reprension á que vuestra sabiduria requeria que respondiéseis.

Segundo. *Respuesta de Jesus al que le dió la bofe-*

tada.—« Respondióle Jesus : si he hablado mal da testimonio del mal ; mas si bien, ¿por qué me hieres?.. » Jesus debia dar esta respuesta primero *para su justificacion.* La sospecha de que él hubiese hablado imprudentemente, ó inconsideradamente, y sin atencion, no debia quedar en el espíritu de sus Jueces, ni en la historia de su Pasion segundo. *Para nuestra instruccion.* Nos enseña que no debemos jamas dejarnos trasportar contra los que estan constituidos en dignidad, que podemos justificar nuestra conducta sin temor y sin bajeza ; pero que no debemos jamas faltar al respeto debido á las potestades ; y que cuando seamos acusados, con cualquier apariencia de fundamento, de faltarles al respeto ó á la sumision debida, es obligacion nuestra rebatir la injuria con dulzura para que no quede impresa en nuestro nombre una mancha que recaeria sobre la causa que sostenemos.—Tercero. *Para confusion de sus enemigos.* Era necesario que en todo el curso de la Pasion de nuestro Salvador compareciesen tan manifiestamente su inocencia, su paciencia y su sabiduría, como la injusticia, el empeño y la violencia de los que lo condenaban.

Tercero. *Silencio de los Jueces.* —¿No era una injusticia manifiesta en el Presidente y en los Jueces de esta Asamblea permitir que alguno tuviese el atrevimiento de maltratar en su presencia, sin razon y sin autoridad al que estaba citado á su tribunal?.. Jesus pide que él manifieste en qué ha hablado mal? ¿Hay cosa mas justa y racional? Pero

el silencio que se guarda, y la impunidad que se le concede prueban igualmente que el Consejo aprueba la violencia y la injusticia que de ella resulta.— Adoremos en todo esto la conducta admirable del Salvador, y tengamos por regla de la nuestra su paciencia y su sabiduría.

PUNTO III.

Se llaman testigos.

Primero. *De la inquietud de los Jueces por tener falsos testigos.*—« Y los Príncipes de los Sacerdotes, y todo el Consejo buscaban algun testimonio contra Jesus para hacerlo morir, y no lo hallaban, habiéndose presentado muchos falsos testigos... porque muchos deponian lo falso contra él, mas sus deposiciones no se concordaban entre sí... » Si los Pontífices y el Consejo hubiesen querido solamente hacer morir á Jesucristo, lo habrian hecho sin formalidades, como despues hicieron morir á San Estevan: no habrian tenido necesidad de testigos, ó hubieran sido convenientísimos para su intento, los que se presentaban. Pero el odio y el deseo de hacerlo para siempre infame les hizo emprender el hacerlo morir por sentencia pública, y por medio del suplicio de la cruz. Ahora no habia otro que Pilato que debiese en Jerusalen pronunciar una tal sentencia... Se trataba, pues, de entregarle á

Jesus para que le condenase á muerte; pero entregándoselo eran necesarias las acusaciones y testimonios suficientes para obtener del Magistrado Romano la sentencia de muerte que se deseaba; y estas acusaciones y estos testimonios no se hallan ahora, porque fuera de que estos testimonios no se concordaban entre sí, y se destruian los unos á los otros, segun la apariencia, miraban solamente á las observancias de la Ley, y á algunos puntos de doctrina, que no habrian hecho mucha impresion en el espíritu del Gobernador... He aquí lo que desesperaba á estos Jueces de iniquidad: omitiendo imprudentemente el buscar la verdad, estaban solamente inquietos, porque en la mentira misma no encontraban con qué sorprender la equidad natural de un Magistrado pagano... ¡Qué hombres! Con todo eran la flor de la nacion, lo que ella tenia de mas grande, y lo que presentaba de mas respetable.

Segundo. *Del testimonio que depusieron dos falsos testigos.*—« Pero al fin vinieron dos falsos testigos... y alzándose atestiguaban lo falso contra él diciendo: nosotros le hemos oido decir... Puedo destruir el Templo de Dios, y reedificarlo en tres dias... Yo destruiré este Templo fabricado con las manos, y en tres dias fabricaré otro no hecho con las manos...» Estos dos testigos eran falsos en cuanto que mudaban las palabras del Salvador, el cual no habia dicho ni *puedo destruir,* ni *destruiré*, sino *destruid*, que puede tambien interpretarse, *vosotros*

destruireis. Eran tambien falsos, pero acaso sin saberlo, en cuanto que aplicaban al Templo material lo que Jesus decia del Templo de su cuerpo. Estos dos á lo menos convenian entre sí, pues segun el Evangelista los dos decian una misma cosa. « Pero todavía su testimonio no era suficiente... » De hecho, hubiera sido una audacia insufrible representar á Pilato como un delito digno de muerte esta palabra, aun cuando la hubiese dicho el Salvador en los términos que deponian los testigos, y que ellos le daban. Poco le importaban á Pilato los intereses del Templo : por otra parte, una palabra que no habia tenido algun efecto, y á que no se habia seguido tentativa alguna, era de ninguna consecuencia : y finalmente, el que prometia destruir el Templo y reedificarlo no mostraba ser un impío, ni un enemigo del Templo ; por esto los Jueces de esta Asamblea no hicieron uso alguno de esta deposicion delante de Pilato, no pudiendo con ella agravar al acusado ; pero la hicieron valer para con el pueblo hasta echarla en cara á Jesucristo cuando estaba sobre la cruz. ¡O qué enormidad, qué malignidad se encuentra en todo esto! Pero admiremos aquí las disposiciones de la Providencia, y cómo esta prediccion del Salvador hecha en la primera Pascua de su predicacion dos años antes, se le opone ahora en la última por los mismos que la ejecutan. Admiremos como esta prediccion sirve ella misma á su ejecucion, y viene á ser el motivo y el medio para ella. ¡O profundidad admirable

de los caminos de Dios! ¡O, y cuán limitadas son las miras de los hombres! Los malvados con su malicia misma concurren á los designios de Dios. Los Judíos cumplen la prediccion de Jesucristo, de que ellos le forman un delito, y la cumplen en aquello mismo que le hacen el delito.

Tercero. *Del silencio de Jesucristo.* — « Y alzándose en medio el Sumo Sacerdote (Caifás), preguntó á Jesus diciendo: ¿no respondes tú nada á las cosas que te oponen estos? Pero él callaba, y nada respondió... » No respondió palabra á los falsos testimonios: no respondió palabra al mismo Sumo Sacerdote. Jesus observa un silencio profundo, universal y constante... ¡O sabiduría eterna! Vos, que poco tiempo ha hablásteis con tanta dulzura y fuerza, ¿por qué ahora callais cuando contra Vos se levantan falsos testimonios; cuando el Sumo Sacerdote, olvidado de la formalidad y circunspeccion propias de su estado, se levanta de su puesto, se adelanta como un furioso, y viene á preguntaros él mismo sobre las razones de vuestro silencio? Pero en esto y en todo lo restante Vos cumplís las profecías que os comparan al cordero mudo delante de aquel que lo trasquila *; y vuestra sabiduría no menos resplandece en vuestro silencio, que en vuestras palabras. De hecho, ¿y por qué habeis de hablar Vos cuando vuestros acusadores se contradicen ellos mismos, y hacen deposiciones

* Isai. c. LIII, v. xxxvii.

falsas y frívolas, cuando vuestros Jueces ni siquiera piensan en esconder su audacia, su furor, su injusticia? ¡Ay de mí! ¡Cuán poco os imito! ¿No son estas por ventura las ocasiones en que me creo yo con derecho de alzar la voz, y de dar mis quejas á toda la tierra?.. ¿Por qué os habeis de justificar Vos cuando estais hecho cargo de expiar nuestras falsas justificaciones, y los verdaderos delitos de que nos acusa la justicia de Dios vuestro Padre?.. ¡Entiendo muy mal mis intereses cuando no imito vuestro silencio! Sufriendo sin justificarme, las falsas acusaciones de los hombres expiaria por vuestros méritos las enormes y verdaderas que contra mí deponen mis muchos pecados... ¿Por qué os habeis de lamentar Vos de la injusticia que se os hace, cuando sabeis bien la justicia que os hará Dios vuestro Padre, y la gloria con que coronará vuestro silencio, constituyéndoos Juez de todos los hombres? ¡Ah! Poco me importarian los juicios de los hombres si pensase, que sus injusticias sufridas en silencio serian para mí en vuestro juicio un manantial de felicidad y de gloria.

Peticion y coloquio.

Concededme, o Salvador mio, el imitar vuestro ejemplo. Lejos de mi aquella máxima tan contraria á vuestro espíritu; esto es, que conviene necesariamente lavar las injurias con la venganza. ¡O, y cuán noble es vuestro silencio, cuán elocuente! Tantos oráculos salidos de vuestra sagrada boca: tantos milagros obrados cuando mandásteis á los vientos, al mar, á los demonios, á las enfermedades y á la muerte, no han probado tan sensiblemente vuestra divinidad, como lo hace ahora vuestra heróica paciencia: hacedme, o Jesus, imitador fiel de ella. Amen.

MEDITACION CCCXIII.

CONTINUACION Y FIN DEL PRIMER CONSEJO DE LOS JUDIOS, TENIDO EN AQUELLA NOCHE EN QUE JESUS COMPARECE, Y ES JUZGADO REO DE MUERTE.

S. Mat., c. XXVI, v. LXIII, LXVI.—S. Marc., c. XIV, v. LXI, LXIV.

SEGUNDO EXAMEN.

Consideremos primero el precepto que el Sumo Sacerdote impuso á Jesus; segundo, la respuesta; tercero, las razones de esta respuesta; cuarto, los efectos que tuvo esta misma respuesta.

PUNTO PRIMERO.

Precepto del Sumo Sacerdote.

« Y el Príncipe de los Sacerdotes... de nuevo le preguntó, y le dijó... te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios... bendito... »

Primero. *Precepto ilusorio.* — Ya habia mucho

tiempo que Jesucristo se decia el Mesías y el Hijo de Dios, y que por medio de sus obras probaba serlo... Si la pregunta hubiese sido sincera debiera habérsela hecho á Jesus con respeto, y no teniéndolo cargado de cadenas.

Segundo. *Precepto lleno de hipocresía.*—El hipócrita afecta el lenguage de la religion y de la piedad, y se burla de la una y de la otra. Emplea el nombre adorable de Dios solo para cubrir su malicia, y perder mas seguramente al Justo, que ha venido á ser el objeto de su odio.

Tercero. *Precepto lleno de malicia.*—No habiendo podido sacar de los falsos testigos materia alguna de acusacion contra él, procuran los maliciosos sacarla de su propia boca: es una red que le ponen; pero cuando creerán que lo han cogido en ella, se hallarán cogidos ellos mismos, pues la confesion que Jesucristo va á hacer, y que será en sus manos el motivo de su muerte, será para todos los siglos venideros la prueba de su divinidad, los convencerá del deicidio, y los cubrirá de un oprobio sempiterno.

PUNTO II.

Respuesta de Jesucristo.

« Jesus le dice: tú lo has dicho: Yo soy, y vereis al Hijo del Hombre, sentado á la diestra de la

Magestad de Dios, y venir sobre las nubes del Cielo... »

Primero. *Respuesta piadosa y generosa.*— Así se debe responder cuando se trata de la fe. El que no habla claramente cuando es preguntado sobre la fe, le hace traicion. Sabia muy bien Jesus el uso que se haria de su respuesta, y que su muerte seria el precio; pero la fe se debe confesar á riesgo de la propia vida.

Segundo. *Respuesta llena y abundante.* — Jesus muestra en su Persona el Cristo todo entero; como si les dijese: vosotros no conoceis el Cristo, sino por medio de la gloria en que los Profetas han dicho que vendria, y vosotros no quereis reconocerlo en las obras de bondad, y de misericordia que él ejercita, bien que sean milagrosas. Menos aun quereis reconocerlo en las humillaciones, y en los sufrimientos que de él se han profetizado. Ahora pues: Yo soy el Cristo á quien convienen estas dos suertes de Profecías. Estos dos caracteres del Mesías parecen opuestos solamente á los que no distinguen los tiempos. Vosotros habeis visto mis milagros; vosotros veis y estais para acabar de cumplir mis humillaciones. Vosotros preguntais dónde está la gloria de mi Reino, y por qué no la veis, no quereis creer en mí: pero no obstante que yo esté entre cadenas, y vosotros en la incredulidad, os declaro; que despues de no haberme querido reconocer, y despues de haberme ultrajado, y entregado á la muerte; vosotros me vereis en el esplendor de mi

gloria, y de una gloria divina, celestial, y que nada tendrá de la terrena, que sola hace el objeto de vuestra estima, y de vuestra admiracion.

Tercero. *Respuesta simple y modesta.* — Jesus lo dijo todo en pocas palabras: pero sin sacar alguna consecuencia, sin hacer aplicaciones, sin reprensiones, ni amenazas. Porque habria podido decir: Ahora me juzgais vosotros porque yo quiero; pero yo os juzgaré á mi tiempo por mas que vosotros no querais: vosotros me condenais, por mas que me hallais del todo inocente; y yo os condenaré: despues de haber manifestado á todo el mundo todos los delitos de que estais culpados: vosotros me condenais á una muerte pasagera, de que sabré yo muy bien salirme; y yo os condenaré á una muerte eterna, de la que ninguno podrá libraros. ¡Qué nobleza, qué dignidad en estas breves y simples palabras de que el Salvador se sirve para declarar tan grandes cosas!

PUNTO III.

Razones de la respuesta de Jesucristo.

Tres podemos considerar nosotros.—*La primera tomada de parte de Dios, y del respeto debido á su santo nombre.* — Los Judíos aborrecian la luz; solamente la buscaban para apagarla, y por eso no merecian que se les presentase; pero la interposicion del Santo Nombre de Dios, bien que hecha por un

impío, y que de ella abusa para ejecutar su delito, y hacer morir al Hijo único de aquel que él finge querer honrar, es una razon que hace romper á este Hijo adorable su sabio y largo silencio. El solo conoce como conviene el Dios vivo, por el cual es conjurado. él solo puede darle dignos homenages, y las justas bendiciones y alabanzas que le son debidas; y de él solo recibe el Dios vivo bendiciones de todas las criaturas... Os adoro, o gran Dios; os alabo; os bendigo; os doy infinitas gracias, y os presento mis votos y mis súplicas por medio de nuestro Señor Jesucristo vuestro Hijo, que vive y reina con Vos por todos los siglos de los siglos.

La segunda tomada de parte de Jesus, y de la gloria que hay en confesar su nombre. — Confesar el nombre de Jesus, y dar la propia vida en testimonio de esta verdad, es la cosa mas grande que puede haber en este mundo; y Jesucristo mismo no ha querido privarse de esta gloria. Ha querido ser la Cabeza de los Mártires, darles el ejemplo, inspirarnos á nosotros todo el deseo de participar de una tan grande felicidad, y ponernos en disposicion, si acaso se presentase la ocasion, de sufrir y morir por su causa.

La tercera de parte nuestra, y del amor que Jesucristo nos tiene. — Si la respuesta de Jesucristo debia servir de pretexto á los Judíos para hacerlo morir, debia tambien ser un manantial de vida para muchos Cristianos. — Con que aun por mí, o Jesus, habeis dado una respuesta tan precisa sobre vuestra

Divinidad, y una declaracion tan formal de la magestad y de la potencia con que vendreis á juzgar el universo. Creo, o Salvador mio, todo lo que ahora habeis declarado; adoro vuestras humillaciones, y espero el dia de vuestra gloria; ¡ah! no me pongais en aquel dia terrible en el número de vuestros enemigos, sino venid á mí como á un siervo fiel que os ha amado, y que está resuelto á amaros siempre.

PUNTO IV.

Efectos de la respuesta de Jesucristo.

Primero. *El primero fue la indignacion del Pontífice.*—La manifestó rasgando sus vestidos: « Entonces el Príncipe de los Sacerdotes rasgó sus vestiduras...» Esta accion era indecente en un Sumo Pontífice, y en medio de una asamblea semejante: ella indicaba una pasion perversa y un exceso de furor; era sediciosa, y se enderezaba solo á inspirar al Consejo el furor mismo que á él lo arrebataba; era una accion hipócrita, porque bajo de esta señal de una religiosa indignacion, escondia el gozo que experimentaba, por haber hallado en la respuesta de Jesucristo un pretexto para hacerlo morir: era una accion misteriosa y profética, porque contenia un misterio que él mismo no conocia, como el sentido de la profecía que habia pronunciado pocos dias antes, para la salvacion del universo. — Rasga

tus hábitos, indigno Pontífice; no se pasará este dia sin que se rasgue el velo del Templo, en señal lo uno y lo otro de que el Sacerdocio de Aaron y los sacrificios de la ley de Moises son abolidos, para dar lugar al Sacerdocio real y eterno del verdadero Melchisedech* y á la Hostia sin mancha que estais para inmolar, y que en adelante será ofrecida á Dios, no en un solo templo, sino en todos los lugares de la tierra, hasta la fin de los siglos*.

Segundo. *El segundo fue la decision del Pontífice.* — « Entonces el Príncipe de los Sacerdotes rasgó sus vestiduras, diciendo: Ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos ya de testigos..?» Decision absurda, cuanto á la primera parte, que mira á Jesus. La cuestion es el saber si Jesus es el Mesías; se les pregunta si es él; responde que sí: ¿dónde está pues aquí la blasfemia? ¿Debe acaso el verdadero Mesías negar el serlo? Saber si Jesus lo es despues que él lo ha declarado, es, si no se le quiere dar fe, una cuestion que queda que examinar; pero esto es lo que no se hace, y ella queda decidida á los ojos de su misma equidad. — La decision del Pontífice, cuanto á la segunda parte, es convincente contra él mismo, porque si despues de la confesion de Jesucristo no son ya necesarios testigos, luego eran necesarios aun despues de aquellos que habian hablado; despues de aquellos cuyo testimonio era tan

* Psalm. CIX, v. IV.
* Malach., c. I, v, XI.

aplaudido y acreditado, y á que pretendian que el Salvador respondiese. He aquí como todos los tribunales que han condenado á Jesucristo, han dado testimonio de su inocencia. — Así lo habeis ordenado, o Señor, mucho menos por vuestra gloria, que por nuestra consolacion. Jesus ha procurado á la Iglesia su esposa la misma gloria, porque los Hereges y los Novatores que mas han blasfemado contra ella, todos han comenzado por reconocer su autoridad y la de su cabeza, por tenerle respeto y por someterse á sus decisiones.

Tercero. *El tercero fue la unanimidad de los votos para la muerte.* — « He aquí, habeis oido ahora la blasfemia... ¿Qué os parece? Y ellos respondieron: Es reo de muerte... »Ninguna cosa era mas irregular que pedir de esta manera los votos públicamente, y en general, y sobre un objeto de que no se trataba. Todo el mundo sabe muy bien que un blasfemo, segun la ley, merece la muerte. Era necesario preguntar á cada uno de los jueces su parecer sobre la respuesta del acusado. Era necesario preguntarles, sin prevenirlos, qué es lo que sobre esto pensaban. Si hubiesen sido jueces justos, habrian debido reclamar sobre una manera de proceder tan inaudita. Pero ya habia mucho tiempo que los que tenian alguna rectitud, como Nicodemus y algunos otros, no asistian jamas al Consejo; y los que iban eran todos adictos al Pontífice, y corrompidos como él.

Peticion y Coloquio.

He aquí, o Salvador mio, que finalmente estais juzgado reo de muerte por el Consejo de vuestra Nacion, y renunciado ya de vuestro propio pueblo. Lo habian predicho los Profetas, y parecia incomprensible; pero he aquí que se ha cumplido. ¡O Jesus, cuáles fueron vuestros sentimientos, cuando oísteis esta unanimidad de votos que os condenaban á muerte! Vos la aceptásteis con júbilo: guardásteis silencio, y os ofrecísteis á vuestro Eterno Padre por amor nuestro. ¡O y cuál debe ser mi reconocimiento para con Vos! Yo sí que era digno de muerte; pero mi muerte no era digna de ser ofrecida á vuestro Padre y de calmar su justa cólera. Aplicadme, o Jesus, los méritos de vuestra Pasion y de vuestra muerte. Amen.

MEDITACION CCCXIV.

JESUS ES ULTRAJADO EN CASA DE CAIFAS.

S. Mat., c. XXVI, v. LXVII, LXVIII.—S. Marc,, c, XIV, v. LXV.—S. Luc., c. XXII, v. LXIII, LXV.

Primero. Le escupen en la cara. Segundo. Lo hieren, y dan de bofetadas. Tercero. Le vendan los ojos. Cuarto. Se burlan del nombre de Cristo. Quinto. Manera de mostrar á Jesucristo nuestro reconocimiento, por los ultrages á que se ha expuesto por nosotros.

PUNTO PRIMERO.

Le escupen en la cara.

«Entonces lo escupieron en la cara...» Cuando el Consejo hubo juzgado que Jesus merecia la muerte, los Jueces se retiraron para tomar alguna hora de reposo, y quedó establecido el volver á la Asamblea al despuntar el dia. Entonces fue Jesus abandonado á la discrecion de sus guardias, de los sol-

dados y de los criados; y se entregó él mismo á todos los ultrages que quisieron hacerle... El primero fue de escupirle en la cara. Este es el mas indigno tratamiento que se puede hacer á un hombre, y la señal mayor de desprecio que pueda darse. Se puede hallar alguno que trate á otro con semejante indignidad; pero no se ha visto jamas un reo, sea el que se fuese, un malhechor el mas detestable, cercado de personas ocupadas en escupirle á la cara, y hacer un juego de semejante insulto. Solo al Rey de la Gloria estaba reservado este ultrage. Lo habia anunciado el Profeta Isaías *, y Jesucristo mismo habia notado esta circunstancia, cuando predijo su Pasion **. ¿Quién jamas puede imaginarse, no solo cuál desprecio, sino tambien cuál horror, y cuál suplicio contenga semejante tratamiento? Ninguno ha tenido valor para explicarlo, y solo el pensamiento de lo que debió suceder revuelve el estómago. Pero lo que no se puede comprender es, que Dios haya querido humillar á su Hijo, y que el Hijo haya querido él mismo ser humillado, hasta un exceso que irrita, no solo la delicadeza, sino tambien la naturaleza, y casi diré tambien que la razon misma. ¿Queremos nosotros conocer la causa? Jesus se ha encargado de satisfacer por nosotros á la Justicia divina, y este exceso de humillacion no se ha juzgado excesivamente

* Isai, c. L, v. VI.

** S. Marc., c. X, v. XXXIV.—S. Luc., c. XXVIII, v. XXXI, XXXII.

grande para expiar nuestro orgullo que nos ha hecho ofender á Dios, quebrantar su Ley, razonar de Dios, juzgarlo, y condenar sus caminos. Ceniza, y polvo que somos, si Jesus no se hubiese ofrecido á padecer por nosotros estas extrañas humillaciones, nuestro orgullo como el de los demonios hubiera sido castigado con una universal confusion, y con un eterno oprobio. Comprendamos el precio de estas humillaciones; el reconocimiento que debemos tener para con él que por nosotros las sufre, y cuanto debemos desear tener parte con él, para expiar mediante sus méritos, el pecado enorme de nuestro orgullo.

PUNTO II.

Lo hieren, y le dan de bofetadas.

«Y los que tenian atado á Jesus, lo despreciaban... y le daban golpes... y le daban con los puños; y otros le daban bofetadas...» Nosotros quedamos, y con razon, sorprendidos de la primera bofetada que recibió Jesus en plena audiencia: ¿qué diremos, pues, en este instante viéndolo entre las manos de aquellos hombres viles y despreciables que tienen por un juego bárbaro, y por un divertimiento cruel, el maltratarlo, el ultrajarlo, cargándolo de golpes y de bofetadas? Le dan golpes por todas partes, por todos lados; sobre el cuerpo; sobre la cabeza, y en el rostro... Cada uno se glo-

ría de los golpes, y de las bofetadas que le da. Los unos le dan con los puños; otros con los pies; todos lo oprimen de injurias: es empujado de una parte, reempujado de otra, y los crueles ministros estan jugando bárbaramente con él: se oyen horrendos silbidos; lo burlan; lo ultrajan; lo tratan finalmente como jamas se ha tratado al hombre mas despreciable, y al mas reo: ni á esta insolente soldadesca la contienen un punto los oficiales, ni los criados de sus señores; no: todo va de acuerdo, todo conspira contra Jesus... Su paciencia irrita las bestias feroces que lo atormentan, su dulzura los exaspera mas, su silencio excita su rabia; redoblan los golpes, renuevan los ultrages, y no cesará este inhumano espectáculo sino con la noche... ¿Señor, habeis por ventura puesto totalmente en olvido vuestra gloria? ¿En qué estado os veo yo? ¿Qué es lo que quereis que se piense de Vos? ¿Qué pensarán las generaciones venideras cuando sepan en qué manera habeis sido tratado, sin que hayais abierto la boca para justificaros ó para lamentaros? ¡O Magestad suprema! Es necesario decir que sea al sumo pura, celestial y divina vuestra gloria para no ser aniquilada, para no ser ofuscada con tantos ultrages, para salir antes bien mas resplandeciente, mas adorable, mas amable... Sí, el universo lo ha sabido, ha sabido á qué humillaciones os habeis reducido, y nosotros sabemos que os habeis reducido á ellas por vuestra eleccion, por nuestro amor, para expiar nuestro orgullo, nuestras quejas, nuestros in-

justos lamentos, para fortificar nuestra debilidad, para hacernos invencibles, y capaces de soportar todas las cosas por amor vuestro, y finalmente para hacernos participantes de aquella gloria inmortal con que vuestro Padre os corona, y Vos dividís con vuestros fieles siervos á proporcion que ellos han tenido mayor parte en vuestras humillaciones, y las han soportado con una paciencia, con un silencio y con una interna humildad mas conforme á la vuestra.

PUNTO III.

Le vendan los ojos.

« Y le vendaron los ojos... « Los ultrages que aquí se hacen al Salvador son todos igualmente horribles é inauditos. Esto se ve claramente expreso en Isaías *, en aquel paso en que el Profeta nos pinta al Salvador cual nosotros lo vemos aquí, ajado de golpes, y tratado como el último de los hombres. Véndanse los ojos á un reo en ciertas circunstancias por principio de humanidad, y por ocultarle la vista del suplicio; pero vendárselos por mofa, por burla, por insulto, por hacer de él objeto de risadas, para herirlo, golpearlo y maltratarlo mas á su gusto y con mas desacato, este exceso estaba reservado para el Santo de los Santos, para

* Isai, c. LIII, v. III.

aquel que habia venido á expiar los ultrages que nosotros hacemos á la Magestad Divina... Esta venda con que los Judíos cubren los ojos del Salvador y del Juez Soberano de los hombres es la imagen de la impiedad de los Idólatras, los cuales, en vez de un Dios vivo y que ve, se han fabricado Dioses que tienen ojos y no ven: es la imagen de la impiedad de los Ateistas y Deistas, que no quieren un Dios, ó quieren un Dios ciego, ó un Dios, que viendo, sea para ellos como si no viese: es la imagen de la impiedad de los Hereges, que suponen que la Iglesia no ve, no distingue los objetos, que enseña el error, y condena la verdad: esta venda es tambien la imagen de la ceguedad del pecador, que voluntariamente se olvida de que Dios lo ve, y que obra como si Dios no lo viese, como si tuviese vendados los ojos para ofenderlo con mayor audacia y mas impunemente: finalmente, es la imagen de la necedad de un alma disipada, que voluntariamente se aparta de la presencia de Dios y de la atencion que le debe para abandonarse á pensamientos vanos é inútiles, para dejar correr su corazon detras de los placeres frívolos, ó de movimientos, si no pecaminos, á lo menos peligrosos, y que alejan de Dios. Pero, ¡o insensatos! nosotros no quitamos á Dios el ser esencial, la infinidad, la viva luz que alumbra todos nuestros pasos, y penetra todos los escondrijos de nuestro corazon. ¡Ah! La venda no la ponemos en los ojos de Dios, sino sobre los nuestros: nos cegamos, nos endurecemos nosotros

mismos, y de aquí procede aquella obstinacion incomprensible que hace que se vean pocos pecadores, pocas almas tibias, pocos hereges, pocos libertinos, pocos Judíos convertirse, no obstante la luz que se les presenta, y los motivos con que se les solicita.— ¡O Divino Jesus! Yo os suplico con todas las veras de mi corazon, por aquella infinita paciencia con que habeis sufrido á los que os ponian aquella venda infame, y con la que me habeis sufrido á mí mismo, os suplico que quiteis la venda que está sobre mis ojos y sobre mi corazon, puesta allí por mí mismo: descubridme vuestra cara adorable: haced que contemple vuestros ojos divinos para conocer en vuestra santa voluntad, para ver en ellos vuestro amor, y para temer la implacable cólera de que se encienden contra los que abusan hasta el fin del exceso de vuestra bondad.

PUNTO IV.

Hacen burla del nombre de Cristo.

Luego que hubieron cubierto el rostro de Jesus y vendádole los ojos se redoblaron los ultrages aun con mas fuerza, con mayor furia y con mayor insolencia: se sucedian los unos á los otros para darle diferentes golpes, y cada uno de ellos le decia al retirarse... « Profetiza... Cristo, adivínanos ¿quién es el que te ha herido...? » Otros, segun el Profe-

ta *, le arrancaban la barba y los cabellos, teniendo los mismos discursos... San Lucas nos hace saber tambien que los Evangelistas guiados del Espíritu Santo no han escrito menudamente todo lo que se dijo y se hizo en todo el tiempo que duró una escena tan horrible, cuando añadió: « y decian otras muchas cosas blasfemando contra él... Es facil suplirlas en la meditacion. Lo que los Evangelistas nos han dicho basta para conocer hasta qué exceso de insolencia y de ultrage llegaron contra Jesus, y hasta qué exceso de paciencia lo sufrió todo Jesus sin la mas mínima resistencia ó lamento. Pero no nos irritemos de tal suerte contra los Judíos, que nos olvidemos de que nosotros mismos somos los autores de estos ultrages, pues Jesucristo ha padecido todas estas indignidades para expiar todas nuestras iniquidades, y librarnos de la confusion eterna que les era debida... Vos lo sabeis, o Señor; Vos sabeis quién es el que os ha herido, quién es el que os da los golpes; Vos conoceis toda la malicia de su accion, toda la ingratitud de su corazon, y toda la perversidad de su alma. ¡Ay de mí! Soy yo mismo, todas las veces que he pecado, todas las veces que me he retirado de vuestra divina presencia para ofenderos mas libremente, con mas frecuencia y de mas modos. Vos, Señor, podíais haber excusado estos ultrages exterminándome: yo lo merecia, pero Vos no habeis querido. Habeis querido antes

* Isaias, c. L, v. vi.

bien sufrirlo todo, y beber el caliz hasta la hez para reconciliarme con vuestro Padre y salvarme. ¡Qué amor! ¿Y cómo os mostraré yo mi reconocimiento?

PUNTO V.

Modos de mostrar á Jesucristo nuestro reconocimiento por los ultrages á que se ha expuesto por nosotros.

Primero. *Con nuestro respeto.* — En cualquiera parte que nosotros veamos escrito el nombre de Jesucristo, ó lo oigamos pronunciar, ó lo pronunciemos nosotros mismos, acostumbrémonos á adorarlo profundamente, no solo porque este santo nombre es grande y adorable, sino tambien en memoria de los ultrages que los Judíos hicieron á nuestro Divino Maestro en oprobio de este santo nombre. Practiquémoslo así á vista de las imágenes del Salvador y de su santa cruz; y sobre todo cuando estemos delante del Santísimo Sacramento, esforzándonos con nuestro exterior respeto, y con la profunda humillacion de nuestra alma á reparar los ultrages que ha recibido, de que nosotros hemos sido la causa, que hemos acaso renovado con nuestras irreverencias á este augusto misterio, y que tantos malos Cristianos no cesan de renovar cada dia.

Segundo. *Con nuestro amor*, pensando con qué exceso nos ha amado Jesucristo cuando ha querido sujetarse á tantos ultrages por solo librarnos con

ellos. Porque supongamos que el Soberano nos hiciese buscar para hacernos sufrir semejantes ultrages, bien merecidos de nosotros, y que uno de nuestros criados se hubiese presentado por nosotros, haciendo creer á los que nos buscaban ser él, y que efectivamente hubiese padecido lo que nosotros mereciamos, y que en su consecuencia el Soberano satisfecho, bien que sabedor del artificio, nos hubiese concedido la gracia y vuelto su amistad, ¿cuáles serian nuestros sentimientos en orden á este criado? ¿Lo amariamos? ¿Seria necesario decirnos que lo amáramos? ¿Y si no fuese uno de nuestros criados, sino uno de nuestros amigos? ¿Y si no fuese un Príncipe á quien nosotros hubiésemos dado mil motivos de disgusto, á quien hubiésemos mostrado continuamente desprecio á su persona, ingratitud á sus beneficios, resistencia á sus mandatos, á su voluntad y á sus órdenes los mas preciosas? ¿Pero qué son todos estos personages supuestos en comparacion de nuestro Señor Jesucristo, nuestro Maestro, nuestro Dios, Hijo único de Dios, el que por medio de tan profundas humillaciones sufridas únicamente por nosotros, nos ha reconciliado con Dios su Padre, de quien habiamos merecido la justa, la terrible y la eterna venganza? ¡Ah! ¡Qué llamas de amor no excitaria en nuestro corazon una tal consideracion si la hiciésemos con la debida atencion.

Tercero. *Con nuestra imitacion.* — El Señor está bien lejos de ponernos á las pruebas á que ha puesto á su Hijo: si en ellas nos pusiese mostrariamos

muy bien nuestra cobardía en no sostenerlas con su ejemplo : pues á lo menos en las pequeñas pruebas en que nos pone no perdamos la ocasion de mostrarle nuestro reconocimiento , sufriendo con alegría , para tener alguna semejanza con él. Si acaso el nombre de cristiano ó de católico, si nuestro apego á Jesucristo , á la fe y á las obligaciones de la piedad y de nuestro estado nos fuesen ocasion de algunos motes, de algunos desprecios, de alguna palabra ofensiva é injuriosa , guardémonos de resentirnos por eso , y de abandonar la práctica del bien. Acordémonos de la paciencia de nuestro Maestro , imitémosla , y alegrémonos de tener aquella ocasion de imitarlo. ¡ Ah ! ¡ Qué gracias y consolaciones internas nos merecerian tales sentimientos ! Practiquémoslo así en todos los lances en que tendremos que sufrir alguna cosa por parte del prójimo. Pongamos fin á todas las quejas, á todos sentimientos de venganza, á todos los resentimientos del corazon, y á todas las repugnancias de la naturaleza. Comparemos lo que nosotros tendremos que sufrir con lo que Jesucristo sufrió por nosotros , y nos avergonzaremos de encontrar aun en nosotros un residuo de oposicion y de resistencia.

Peticion y Coloquio.

Concededme, o Señor, la dicha y la felicidad de participar de vuestros oprobios , y de mirarlos como un tesoro mas estimable que todas las riquezas del mundo. Amen.

MEDITACION CCCXV.

CAIDA DE SAN PEDRO.

S. Luc., c. XXII, v. LIV, LX. — S. Mat., c. XXVI, v. LVIII, LXIX, LXXIV. — S. Juan, c. XVIII, v, XV, XVIII, XXV, XXVII.—S. Marc., c. XIV, v. LIV, LXVI, LXXII.

Primero. Caida preparada por la presuncion. Segundo. Caida efectuada segun la prediccion.

PUNTO PRIMERO.

Caida preparada por la presuncion.

La presuncion produce en nosotros cuatro defectos, que anuncian una caida próxima é infalible: estos defectos son los siguientes.

Primero. *La negligencia en tomar los medios necesarios para vencer la tentacion:* estos medios son la vigilancia y la oracion. Jesus habia advertido á sus Apóstoles, y principalmente á Pedro, de la necesi-

dad de estos dos medios, y habia juntado á ellos su ejemplo: habia él mismo interrumpido dos veces su oracion para ir á advertir á Pedro que orase con él: Pedro tenia tanta mas necesidad de esto, cuanto se habia mostrado mas presuntuoso, porque habia llevado tan adelante la presuncion, que se prefirió á todos los otros, que no creyó cosa alguna de las que Jesucristo le dijo, ni puso atencion alguna á sus divinas palabras. He aquí la primera causa de nuestras caidas, omitir la oracion y la meditacion. ¿Y qué es lo que nos la hace omitir? Nuestra presuncion que nos ciega, y nos hace creer que podemos sostenernos sin este socorro. Cuando se huyeron los Apóstoles se dividieron: los unos se fueron por una parte, y los otros por otra: los unos se refugiaron en la Ciudad, y los otros corrieron hácia Betania. Pedro habia tomado al parecer este último partido, cuando algo separado de su primer susto volvió atras, y habiéndose acercado á Jesus, aunque no mucho por no ser visto de los soldados que lo llevaban, pero lo bastante para poder seguir el camino de su Maestro: « *lo seguia á lo lejos...* » ¡Ah! Pedro, ¿dónde vas? ¿No te acuerdas que Jesus te ha dicho que por ahora no podias seguirlo, sino que lo seguirás despues un dia * ? ¿Por qué prevenir el tiempo? Es verdad que le has respondido que estabas pronto á dar por él la vida, á seguirlo á la prision y á la muerte, pero no se puede

* S. Juan, c. XIII, v. XXXVI.

negar que el ardor de esta resolucion se ha resfriado ya mucho á la vista del peligro. Tu precaucion y la manera con que lo sigues no es de hombre dispuesto á dar su vida, no se sigue mucho tiempo á Jesucristo, cuando se sigue solo *á lo lejos*. ¡Ah! Anda, ves, y alcanza á tus compañeros, no busques una vana ostentacion de distinguirte de ellos, pues si te distingues será para tu confusion.... Si un presuntuoso pudiese hacer alguna observacion sobre sí mismo, de la manera misma con que se presenta al peligro, conoceria que caminando á él va á su cierta ruina.

Segundo. *La curiosidad que quiere verlo todo hasta el fin.* — No, sigue ya Pedro á Jesus para morir, ya no se gloría de esta generosa resolucion. ¿Pues por qué lo sigue? *Para ver el fin.* ¿Cómo, Pedro, puedes tú ignorar el fin? ¿No te ha dicho tu Maestro que seria crucificado y entregado á la muerte, que el tercer dia resucitaria, que volveria á su Padre, que de allí te enviaria el Espíritu Santo, y que volveria al fin de los siglos á juzgar los vivos y los muertos? ¿Qué mas quieres tú saber? ¡O fatal curiosidad, que nos hace olvidar las verdades mas importantes, las mas ciertas, y que Dios mismo nos ha revelado!.. Joven, tú quieres verlo todo, leerlo todo, tú quieres saber qué cosa es el mundo y sus placeres. ¡Ah! ¿Por ventura no lo sabes tú? ¿No te lo enseña la Escritura? El mundo es enemigo de Dios, sus bienes son falsos, sus placeres pecaminosos: todo en él es pasion, tumulto, disgusto, re-

mordimiento, desesperacion, y ordinariamente todo en él se termina con una impenitencia final, seguida de un suplicio eterno. ¿ Es necesario acaso que tú lo veas para creerlo ?

Tercero. *La obstinacion , que vuelve inútiles todas las atenciones de la providencia.* —« Seguian á Jesus Simon Pedro y un otro discípulo, y aquel discípulo era conocido del Pontífice , y entró con Jesus en el patio del Pontífice , pero Pedro quedó fuera á la puerta, y salió aquel otro discípulo , que era conocido del Pontífice , y habló á la portera, é hizo entrar á Pedro... » Al entrar en la Ciudad alcanzó á Pedro un otro discípulo, que era conocido del Pontífice : era acaso este uno de aquellos Grandes de Jerusalen , que creian sinceramente en Jesucristo, bien que no se manifestasen abiertamente. Este otro discípulo entró juntamente con Jesus en el patio de Caifás, pero la portera cerró la puerta á Pedro , como á un hombre desconocido. Si en este punto se hubiese retirado habria conservado su inocencia , y se hubiera tambien llevado la gloria de haber hecho mas que los otros Apóstoles, por haber seguido en cuanto habia podido á su Maestro. Pero no, él se obstina, y está constantemente en la puerta. El otro discípulo , comprendiendo que en aquellas circunstancias no habia seguridad alguna en aquella casa para un amigo de Jesucristo, salió, y se retiró. La ocasion de hacer lo mismo por este mismo motivo era aun mas favorable en orden á Pedro. Este discípulo habia acompañado á Pedro al ir : era

tambien natural que Pedro lo acompañase al volverse. El ejemplo y la experiencia de este hombre podia ser para Pedro una leccion juntamente, y un motivo para retirarse: hubiera él tenido en este discípulo un testigo de la constancia con que habia seguido á Jesucristo, y de la imposibilidad en que habia estado de seguirlo mas de cerca; pero la presuncion hace la persona obstinada, y desecha todos los medios de salud que la providencia le suministra. Pedro que se creia mas animoso que los otros Apóstoles, se creyó mas fuerte que este otro discípulo. Él le manifestó el deseo que tenia de entrar, y acaso le suplicó que le procurase esta satisfaccion. El discípulo humilde igualmente en el modo de juzgar de los otros, que prudente para sí mismo, habló á la portera, y por su respeto se introdujo Pedro... ¡Ay de mí, y cuán obstinados somos nosotros por nosotros mismos en nuestra pérdida! El mundo nos desecha, y nosotros lo buscamos: la ocasion huye de nosotros, y nosotros la seguimos. Ni los avisos del Señor, ni los desprecios del mundo, ni el ejemplo de los justos, ni la desgracia de los pecadores, nada puede hacernos dejar nuestra obstinacion, y miserablemente perecemos.

Cuarto. *La temeridad que no reconoce los límites.* — « Pero Pedro... estando en el atrio... en el patio del Sumo Sacerdote... se sentó con los ministros... y habiendo encendido fuego en medio del atrio, y estando sentados al rededor, estaba tambien Pedro en medio de ellos... y se calentaba...

para ver el fin... Pedro admitido una vez en Palacio, atravesó el primer patio del Sumo Sacerdote, y se fué adelantando hasta el atrio interno. Aquí los bajos oficiales y los criados se calentaban al rededor de un gran fuego. Pedro, ó ya sentado, ó ya en pie se calentaba libremente con ellos como si hubiese sido uno de ellos. Él se habia ya formado su plan para obrar segun él: no queria ser reconocido por discípulo de Jesus en esta casa: esto hubiera sido un delito: tampoco queria renunciar á su Maestro; esta hubiera sido una infidelidad de que se aseguraba no ser capaz. En esta disposicion pensaba que no podia hallarse embarazo, y que podria despues juntarse con los otros, y hacer lo que hacian ellos, proponiéndose entre tanto, si algunos en su presencia hablasen mal de su Maestro, de callar, y de no tomar partido alguno en sus blasfemias. ¡O y cuántos se forman cada dia el mismo plan, y se pierden siguiéndolo! Quieren ser del mundo y de sus placeres, pero no quieren participar de sus desórdenes: no quieren por otra parte pasar por devotos, por escrupulosos; serian mal acogidos en el mundo; por esto usan un temperamento que lo salva todo; y que es facil; esto es, de dejar decir, y hacer á los otros lo que querian, sin tomar parte en las culpas que podrán cometer. De donde es que si alguno habla impiamente de Dios, de Jesucristo, de la Religion, y de la Iglesia: si alguno echa alguna proposicion contra la fe, contra la caridad, y contra la honestidad, ellos

callarán; no harán caso alguno de esto; se estarán insensibles, y saldrán de allí inocentes. Plan de conducta del todo opuesto al Evangelio; y supuesto esto ¿podrán ellos ser inocentes? ¿Y podrá darse que se contengan en estos límites? ¡Ah! cuántas caidas secretas y públicas son la justa pena de una temeridad tan presuntuosa y tan insensata! No ha podido mantenerse firme San Pedro ¿y nosotros cómo nos mantendremos? Porque entre nosotros y él habrá siempre esta diferencia; era falsa, es verdad, y temeraria su conducta, pero en sustancia, el amor de su Maestro es el que lo hacia proceder así, y este era su primer movil: al contrario, el motivo de nuestra conducta, es el amor del mundo, de sus bienes, y de sus placeres.

PUNTO II.

Caida efectuada segun la prediccion.

Primero. *Ella comienza de una sorpresa.* — « Y hallándose Pedro abajo en el patio, vino una de las criadas del Sumo Sacerdote... la portera... y viendo á Pedro que se calentaba, y fijando en él la vista, dijo :... Este tambien estaba con él... (y enderezando la palabra) á Pedro, dijo : ¿por ventura no eres tú tambien de los discípulos de este Hombre?.. Tambien estabas tú con Jesus Nazareno... » La criada no le dijo estas cosas en la puerta : hubiera

sido esta una grande ventura para este Apostol, que habria podido con retirar atras solo un paso, huirse de allí; ella le habló mientras que se entretenia con los criados, y se calentaba con ellos. La tentacion no nos asalta ya en nuestra primera entrada en el mundo, sino cuando estamos ya tan internados en él, que no tenemos valor para retirarnos y dejarlo. Le quedaba á esta criada una sospecha sobre este hombre, que ella habia introducido, y que no habia podido considerar con mucha atencion, ni conocer en la puerta, ó sea por la oscuridad de la noche, ó sea por respeto á la persona conocida del Pontífice que se lo encomendaba, pero cuando hubo cerrado la puerta quiso saber quién era este extrangero. Vino, pues, al patio donde se calentaban los criados, y con el resplandor de las brasas le fue facil el ver al que ella buscaba. Habiéndolo mirado atentamente, «dijo : este tambien estaba con él...» (lo habia acaso visto ella con Jesus en el Templo). Despues de esta primera palabra que parecia ser una pura sospecha, pregunta al Apostol mismo... « Eres tú tambien, por ventura, de los discípulos de este Hombre?... Finalmente, ella lo da por cosa cierta, y continuando á hablarle « dijo : tambien tú estabas con Jesus Nazareno... » Podemos muy bien imaginarnos que en el momento en que esta muger hablaba, tendrian todos los ojos fijos sobre San Pedro...Él aturdido y sobrecogido de este lance que no esperaba ; no tuvo tiempo ni de deliberar, ni de reconocerse. No vió otro expediente que el de re-

currir á la infidelidad, y á la mentira, y este fue el partido que abrazó. Procuró disimular su embarazo, y no aparecer turbado: « pero él lo negó... delante de todos... diciendo: muger no lo conozco. No soy (de sus discípulos)... no sé lo que dices... » He aquí, pues, Apostol presuntuoso, el efecto de tus bellas protestas! ¡Ah! Gran Dios, ¡qué cosa es de nosotros cuando en pena de nuestra temeridad nos abandonais á nuestra debilidad! ¿Quién se atreverá todavía á confiar en sí mismo despues de un tal ejemplo? ¿Qué somos nosotros en comparacion de lo que era San Pedro? Y con todo eso, este discípulo tan fervoroso, tan celoso, tan distinguido, helo aquí pérfido y apóstata; no á la vista de un Tribunal; de los suplicios; de la muerte, sino á la voz de una muger; de una criada; delante de personas que no tienen autoridad alguna; que no le amenazan, y de quienes puede retirarse, sin darles respuesta, como lo hizo despues. Pero sorprendido de una tentacion que no habia previsto, lo asalta el temor, y ya no es Señor de sí mismo... Cualquiera pasion, temor, amor, ambicion, ó cólera, cuando se enseñorea de un corazon, y nos exponemos temerariamente á sus furores, quita del espíritu todo pensamiento racional; engrandece los objetos; los muda, y les da una tal naturaleza, que quedamos sorprendidos de su engaño, cuando la razon nos quita despues los prejuicios, y la gracia nos ha abierto los ojos. ¿Qué cosa debemos concluir de todo esto? Que no hay seguridad para nosotros

sino en la fuga, en la humildad, y en la oracion.

Segundo. *Continúa por respeto humano.* — « Y sanó fuera delante del atrio, y el gallo cantó... y habiendo salido él de la puerta, le vió otra criada, y dijo á los que estaban allí; tambien estaba este con Jesus Nazareno. Pedro no estaba acostumbrado á la perfidia. La negacion que le arrancaron la sorpresa y el temor, debió poner en consternacion su corazon. Fue acaso la imposibilidad de ocultarla la que lo determinó á retirarse: salió, pues, del patio interior, y vino hasta el atrio ó patio externo. Entonces oyó el primer canto del gallo; indicio de que era media noche. Esta voz era para Pedro, si en ella hubiese puesto su atencion, una advertencia que habria debido darle golpe, y solicitar su huida. Pero en aquel instante pudo pensar en cualquiera otra cosa, y no en la prediccion del Señor. ¿Qué cosa, pues, es la que lo detiene? ¿Quién lo empeñó á volver á entrar en el patio, y á juntars con una compañía con quien habia hecho un prueba tan funesta su debilidad? Fue tambien voz de una criada. Al salir del patio interno, habiéndolo visto una otra criada, les dijo á los que allí se hallaban... « Tambien este estaba con Jesus Nazareno... » Esta palabra oida de Pedro, fue sin duda el motivo por que debió bien presto volver á entrar en el atrio. Temió: (¿porque quién no teme estando en pecado?) Temió que su retiro se atribuyese á huida, y que descubriese de un golpe su conexion con Jesucristo, y su infidelidad para con

él. Sobre esta esperanza tan vana como su temor, creyó que su vuelta disiparia todas sus sospechas, y por no perder la estima de una tan despreciable compañía, fué á buscarla, bien persuadido que ya no volveria á ser inquietado, y que si habia tenido la desgracia de cometer una culpa, seria la última. ¿Qué cosa hay mas irracional que estos pensamientos; que estos sentimientos; que estos proyectos; que estos temores, y que estas esperanzas?... Y ciertamente este es el medio con que el demonio mantiene en sus cadenas una alma, que despues de su primer pecado, gime, y busca escaparse de su mano. Con esto la ha precipitado en un abismo de pecados, cuya enormidad crece siempre á la medida que se multiplica el número.

Tercero. *Crece por motivo del hábito.* — « De allí á poco un otro, viéndolo, le dijo: tambien tú eres de ellos.... Y Simon Pedro se estaba calentando. Y le dijeron: ¿eres tú, por ventura, tambien de sus discípulos?... Y él lo negó de nuevo con juramento... O hombre yo no soy... no conozco á este hombre...» Habiendo Simon Pedro vuelto con los criados, y calentándose con ellos; estos que habian oido el discurso de la segunda criada, le dijeron... «Eres tú acaso tambien de sus discípulos?... Y uno de la compañía, tomando un tono afirmativo, y mirándolo, le dijo: « tambien tú eres uno de ellos...» Lo negó por la segunda vez, y dijo: «con juramento yo no lo soy.... no conozco á este hombre...» Aquí se ve en qué manera se forme el hábi-

to, en qué manera, multiplicándose las culpas, vienen á ser mayores, y qué aumentos lleve tras sí la recaida. — Primero. *En la tentacion.* — En la primera negacion era una criada; aquí es una segunda criada, y un hombre; son todos los circunstantes los que preguntan á Pedro, y lo solicitan por todas partes. — Segundo. *En la pasion*; la que aquí es el temor de la muerte, y crece con la tentacion. — Tercero. *En la debilidad;* porque despues de haber consentido á la pasion en una ocasion menos fuerte, ¿cómo se ha de resistir á ella cuando ha crecido; y la tentacion es mas fuerte? — Cuarto. *En el pecado.* Al silencio sucedió la mentira; y aquí la mentira va apoyada del juramento: y porque Pedro habia llevado la presuncion hasta la obstinacion, Dios permite que lleve la debilidad hasta las señales externas de apostasía. Sí; aquel á quien Dios ha revelado la Divinidad de su Hijo, se atreve, renegando á su Maestro, tomar este mismo Dios por testigo de que él no lo conoce. ¿Se puede caer, por ventura, desde mas alto á mas profundo abismo? — Tal es el funesto progreso que hace todo pecador, que despues de su primer pecado no se resuelve á romper todas las cosas, y á vencer todos los obstáculos para salir de la ocasion.

Cuarto. *Va á acabar en excesos.* — Y casi una hora despues un otro. — Uno de los criados del Pontífice, pariente de aquel á quien Pedro habia cortado la oreja... Decia afirmándolo... ciertamente tambien este estaba con él, porque es tambien Ga-

lileo...» (y enderezando hácia él la palabra) le dijo : ¿no te ví yo en el huerto con él? Y de allí á poco los circunstantes se acercaron , y le dijeron á Pedro; verdaderamente tambien tú eres uno de aquellos , pues tu lenguage te da á conocer... porque tú eres Galileo. » Al parecer Pedro despues de su segunda negacion , estuvo mas tranquilo que despues de la primera; y su culpa , aunque mas grave , le causó menos horror; á lo menos no se muestra agitado , ni turbado , y no lo vemos salir como la primera vez..... ¡ Funesto efecto de la recaida !... Pedro quedó en su lugar, y se lisonjeó en que ya no lo quitarian mas , y que ya no volveria á pecar... Entre tanto no tardó mucho un tercer asalto. Este fue mas vivo, y su caida tambien fue mas funesta que la segunda. De allí á poco ; despues de un intervalo de cerca de una hora , dijo uno que Pedro era Galileo todos los que se hallaban allí se unieron á él, y confirmaron su parecer : seguramente dijeron á Pedro, tú eres uno de ellos, porque tú eres Galileo ; tu lenguage te manifiesta, y de esto no se puede dudar. En los primeros encuentros habia sido Pedro acusado de ser discípulo de Jesucristo ; pero sin dar de ello prueba alguna : aquí empiezan las pruebas, y el discípulo se ve mucho mas acosado. Sin embargo , esto era solo un prejuicio verdaderamente desagradable ; pero que nada concluia ; mas sobrevino otro criado del gran Sacerdote , pariente de aquel Malco, á quien Pedro habia cortado la oreja , y dijo á Pedro.... « ¿No te he visto yo en el

huerto con él?...» Este se daba aquí por testigo ocular; nombraba el lugar donde habia visto á Pedro, y nombraba el huerto. No faltaba otra cosa que llamarlo asesino de su pariente... ¿Quién podrá figurarse de qué temor fue entonces sobrecogido el Apostol ya perjuro?... Es facil ver que su caida es indefectible, y que está para renegar de su Maestro por la tercera vez. ¿Pero quién podrá creer que está para hacerlo de una manera aun mas fuerte, y mas inicua que la segunda? « Pero Pedro negó de nuevo... Entonces comenzó á echarse imprecaciones, y á perjurar que no habia conocido tal hombre... No conozco este hombre de quien hablais... O hombre, yo no sé lo que tú dices; é inmediatamente antes que él hubiese acabado estas palabras.... por la segunda vez cantó el gallo...» ¡Qué rápido progreso en el camino de la iniquidad! He aquí, pues, la palabra del Salvador verificada en todas sus circunstancias, y la promesa del hombre reducida á la nada en todos sus puntos. He aquí, pues, la mas fuerte columna del Apostolado caida, y hecha pedazos. El estrépito de su caida se ha dejado oir en toda la Iglesia, y se oirá hasta la fin de los siglos, para advertir á todos los hombres su debilidad, y la necesidad que tienen de la continua asistencia de Dios. He aquí, pues, aquella piedra sobre que debe ser fundada la Iglesia; hela aquí quebrada y reducida á polvo: ¿y quién podrá restablecerla sino el que le ha predicho su caida?

Peticion y coloquio.

Condeno, o Jesus, el pecado del primero de vuestros Apóstoles. ¿Pero no lo imito yo por ventura, y acaso no le excedo? ¿Cuando he de arriesgar alguna cosa, ó sea declarándome en medio de vuestros enemigos, ó sea en alguna otra ocasion en favor de la justicia, de la verdad, ó de la verdadera piedad, tengo valor para daros testimonio? ¿Tengo á lo menos la prudencia de retirarme de estas ocasiones? ¡Ah! si la caida de Pedro me trae á la memoria la multitud de mis culpas, su vuelta á Vos, o Dios mio, sea tambien el modelo de mi conversion. Amen.

MEDITACION CCCXVI.

PENITENCIA DE SAN PEDRO.

S. Mat., c. XXVI, v, LXXV.
—S. Marc., c. XIV, v. LXXII,
—S. Luc,, c. XXII, v. LXI, LXII.

Primero. Penitencia sobrenatural. Segundo. Penitencia eficaz. Tercero. Penitencia coronada.

PUNTO PRIMERO.

Penitencia sobrenatural.

Primero. *Penitencia ocasionada de la vista de Jesus.*» Y volviéndose el Señor miró á Pedro...» *Mirada exterior.*—Pedro hablaba aun, y se adelantaba siempre mas en el principio, cuando Jesus que iba conducido al atrio, volviéndose hácia su discípulo, supo tomar el momento en que este perjuro echaba de su parte una mirada de curiosidad, para echar sobre él una mirada de misericordia. Los ojos

de los dos se encontraron. ¿Y qué es lo que vió Pedro en los de su Maestro? Vió su dulzura, su compasion y su amor para con un pérfido, que no merecia otra cosa que su odio, su indignacion y su castigo... ¡Ah! Pecador, tú crees que Jesucristo te ve y te oye : echa, pues, tambien tus ojos hácia él, mira á Jesus, no armado de rayos para confundirte como mereces, sino en acto de extender los brazos para acogerte si quieres volverte á él. Si no puedes leer los sentimientos de su amor en sus ojos divinos, léelos en su Evangelio, y no resistas á las diligencias de su ternura, que te convida á volverte á él. *Mirada interior.*—Mientras la mirada de Jesus abrió los ojos de Pedro, una gracia poderosa, un dardo encendido inflamó su corazon, que ya empezaba á endurecerse, é iluminó su espíritu, que parecia haber perdido todos sus conocimientos, y estar privado de todas las luces... ¿Cuántas veces, o pecador, te ha solicitado la gracia á abandonar los caminos de la iniquidad para caminar por los de la virtud? Sigue, pues, un atractivo tan dulce, piensa que tu Salvador te mira, y fíjate en esta mirada amorosa, que hará tu eterna felicidad si correspondes á ella. Te mira tambien sin duda el mundo, pero desprecia sus miradas, húyelas, y no hagas caso alguno de ellas. El mundo te mira solo para perderte. Si tú haces penitencia para agradar á sus ojos, ó si no te atreves á hacerla por temor de desagradarle, tú vives igualmente en la reprobacion. No tengas, pues, otra cosa en mira que á Jesus ; vuelve

á él por amor suyo, y entonces tu penitencia, como la de San Pedro, será verdadera, sincera y sobrenatural.

Segundo. *Penitencia ocasionada por la memoria de la palabra de Jesus.* — «Y Pedro se acordó de la palabra que le dijo Jesus : antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces...» ¡O memoria amarga, pero que fue el principio de una confusion saludable! La palabra de Jesucristo se ha verificado en todos sus puntos, y Pedro lo experimenta con dolor... ¡Ah! Los pecadores, los réprobos, los Santos experimentan que la palabra de Jesus es verdadera*. Nos ha dicho por el Profeta : «*que para los impíos no hay paz...*» ¿No lo hemos experimentado por ventura nosotros mismos? Él nos ha dicho** : *que los malos irán al suplicio eterno.* ¿Esperamos acaso experimentarlo? Nos ha dicho tambien : *que los justos irán á la vida eterna,* y su palabra se verificará... ¡Ay de mí! Nosotros lo creemos, pero nuestro mal es que perdemos de vista esta palabra y la olvidamos. Acordémonos, pues, ahora de ella; meditémosla todos los dias, é imprimámosla tan perfectamente en nuestro espíritu, que no la olvidemos ya jamas. Olvidemos todas las palabras del mundo, que no son otra cosa que error y mentira : olvidemos sus caricias, sus máximas y sus promesas, y acordémonos solamente de las palabras de Jesucristo.

* Isai., c. XLVIII, v. XXII.

** S. Mat., c. XXV, v. XLVI.

PUNTO II.

Penitencia eficaz.

«Y habiendo salido fuera, lloró amargamente...»

Primero. *Pedro mostró la sinceridad de su penitencia con haber salido.*—Salida necesaria para evitar la ocasion del pecado. Pedro convencido de su debilidad por la triste experiencia que habia tenido, no halló remedio para sí sino en la huida. Aun cuando estaba bien convertido, no le vino siquiera al pensamiento el ir á echarse á los pies de su Maestro para pedirle perdon de su pecado, ni de quedarse entre los criados de Caifás para retratar sus juramentos, para quitar el escándalo que habia dado, para reparar su infidelidad con una generosa confesion, y para expiar, si fuese necesario, la vileza de sus negaciones con el sacrificio de su vida. Vanas ideas, que no sirven de otra cosa que de fomentar el orgullo y el amor propio : falsos pretextos de una alma engañada, que se cree convertida, y quiere aun acercarse á los objetos que la han engañado y pervertido : es necesario comenzar por la salida ; lo demas se hará á su tiempo. No se dejó engañar San Pedro : salió... Salgamos como él si queremos asegurar nuestra conversion y nuestra penitencia... Salida difícil para el que está solamente medio convertido. San Pedro despues de aquella primera negacion habia pensado en esta

salida y la habia intentado : la habia medio ejecutado, pero volvió á entrar, recayó, y sus últimas culpas fueron todavía mas graves que la primera. El que muestra dificultad en dejar la ocasion en que se ha perdido ; el que la deja solo por la mitad, y esto con sentimiento, se puede asegurar que no está aun convertido ; bien presto se verá recaer en el abismo, y en un abismo mas profundo que el primero... Salida facil para cualquiera que está enteramente convertido... San Pedro quiso salir despues de su primera negacion, empezó, y no acabó. Despues de la segunda ya no pensó en salir, y lo habria pensado aun menos despues de la tercera si no fuera por la mirada misericordiosa del Señor. Pero entonces esta salida le pareció tan facil como indispensable, y la ejecutó prontamente, sin dificultad y sin obstáculos... Cuando un pecador está bien convertido no es necesario exhortarlo á evitar la ocasion, la huye, la detesta y la aborrece. Desventurada casa donde no habria debido yo entrar jamas : funesta compañía, que no deberia yo haber conocido jamas : te dejo para siempre : serás para mí siempre un objeto de horror, y el motivo de mi dolor, de mi arrepentimiento y de mis lágrimas.

Segundo. *Pedro mostró la sinceridad de su penitencia con sus lágrimas. — Lágrimas prontas.* Penetrado Pedro del mas vivo dolor, esperaba solo el momento en que habria salido para dar un curso libre á sus lágrimas. Apenas lo miró el Señor, salió,

y apenas salió, comenzó á llorar. — ¡Ay de mí! no he comenzado yo aun á llorar, ya ha tanto tiempo que ofendo al Señor, ya ha tanto tiempo que el Señor me llama á sí, pero mis lágrimas no le han mostrado aun mi dolor. — *Lágrimas amargas.* Las lágrimas de San Pedro fueron amargas, porque tenian por objeto á Dios, y la gravedad de la ofensa hecha á su nombre. Lloran algunos tal vez mas el rubor y las consecuencias de su caida, que la caida misma y la ofensa de Dios. — Finalmente. *Lágrimas continuas.* Las lágrimas amargas que derramó Pedro luego que salió de casa de Caifás, fueron solo el principio de las que derramó en toda su vida. Se cuenta de él que cada vez que oia el canto del gallo derramaba torrentes de lágrimas. — ¡Cuántos objetos podrian traer á nuestra memoria nuestras ofensas, y renovar incesantemente nuestro dolor, si pusiésemos atencion en ellos, y si nuestro corazon fuese penitente, como lo era el de San Pedro! ¿Y cómo habria podido jamas dejar de llorar San Pedro acordándose de las palabras de Jesucristo, y trayendo á su memoria la dulzura con que Jesus lo habia advertido, la presuncion con que él habia despreciado sus avisos, la vileza con que lo habia negado, y sobre todo, la bondad con que Jesus lo habia mirado en el momento mismo en que él á la perfidia juntaba la imprecacion y el juramento? Nosotros no podemos llorar; vamos diciendo muchas veces: No podemos hacer oracion. He aquí un manantial de lágrimas que nos abre San Pedro; he

aquí una manera de continua meditacion y de sólida oracion. Acordémonos de las gracias que hemos recibido de Dios ; acordémonos de nuestras infidelidades, del número, de las circunstancias, de la gravedad de nuestros pecados y de la misericordia infinita de un Dios ofendido , que ha sido el primero en buscarnos, en llamarnos, en ofrecernos el perdon y en consolarnos.

PUNTO III.

Penitencia coronada.

Primero. *Con el restablecimiento de San Pedro en todos los privilegios de su vocacion.* — Pedro en la Iglesia de Jesucristo es la Cabeza de los pecadores y la Cabeza de los penitentes, y no obstante esto, la Cabeza de los Pastores y el Vicario de Jesucristo sobre la tierra. Pedro , que á la voz de una portera renegó de su Maestro, ha sido constituido por su Maestro Portero del Cielo, y dispensador de sus tesoros.

Segundo. *Con la fidelidad de Pedro en cumplir en toda su extension, su vocacion.*—Su pecado no le ha impedido gobernar la Iglesia, ser despues de Jesucristo la piedra fundamental, y consolidarla con su sangre. Su misma debilidad ha servido á la gloria de Dios, y á manifestar su poder. Porque ¿de dónde podia traer su fuerza y su constancia , sino del

Espíritu Santo, el que delante de una criada del Pontífice habia negado á su Maestro cuando vivia, y casi delante de sus mismos ojos, y que, despues de la muerte de este mismo Maestro, le da un testimonio glorioso delante del Pontífice y de su Consejo?

¡O Providencia de mi Dios, cuán adorable sois, cuán amable! ¡O Jesus, bien dais Vos á conocer que habeis venido á salvar los pecadores! — Pecadores, alegraos: Pedro pecó, pecó gravemente, pecó varias veces, y ha recuperado toda la amistad de su Maestro, volvió á entrar en su vocacion, y correspondió fielmente á su alto destino. Él está á la frente de los pecadores y á la frente de los Pastores. Vosotros pues, o pecadores penitentes, nada teneis que temer, ni de parte de Jesucristo, para con quien os podeis valer de cuanto él ha hecho por San Pedro, ni de parte de los Pastores, los cuales hallan vuestra debilidad, vuestra perfidia, vuestra iniquidad en aquel que es su Cabeza, y que les ha enseñado la dulzura y la compasion que deben tener para con los pecadores. Vuestra penitencia os restablecerá en gracia, y os restituirá todos los méritos que habíais adquirido antes de vuestro pecado. Vuestro mismo pecado puede venir á ser para vosotros un medio y un motivo de glorificar á Dios con ventajas, de hacer mayores progresos en la virtud, y de mantenernos en un fervor que no habríais acaso tenido si no hubiéseis pecado.

Peticion y Coloquio.

¡O grande Apostol, enseñadnos á aprovecharnos como Vos de nuestras flaquezas, á rescatar el tiempo, á asegurar nuestra vocacion y nuestra eleccion por medio de nuestras buenas obras. Conseguidnos el derramar como Vos sobre nuestros pecados lágrimas amargas, cuyo manantial no se seque jamas; lágrimas exprimidas de un sincero arrepentimiento, acompañadas de una santa confusion, y templadas de una humilde confianza; lágrimas semejantes á las que Vos derramásteis para empezar á lavar vuestra culpa, hasta que os fue permitido anegarla en vuestra sangre. Alcanzadnos finalmente la gracia de reparar nuestras iniquidades, y de llorarlas como Vos todos los dias de vuestra vida, y hasta la muerte. Amen.

MEDITACION CCCXVII.

SEGUNDO CONSEJO DE LOS JUDIOS, TENIDO AL ROMPER DEL DIA, EN QUE JESUCRISTO COMPARECE, Y ES JUZGADO DIGNO DE MUERTE.

S. Marc., c. XV, v. 1. — S. Mat., c. XXVII, v. 1. — S. Luc., c. XXII, v. LXVI, LXXI.

Primero. Razones de este segundo Consejo. Segundo. Respuesta de Jesucristo en este segundo Consejo. Tercero. Decision de este segundo Consejo.

PUNTO PRIMERO.

Razones de este segundo Consejo.

«Y luego por la mañana... los Príncipes de los Sacerdotes con los Ancianos y los Escribas, y todo el Congreso... tuvieron consejo contra Jesus para hacerlo morir... Y lo llevaron á su Sinedrio, y le dijeron: si tú eres el Cristo dínoslo...»

Primero. *Primera razon de este Consejo, tomada de la parte del pueblo.* — Se juntó este segundo Consejo para ratificar el primero, y dar á la condenacion de Jesucristo una forma jurídica, que pudiese tener fuerza para con el pueblo. Desde la mañana los Sumos Pontífices, Caifás, que aquel año estaba en ejercicio. y Anás, su suegro, juntaron el Consejo, á que intervinieron todos los Príncipes de los Sacerdotes, ó sea Cabezas de las familias sacerdotales, todos los Ancianos del pueblo, esto es, los Senadores, ó sea Magistrados, y todos los Escribas, ó sea Doctores de la Ley; en una palabra, todos aquellos que tenian voz en Consejo. No hubo acaso jamas otro mas numeroso, ni mas universal. Es muy verosimil que habiéndose tenido el primero por la noche luego que Jesus fué conducido á la casa de Caifas, faltaron á él muchos miembros, ó sea por no interrumpir su reposo, ó acaso por la duda de que no pudiesen salir con arrestar un hombre que habia huido tantas veces de sus manos. Pero cuando convidados de Caifas, supieron que Jesucristo habia sido arrestado, y estaba ya condenado por el primer Consejo, todos se apresuraron para asistir al segundo, tanto los que habian intervenido al primero, como los que no habian asistido. Fuera de las ventajas del número, tenia tambien este Sinedrio las apariencias de la solidez, de la moderacion y de la sabiduría. Parecia por esto que no hubiesen precipitado cosa alguna; y que habian dado al acusado el tiempo conveniente para

entrar en sí mismo, y que no lo condenaron sino despues de haberlo visto persistir en su deposicion, y como ellos decian, en sus blasfemias. ¿Cómo era posible que un pueblo inconstante y voluble, que no habia gustado jamas las máximas de piedad y de penitencia que Jesucristo les habia anunciado, no quedase vencido de una tan grande autoridad, como era la del concurso unánime de todas las Cabezas, y de todos los órdenes de la Nacion?

Segundo. *Segunda razon de este Sinedrio, tomada de la parte de Pilato... «para hacerlo morir»*; esto es para entregarlo á Pilato, presentándole los capítulos de acusacion suficientes para determinarlo á condenar á la muerte á Jesucristo. Para deliberar, pues, mas maduramente sobre este negocio se juntó este segundo Sinedrio; el cual de hecho tuvo principio de un tal proyecto antes que se hiciese comparecer en él á Jesus. Se habia ya tomado la resolucion sobre esta materia en el primer Sinedrio; pero no se vieron los efectos. Aparece del progreso que en este segundo se convino atenerse á la calidad de Rey que Jesucristo tomaba. Esta calidad se contenia en la de Cristo ó de Mesías, porque el Mesías debia ser hijo de David, y Rey de Israel. Caifás habia preguntado á Jesus si él era el Cristo Hijo de Dios: aquí no es Caifás, es el Sinedrio el que pregunta, y fueron verosímilmente aquellos que no habian intervenido al primero. Suprimen lo que mira á la filiacion divina, que no podia interesar á Pilato, y le preguntan solamente sobre la

calidad de Cristo, que incluia la de Rey, que procuran aun no hacer expresa mencion por esconder mejor sus designios... ¡O, y cuán activa y artificiosa es la impiedad! Pero el Señor sabe confundir la sabiduría de los malvados, y la prudencia de los prudentes del siglo *.

Tercero. *Razon de este Consejo, tomada de parte de la providencia.* — Los hombres tenian sus miras en juntar este segundo Sinedrio; pero el Señor tenia las suyas mas seguras y mas infalibles, y todo para gloria de su Hijo, é instruccion de su Iglesia. Los Judíos no querian hablar de la divininad de Jesucristo, y Jesucristo con la sabiduría de su respuesta los obligó á ello, y dió á su divina filiacion, á la divinidad de su persona un segundo testimonio, todavía mas preciso y mas formal que el primero, y en esto justamente tanto mas eficaz, cuanto que procedia del primero, como bien presto veremos. — Vuestro amor para con nosotros, y vuestra sabiduría sean para siempre ensalzados. Hasta en medio de vuestros enemigos Vos nos socorreis, nos instruís, y nos dais armas contra los enemigos de vuestra divinidad, que querrian oscurecer vuestra gloria, ó destruirla enteramente, y quitarnos el consuelo de tener un Dios Salvador, y de adorar en Vos el Hijo de Dios, en todo igual á su Padre, Dios como su Padre, haciendo con él un solo Dios.

* 1. Ad Cor., c. I, v. XIX.

PUNTO II.

Respuesta de Jesus á este segundo Consejo.

Nada habia perdido Jesus de su constancia por los malos tratamientos que habia sufrido : habló en este segundo Sinedrio con tanta dignidad como en el primero, y con tanta libertad como enseñaba otras veces en el Templo... Le dijeron, pues : « Si tú eres el Cristo dilo á nosotros... » No queriendo Jesucristo responder directamente á esta pregunta sino cuando á la calidad de Cristo hubiesen formalmente juntado la de Hijo de Dios, les dió una respuesta indirecta, suficiente á convertirlos si hubiesen estado menos endurecidos, y en la que les hacia ver los siguientes excesos.

Primero. *Les da en rostro con su oculta incredulidad.* — « Y él les dijo : si os lo dijese no me creereis. » Conozco el fondo de vuestros corazones, y la determinacion en que estais de no creer cosa alguna. Conozco el fin con que me preguntais, y que no buscais otra cosa en mi respuesta que un motivo para acusarme, condenarme, y abandonarme á la muerte. Vosotros me pedís que os diga si soy el Cristo : yo os lo he dicho en el Templo, y vosotros me habeis querido apedrear * : mis milagros os lo han dicho, y vosotros los habeis calumniado : el

* S. Juan, c. X, v. XXX, XXXI.

cumplimiento de las profecías os lo dice, y vosotros os cegais : actualmente continuais á cumplirlas , y vosotros lo ignorais. — En esta incredulidad de los Judíos en orden á Jesucristo, reconozcamos la de los Hereges en orden á la Iglesia. Combaten ellos los artículos de la fe por seguir los sistemas humanos y su propio parecer. Fingen entre tanto estar sumisos á la Iglesia, pidiendo solamente que ella hable , que decida , que se explique ; pero despues que ella ha hablado , su incredulidad viene á hacerse mas formal, nada creen, antes estudian para hallar en las decisiones pronunciadas por esta Iglesia pretextos , para acusarla y condenarla.

Segundo. *Su obstinada malicia.* — « Y si ademas os preguntare , no me respondereis , ni me dareis libertad... » Han pasado solamente tres dias, desde que en la Casa de Dios os hice muchas preguntas sobre el bautismo de Juan *... Sobre el Hijo de David; sobre la piedra angular y desechada ** ; y vosotros ni habeis querido responderme , ni deponer el odio que teneis contra mí. Si ahora os preguntase sobre lo que los Profetas han dicho en orden á los dolores, á las humillaciones, á la muerte, y al sepulcro del Mesías , vosotros persistiríais en vuestra malicia , y en vuestro silencio. Vosotros ni querríais darme respuesta por temor de condenaros , ni darme la libertad por temor de perder la

* S. Mat., c. XXI, v. XXV.

** S. Mat., c. XXI, v. XLI.

ocasion de esfogar vuestro odio. Vosotros estais obstinados en perderme, y no estareis satisfechos sino cuando habreis consumado vuestro delito.—Horribles disposiciones las de un corazon endurecido, que ni quiere ver ni entender cosa alguna, ni hacer alguna reflexion : que se obstina en no dar respuesta á cuanto se le puede decir y representar, y que todo lo desecha antes que reconocer su falta, antes que condenarse á sí mismo, y antes que abandonar los caminos de la iniquidad, y renunciar al objeto de su pasion.

Tercero. *Su seguro castigo.*—«Pero de ahora en adelante estará el Hijo del Hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios... » Desde estas ataduras que me tienen esclavo; desde la Cruz en que me clavareis ; desde el sepulcro en que me encerrareis, y en que pondreis guardas despues de haberlo sellado « *desde ahora en adelante* ; despues de haber hecho de mí todo lo que habreis querido ; despues que habré salido de vuestras manos, del sepulcro, y de este mundo, iré á sentarme sobre el Trono del Omnipotente, y á tomar á la diestra de Dios Padre el puesto debido á mi nacimiento y á mi obediencia... Estas palabras deberian haber helado de espanto todos estos impíos, y haberles causado tal temor, que se hubiesen abstenido de bañarse las manos en la Sangre de un Dios, derramando la de un hombre, que aun oprimido de las cadenas les hablaba con tanta magestad y firmeza; y cuya injusta muerte infaliblemente debia traer sobre ellos

las venganzas mas terribles del Cielo.—¡Ay de mí! Debo yo mismo meditar bien estas divinas palabras... Sí; es un artículo de mi fe que todos los dias lo rezo en el Símbolo; aquel Jesus que ofendo con mis pecados; que sirvo con tanta tibieza y flojedad; que creo presente en la Eucaristía, y que lo respeto tan poco; que recibo con tanta frialdad y náusea; él está sentado á la diestra de Dios Padre Omnipotente, de donde vendrá á pedir cuenta de todo. — Este pensamiento, pues, reanime mi fervor, para servirlo con fidelidad, con confianza, y con amor sobre la esperanza de verlo un dia en su gloria, y reinar allí con él. Porque sentado él á la diestra de su Padre es Omnipotente, así para proteger y recompensar, como para destruir y castigar.

PUNTO III.

Decision de este segundo Consejo.

Primero. *Conclusion qué sacaron de las últimas palabras de Jesucristo.* — « Y todos dijeron: luego tú eres Hijo de Dios... » La conclusion era justa; porque estas expresiones figuradas; estar sentado á la diestra de la virtud de Dios, no podian convenir á una pura criatura, aunque fuese de las mas elevadas. Hay siempre entre Dios y la criatura una diferencia infinita, que no permite que se diga que la criatura está sentada con Dios sobre el mismo Trono, y á la diestra de su omnipotencia. El Sal-

vador por medio de su primera respuesta condujo los Judíos á esta conclusion, para que no se separase su calidad de Hijo de Dios de la calidad de Mesías, que son efectivamente inseparables; y para que la confesion que queria hacer, y que queria al fin sellar con su sangre, cayese igualmente sobre la una, y sobre la otra.

Segundo. *Respuesta de Jesucristo á la conclusion de los Judíos.*—« Él respondió : vosotros decís que yo lo soy... » Aquí, pues, confiesa claramente Jesucristo, que él es el Hijo de Dios en el sentido el mas riguroso y mas exacto ; en el sentido que les habia hecho decir antes, que él se hacia igual á Dios ; que se hacia Dios *. Ahora este sentido está aquí determinado por dos circunstancias.—Primera. *Por la conclusion que ellos vienen á sacar.* Por este término *Hijo de Dios*, no entienden ya que Jesus se dé por Hijo de Dios adoptivo, y en el sentido en que la Escritura da á los hombres esta calidad, sino en el sentido que presentan estas palabras de Jesucristo « *estar sentado á la diestra de Dios...*» lo que solo conviene al que es Hijo natural de Dios igual á Dios ; de la misma naturaleza de Dios.—Segunda. *Este sentido está tambien determinado por el juicio pronunciado en el primer Consejo tenido contra Jesus* : porque en este primer Consejo, habiendo confesado Jesus que él era Hijo de Dios, consideraron esta confesion como blasfema ; y en

* S. Juan, c. V, v. xviii, c. X, v. xxxiii.

su consecuencia, juzgaron que Jesus merecia la muerte. Tomaban, pues, este término en el sentido riguroso, como ahora lo hemos explicado; y Jesus, repitiendo aquí la misma confesion que habia hecho en el primer Sinedrio, toma tambien este término en el sentido de los Judíos; en un sentido que seria blasfemia si no le conviniese esta calidad. He aquí en qué manera la Confesion del Salvador, en este segundo Sinedrio, trajo de la primera una fuerza invencible; y este segundo Sinedrio que los Judíos juntaron para hacer la condenacion de Jesucristo mas ignominiosa, ha servido antes para hacer su gloria mas luminosa, é instruir á su Iglesia, consolarla, y darle armas contra aquellos falsos cristianos, que reconociendo á Jesucristo por el Mesías, han querido disputarle su Divinidad que es el punto esencial y fundamental de la Religion Cristiana.

Tercero. *Confirmacion del primer juicio pronunciado contra Jesucristo.* — « Y ellos dijeron: qué necesidad tenemos ya de testigos: nosotros mismos lo hemos oido de su propia boca... » Todo esto era mera invencion del Sinedrio de los Judíos para engañar el pueblo, y hacer pasar la doctrina de Jesucristo por una corrupcion de la Ley, sus milagros por prestigios, y su calidad de Mesías por una sacrílega usurpacion... De este modo los que no habian intervenido al primer Consejo, se reunieron con los que habian asistido; y todos juntos confirmaron el juicio ya proferido. Atribuirse la calidad

de Hijo de Dios en el sentido propio y natural, como aquí se entiende, es sin duda una blasfemia digna de muerte, si el atribuirse una tal cosa es una usurpacion. ¿Y Jesucristo en atribuírsela comete por ventura una usurpacion? ¡Ah! esto es lo que el Sinedrio no se digna de examinar. Él no tiene ya necesidad de otros testigos, ni tampoco nosotros. Nosotros lo hemos oido de su boca; esto nos basta. Díganos tambien su Apostol *, el discípulo amado: que el Verbo era Dios, y que el Verbo se hizo Carne. Díganos tambien su Apostol *, el vaso de eleccion: que él es sobre todas las cosas, Dios bendito en todos los siglos... Llámelo su Apostol ***, el mas incrédulo de todos, Señor suyo, y Dios suyo: Su esposa la Iglesia junta en Nicea ****, condene como Hereges los que no lo reconocen por verdadero Dios: todos estos testimonios que el Espíritu Santo ha formado, estan incluidos en el suyo. Lo hemos oido de su boca; no deseamos otra cosa.

* S. Juan, c. I, v. 1, xiv.
** Ad Rom., c. IX, v. v.
*** S. Juan, c. XX, v. xxviii.
**** Conc. Nic. I. Cont. Arrio. año 325.

Peticion y Coloquio.

Sí, o Jesus, esto me basta para obligarme á ofreceros mis homenages, como al Dios Supremo, que haceis un solo Dios con vuestro Padre y con el Espíritu Santo. Tal os considero en todo el curso de vuestra pasion, sin que vuestras humillaciones, vuestros tormentos, vuestra muerte, puedan disminuir en nada la fe viva é inmoble que tengo en Vos. Haced, o Dios mio, que el ardor de mi amor sobrepuje al de mi fe. Amen.

MEDITACION CCCXVIII.

JESUS ES ENTREGADO AL PRESIDENTE PILATO.

S. Luc., c. XXIII, v. 1. — S. Marc., c. XV, v. 1. — S. Mat., c. XXVII, v. 11. — S. Juan, c. XVIII, v. XXVIII.

Consideremos primero, en qué estado es conducido Jesus; segundo, de quién va acompañado; tercero, de quién y por qué es entregado á Pilato.

PUNTO PRIMERO.

En qué estado es conducido Jesus.

Primero. *Jesus es conducido esclavo en cadenas.* —« Y levantándose toda la multitud (de la asamblea)... lo llevaron atado... de la casa de Caifás al Pretorio... al Presidente Poncio Pilato... y lo pusieron en manos de Pilato... » Se determinó, pues, llevar á Jesus atado, y cargado de cadenas al Palacio del Gobernador Romano, y presentárselo; no

solo como trasgresor de la Ley de Moises, sino tambien como un reo de Estado, que se decia Rey de los Judíos. He aquí, pues, o Jesus, que estais en manos de vuestros enemigos; que os llevan en triunfo como un esclavo, y que aplauden la victoria que han conseguido sobre Vos. Aquellas manos que han obrado tantas maravillas, estan en cadenas sin accion, y sin movimiento: toda vuestra Persona está á su discrecion, y Vos andais solamente donde ellos os llevan; ellos son vuestros señores, son vuestros vencedores: ¿y Vos? Vos estais vencido, atado, y esclavo. Sí; Vos estais vencido, pero por vuestro amor: atado, pero por nuestros pecados: esclavo, pero de vuestra obediencia. ¡O Jesus, y cuán fuerte sois en vuestras ataduras; cuán libre en vuestra cautividad, y cuán triunfante en vuestra derrota! ¡Cuando me enseñará vuestro amor á caminar sobre vuestras pisadas para triunfar con Vos!

Segundo. *Jesus es llevado en estado de reo.* — No estan contentos vuestros enemigos con quitaros la vida; quieren tambien quitaros la reputacion; quieren haceros morir como malhechor, despues de haberos cubierto de oprobios, y hecho la execracion pública. ¡Ah! qué pensará de Vos el pueblo de Jerusalen cuando os verá atado, cargado de cadenas, y conducido al Magistrado Romano?... Este pueblo que tan frecuentemente ha admirado la sabiduría de vuestras palabras, y la magnificencia de vuestras obras, mirará vuestros milagros como prestigios del

demonio, y vuestros discursos como blasfemias contra Dios : os detestará como el hombre mas malvado, el mas astuto, el mas reo que haya comparecido jamas sobre la tierra. ¡O Jesus, Dios de toda santidad, en qué estado consentís Vos comparecer á los ojos de los hombres! ¡Ah! Yo soy el culpado : yo soy el que merezco toda suerte de suplicios, y ser la execracion de todas las criaturas : son mis pecados, o Divino Salvador, de los que os habeis cargado : Vos os habeis vestido de ellos para despojarme de ellos á mí, y vestirme de vuestra justicia. Enseñadme á reconocer mis prevaricaciones, á humillarme en ellas, á sufrir las penas de la vida, y los desprecios de los hombres, para unirme á Vos, y expiar por vuestros méritos los pecados que veis en mí.

Tercero. *Jesus es conducido como víctima.* — El que el Sinedrio de los Judíos lleva como su esclavo : el que el Pueblo de Jerusalen mira como un malhechor, es el que jamas ha cometido pecado, y que Dios ha hecho el pecado mismo * : esto es, víctima del pecado por nosotros, para que fuésemos justos en él por la justicia de Dios. Dios ve á su Hijo llevado del Sinedrio al Pretorio, con este caracter de víctima por nuestros pecados : este Hijo adorable se deja llevar en calidad de Cordero de Dios, sin lamentarse por las calles de Jerusalen, y se ofrece á sí mismo en propiciacion por nuestras iniquidades. ¡O víctima santa, pura, y sin mancha, cuán

* 2. Ad Cor. V, v. XXI.

digna sois de Dios! ¡Cuán propia sois para borrar todos los pecados del mundo! Pero ¡o cuántos oprobios y tormentos ocasionan nuestros pecados! ¡O y cuán grande es vuestro amor para con nosotros, pues os ha llevado á sufrir tan indignos tratamientos! ¡Pero cuál debe ser nuestro amor para con Vos al véroslos sufrir! ¡Ah! Jesus mio, os quiero seguir en esta penosa carrera, y en todos los otros tormentos que vuestro amor os hace sufrir, con los sentimientos del mas vivo reconocimiento, considerándoos como la víctima santa que se sacrifica por nosotros.

PUNTO II.

De quién va acompañado.

Primero. *De guardas y de soldados.* — Eran estos los que lo habian ultrajado tan cruelmente toda aquella noche. Jesus caminaba entre ellos atado, y cargado de cadenas. Y ¡o cuántos malos tratamientos le hicieron probar en este largo y penoso camino!

Segundo. *De sus Jueces y de todo el Sinedrio.* — ¡Qué indignidad ver Jueces acusadores, y aquella multitud de Sacerdotes, de Doctores, y de Magistrados seguir al acusado, para intentar contra él nuevas acusaciones mas calumniosas que las primeras! ¡Qué odio en sus corazones! ¡Qué furor en

sus ojos! ¡Qué hipocresía en su aspecto! ¡Qué júbilo secreto en su alma verse señores de su presa, y esperar ver presto caer bajo sus artificios aquel hombre formidable, cuyo poder no podian sostener, cuya virtud, doctrina, y milagros eran una reprension continua de su impiedad y de sus desórdenes!

Tercero. *De una multitud de pueblo*. — El pueblo no habia podido entrar á parte de cuanto habia sucedido en la noche; pero por la mañana, luego que fue informado que era arrestado Jesus, y que lo llevaban al Gobernador, podemos imaginarnos con qué priesa concurrió de todas partes de la Ciudad, y qué concurso encontró Jesus en su pasage. ¡Ah! aquel Jesus que se ve, no es ya aquel Jesus que enseña; que explica la Ley; que echa los demonios; que sana los enfermos; que resucita los muertos: es Jesus envilecido, despreciado, acusado, y condenado: es Jesus, sin habla, sin accion, y sin defensa. Este no es ya aquel pueblo hambriento de la palabra de Dios: es un pueblo llevado de la curiosidad; arrastrado de la autoridad, engañado de la apariencia: es un pueblo que no ve en Jesus otra cosa que un blasfemo en vez de un Profeta; un hipócrita en vez de un Santo; un hombre reprobado y abandonado de Dios, en vez del Hijo de Dios. Si entre este pueblo hay algunos de corazon recto, y de un caracter menos superficial, estos miran todavía en Jesus un justo; pero un justo desgraciado, debil, impotente, abandonado al furor de sus ene-

migos, é incapaz de sostenerse por sí mismo. Todo Israel no reconoce su Mesías, su Rey, su Salvador en el estado de debilidad, y de humillacion en que lo ve: no lo reconocen los mismos Apóstoles; lo aman aun, pero ya no esperan en él. O Virgen Santa, Madre de Jesus ¿estuvísteis Vos presente á este espectáculo? ¿Vísteis Vos á vuestro Hijo llevado por las calles de Jerusalen como un malhechor, que estaba para ser condenado al extremo suplicio? ¡Ah! qué tormento para vuestro corazon! Pero vuestra fe no se conmovió por esto: Vos sola comprendíais el misterio que se cumplia, y en Vos sola, si podemos decirlo, estuvo entonces encerrada la fe de la antigua, y de la nueva alianza.

PUNTO III.

De quién y por qué es entregado á Pilato.

Primero. *Los Judíos entregan el Salvador á Pilato, para saciar su odio.* — El último suplicio entre los Romanos era el de la Cruz; suplicio el mas largo, el mas cruel, y el mas infame de todos los que daban á los malhechores. Este fue el suplicio con que quisieron los Judíos hacer morir á Jesucristo; todo otro les hubiera parecido muy suave: por esto lo entregaron al Gobernador Romano: sobre esto habian tomado tantas deliberaciones en sus asambleas, buscando cómo, en qué manera, y bajo qué pre-

texto podrian entregarlo á Pilato para hacerlo morir *. Helos aquí satisfechos. Jesus está ya entregado, y no se trata de otra cosa que de empeñar al Gobernador Romano á condenarlo; y para salir con este empeño no se perdona á mentiras, ni á falsas interpretaciones, ni á calumnias, ni á amenazas, ni á imprecaciones **. ¡Ah! qué pasion es la del odio! ¡A qué excesos trasporta los corazones que domina!

Segundo. *Jesus se entrega á sí mismo por satisfacer á su amor.* — Entregan los Judíos á Jesus á Pilato; pero para contentar su amor, y cumplir sus oráculos... Jesucristo nos ha amado, y se ha dado á sí mismo por nosotros; ofreciéndose á Dios por Hostia en olor de suavidad ***. Jesucristo ha amado la Iglesia, y se ha dado á sí mismo **** : con que Jesucristo se ha dado á sí mismo por nosotros, y por la Iglesia, de que somos miembros. Podemos, pues, decir con el Apostol *****: yo vivo en la fe del Hijo de Dios que me ha amado, y se ha dado á sí mismo por mí... ¡O fe! ¡O amor, reinad para siempre sobre mi espíritu, y en mi corazon! Dios da su Hijo para reparar su gloria. Dios no ha perdonado ni aun á su propio Hijo, sino que lo ha dado en manos de los enemigos por todos nos-

* S. Mat., c. XXVI, v. LIX; c. XXVII, v. I.
** S. Marc., c. XIV, v. LV; c. XV, v. I.
*** Ad Ephes., c. V, v. II.
**** Ib. v. XXV.
***** Ad Galat., c. II, v. XX.

otros *. Dios ofendido por el pecado podia para reparar su gloria condenar los hombres pecadores al fuego eterno, como habia condenado los Angeles rebeldes; pero en vez de sacrificarnos á su justicia, ha sacrificado á ella su propio Hijo, el que ha sido entregado en manos de sus enemigos por nuestros pecados **: y por el sacrificio de su vida da á Dios mas gloria de la que le habria podido procurar el suplicio eterno de todos los hombres.

Peticion y Coloquio.

¡O, y cuál es vuestro amor para con nosotros, o Dios mio, en el habernos dado vuestro Hijo, para impedirnos el perecer de una muerte eterna, y hacernos vivir de una vida eterna ***. ¿Y cuál debe ser nuestro amor para con Vos, o Dios de infinita bondad para con nosotros, o Salvador tan misericordioso? ¡Ah! concededme, o Jesus, la gracia de conservar incesantemente en mi corazon la memoria de un tal amor, de una tal caridad, para que todas mis acciones lleven impreso su amable caracter. Amen.

* Ad Rom., c. VIII, v. xxxii.
** Ad Rom., c. IV, v. xxv.
*** S. Juan, c. III, v. xvi.

MEDITACION CCCXIX.

MUERTE FUNESTA DE JUDAS.
S. Mat., c. XXVII, v. III, X.

Meditemos primero, la falsa penitencia de Judas. Segundo, conducta de los Sacerdotes en orden á Judas.

PUNTO PRIMERO.

Falsa penitencia de Judas.

Observemos los caracteres de esta falsa penitencia...

Primero. *Arrepentimiento nacido de las consecuencias funestas del pecado, y no de dolor de haber ofendido á Dios.* — « Entonces Judas que lo habia entregado, viendo como Jesus habia sido condenado, movido de arrepentimiento... » ¿Qué es lo que pretendia Judas con entregar á Jesus? ¿Qué otra cosa debia esperar entregándolo en manos de aquellos que ya por tanto tiempo lo buscaban para quitarle la vida, sino que lo condenasen á muerte

cuando lo tuviesen en su poder? Pero no, la pasion le escondia estas terribles consecuencias de su pecado. Una especie de esperanza de que las cosas no llegarian á este extremo, ó que su Maestro, cuyo poder conocia, haria algun milagro para su defensa, animaba al traidor, y estas ideas confusas le quitaban la vista de las consecuencias que podia tener su atentado, pero cuando las vió, y que todo el horror iba á caer sobre él, se arrepintió.—No temen algunos enriquecerse por toda suerte de caminos injustos, pero cuando la injusticia viene á manifestarse, entonces se arrepienten. No teme el vengativo de llevar su venganza hasta el último exceso; pero cuando la Justicia humana lo persigue, entonces se arrepiente. No teme el deshonesto de abandonarse á las mas secretas y mas infames disoluciones; pero cuando se propalan, cuando se hacen públicas, cuando viene á la luz el fruto de la disolucion, entonces se arrepiente, entonces detesta su pecado. ¡Arrepentimiento tardío! Era necesario prevenir estas consecuencias, era necesario temer á Dios, y amar su santa Ley. Se necesita á lo menos arrepentirse de haberlo ofendido, de haber pecado contra el Cielo y contra él: pero arrepentirse solo por motivo de las consecuencias y en vista de los hombres, es un arrepentirse de Judas.

Segundo. *Confesion de su delito, que procede de un espíritu irritado, y no de un corazon contrito.* — « Volvió las treinta monedas de plata á los Príncipes de los Sacerdotes y á los Ancianos diciendo:

he pecado entregando la sangre inocente... » Nada habria mas edificante que esta confesion si la consecuencia nos nos hiciera ver que no sale de un corazon contrito y humillado delante de Dios, sino de un espíritu orgulloso, irritado contra sí mismo por haber sido capaz de una tal bajeza, é irritado contra los cómplices de su iniquidad, contra los que lo han animado y hecho atrevido para cometerla. Judas habla de este modo, no tanto para acusarse á sí mismo, cuanto por dar en cara y reprender á los Sacerdotes y á los Magistrados, que si él está culpado, ellos lo estan igualmente, y aun mas que él. Pero, pérfido, ¿de qué sirven estas amargas quejas que das á los cómplices de tu iniquidad? Huye de ellos, busca á Dios, y postrado en su presencia reconoce tu culpa, y acúsate á tí solo.. ¿Por qué, pues, alma pecadora, en la confesion que haces á Dios á los pies de su Ministro, aquellas invectivas, aquellos lamentos contra los que te han engañado é inducido á pecar? ¿Por qué tantas quejas, tantos discursos sobre los pecados agenos, que acaso fueron ocasionados de los tuyos, y tan pocos términos de humildad con que deberias acusarte á tí misma, y declarar el fondo de tu iniquidad? ¿No has venido tú para acusarte á tí misma? ¿Has venido por ventura para acusar á los otros? Confesion de Judas.

Tercero. *Desapego del objeto de su pasion, producido del disgusto y del fastidio, y no de una sincera conversion del corazon hácia Dios.*—Llevó las treinta

monedas de plata á los Príncipes de los Sacerdotes y á los Ancianos...» Verosímilmente por la mañana cuando salian del Sinedrio, y se disponian para ir á Pilato; pero habiendo ellos rehusado recibirlos, Judas se fué al Templo: y arrojadas las monedas de plata en el Templo...» En presencia de los Sacerdotes que allí estaban de servicio: «se retiró...» Aun es este un paso edificativo, pero equívoco. La penitencia debe despegarnos del objeto de nuestra pasion, pero despegando nuestro corazon de la criatura, debe volverlo hácia Dios; sin esto no hay ya penitencia... ¡Ah! ¡Cuántos se creen convertidos, y estan solamente fastidiados y enojados! Aquel dinero tan deseado y tan amado, por el que Judas ha cometido tantas culpas, ha sofocado tantos remordimientos, ha resistido á tantos avisos, ha despreciado tantos llamamientos misericordiosos de su Maestro; aquel dinero que le parecia una suma tan considerable antes de poseerla, ahora que lo posee le parece vil y despreciable. Se espanta, se maravilla de haber podido ser tentado de él, y de haber podido vender á tan vil precio su Maestro, su honor, su alma, su conciencia y su Apostolado. Detesta el objeto maldito de su pasion, y no puede ya sufrirlo. Lo restituye, lo arroja y lo aborrece. ¡O prestigio de pasion insensata! Un vil interes, una vana satisfaccion, un placer momentáneo deslumbra los ojos, hace sacrificarlo todo por obtener lo que se desea; y apenas se ha obtenido, cuando el disgusto, el fastidio, la vergüenza y el despecho de haber sido

engañados nos hace detestar con horror lo que con tanto ardor hemos buscado y hemos pretendido. En estos momentos á lo menos aprovechémonos de nuestra experiencia, recurramos y volvamos á Dios, que solo puede satisfacer todos nuestros deseos, y hacernos gustar una paz sólida é inalterable. Sin esta conversion á Dios, el condenarnos á nosotros mismos, detestar el objeto de nuestra pasion, y abandonarlo por condescender y conformarnos con nuestros propios pensamientos, es otra pasion mucho mas mala : conversion de Judas.

Cuarto. *Retiro en que se esconde, no para llorar su pecado, sino para darse á la desesperacion.* — «Se retiró, y fué y se ahorcó con un lazo...» Y habiendo rebentado por medio, se esparcieron por tierra sus entrañas*. Judas sobrecogido de la enormidad de su traicion, lleno de horror de sí mismo, buscó con diligencia entregarse presa de sus tristes pensamientos. Satanas, á quien habia dado entrada en su corazon, le habia escondido la enormidad de su delito mientras se lo hizo cometer; pero ya cometido, se lo representó con colores tan vivos, que no pudo soportar su vista. Judas juzgó de Dios segun las disposiciones perversas de su corazon, y midiendo la bondad de Dios con la suya, no creyó que pudiese haber en ella perdon para él. La vista de un Dios irritado y para siempre implacable no le habria por ventura inspirado el designio de quitarse la

* Act. Ap., c. I. v. XVIII.

vida; á lo menos nosotros vemos que ella no produce sobre los pecadores otro efecto que el de confirmarlos en su impenitencia y en su endurecimiento. Pero el horror en que se persuade que estaria entre los hombres lo llevó al último exceso de desesperacion. Dijo como Cain despues de haber muerto al inocente Abel*: *Mi iniquidad es muy grande para poder obtener el perdon*; y añadió todavía con él: *Cualquiera que me encontrará, me matará.* ¿Dónde iré yo despues de un delito tan detestable? ¿Dónde me refugiaré? ¿Con qué ojos seré mirado? ¿Dónde me atreveré á comparecer? ¿Qué será de mí? ¡Qué peso para una alma orgullosa es el de la vergüenza, el del oprobio, el del odio público, y el del desprecio de todo el mundo! Judas para sí no vió otro expediente que el de la muerte, y estimó mas quitarse la vida, que arrastrarla en la infamia. ¡Ah! Habria podido pasarla en la penitencia, su infamia habria servido para su gloria, Dios lo habria perdonado, la Iglesia lo habria alabado, y el Cielo lo habria coronado... Señor, mis pecados son infinitamente grandes, y en muchas maneras me reconozco delante de Vos mucho mas culpable que Judas. Pero llámelos á mi memoria mi conciencia, y represéntele la enormidad, la duracion y el número, yo los lloraré. Si los demonios me los echan en cara para endurecerme y llevarme á la desesperacion, tengo pronta una palabra para res-

* Gen., c. IV, v. XIII, XIV.

ponderles : yo espero en vuestra palabra* : mi esperanza es mayor que mis pecados, y menor que vuestras misericordias. Si mis pecados me han ocasionado alguna confusion, ó por el conocimiento que de ellos han tenido los hombres, ó por el que yo mismo he dado á los Ministros de vuestra misericordia : confusion saludable, yo la recibo con accion de gracias como una parte de mi penitencia, y como un medio de evitar la confusion eterna que con razon he merecido. En mi desgracia me consuelo al pensar que cuanto mas grandes son mis pecados; tanto mas os honra mi esperanza. Por grandes que ellos sean, el de no esperar en Vos seria el mas grande y mayor que todos juntos, porque Vos sois el Padre de las misericordias, y al mismo tiempo el Dios de toda consolacion**.

PUNTO II.

Conducta de los Sacerdotes en orden á Judas.

Primero. *Su indiferencia en orden al delito.*— Cuando fue Judas á decirles que él habia pecado en entregar la sangre del Justo... ellos dijeron : ¿Qué nos importa á nosotros? Viéraslo tú...» ¿Qué os importa! ¿Con que no os importa qué sangre sea la que estais para derramar; basta que derramándola satisfagais vuestro odio? ¿Y si ella es la sangre de

* Psalm. CXVIII, v. XXIV.

** 2. Ad Cor., c. I, v. III.

un Justo, la sangre de un Profeta, la sangre del Mesías, y del Hijo de Dios?—Esto es lo que vosotros no examinais : esto es lo que no os da fastidio : esta es para vosotros una cosa indiferente, y que no os importa. ¡Ah crueles! Os importa mas de lo que vosotros pensais. Esta sangre divina que estais para derramar, y que perseguireis aun despues de haberla derramado, se os pedirá, y con ella toda la sangre inocente derramada desde Abel hasta aquel dia en que rebentará de una manera sensible contra vosotros la venganza del Cielo ; y desde esta vida vuestra nacion proscripta y para siempre esclava, vuestras provincias saqueadas, vuestra capital reducida á cenizas, vuestro Templo destruido, sin que jamas vuelva á ser reedificado, vuestros descendientes errantes y vagamundos sobre la tierra mostrarán al mundo si os importaba ó no derramar la sangre de un Dios.—¡Ay de mí! Señor, ¿No he derramado yo esta sangre? ¿No la he profanado yo, y puesto debajo de los pies todas las veces que os he ofendido, y no lo he hecho con la mas necia tranquilidad, y con la mas cruel indiferencia? He dicho en mi corazon : he pecado; ¿y qué me ha sucedido de desagradable? Pecaré todavía, ¿y qué me sucedera? ¡Desventurado, que fuí! ¿Pensaba yo seriamente que era vuesta sangre la que derramaba, y que una eternidad de suplicios no era muy rigurosa para el castigo que merecia.

Segundo. *Su escrupulosa atencion sobre cosas de poco momento.* — « Pero los Príncipes de los Sacer-

dotes, tomadas las monedas de plata, dijeron: no es lícito meterlas en el tesoro, porque son precio de sangre... » He aquí estos tales, cuales los ha pintado el Salvador *. Temen tragar un mosquito, y se tragan un camello. La ley ** prohibia solamente ofrecer al Señor, ó meter en el tesoro del Templo el dinero que hubiese sido precio de la impudicicia, ó que proviniese de la venta de animal inmundo; pero siguiendo las tradiciones humanas, extendian ellos la Ley al acaso presente. Ciegos, se hacian escrúpulo de meter este dinero en el tesoro del Templo, mientras que no se lo hicieron al sacarlo fuera para pagar una traicion, y comprar la sangre de un hombre justo, que no tenia otro delito que el de excitar sus celos y su odio contra sí mismo con el esplendor de sus milagros y de sus virtudes... ¿No imitamos acaso nosotros á estos hipócritas? ¿No nos acaece acaso ser escrupulosos sobre ciertas observancias y prácticas exteriores de nuestra eleccion, mientras quebrantamos sin remordimiento la fe, la justicia, la caridad, y lo que hay de mas esencial en la ley de Dios?

Tercero. *La necedad de sus consejos, que la sabiduría de Dios hace servir á su gloria.* — « Y habiéndolo consultado, compraron con ellas el campo de un Alfarero para enterrar en él los forasteros. Por lo que es llamado aquel campo Aceldama, esto es,

* S Mat., c. XXIII. v. XXIV.
** Deut., c. XXIII, v. XVIII.

el campo de la Sangre, hasta el dia de hoy... » Pusieron, pues, aquel dinero en lugar á parte, hasta que pudieron deliberar qué uso podian hacer de él; y despues de haberlo consultado, determinaron comprar con las treinta monedas que habian puesto á parte un campo que pertenecia á un Alfarero, y lo consagraron para la sepultura de los forasteros que morian en Jerusalen. Este campo llevó despues el nombre de *Aceldama*, esto es, el campo de la Sangre. Y he aquí en qué manera Judas fue poseedor de un campo*; esto es, dió con qué comprar un campo con el precio de la iniquidad. Era interes de los Sacerdotes el esconder la retractacion de Judas, por la que declaraba haber pecado, y entregado la sangre del Justo; y era conveniente á la gloria de Jesucristo que esta retractacion fuese públicamente conocida, porque se podia creer que un discípulo que tenia la confianza de su Maestro, y la administracion de su dinero no se habria movido á venderlo sin haber tenido para ello motivos legítimos que el público no podia saber; pero el campo comprado por los Sacerdotes mismos vino á ser un monumento eterno de la inocencia de Jesucristo. El nombre que el público da á este campo hace ver que él está informado, con qué dinero fue comprado, y del motivo por qué este dinero fue restituido. Este nombre pasando de boca en boca es un perpetuo testimonio nada sospechoso que Judas da

* Act. Ap., c. I, v. XVIII.

á la santidad de su Maestro, y hace tambien perpetua la memoria del delito de los Sacerdotes en haber derramado una sangre tan preciosa. Si este campo se hubiese adquirido para cualquiera otro uso, se habria perdido bien presto la memoria de la ocasion en que fue comprado; pero este campo renovaba igualmente á los Judios, entre quienes estaba, y á los extrangeros para quienes se habia destinado, y siempre que alguno de estos se enterraba en él, la memoria de cuanto habia sucedido.—¡O sabiduría de Dios, cuán admirable sois! Vos sabeis confundir los malvados en su prudencia, y sus mismos consejos sirven mas bien para justificar vuestra providencia, y para ejecutar sus designios.

Cuarto. *Su ignorancia de las profecías, á que dan exactísimo cumplimiento sin advertirlos.*— « Entonces se cumplió lo que dijo Jeremías Profeta, que dice: Y han recibido las treinta monedas de plata, precio por el cual fue apreciado el que pusieron en precio de los hijos de Israel: y los han empleado en un campo de un Alfarero, como me lo ordenó el Señor*... » Los Sacerdotes recibieron las treinta monedas de Judas, indigno hijo de Israel, á quien se las habian dado... Admiremos aquí, como un hecho que parece poco considerable é importante, el cumplimiento de una profecía, que cuenta menudamente todo lo que aquí sucede, y que jamas se ha cumplido en alguna otra ocasion sino en

* Vease la nota al fin de esta Meditacion.

esta. Profecía insigne, y bastante ella sola para convertir un Judío que tuviese un corazon sincero; pero á lo menos debe llenar de admiracion y de consolacion el corazon de un Cristiano.

Peticion y Coloquio.

Haced, o Dios mio, que los Judíos reconozcan y confiesen una vez haber ejecutado sin saberlo, no lo que les estaba ordenado en las Escrituras, sino lo que fue ordenado á los Profetas. Haced que al ver ellos el cumplimiento de las profecías en orden á la muerte del Mesías, cesen estas de ser para ellos un escándalo, y reconozcan fácilmente el delito que han cometido. A lo menos concededme á mí la gracia, o Señor, de practicar santamente una religion, que el cumplimiento literal de las profecías, y otros muchos testimonios unidos juntamente me prueban con tanta evidencia. Amen.

EXPLICACION.

Jeremías al capítulo XXXII de su profecía recibió orden del Señor de comprar un campo, y el contrato de la venta está puesto en un vaso de tierra para ser guardado. Esto significaba la vuelta de los Judíos despues de la larga esclavitud de Babilonia; pero la oracion de Jeremías, y la promesa eterna que Dios hace á su pueblo demuestran claramente, que fuera de esto se trataba tambien de la conversion de los Gentiles al Cristianismo. Si esta profecía parece oscura é imperfecta para el caso presente, el Profeta Zacarías la explica claramente, y nada deja que desear. Esta es la que cita San Mateo, y la cita bajo el nombre de Jeremías, ó sea porque Jeremías habia dado el fundamento, ó sea porque estando á la frente de todos los Profetas, despues de la esclavitud de Babilonia, todos los Profetas posteriores, á lo menos los que se llaman Profetas menores, pueden ser citados debajo de su nombre. El Profeta Zacarías, como dice al cap. XI, v. VII, recibió orden de Dios de tomar dos varas: habia ya roto la primera para significar que la alianza de Dios con todos los pueblos estaba roto. vers. X, entonces el Señor pidió á los hijos de Israel su recompensa por haberles servido de Pastor, por tan largo tiempo, y con tanto cuidado. Ellos le contaron treinta monedas de plata, vers. XII. El Señor le ordenó al Profeta que cogiese esta suma en que lo habian apreciado, y la arrojase para el Alfarero. Cogióla el Profeta, y la arrojó en el Templo para el Vasero ó Alfarero, v. XIII. (*La palabra latina* Statuarius,

de que usa el Profeta , es la misma cosa que Figulus, Vasero, Alfarero, *que forma vasos de tierra*). Despues rompió el Profeta la segunda vara en señal de que la union fraterna estaba rota entre Judá é Israel, v. XIV. Estas últimas palabras significan sin duda la separacion de los Judíos incrédulos de los verdaderos Israelitas que reconocieron al Mesías. Sea como fuese, en lo que precede se ve claramente el Pastor; ó á decir la verdad, el Mesías apreciado por los Judíos, y estimado en el valor de treinta monedas de plata, y pagado por este vil precio... Se ve la accion del que ha recibido esta suma, y que la arrojó en el Templo. Y finalmente se ve el empleo que de ella se hizo llevándola al Alfarero ó Vasero de tierra. — Tal es la profecía de que San Mateo, segun su costumbre y segun la inspiracion del Espíritu Santo, refiere mas la sustancia y el sentido que las palabras.

MEDITACION CCCXX.

CONGRESO PRELIMINAR DE PILATO CON LOS JUDIOS.

S. Juan, c. XVIII, v. XXVIII, XXXII.—S. Luc., c. XXIII, v. II.

Consideremos aquí primero, el escrúpulo de los Judíos: segundo, la pregunta de Pilato, y la respuesta de los Judios; tercero, la réplica de Pilato, y la respuesta de los Judios: cuarto, el cumplimiento de la palabra de Jesucristo: quinto, la acusacion de los Judios.

PUNTO PRIMERO.

El escrúpulo de los Judios.

« Y ellos no entraron en el Pretorio por no contaminarse, y por poder comer la Pascua: salió, pues, Pilato fuera á ellos... para hablarles. »

Primero. *Nosotros vemos aquí el ejemplo de una falsa devocion*, que teme mancharse entrando por necesidad en una casa profana, y no teme despues mancharse solicitando la muerte de un hombre justo é inocente. Por otra parte, la Pascua que los

Judíos querian poder comer no era ya el Cordero pascual, que ya lo habian comido en la vigilia, sino las otras víctimas pascuales que se inmolaban en los siete dias que duraba la solemnidad, y particularmente las que se debian inmolar en aquel dia, que era el dia de la Pascua de los Judíos. La palabra *Pascua* en la Escritura se toma frecuentemente en este sentido.

Segundo. *Nosotros vemos aquí un ejemplo de una falsa apariencia.* — ¿Qué piensa, pues, este pueblo voluble al ver á Jesus conducido como un malhechor, condenado por cuanto hay de mas grande y de mas acreditado en Jerusalen, y entregado al Gobernador por los Cabezas de toda la nacion? ¿Qué piensa él sino que Jesucristo está culpado? ¿Pero qué piensa él, al contrario de sus Cabezas cuando los ve por delicadeza de conciencia rehusar entrar con Jesus en el Pretorio por no contaminarse, y por conservarse en estado de comer la Pascua? ¡Qué santos personages! ¡Qué hombres religiosos y de piedad! ¡O inocencia oprimida! ¡O profunda hipocresía! ¡O detestable maldad! ¡Ah! Aprendamos una vez á no gobernarnos por las apariencias, y á no precipitar nuestros juicios.

Tercero. *Nosotros vemos aquí el ejemplo de una justa condescendencia.* — Bien que Pilato despreciase la religion y las observancias de los Judíos, respetó no obstante sus prejuicios, y se dignó de salir fuera para hablarles. Nos podemos representar que se dejó ver sobre una especie de balcon cu-

bierto, que por una parte correspondia al patio, y por otra tenia comunicacion con lo interior de la casa, y que desde allí habló á los Judíos que se habian juntado en una plaza delante de su palacio. Esta condescendencia de Pilato enseña á los Grandes, y á los que estan constituidos en dignidad á adaptarse cuando la ocasion se presenta á las ideas y á los prejuicios populares; y á nosotros tambien nos enseña á respetar en los otros su delicadeza de conciencia, y á conformarnos antes con ella, que contradecirles ó inquietarlos.

PUNTO II.

La pregunta de Pilato, y la respuesta de los Judíos.

« Y dijo: ¿qué acusacion presentais contra este hombre? Le respondieron, y dijeron: si este no fuera malhechor no te lo habriamos entregado... » ¡Qué sinceridad, qué equidad en la pregunta de Pilato..! ¡Qué orgullo, qué aspereza en la respuesta de los Judíos! Estos esperaban sin duda una tal pregunta de Pilato, y por esto habian preparado su respuesta.. Pero como deseaban tanto el éxito de la causa, y temian la penetracion y la equidad del Juez, habrian querido que sobre su testimonio solo, y sin otra inquisicion hubiese condenado Pilato á Jesucristo, y se empeñaron en mantenerse en esta pretension. En esto tienen los Judíos por imitadores á los maldicientes y á los calumniadores. Estos

hablan, hieren la fama del prójimo, lo abandonas al odio público, sin decir ni articular algun hecho, de que ellos esten ciertos. Preguntadles con Pilato : « ¿Qué acusacion presentais vosotros contra este hombre.. ? » Y los vereis mudos, ó á lo mas presentar acusaciones mal fundadas, y sin pruebas, y aun acaso tambien sin verosimilitud : « *si no fuese este un malhechor..* » nosotros no hablariamos así, el público, todo el mundo no hablaria de él como habla. ¡ Razon malvada, malvada prueba ! Si todo el mundo tal vez se conviene en hablar mal de alguno es porque todo el mundo se deja engañar de los discursos de los primeros, que no tienen de ordinario otro fundamento que la malignidad, los celos y la envidia : es porque ninguno tiene la equidad del Presidente Romano; porque ninguno pregunta con Pilato : « ¿ Qué acusacion presentais vosotros contra este hombre?.. »

PUNTO III.

La réplica de Pilato, y la respuesta de los Judíos.

« Les dijo, pues, Pilato : tomadlo vosotros, y juzgadlo segun vuestra Ley... » Como si les hubiese dicho : supuesto que vosotros lo conoceis por culpado, juzgadlo segun vuestra Ley : yo no me opongo á esto : en cuanto á mí, ni quiero, ni debo condenarlo sin juzgarlo, ni juzgarlo sin saber de

de qué lo acusais, y sin examinar si las acusaciones esten bien fundadas y probadas. Este Juez pagano da aquí una importante leccion á los Judíos, y nos la da tambien á nosotros. ¡Cuántos juicios falsos, ciegos é injustos no hacemos todos los dias contra Jesucristo, que nos está representado en sus Ministros, en nuestros superiores y en nuestros hermanos! Nosotros los condenamos, no solo sin autoridad, sino tambien sin conocimiento de causa, y sin pruebas: los condenamos sobre discursos mal fundados de los otros, y muchas veces sobre las calumnias de sus enemigos... «Pero los Judíos le dijeron: no es lícito á nosotros dar la muerte á alguno... * » Los Judíos no podian hacer morir á alguno en el tiempo en que hablaban, esto es, mientras duraban las fiestas de Pascua. En uno de sus Sinedrios habian ellos dicho que no convenia hacer morir á Jesus durante la fiesta por temor de algun tumulto del pueblo; pero viendo que, contra su expectacion, las circunstancias se hallan favorables á sus designios, quieren solicitar la muerte de Jesus, y han recurrido á Pilato por dos razones: la primera, por no verse obligados á diferir este negocio para despues de las fiestas, como lo hizo despues Herodes con San Pedro; cosa que habria estado sujeta á muchos inconvenientes: la segunda, para que Jesucristo fuese condenado al suplicio de la cruz, el mal vergonzoso y el mas cruel de todos,

* Vease la nota al fin de esta Meditacion.

ordinario entre los Romanos, y no usado entre los Hebreos; pues la Ley, á que los remitia Pilato, no hacia mencion alguna de este suplicio, ni lo señalaba para especie alguna de delito. Queriendo, pues, los Judíos que Jesucristo fuese prontamente juzgado y condenado á la cruz, se vieron obligados á hacer lo que queria el Gobernador, y al fin tuvieron que producir y alegar sus acusaciones.

PUNTO IV.

El cumplimiento de la palabra de Jesucristo.

«Para que se cumpliese la palabra que Jesus habia dicho significando de qué muerte debia morir...» Nosotros no nos debemos cansar jamas de considerar la luz divina, y la certeza infalible con que Jesus habia predicho que debia morir sobre una cruz. ¿Cuántas cosas no era necesario prever para esto? Era necesario prever primero, que los Judíos, en vez de hacerlo apedrear segun la Ley como blasfemo, se determinarian á entregarlo en manos de los Gentiles, no obstante las muchísimas razones que podian disuadirlo... Vencida esta dificultad, he aquí una nueva que el Gobernador hace nacer desde el principio, y que los Judíos no superaron sino con ceder contra su caracter, y á pesar de la oposicion de su orgullo, y del temor de ver á Jesus absuelto. ¿Cuántas veces en curso de la causa

parecio la crucifixion de Jesucristo, no solo dudosa, sino tambien desesperada y frustrada del todo? Con todo eso se ejecutó. Jesus habia previsto todos los obstáculos, todos los accidentes improvisos, todas las resistencias del Juez, y finalmente, su prevaricacion, y el triunfo de sus enemigos... ¡O luz eterna, y cuán sagrados son vuestros resplandores! ¡Cuán infalibes son vuestras predicciones, y qué confianza nos deben inspirar vuestras promesas! No es así de vuestros enemigos: su boca está llena de mentira, de impostura, de calumnia; pero Vos habeis prometido confundirlos.

PUNTO V.

La acusacion de los Judíos.

«Y comenzaron á acusarlo diciendo: hemos hallado á este pervirtiendo á nuestra nacion, y prohibiendo pagar el tributo al Cesar, y diciendo ser él Cristo Rey...» ¿Con qué cara estos hombres constituidos en dignidad se atreven á hablar así, no solo delante del Magistrado Romano, sino tambien en presencia de todo un pueblo, testigo de la falsedad de todas sus palabras? En cuanto á la primera acusa, ¿dónde han hallado ellos que Jesus subleva el pueblo? ¿Qué tumulto popular ha tenido que calmar por su ocasion? ¿No ha predicado él en todas partes la subordinacion, la humildad, la obedien-

cia y la dulzura? ¿El pueblo al salir de sus discursos no se ha retirado tranquilamente alabando y bendiciendo á Dios...? La segunda es aun mas abominable... Ha solamente cuatro dias que le tendieron una red para sorprenderlo en orden á la obligacion de pagar el tributo al Cesar, y bien se acuerdan de la respuesta que les dió, y que les cubrió de confusion, y se llevó la admiracion de sus propios emisarios. ¿Qué hombres son estos, que en una causa de tanta importancia se atreven á deponer contra la evidencia del testimonio de su conciencia, y contra la notoriedad de un hecho público? Consolaos, discípulos de Jesucristo, cuando seais tratados como vuestro Maestro; sereis á él semejantes, si vuestros enemigos se asemejan á los suyos... La tercera es todavía mas horrible y mas impía si queremos considerarla bien. Ella tiene dos partes, la primera, que Jesucristo ha dicho que él era Rey: esta es una falsedad indignísima: él no lo ha dicho jamas, ni ha adoptado la manera, ni ha afectado las apariencias; antes todo en él ha sido simple y humilde. Los Judíos mismos no le han preguntado jamas sobre esta calidad, y las espías que ellos tenian en todos los lugares no les han dejado jamas ignorar, que cuando en Galilea habian querido los pueblos hacerlo Rey, se habia escondido y se habia huido de ellos. Es verdad que el Reino estaba unido á la calidad de Mesías; pero este Reino no era de tal naturaleza que pudiese hacer sombra al Cesar, ni turbar el Gobierno presente, como querian darlo

aquí á entender. La segunda, que Jesus ha dicho que él era el Cristo ó el Mesías. Pero una tal acusacion concebida en estos términos, es una impiedad, una apostasía y una blasfemia. Porque no dicen ya que Jesucristo se ha dicho falsamente el Mesías, que se ha dado esta calidad sin razon y sin prueba, sino que lo acusan simplemente de haberse dicho el Cristo, el Mesías... ¿El Mesías es acaso una fábula ó una quimera? ¿No hay por ventura un Mesías que se espera? ¿Son vanas todas las promesas hechas á Abrahan y á David? ¿El fundamento y el fin de la Ley de Moises son por ventura quimeras? ¿Son meras visiones los oráculos de los Profetas; la religion, una política externa, y la expectacion de Israel un prejuicio popular? ¿Y el primero que ha tenido valor para decir que él es el Mesías, es acaso por esto solo, y sin otro examen digno de muerte? ¡Qué insensatos! ¡Qué hipócritas! ¡Qué impíos! He aquí con cuanta verdad les habia dicho el Señor que ni siquiera creian en Moises *. He aquí la manera de pensar de aquellos hombres tan escrupulosos en lo exterior, y tan rígidos observadores de la Ley delante de los hombres. Y una prueba de que así absolutamente piensan, es que ellos mismos examinando á Jesus no han pasado mas adelante en las preguntas, y se han contentado con la simple confesion que ha hecho de ser él el Mesías y el Hijo de Dios; y sobre esta sola confe-

* S. Juan, c. V, v. XLVI, XLVII.

sion lo han condenado á muerte. ¡Ah! No se conoce bien á fondo la impiedad y la irreligion que se halla en los que han esparcido en todo tiempo calumnias tan atroces contra la Iglesia y sus Ministros. Si se conociese nos harian poca impresion sus gritos y sus discursos; pero la esconden bajo especiosas apariencias para engañar con mas seguridad á los pueblos. Toca á los que son las víctimas de la calumnia sufrir con Jesus, y á nosotros no dejarnos engañar. Dios lo ve todo, lo descubrirá todo, y lo juzgará todo.

Peticion y coloquio.

O Jesus, yo os reconozco por el Cristo, por el Mesías: aplicadme, o Salvador mio, los méritos de vuestra pasion: haced que aprenda á sufrir las injusticias ligeras, viendo que Vos no rehusais sufrir por mi amor las mas horribles calumnias. Amen.

EXPLICACION

SOBRE LA PALABRA DE LOS JUDÍOS : NOBIS NON LICET INTERFICERE QUEMQUAM.

S. Juan, c. XVIII, v. XXXI.

No es lícito á nosotros dar la muerte á alguno.

Es difícil determinar ahora el sentido de esta respuesta, sobre la cual hay tres pareceres diversos. Los unos quieren que el derecho de castigar con la muerte se lo hubiesen ya quitado á los Judíos los Romanos; pero este dictamen no parece probable : esto hubiera sido contra el buen orden ; por otra parte , si esto hubiese sido así, Pilato no habria dicho : *juzgadlo segun vuestra Ley*... Porque se trataba de condenarlo á muerte , ya que segun ellos era un malhechor y un blasfemo. Y ellos mismos no habrian despues condenado á muerte á San Estevan , y á otros muchos.

El segundo parecer es de los que piensan que los Judíos quieren decir, que á ellos no les es lícito condenar al suplicio de la Cruz. Pero en Pilato y los Judíos no se trataba del género de muerte , sino del suplicio mismo de la muerte. Con esto se pondria una restriccion poco verosímil á la proposicion de los Judíos que es general. Puesta esta restriccion, el mismo Pilato no habria podido comprender lo que querian decir. Por otra parte, como aquí dice Pilato... « juzgadlo vosotros segun vuestra ley..» dice despues mas abajo... « Crucificadlo vosotros... » Con que Pilato juzgaba que podian ellos hacerlo. De hecho,

no se halla algun monumento que nos demuestre que esto les estuviese prohibido : solamente es verdad, que esto no estaba en uso entre ellos, y que la ley no determinaba este castigo.

Finalmente, el tercer parecer es de los que piensan que los Judíos querian decir que no les era lícito á ellos dar la muerte á alguno, mientras duraban las fiestas de la Pascua. Este sentimiento nos parece mas probable, porque la restriccion que se oculta en las palabras viene determinada por las circunstancias del tiempo, y por eso natural é inteligible, lo que no se hallaria en el segundo parecer. Si Pilato dice mas abajo (como hemos notado) *Crucificadlo vosotros*, es porque el impedimento que aquí los Judíos oponen, proviniendo de su Religion, y de la solemnidad de su Pascua, no había hecho grande impresion sobre el espíritu de Pilato, que era idólatra. Otra cosa hubiera sido, si el impedimento que ellos oponian, hubiese sido algun reglamento del Imperio y de los Césares, como se supone en el primer parecer.

Esta tercera sentencia, que no fuese lícito á los Judíos hacer morir á alguno, durante la solemnidad de la Pascua, está apoyada sobre el ejemplo de Herodes, como se ha visto en la Meditacion. La segunda sentencia no está apoyada sobre ejemplo alguno, ni sobre alguna ley. La primera viene contradicha del ejemplo de San Estevan, el cual fue entregado á la muerte, por sola la autoridad del Consejo de los Judíos, como se lee en los hechos Apostólicos, cap. VI, v. XII.

MEDITACION CCCXXI.

PILATO PREGUNTA A JESUCRISTO SOBRE SU REINO.

S. Juan, c. XVIII, v. XXXIII. XXXVIII.—S. Mat., c. XXVII, v. XI.—S. Marc., c. XV, v. II. —S. Luc., c. XXIII, v. III, IV.

Consideremos aquí primero, la primera pregunta de Pilato, y la respuesta de Jesus: segundo, la segunda pregunta de Pilato, y la respuesta de Jesus: tercero, la tercera pregunta de Pilato, y la respuesta de Jesus: cuarto, la cuarta pregunta, cuya respuesta no espera Pilato: quinto, la declaracion que hace Pilato de la inocencia de Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

Primera pregunta de Pilato, y respuesta de Jesus.

« Entró pues de nuevo Pilato en el Pretorio, y llamó á Jesus... Y Jesus fue presentado delante del Presidente; y el Presidente le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los Judíos...? » Pilato, como hombre juicioso, vió muy bien que las acusaciones

de los Judíos eran insubsistentes, desnudas de pruebas, y que no se presentaba algun testigo, pero como aseguraban que Jesus mismo se decia Rey, le quedaba solo que examinar este último punto que parecia ser el fundamento de todos los otros. Volvió pues á entrar, é hizo venir á Jesus delante de sí. Aquí la hizo el de hombre experimentado. No dijo ya á su prisionero de que lo acusaban; y para mejor descubrir la verdad, le preguntó sin aquellas ceremonias y aparatos judiciales, que muchas veces ó atemorizan un reo, ó le hacen mantenerse cautelado. Le dijo como por modo de conversacion: ¿Eres tú el Rey de los Judíos...? Se comprende muy bien la razon de una conducta tan sabia; pero no se comprende despues tan fácilmente la razon de la respuesta que el Salvador dió al Presidente. Respondió Jesus: « ¿Dices tú esto de tí mismo, ó te lo han dicho otros de mí...? » Jesus no ignoraba lo que le habian dicho á Pilato: pero queria que Pilato mismo declarase abiertamente en qué calidad le preguntaba, para dar á entender que, si Pilato le hubiese preguntado solo como persona privada, y por un espíritu de pura curiosidad, no habria tenido de él respuesta alguna. El Reino de Jesucristo, esencialmente unido á su calidad de Mesías, era un misterio que debia solo anunciarse á los hijos de Jacob, antes que el Mesías hubiese consumado sobre la tierra todos los misterios de la reconciliacon del género humano. Por esto, el Salvador mismo observaba lo que habia encomendado á

sus Apóstoles, cuando los envió á predicar la primera vez, esto es, de no ir á los Gentiles ni á los Samaritanos. Por esto, condenaba tambien la impiedad de los Judíos, por haber llevado al Tribunal de un Pagano, que adoraba los Idolos, que no reconocia al Dios de Abrahan, ni los oráculos de las Divinas Escrituras, por haber llevado á este Tribunal la causa mas Sagrada y la mas importante de toda la Religion, esto es, el conocimiento del Mesías y del Rey de Israel, y por haber pedido su decision, para desechar al que debia serlo. Conducta, no solo impía, sino llena de vileza, y por la que la Sinagoga se degradaba del todo á sí misma. — ¡Cuán grande es Jesus, hasta entre sus cadenas!

PUNTO II.

Segunda pregunta de Pilato, y respuesta de Jesus.

« Respondió Pilato: ¿Soy yo por ventura Judío? Tu nacion y los Pontífices te han puesto en mis manos; ¿qué has hecho...? » Las primeras palabras de Pilato hacen ver el desprecio con que los Romanos miraban á los Judíos, y confirma lo mal que estos hacian en recurrir á las Romanos en semejante causa. Lo restante de la respuesta da á entender que él pregunta en calidad de juez elegido de la nacion y de los Pontífices. Despues de esta declaracion necesaria, Jesus, humillándose á las órdenes de la Providencia de Dios su Padre, ya no rehusó

responder al juez pagano sobre su Reino. « Respondió Jesus: Mi Reino no es de este mundo; si fuese de este mundo mi Reino, mis Ministros ciertamente pelearian para que no fuese entregado á los Judíos; mas ahora mi Reino no es de aquí...» Si Pilato no pudo comprender qué cosa era el Reino de Jesucristo, vió bien á lo menos que de cualquier manera que fuese, no le debia dar alguna inquietud. Jesus probaba lo que decia. El estado en que se hallaba, y la manera con que se dejaba tratar, no era propia de un Rey de este mundo. — Esta verdad debe animar todos los Príncipes y todos los pueblos en que se ha anunciado el Evangelio: verdad bien importante para todos los que han recibido el Evangelio, y reconocen á Jesucristo por su Rey. Y pues nosotros tenemos la dicha de ser de este número, guardémonos de establecer nuestra paz y nuestra felicidad en este mundo. Tenemos un Rey, tenemos un Reino en el otro mundo, en que los bienes son puros, inmensos y eternos. En este mundo estamos solo para merecer la posesion de aquel. Sigamos á nuestro Rey; sirvámonos de este mundo solo para merecer la felicidad del otro. Suframos en este mundo para reinar en el otro, y digamos frecuentemente, tanto en nuestros placeres y en nuestras satisfacciones, cuanto en nuestras aflicciones y humillaciones: « Mi Reino no es de este mundo...» No nos contentemos de decirlo: probémoslo como nuestro Maestro, con nuestra manera de vivir y de obrar.

PUNTO III.

Tercera pregunta de Pilato, y respuesta de Jesucristo.

« Y así le dijo Pilato : ¿luego tú eres Rey? Respondió Jesus; tú dices que yo soy Rey. Yo á este fin he nacido, y á este fin he venido al mundo, para dar testimonio á la verdad....» Jesus era el Verbo de Dios antes de venir á este mundo. Ha venido; se ha hecho hombre; ha nacido para ser nuestro Rey; para enseñarnos la verdad esencial, y el camino que conduce á la vida eterna. Cualquiera que ama la verdad pertenece á él, y no resiste á su divina luz; cualquiera que aborrece la mentira, y desprecia los bienes transitorios de este mundo, este escucha la voz de Jesus, y en ella encuentra la verdad, la solidez, la eternidad, y la divinidad de los bienes que su corazon desea... ¿Cómo escuchamos nosotros la voz de Jesucristo? ¿Cuál es nuestro amor por la verdad? Si estamos inclinados á ella, declarémonos en su favor; no nos avergoncemos de tener á Jesus por Rey, de ser Cristianos, Católicos, y demos testimonio á la verdad con nuestras palabras, y con nuestras operaciones.

PUNTO IV.

Cuarta pregunta, cuya respuesta no espera Pilato.

« Dícele Pilato; ¿qué cosa es la verdad?... » Esta pregunta probablemente no la hizo Pilato, con seriedad. No la hacia ya para ser instruido; bien sí, por una especie de desprecio, de incredulidad, ó, si queremos decirlo así, hablaba de este modo de la verdad, por una especie de compasion. Queria decir, que la verdad era nada; que era solamente una idea, un fantasma, á que un hombre sabio no debe sacrificar su tranquilidad, y su vida. Esta es una manera de pensar, que se halla muy comunmente en los mundanos, en los grandes, en las personas constituidas en dignidad, en los ricos, en los avaros, en los voluptuosos, únicamente ocupados en los bienes de este mundo; dicen estos, en el mismo sentido que Pilato; ¿qué cosa es la otra vida? ¿Qué cosa es el alma? ¿Qué cosa es la eterna salud? ¿Qué cosa es la verdad, que merezca que nosotros nos dignemos entrar en las disputas de la Religion, y en lo que decide la Iglesia? ¡Ah! La verdad es Jesucristo mismo; es el Rey de los siglos; el Rey inmortal; es la vida eterna, á que debemos sacrificar, cuando la ocasion lo pida, bienes, placeres, reposo, reputacion, y la vida misma; sin lo cual se renuncia á Jesucristo, y se debe esperar solamente una muerte eterna.... ¡O Jesus, que sois la vida,

la verdad, y el camino! No permitais, que jamas caiga yo en esta mortal indiferencia para con Vos. Imprimid en mi corazon el amor de vuestra santa verdad; haced que os la proclame á todo, y desprecie por ella todos los bienes de la tierra, que no son otra cosa, que error y mentira.

PUNTO V.

Declaracion que hace Pilato de la inocencia de Jesucristo.

«Y dicho esto, salió de nuevo á los Judíos.... Y dijo á los Príncipes de los Sacerdotes, y á las turbas; no encuentro delito alguno en este hombre...» Pilato que no esperaba respuesta á su pregunta, salió luego; despues de haberla propuesto, á ver á los Judíos. Dijo á los Príncipes de los Sacerdotes, y al pueblo allí congregado: yo no encuentro en este hombre motivo alguno de condenarlo; ni tampoco motivo alguno de acusarlo. Esta declaracion fue para los enemigos del Salvador un golpe de rayo, que debió abatirlos; pero ellos tomaron aliento, y se animaron. Ella debió ser para el pueblo un gran motivo de consolacion; pero él se dejó engañar. Ella fue para Pilato una gran prueba de su discernimiento, y de su equidad; pero mudó de semblante: así todo el mundo abandonó á Jesus, y se cumplieron sus predicciones. La providencia quiso solamente salvar la gloria de su inocencia, y que así como el primer traidor que lo habia vendido, lo habia declarado justo, así el último Juez lo declarase inocente.

Peticion y Coloquio.

¡O Inocente Cordero! O Salvador, principio de toda justicia; me alegro que sea reconocida vuestra inocencia. Las profecías se aclaran; y ahora se ve, que únicamente quereis padecer, por los pecados de los hombres, y dar vuestra vida por la salvacion de vuestras ovejas. Concededme la gracia de padecer con Vos, para reinar con Vos. Amen.

MEDITACION CCCXXII.

SILENCIO DE JESUS DELANTE DE PILATO.
S. Mat., c. XXVII, v. XII, XIV.
S. Marc., c. XV, v. III, V.

Primero. Razones que tuvo el Salvador para observar un profundo silencio. Segundo. Razones que tuvo Pilato para admirar este silencio. Tercero. Razones que tenemos nosotros para admirar este silencio.

PUNTO PRIMERO.

Razones que tuvo Jesus para observar un profundo silencio.

Primero. *La primera fue la dignidad de su persona.* — Pilato al volver á su balcon hácia el atrio, para hablar á los Judíos, habia llevado á Jesus. Luego que hubo declarado, que él no hallaba motivo alguno para condenarlo, renovaron los Judíos sus acusaciones, y añadieron aun otras, que ni eran mas fundadas, ni mejor probadas... « Y siendo acusado por los Príncipes de los Sacerdotes, y por los

ancianos... de muchas cosas... nada respondió... Y Pilato le preguntó otra vez diciendo... ¿No oyes tú de cuántas cosas te acusan? á nada le respondió... mira de cuántas cosas te acusan; pero Jesus ni aun entonces respondió...» Una cosa bien digna de observacion es, que el Salvador no haya jamas respondido, sino sobre su Mision, sobre su calidad de Cristo, ó de Mesías, de Rey, de Hijo de Dios, de las cuales cosas debia enseñar á los hombres. De hecho, no parece que conviniese á su dignidad de Hijo de Dios, y de Juez Soberano del Universo, responder á los hombres sobre delitos que ellos habian tenido la temeridad de imputarle. Por otra parte, estas acusaciones eran como las primeras, sin fundamento, y sin prueba, y Pilato que habia despreciado las otras, y habia decidido por la inocencia de Jesucristo, no viendo siempre otra cosa, que pasion en los nuevos acusadores, habria debido hacer cesar el tumulto, atenerse á su primer juicio, ejecutarlo, y volver al acusado absuelto; pero este vil Ministro empezaba á temer por sí mismo el furor de los Judíos: habria querido salvar al inocente, y no desagradar á sus enemigos: habria querido que Jesus, por medio de fuertes defensas, y de réplicas vigorosas, le hubiese ayudado á salir del embarazo; habria querido que con defenderse, hubiese reducido sus enemigos al silencio; ¡vanos deseos de una autoridad debil, y lánguida... ! Las Apologías no hacen de modo alguno, callar á los calumniadores, y cuando el Ministerio ha recono-

cido una vez la inocencia, no puede refrenar el espíritu de faccion de otra manera que con mostrarle firmeza, é inspirarle un justo temor.

Segundo. *La segunda fue para expiar nuestros pecados de palabra*; nuestras vanas excusas; nuestras falsas justificaciones; nuestras impaciencias, nuestras murmuraciones, nuestras inquietudes en las acusaciones hechas contra nosotros, y nuestros pecados en las acusaciones, ó verdaderas ó falsas, con que hemos mortificado injustamente, y por malignidad al prójimo, ó denigrado su reputacion.— Examinemos cuán culpados estamos en todos estos puntos y demos gracias á nuestro Salvador, por haber querido sufrir en silencio tantas calumnias para reparar nuestras culpas.

Tercero. *La tercera fue para darnos ejemplo, y merecernos la gracia de imitarlo.* — Jesus ha querido pasar por todas las pruebas á que nosotros debiamos estar sujetos para servirnos en todo de ejemplo, y de modelo. ¿Seremos nosotros tan viles que no lo imitemos? Él ha querido con cada uno de sus particulares sufrimientos merecernos las gracias propias de cada situacion, en que nos hallemos, para excitar nuestra confianza. Pidámosle, pues, en virtud de aquel profundo silencio, que observó entre sus enemigos, la gracia de observarlo nosotros tambien, y de imitar un tan grande ejemplo.

PUNTO II.

Razones que tuvo Pilato, para admirar este silencio.

Primero. *La primera fue la manera con que Jesus observó el silencio.* — « De modo que el Presidente se maravilló en gran manera... » El silencio de Jesucristo estaba lleno de dignidad, de tranquilidad, y de dulzura; nada tenia de vil, ni de cobarde, como pueden causarlo, ó una conciencia inquieta, ó el temor de un cruel suplicio. Nada tenia de desabrido ni de feroz, como lo inspiran la cólera ó el deseo de la venganza. Nadia tenia de fiero ni de ultrajante, como lo producen el orgullo, la indignacion, y el desprecio; por esto Pilato no se ofendió de modo alguno; pero no pudo dejar de admirarlo. El corazon de Jesus observaba un silencio todavía mas admirable; se humillaba á las órdenes de su Padre, y en ellos ponia toda su complacencia, bien lejos de estar afligido deseaba los suplicios para salvarnos, y bien lejos de insultar y de irritarse contra ellos se compadecia de su error: tal es el silencio que Jesucristo propone para nuestra imitacion; porque no es un imitar á Jesus observar un silencio, en que la pasion queda mayormente satisfecha, y se manifiesta mas que lo que se manifestaria con las palabras.

Segundo. *La segunda fue la importancia del nego-*

cio en que Jesus observaba el silencio. — Nada menos se trataba que de la muerte, y de la muerte de la cruz; á esto se enderezaban todas las acusaciones que se intentaban contra Jesus, y en un negocio de tal consecuencia él estaba tranquilo : el Juez le era favorable : exigia una sola respuesta, que Jesus podia dar fácilmente, para rebatir la calumnia; pedia solamente una negacion: él mismo solicitaba al acusado para que hablase : para que dijese sola una palabra; pero Jesus persistia en callar, con una firmeza y con una magestad, que el Juez gentil no podia bastantemente admirar. La idea que los Filósofos de Grecia y de Roma habian dado de su sabio, segun ellos, Rey del universo, y que jamas habian realizado, no podia tener alguna comparacion, con lo que Pilato veia con sus ojos, de grande y de noble en el silencio del Salvador. Conviene ciertamente decir, que el que en una coyuntura tan crítica, observaba un tal silencio, fuese una cosa muy grande, y mas que hombre.

Tercero. *La tercera fue el contraste del silencio del Salvador con los gritos tumultuosos de sus enemigos.* — Habria otra tanta calma, dulzura, y nobleza en el acusado, cuanto era la vileza, el furor y la pasion, que se veia en sus acusadores. Estos eran los personages mas distinguidos entre los Judios, y con todo eso se sentian gritar tumultuariamente, con un vil populacho; acumular las acusaciones sin orden, sin prueba, y con un furor, que habria bastado para probar su falsedad. De la otra parte

Jesus en sus ataduras hacia ver, que gozaba de una paz profunda, superior á todo; observaba un humilde y magestuoso silencio, cumpliendo de tal modo perfectamente el retrato que de él habia hecho el Profeta; como si nada oyese, ó nada tuviese que responder en su defensa. El Gobernador escandalizado de las quejas y gritos de los Judíos, no podia cansarse de contemplar al que ellos le habian entregado, y siempre crecia mas su admiracion. ¡O cuántas cosas decia á Pilato este silencio! ¡Ay de mí! ¿Qué cosa no deberia decir á mi corazon?

PUNTO III.

Razones que tenemos para imitar este silencio.

Fuera de las razones generales que tenemos para imitar los ejemplos del Salvador, pues con este solo fin, nos los ha dado, tenemos aun otras particulares, para aplicarnos á imitar su silencio.

Primero *La primera es la mayor frecuencia de las ocasiones que se ofrecen de imitarlo:* casi todos los dias, y aun muchas veces al dia, se presenta esta ocasion. Alguno nos vitupera, nos reprende, nos acusa; otro nos critica, nos moteja, nos pica, nos contradice: acordémonos entonces del silencio de Jesucristo; y si la cosa no nos obliga á hablar, imitémoslo. Esta es una ocasion, y cuanto mas frecuente, tanto mas nos debemos aplicar para apro-

vecharnos de ella. ¡Cuántos méritos no podemos adquirir, con una práctica tan simple! ¡Cuántas gracias no podemos obtener! ¡A qué grado de perfeccion no podemos llegar! Si, segun Santiago, aquel es perfecto, que no peca con las palabras ¿hay por ventura medio mas seguro que aplicarnos á imitar el silencio de Jesucristo? Si lo omitimos ¡cuántas pérdidas diarias no hacemos! ¡De cuántos méritos nos privamos; cuántos pecados cometemos!

Segundo. *La segunda es la suma facilidad de imitar este ejemplo de Jesucristo.* — Si no podemos obrar como el Salvador, hablar como él, sufrir como él, podemos por lo menos callar como él. No podemos en esto alegar nuestra debilidad, ó nuestra incapacidad; para callar no es necesaria fuerza ni talento. Por otra parte, las circunstancias en que nos pide guardar silencio por amor suyo, no son de cierto tan decisivas como aquellas en que él lo observó por nuestro amor. Respecto de nosotros, no se trata de la vida. Los que nos ofenden, no piden nuestra muerte; nuestro silencio no los incitará á perdernos; antes hay algunos de tal caracter, que de él quedan conmovidos, edificados, é inclinados por esto á estimarnos, y á cesar de inquietarnos. Si no imitamos al Salvador en una cosa tan facil ¿en qué, pues, lo imitaremos? ¿Y si en nada lo imitamos ¿con qué título nos contamos en el número de sus discípulos; y con qué derecho pretendemos tener aun parte en sus recompensas? ¡Ah! somos

muy viles si rehusamos seguirlo en una cosa tan fácil, como es callar.

Tercero. *La tercera es, que nosotros para callar, tenemos las mismas razones que tenia el Salvador.* — La dignidad de Cristiano, que debemos sostener: el buen ejemplo que debemos dar; los pecados que tenemos que expiar; y las gracias que podemos merecer... Lloremos, pues, el haber perdido tantas ocasiones de observar un silencio tan honorífico, tan util, tan necesario, y tan facil, y hagamos un propósito, y una resolucion firme de jamas perderlas en adelante.

Peticion y coloquio.

¡Ah! Dios mio; haced que yo no abra la boca, sino para los intereses de vuestra santa verdad, á la que debo dar testimonio; que observe silencio cuando no será muy necesario hablar, y que con paz y recogimiento, que son los frutos del silencio, adore vuestra conducta siempre sabia, y siempre justa, en medio de las injusticias de los hombres, que contra mí se levantarán. Amen.

MEDITACION CCCXXIII.

JESUS ES ENVIADO DE PILATO A HERODES, Y DE HERODES A PILATO.

S. Luc., c. XXIII, v. V, XII.

Primero. Pilato envia Jesus á Herodes. Segundo. Jesus en casa de Herodes. Tercero. Herodes vuelve á enviar Jesus á Pilato.

PUNTO PRIMERO.

Pilato envia Jesus á Herodes.

Primero. *Por culpa de los Cabezas de la nacion.*— Su culpa, ó por decir mejor, su maldad fue el artificio con que propusieron una nueva calumnia... « Pero ellos (los Príncipes de los Sacerdotes, y la turba) se esforzaban mas, diciendo; alborota el pueblo, enseñando por toda la Judea, habiendo dado principio en la Galilea, hasta aquí .. »

El primer artificio de la calumnia es alzar la voz, y multiplicar los gritos..... Conociendo los Judíos que por un lado los temia, y que por otro admiraba la constancia de Jesucristo, y quedaba convencido

de su inocencia, hacen mayores esfuerzos para atemorizar al Juez; alzan la voz; redoblan sus gritos, y repiten acusaciones, que en sustancia son siempre las mismas, añadiendo á ellas solamente palabras en vez de pruebas, de que estaban faltos... El segundo artificio de la calumnia es atacar la doctrina, cuando no se atreve á atacar las costumbres. No es ya él el que alborota y conmueve el pueblo, es su doctrina. ¿Qué contiene, pues, ella de nuevo, capaz de sublevar el pueblo? Ha ya tres años que Jesucristo enseña; que se examinan sus palabras; que le ponen asechanzas. ¿Cómo, pues, ahora solamente se halla su doctrina sediciosa? Ademas: ¿qué máxima, qué decision se alega que pueda enderezarse á la sedicion?..... El tercer artificio es hacer mirar el mal, como general, y esparcido por todos los lugares; pero supuesto, que el mal sea tan general, seria tambien necesario un número proporcionado de testigos. Su doctrina sediciosa está extendida por todos los lugares, y en ningun lugar hay sedicion. Todo está tranquilo, y sujeto en las ciudades, y en las aldeas donde ha comparecido, tanto en la Galilea como en la Judea. ¿Dónde, pues, está el tumulto, el desorden, el efecto escandaloso, y verificado de esta peligrosa doctrina? Impostores! En todos los demas lugares todo está tranquilo; y si aquí hay tumulto, procede de vosotros solos. « *Por toda la Judea....* » Estos son términos indeterminados, que se usan por la imposibilidad de especificar un solo lugar. Son palabras

pomposas para aturdir un pueblo que no reflexiona, y para atemorizar Magistrados políticos, naturalmente inclinados á la desconfianza y á las sospechas. Son finalmente acusaciones desmentidas de los hechos, bajo las cuales la inocencia no deja al fin de verse oprimida muchas veces. Cuando la pobre inocencia se halla en tal estado ¡ qué consolacion no puede hallar en el ejemplo de Jesucristo!

Segundo. *Por culpa de Pilato.* — « Y Pilato oyendo nombrar la Galilea, preguntó si era Galileo. Y luego que entendió que él era de la jurisdiccion de Herodes, lo remitió á Herodes que se hallaba tambien en aquellos dias en Jerusalen... » Herodes habia venido sin duda á Jerusalen para celebrar allí la fiesta de la Pascua, porque profesaba la Religion de los Judíos. Pilato no remitió ya á Jesus á Herodes por respeto que tuviese á este Príncipe, porque entre sí estaban en discordia. No le envió esta causa, como si le perteneciese, porque habia sido llevada á su tribunal. Tenia él toda la autoridad necesaria para decidir este negocio, de que era Juez de última apelacion. Lo envió, pues á Herodes solo por debilidad, por desenredarse de su causa, y por evitar la necesidad, ó de proceder contra la justicia por complacer á los Judíos, ó de disgustar á los Judíos, sosteniendo el partido de la justicia. ¿Pero no sostenerla, en una tal circunstancia, no es hacerle traicion? ¿Por qué expone él á un nuevo examen, á un nuevo Juez, á un éxito dudoso, la causa de un acusado, que él mismo ha examinado,

que ha juzgado, y que ha declarado inocente?.. Se aman los empleos luminosos por causa del honor que llevan anejo, pero no se quiere sostener el peso. Se ama la justicia, pero no se quiere dar, con perjuicio del propio reposo. Se ama mas la estimacion de los hombres que la virtud. Muchos son mas sensibles á la aprobacion de los Grandes, que adictos al propio deber. Con tales disposiciones, son indignos del empleo que ocupan, y basta una sola ocasion para perder al Juez mas incorrupto y mas moderado, mas iluminado, y aun mejor intencionado, y para hacerlo prevaricador, injusto y cruel.

Tercero. *Por culpa del pueblo.* — El pueblo estaba presente á cuanto sucedia. Veia y escuchaba cuanto se hacia en silencio. Conocia mejor que todos la falsedad de las acusaciones que se producian contra Jesus. ¿Con qué razon pudo él oir tantas calumnias, sin reclamar, sin quejarse, y sin manifestar su indignacion? Cuando Pilato declaró inocente á Jesus, el pueblo, á quien iba enderezada la palabra, lo mismo que á los Sacerdotes, deberia haber hecho ver su júbilo y aplaudir el discernimiento y la equidad del Gobernador. Con esto habria animado al Juez, atemorizado á los calumniadores, y dado testimonio á la inocencia reconocida, pero el temor lo contuvo en el silencio. Si no se atrevia á hablar, debia á lo menos retirarse, para no autorizar con su presencia, las calumnias que oia, pero la curiosidad triunfó de la obligacion. Quiso verlo todo; acompañó á Jesus en su viage á la casa de Herodes,

y en su retorno á Pilato. Se creyó sin delito, siendo solo testigo de vista, y no se persuadió, que pudiese jamas llegar á ser parte, actor y acusador. Con todo vino á serlo, y obró no segun sus propias luces, sino siguiendo la pasion agena, contra las luces de su conciencia, y llegó hasta el exceso de pedir la muerte de aquel, cuya inocencia conocia.... ¿Sois vosotros del pueblo, sin cargo y sin autoridad? ¿Ois calumniar á vosotros Pastores, á los que os guian, y cuya inocencia os es bien conocida? Si no podeis hablar en su favor, á lo menos retiraos, gemid, orad, pero no deis oidos á alguno de los discursos que se tienen contra ellos. Os hareis de otra manera cómplices, y acaso, vendreis bien presto á ser culpables de las injusticias que se vendrán á cometer contra ellos, adoptando los sentimientos, y aprobando las violencias de sus enemigos.

PUNTO II.

Jesus en casa de Herodes.

Primero. *Disposiciones de Herodes.* — « Y Herodes, cuando vió á Jesus, se alegró mucho, porque habia largo tiempo que lo deseaba, porque habia oido hablar mucho de él, y esperaba verle hacer algun milagro... » Por tanto Herodes acogió á Jesus con júbilo, con deseo y con esperanza. Primero. *Júbilo y alegría pueril.* ¿Y qué alegría podia recibir de la vista de Jesus un Príncipe voluptuoso hasta el

exceso cruel, raptor de la muger de su hermano, y homicida de Juan Bautista? No tuvo pues otra consolacion, que de ver un hombre extraordinario; que la de satisfacer su curiosidad, sin alguna reflexion hácia sí mismo y sin algun deseo de aprovecharse de esta visita para su salvacion. El júbilo de Zaqueo, cuando acogió al Salvador en su casa, fue bien diferente, y por esto tuvo la dicha de conocerlo; pero Herodes, aunque lo vió, no lo conoció. Segundo. *Deseo esteril.* Ya habia mucho tiempo que deseaba ver á Jesus: ¿pero quién se lo habia impedido? Jesus predicaba en la Galilea, en sus Estados; en este pais obraba las grandes maravillas que cada dia se le contaban: todo el mundo sabia donde se detenia; á él concurrian las gentes de todas partes, aun de los paises de Sidon. ¿Dió acaso Herodes algun paso para verlo? Temia ciertamente envilecer la magestad real, y mucho mas aun el exponer á riesgo la alta sabiduría de que se preciaba, si hubiese mostrado que pensaba como el pueblo.

Segundo. *Sabiduría impía.* — Esperaba verle hacer algun milagro. — ¿Por su necesidad? No. ¿Por su provecho? No. ¿Pues por qué? Por una vanidad, por su curiosidad, por someter la obra de Dios á su examen, á su crítica y á su censura. Con un espíritu bien diferente esperabân las hermanas de Lázaro de él un milagro. Estas vieron el milagro tan grande y tan interesante para ellas; pero Herodes ninguno vió. — ¿No convienen por ventura á nosotros, en alguna cosa, estas disposiciones de Hero-

des? El placer que nos inspiran las fiestas y las solemnidades de la Iglesia, ¿no es pueril y profano? ¿Nuestros deseos de salud y de penitencia no son estériles? ¿Estamos bastante firmes é instruidos en nuestra fe, para no pedir ni esperar nuevos milagros, para establecernos mas en ella?

Tercero. *Preguntas de Herodes.* — «Le hizo pues muchas preguntas...» Las preguntas de Herodes eran conformes á sus disposiciones. Preguntaba sobre objetos de pura curiosidad. Le proponia dificultades que desatar; textos que conciliar, y puntos de la ley para que los explicase. Le pregunta sobre su persona, sobre su doctrina y sobre los milagros que le contaban. Le proponia todas estas diferentes preguntas, para examinarlo, para conocerlo á fondo y para proferir de él un juicio que sirviese de regla á los Sacerdotes, á los Doctores y al pueblo, é hiciese honor á su propio talento, á su discernimiento, y á su alta sabiduría. Pero su pretendida sabiduría fue confundida. Esta Zorra astuta, como la habia llamado el Salvador, no obstante todos sus esfuerzos, para salir con honor, fue cogida en sus propias redes; sus astucias se volvieron contra ella, y bien lejos de penetrar en el secreto y en el interior del que examinaba, ni siquiera entendió su silencio exterior, y trató de necedad la sabiduría eterna de Dios.

Cuarto. *Silencio de Jesus.*— «Mas él nada le respondió...» No solo no respondió Jesus á alguna de las preguntas que le hizo Herodes, pero ni aun le

dijo por qué no le daba respuesta. No le advirtió que sus malas disposiciones lo hacian indigno de un milagro y aun de alguna respuesta ; no le dijo que la curiosidad , que la vanidad , que el orgullo , la presuncion, la irreligion que le hacian hacer tantas preguntas, eran tambien la razon de su silencio. Ni le reprendió sus delitos , su adulterio y la muerte de Juan Bautista. Jesus observó un silencio general y absoluto, y por cualquier artificio que usase Herodes, no tuvo respuesta alguna de este Divino Maestro. — Por otra parte, « estaban presentes los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas, que lo acusaban fuertemente...» Y á todo esto nada respondió Jesus. —Reyes de la tierra, Grandes del mundo, temblad este silencio terrible de Jesus , que es un justo, pero severo castigo de vuestro orgullo, de vuestra presuncion, de vuestra temeridad,de la corrupcion de vuestro corazon y de vuestra irreligion. Herodes no comprendió el misterio de la sabiduría y de la justicia de Dios. Se creia él, en calidad de Judío, mas iluminado que Pilato , y se mostró mas ciego que el. Pilato habia admirado el silencio de Jesus, como efecto de una virtud mas que humana, y Herodes lo despreció , como efecto de flaqueza y de debilidad del que observaba. — ¡O y cuántos llegan á este punto de ceguedad ! Cuando Jesus les reprendia, en el fondo de la conciencia , los primeros desórdenes de una juventud libertina, respetaban todavía la religion ; pero despues que sus replicados excesos se han merecido el silencio de Jesus,

miran la religion con desprecio, vienen á ser mas vanos, y se creen mas iluminados, á medida que caen en tinieblas mas espesas.

PUNTO III.

Herodes remite Jesus á Pilato.

Primero. *Jesus es despreciado de Herodes y de su corte.*—« Y Herodes, con sus soldados, lo despreció, y haciéndole vestir, por burla una ropa blanca, lo volvió á enviar á Pilato... » Herodes se creyó muy sabio en mirar á Jesus como insensato. Los grandes de su reino que lo habian acompañado á Jerusalen, no dejaron de aplaudir sus luces, y les pareció que era obligacion suya insultar con él la Sabiduría de Dios, desconocida en todos los tiempos del orgullo de la razon. Se compadecieron de la ignorancia del pueblo, que habria tenido á este hombre por un Profeta, y aun tambien por el Mesías. ¡Cuántos discursos no se hicieron á este propósito! ¡Cuánta burla y cuántas impiedades no se vomitaron! Pero, al mismo tiempo, ¡qué orgullo, qué ceguedad y qué necedad en este príncipe y en sus cortesanos! No fue bastante despreciar á Jesus, quisieron dar á conocer, en un modo sensible, el juicio que la corte hacia de él, y hacerlo despreciable á todo el mundo, con el vestido ridículo que le hicieron llevar. Se dejó vestir de él la Sabiduría increada, para ponerse debajo de los pies, no como

filósofo, el fausto con otro fausto, sino para condeñar, como Dios, y reprobar para siempre la sabiduría y la estima del mundo, y para enseñarnos el caso que de ellas debemos hacer nosotros. En este estado fue Jesus enviado de Herodes á Pilato, y por medio de esta mutua deferencia, fue restablecida la amistad entre el Rey y el Magistrado Romano: « Y se hicieron amigos Herodes y Pilato en aquel dia; porque antes eran entre sí enemigos... » Los dos se reunieron contra Dios y su Cristo, segun la palabra del Profeta, y fueron tambien los dos compañeros, y quedaron iguales en el castigo de su delito* ; pero Jesus queria con su muerte procurar una union mas santa entre el Judío y el Gentil, formando de dos pueblos un solo rebaño, bajo un mismo Pastor.

Segundo. *Jesus es despreciado de los Sacerdotes y de los Escribas.* — Los unos y los otros no tenian motivo para estar contentos de Herodes, el cual no habia puesto ni la mas mínima atencion á sus acusaciones, conociendo mejor que Pilato la falsedad de ellas y sus motivos secretos; pero se consolaron, cuando vieron á Jesus salir del palacio, vestido con el hábito de ignominia, de insulto y de desprecio. Podemos imaginarnos que no se tuvo respeto ni atencion alguna al Divino Redentor durante todo el tiempo de su viage, desde el palacio de Herodes hasta el de Pilato. Arrojaron contra él cuanto se

* El Emperador los desterró á los dos á la Francia: Pilato fué á Viena, y Herodes á Leon.

puede decir ó de mayor insulto, ó de mayor desprecio, ó de mayor burla, con silbidos, con risadas mezcladas de oprobios, de injurias, y de cuanto el odio y la envidia pueden inventar de mas malvado y de mas atroz. — ¡O Jesus, Vos sois ciertamente un gran Maestro de paciencia y de humildad! ¿Cómo es posible que no haya yo podido aun aprender en vuestra escuela á sufrir tranquilamente y en silencio una palabra picante, una burla, una palabra de desprecio?

Tercero. *Jesus es despreciado del pueblo.* — Fue, de cierto, una grande tentacion para el pueblo esta escena humillante, á que fue expuesto Jesus. La autoridad hace impresion sobre el espíritu del pueblo; pero mucho mayor la hace lo que le entra por los sentidos; lo que ve con los ojos. Un Rey desprecia á Jesus, es verdad que no es un gran Rey; es un Tetrarca, que tiene solo por sus Estados la cuarta parte de una Monarquía: es verdad, que no es un Rey Santo; sus disoluciones son bien conocidas, como tambien sus vínculos de amistad con los enemigos de la Religion: es verdad, que la nacion sobre que él reina no está en grande estimacion en Jerusalen, pero finalmente es siempre Rey, y su autoridad hace siempre impresion, aun sobre un pueblo en que no manda. Pero lo que acabó de pervertir las ideas del pueblo de Jerusalen, fue el estado humillante en que compareció Jesus á sus ojos. El pueblo no pudo ver aquel vestido ignominioso, sin concebir algun desprecio del que lo lle-

vaba. Ya no fue para sus ojos aquel Profeta, aquel Rey, aquel Hijo de David, que él habia acogido con alegres aclamaciones; aquel hombre Poderoso en obras, y en palabras que con una sola palabra sanaba los paralíticos, daba vista á los ciegos, y resucitaba los muertos; antes bien fue á sus ojos un hombre vil, bajo y despreciable. Y he aquí, como el pueblo poco á poco se fué dejando pervertir de sus cabezas. Nosotros lo veremos dentro de poco adoptar sus sentimientos, conformarse, y seguir su furor, y hacerse cómplice del mismo deicidio. Del desprecio fácilmente se pasa al odio, y principalmente cuando á él impelen personas que estan tenidas en crédito. — Nosotros ya no nos hallamos en las mismas circunstancias; pero en muchas cosas no dejamos de imitar este pueblo. ¿De dónde viene el poco respeto, por no decir desprecio, que tenemos á Jesucristo en la Eucaristía, sino del estado oscuro, y escondido, en que se ha puesto, y del mal ejemplo que nos dan los grandes del mundo? Y ciertamente, en este estado á que lo ha reducido su amor, debriamos ofrecerle nuestros mas profundos homenages, en recompensa de los ultrages, y de los desprecios que ha querido sufrir por nosotros de los Judíos, y á los que de nuevo se ha expuesto en este adorable Sacramento, que la heregía trata de necedad, y cuya apariencia no hiere los sentidos, pero que deberia su fe anonadarnos, y penetrarnos de respeto, y de amor.

Peticion y coloquio.

El augusto Sacramento de vuestro Altar, o Jesus, llamará continuamente á mi espíritu las humillaciones, que habeis sufrido en presencia de Herodes, y de toda su corte, solo para merecernos á nosotros el sufrir cristianamente las que nos ocurrirán. Concededme esta gracia, o Divino Salvador. Dadme aquella sabia estulticia que comparece solo estulticia á los ojos de los verdaderos insensatos, pero que es una verdadera Sabiduría á vuestros ojos, y á los de aquellos, que Vos quereis aclarar con vuestras luces. Amen.

MEDITACION CCCXXIV.

JESUS ES COMPARADO CON BARRABAS.

S. Luc., c. XXIII, v. XIII, XVII. — S. Mat., c. XXVII, v. XV, XX. — S. Marc., c. XV, v. VI. XI. — S. Juan, c. XVIII, v. XXXVIII, XXXIX.

Primero. Primer expediente que Pilato imagina para librar á Jesus. Segundo. Otro expediente de que Pilato se vale para librar á Jesus. Tercero. Incidente que hace diferir la respuesta del pueblo, y lo determina á darla contra Jesus.

PUNTO PRIMERO.

Primer expediente que Pilato imagina para librar á Jesus.

El expediente que aquí propone Pilato es de castigar á Jesus: esto es, de hacerlo azotar, y soltarlo libre. En el modo con que Pilato propone este expediente, vemos lo primero, un razonamiento justo; despues una conclusion injusta, y finalmente una esperanza vana.

Primero. *Un razonamiento justo.* — Habiendo Herodes vuelto á enviar á Jesus, Pilato se halló en el embarazo que habia querido evitar; y se vió á su pesar obligado á decidir sobre la suerte de Jesus... «Pilato, pues, juntando los Príncipes de los Sacerdotes, y los Magistrados, y el Pueblo, les dijo: me habeis presentado este hombre como alborotador del pueblo; y he aquí que habiéndole yo preguntado en vuestra presencia, no he encontrado en este hombre delito alguno de aquellos de que vosotros lo acusais; y ni aun Herodes, porque yo os he enviado; y he aquí que nada se ha probado que sea digno de muerte... » Hasta aquí el razonamiento era sólido, y la prueba convincente. Pilato sabia muy bien cuanto sucedia en la Judea. Herodes cuanto sucedia en la Galilea; y pues ni el uno ni el otro hallaba rebelion, ni rastro de sedicion, la acusacion es calumniosa, y cae por sí misma á tierra. El título de Rey, que Jesucristo reconoce serle debido, no trae algun desconcierto al Estado; no ha ocasionado algun tumulto en el pueblo, ni ha dado alguna inquietud á Herodes. Este Príncipe ha despreciado al acusado, y mucho mas las acusaciones, y los acusadores. Los dos Jueces que han tomado conocimiento de la causa de Jesucristo, sin haberse acordado entre sí; sin que Jesus, ó algun otro haya dicho cosa alguna para su defensa: los dos habiendo solo oido á sus acusadores lo justifican y reconocen su inocencia. ¡Calumniadores temblad! ¡Pueblo colmado de sus beneficios, tes-

de sus virtudes y de sus maravillas, haz tambien su elogio!... Juez iluminado, Magistrado Romano, haz tu deber; castiga la calumnia, y haz justicia á la inocencia! Pero ¡ah! sucede todo lo contrario. Los calumniadores se irritan; el pueblo calla, y el Juez está sin fuerzas. Dios queria que la inocencia de su Hijo fuese manifestada; pero ordenaba su sacrificio: á esto concurrieron todas las pasiones de los hombres. Grande ejemplo y grande consolacion para los discípulos de Jesus.

Segundo. *Una conclusion injusta.*—«Lo castigaré, pues, ¡y lo libraré... » ¿A quién has de castigar? ¿Al que tú reconoces inocente; al que tú reconoces ser calumniado? ¿Y por qué castigarlo? ¿Por qué se tiene envidia á su virtud; por qué ha sido siempre irreprensible; por qué tiene muchos enemigos, y son furiosos? ¿Es un Romano el que así habla? ¿Es un Magistrado revestido de toda la autoridad de los Emperadores? ¿Es un Juez? ¿Es un hombre? ¡O Jesus! Vos así lo permitís y consentís en esta inconsecuencia, para ser el modelo, y la consolacion de vuestros siervos. Sí; se reconocerá su inocencia, y la integridad de sus costumbres: estarán sus enemigos convencidos de su fidelidad, y de su sumision, todos estarán persuadidos que cuanto contra ellos se dice, es calumnia, y procede de una cabala celosa, y envidiosa que teme su virtud, y su celo, y á pesar de esto, los políticos del mundo concluirán que es necesario castigarlos, mortificarlos, y humillarlos, para complacer á sus enemigos, y hacerles callar.

Tercero. *Una esperanza vana.*—Pilato siempre debil queria librar á Jesus, sin disgustar á sus enemigos: esperó que condenándolo al suplicio de los azotes quedarian satisfechos, y se librarian ellos mismos del delito de hacer morir al Inocente. Tal fue el expediente que él propuso, y al que declaró que queria atenerse; pero Pilato no conocia el progreso de las pasiones, hasta qué punto de debilidad puede degenerar la condescendencia, ni hasta qué punto de indolencia puede llegar la envidia que no se reprime. ¡O Juez debil y cobarde! Era necesario desde el principio hacer temblar la injusticia, sin dejarle alguna esperanza, y tomar á toda fuerza la defensa del Justo. ¡Cuánto estrépito, y cuánto tumulto habrias prevenido! ¡De cuántos embarazos y delitos te habrias librado tú mismo!

PUNTO II.

Otro expediente de que Pilato se sirve para librar á Jesus.

El primer expediente que Pilato habia propuesto no tuvo lugar. Pilato lo abandonó por un momento, y se sirvió de otro que tambien escogió él mismo.

Primero. *De la costumbre de librar un preso en la fiesta de la Pascua.*—« Acostumbraba el Presidente en el dia solemne entregar libre al pueblo un preso que él pidiese... » Esta costumbre era una ley que

los Judíos habian conseguido de los Emperadores: por esto era una obligacion y una necesidad para el Gobernador el librar al Pueblo el preso que él queria. Los Judíos antes de estar sujetos á los Romanos, habian observado por sí mismos esta costumbre, en memoria de su libertad de Egipto por el pasage del mar Rojo *, y de su libertad de las manos del Angel exterminador, que haciendo morir en todas las casas de los Egipcios el hijo primogénito, pasó las de los Hebreos sin hacer en ellas algun mal, porque la puerta se halló teñida y señalada con la Sangre del Cordero Pascual **. Nosotros sabemos que esta libertad de los Hebreos era la figura de la libertad espiritual de todos los pueblos, por los méritos de la Sangre del Cordero. Admiremos la manera singular con que todo se une aquí en la muerte del Salvador, que es el verdadero Cordero de Dios, y nuestra Pascua eterna. Admiremos como en la continuacion de los siglos, y por la revolucion de los Estados, la celebracion de este grande acontecimiento que contiene un tan grande misterio, se halla aquí entre las manos de un Gentil, de un Pagano, de un Idólatra; como es el que siguiendo la Ley de los Señores del mundo, libra un preso; libertad que sirve de memoria de la libertad temporal y presente; y como finalmente el uno y el otro pueblo, el Judío y el Gentil concurrieron á la mis-

* La palabra *Pascua*, *Pascha*, ó sea *Fase* significa *pasaje*.

** Exod, c. XII.

ma solemnidad, á la figura, y á la realidad, cuyos frutos deben ser para ellos comunes. ¡O Dios, qué orden; qué providencia! Vuestra justicia es mas que los montes mas altos; y vuestros juicios mas que un abismo profundísimo *.

Segundo. *De Barrabas.*—«Y tenia entonces un preso famoso llamado Barrabas... Y Barrabas era un asesino... encarcelado entre los sediciosos, el cual en la sedicion habia cometido un homicidio...» De la manera con se explican dos Evangelistas, parece que no fuese este su nombre, sino un nombre que él habia tomado, ó que le habia puesto el pueblo. Sea como fuese, Barrabas era uno de aquellos asesinos que se hacen famosos por los latrocinios, que vienen á ser el terror del pais, y que saben eludir por mucho tiempo las pesquisas de la justicia. Este era conocido por un sedicioso; por un homicida, y por un asesino. El hallarse actualmente Barrabas en la prision, no era sin una providencia particular, como no era sin misterio el deber ser comparado á Jesus, preferido á Jesus, y librado con la muerte de Jesus. Este insigne pecador representaba todos los pecadores; me representaba á mí mismo. ¡Ay de mí! ¿No soy yo como él, un sedicioso, rebelde á Dios y á sus leyes? No contento de rebelarme á mi Criador, he empeñado los otros en mi rebelion con mis escándalos; con mis malos ejemplos: y acaso tambien con mis solicitaciones,

* Salm. XXXV, v. VI.

con promesas y amenazas: he alabado, favorecido, animado los cómplices de mi rebelion, y he perseguido á los que fieles á Dios han rehusado entrar en ella, é imitarme. Soy como él un homicida que he dado la muerte á mi alma, y acaso tambien á otras muchas. Soy como él, un ladron; si no de las cosas de otros, á lo menos de las de Dios: esto es, me he servido de sus bienes contra su prohibicion; he abusado de ellos contra él mismo, y para ofenderlo; he usurpado su gloria con mi orgullo, atribuyéndolo todo á mí; y con todo eso soy yo, cargado de pecados, como lo estoy; soy yo el que Dios pone en comparacion con su Hijo; soy yo el que él preferirá, el que librará; es su Hijo el que él sacrificará á su justicia por hacerme la gracia: y este Hijo adorable consiente con júbilo en esta preferencia por amor mio, y se entrega á sí mismo á los tormentos mas horribles, y á la muerte mas cruel. ¡Ah! ¡Cómo es posible, que yo pueda creer este Misterio, y no morir de amor! ¡O amor Divino, é inefable, inflamad mi corazon, reinad en mi alma, y poseedla en el tiempo, y en la eternidad.

Tercero. *De la peticion del pueblo, y la proposicion de Pilato.*—«Y habiéndose unido la turba, empezó á pedir lo que siempre les concedia...» El pueblo, segun solia, subió al Palacio del Gobernador, y uniéndose á aquellos, que ya estaban allí, pidieron á Pilato, que les concediese la libertad de un preso á su eleccion, como se acostumbraba hacer todos los años. La coyuntura pareció favorable á

Pilato. Se prevalió de esta ocasion con diligencia y ardor, no dudando que ella lo sacaria del embarazo... «Pilato respondió, y dijo, ¿á quién quereis que os ponga en libertad? ¿A Barrabas, ó á Jesus, llamado el Cristo?...» ¿Barrabas, ó Jesus? ¡Qué comparacion! ¿Con este ejemplo delante de los ojos, podemos nosotros lamentarnos de las comparaciones odiosas, que mortifican nuestro orgullo? Pilato recordaba al pueblo, que Jesus era llamado Cristo, y mirado como el Mesías, para hacer caer la balanza de su parte. Con este fin añadió aun... «Yo no encuentro en él ninguna causa. Mas teneis por costumbre que yo os deje libre uno en la Pascua. ¿Quereis, pues, que os ponga en libertad al Rey de los Judíos?... El pueblo solicitado de los Autores de la conjuracion, no se daba priesa á responderle. Pilato insistia sobre los puntos que podian ser favorables á Jesus, sobre su inocencia, sobre el nombre de Mesías, y sobre la calidad de Rey de los Judíos; pero en esto, justamente cometia Pilato las mayores injusticias. Se perdia, se contradecia, y se engañaba manifiestamente. El pueblo pedia la libertad de un reo, y no de un inocente, estando, pues, Jesus inocente, no tenia necesidad, ni de la fiesta de la Pascua, ni de la voz del pueblo, ni de la costumbre, para ser puesto en libertad; no necesitaba de otra cosa, que de equidad en un Juez. ¡Ah! Juez indigno de este nombre. ¿No es querer imprimir el oprobio sobre la frente del Mesías, y del Rey de Israel, el pretender que viva una vida vergonzosa,

de que fuese deudor solamente á la indulgencia del pueblo, y al privilegio de una ley hecha en favor de un reo? No : no : una tal vida no conviene á Jesucristo, al Dios de mi corazon : él dará por mí la que tiene, y tomará despues otra digna de sí ; vida que recibirá solamente de su Padre, y de sí mismo, y que un dia me comunicará tambien á mí, despues que habré empleado por él, la que tengo... «Porque sabia que por envidia lo habian entregado los Sumos Sacerdotes.,.» Pero si él lo sabia, debia proteger la inocencia contra la envidia; declararse contra esta, reprimirla, y castigarla. Y si él lo sabia, lo sabia aun mejor que él el pueblo. Ahora, si el mismo Pilato que era no solo independiente, sino tambien superior á estos Pontífices, y que está en estado de hacerles temblar, no se atreve á declararse contra ellos en favor de la inocencia oprimida ¿cómo espera él que el pueblo que depende de ellos en tantas maneras, será mas animoso que él, y se atreverá á lo que él mismo no se atreve? Pues si el pueblo viene á ser culpado, mas culpado que él es todavía Pilato, no obstante todas sus protestas... Pero un incidente hizo diferir la respuesta del pueblo, y lo indujo á darla contra Jesus, como ahora veremos.

PUNTO III.

Incidente que hace diferir la respuesta del pueblo, y lo induce á darla contra Jesus.

Primero. *Aviso importante que recibe Pilato de parte de su muger.*—«Y mientras él estaba sentado en su tribunal le envió á decir su muger: no te mezcles en la causa de este Justo, porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él...» Pilato estaba sentado en su tribunal para recibir la súplica del pueblo, y desde él le hacia sus proposiciones, cuando fue interrumpido por una persona que expresamente le enviaba su esposa... Esta muger era una de aquellas, que por la frecuente comunicacion con los Judíos, habian abandonado la idolatría, y adoraban al verdadero Dios. Ella no ignoraba cuál era la expectacion de Israel, y habia oido hablar frecuentemente de Jesus, como del Rey esperado. Su marido se habia levantado temprano por la mañana, para dar audiencia á los Príncipes de los Sacerdotes, y puede ser, que sabiendo el motivo, é informada del hecho, se quedase otra vez durmiendo, y que entonces tuviese aquel sueño espantoso, de que quiso hacer tambien sabidor á su esposo. Este sueño no parece venir sino de Dios. Le anunciaba sin duda los males de que Pilato estaba amenazado, y que de hecho le sucedieron*; y dis-

* Pilato desterrado en Viena de Francia se quitó la vida de desesperacion.

ponia la piadosa esposa para abrazar un dia el Cristianismo* á lo menos cuando habria visto el cumplimiento de su sueño... El aviso se dió oportunamente, habia aun tiempo para hacer uso de él, pero Pilato no supo aprovecharse de tan buen aviso... Estos dos esposos deben ser para nosotros un ejemplo de terror y de piedad... Las mugeres cristianas no deben entremeterse en lo que toca al empleo de sus maridos, sino para inducirlos á la clemencia, á la equidad y al respeto debido á la Religion. Dichosos aquellos que tienen esposas de este caracter, y que son dóciles á sus avisos. Mientras que todo calla en la causa de Jesus, y ninguno habla por él, hay esta sola muger que toma su defensa, y hace llegar su voz hasta las orejas del Juez, y es una voz la mas propia á conmoverlo, y la mas capaz de atemorizarlo, si falta á su deber... Ello es bien consolante para el sexo femenil, ver durante la pasion, y despues de la Resurreccion de Jesucristo, las mugeres mas justas, mas compasivas, mas activas, y mas animosas por él, que los hombres, y que los Apóstoles mismos. Hagan, pues, aun ahora ellas estos dos grandes misterios materia de sus tiernas meditaciones.

Segundo. *Celo farisáico de los Sacerdotes, para corromper el pueblo.* — « Pero los Príncipes de los Sacerdotes y los ancianos persuadieron al pueblo que

* Muchos Padres como Orígenes y San Juan Crisóstomo, creen que se salvó.

pidiese á Barrabas, y que hiciese perecer á Jesucristo. » Cuando los Sacerdotes y los Magistrados vieron que Pilato proponia á Jesus con Barrabas, empezaron á solicitar los votos del pueblo en favor de este último. El tiempo en que el Gobernador estuvo ocupado en escuchar el mensagero de su esposa, y en responderle, fue para ellos favorable, y lo emplearon en hacer cabalas. En un momento se esparcieron entre el pueblo, y como serpientes venenosas se insinuaron en todas las clases, para vomitar en ellas el negro veneno de sus celos y de sus calumnias y para infestar con él los espíritus. ¡Qué ocupacion para los Jueces de Israel; para los sacrificadores del verdadero Dios; para hombres destinados por su estado á sostener los intereses de la verdad, de la justicia y de la caridad! ¡Ah! No nos fiemos de este celo Farisáico; huyámoslo y detestémoslo. Es facil reconocerlo por la envidia que le hace hablar; y vomitar únicamente injurias, maldiciones y calumnias.

Tercero. *Extraña facilidad del pueblo en dejarse engañar.* — No solo los Sacerdotes y los magistrados conmovieron el pueblo, sino tambien *lo persuadieron*; le hicieron entrar en sus ideas, en sus sentimientos, en su odio y en su furor... No solo persuadieron un pueblo, sino pueblos; á las diferentes tropas de los diversos cuarteles de la ciudad, y tambien á las diferentes ciudades y pueblos del pais; y todos conspiraron con una tal unanimidad, que no hubo ni uno solo que reclamase, contra-

dijese, ó se separase. No solo les persuadieron á pedir la libertad de Barrabas, con preferencia de la de Jesus, sino tambien *á hacer perecer á Jesus* mismo; á pedir que fuese entregado á la muerte; que fuese exterminado; y á no retirarse hasta que hubiesen conseguido el efecto de su peticion. No se han visto jamas cambiamientos semejantes de ideas; semejantes repentinas revoluciones de sentimientos, y un semejante furor, sino contra Jesucristo; sino contra sus discípulos. — Pueblo desventurado, he aquí donde te ha traido la negligencia en aprovecharte de las instrucciones de tu Salvador, tu complacencia en escuchar maestros que tú mismo despreciaste al principio; cuya envidia y malignidad conociste; y cuyos sentimientos adoptas ahora, para consumar un delito que ellos no hubieran podido cumplir sin tí.

Peticion y Coloquio.

¡Ay de mí! ¡Cuántas veces he tenido yo la desgracia de preferir el mundo y el demonio á Vos, o Jesus mio! ¡Cuál ha sido mi ceguedad, y cuánto debo indignarme contra mí mismo! Volved á llamar á Vos, o Dios mio, este mi corazon, que no habria debido jamas huir de Vos: no permitais que jamas os ponga en paralelo con la criatura. Amen.

MEDITACION CCCXXV.

EL PUEBLO PIDE QUE SEA LIBRADO BARRABAS, Y JESUS CRUCIFICADO.

S. Mat., c. XXVII, v. XXI, XXIII. — S. Marc., c. XV, v. XII, XIV. — S. Luc., c. XXIII, v. XVIII, XXIII, — S. Juan, c. XVIII, v. XL.

Meditemos aquí tres diferentes preguntas que Pilato hace al pueblo, y tres respuestas que el pueblo da á Pilato.

PUNTO PRIMERO.

Primera pregunta de Pilato, y respuesta del pueblo.

Habiendo Pilato despedido al enviado de su muger, y habiendo sin duda hecho decir que él tomaba (como se creia) todas las medidas para llegar á la conclusion que ella deseaba, continuó á dar la eleccion al pueblo entre Jesus y Barrabas.... « Y respondiendo el Presidente, les dijo : » ¿A cuál

de los dos quereis que os ponga en libertad?... Y todo el pueblo junto exclamó : quita (del mundo) á este, y danos libre á Barrabas... »

Primero. *Preferencia insensata en el pueblo, é infinitamente humillante para Jesus, por cuatro circunstancias.* — Primero. *La diferencia de las personas.* — Barrabas era un sedicioso, un homicida, un ladron. Jesus era el autor de la vida, el Santo, y Justo por excelencia. Si el pueblo no tenia de él un conocimiento tan perfecto, sabia á lo menos, que habia sido arrestado solo por envidia, que contra él no se citaba algun hecho, que tuviese la mas mínima verisimilitud; que en él no se habia visto otra cosa, que virtudes, y milagros, que habia sido siempre mirado como un Profeta, y que él mismo lo habia recibido en triunfo seis dias antes, como al Hijo de David, al Mesías esperado. — Segundo. *Los gritos con que el pueblo se explica.* — No es una eleccion pacífica, la que se hace; no son voces tímidas, las que se oyen, y en las que se vean embarazo, inquietud, y respeto humano : son sí gritos gallardos, y sediciosos, que se levantan con fuerza, y con furor. — Tercero. *La unanimidad de los votos.* — « Todo el pueblo junto exclamó... » Todo aquel gran pueblo se reunió; todos gritaron, y de comun acuerdo, se oyó una sola voz, un mismo sentimiento, y una misma peticion, sin disparidad de opiniones, y sin diversidad de sentimientos. — Cuarto. *El odio que fue el principio de esta preferencia.* Barrabas no era ciertamente amado; cualquiera otro que Jesus, puesto

en competencia con él, habria sido preferido; pero Jesus era aborrecido, y todos estaban resueltos á hacerlo morir. Por esto el pueblo no se contuvo dentro de los límites de sus derechos, usurpó el que no tenia, no se contentó, con pedir la libertad de Barrabas, sino que pidió, que se exterminase, que se hiciese morir á Jesus. ¡Qué mudanza; qué ceguedad; qué frenesí! ¿Cuáles eran entonces vuestros afectos, o Divino Salvador, para con este pueblo ingrato, y pérfido? Eran afectos de compasion, de celo, y de la mas ardiente caridad; los mismos que habeis inspirado á vuestros Mártires que se han visto como Vos, y por vuestra causa, el objeto del odio, y de la pública execracion; y los mismos que inspirais á vuestros fieles siervos, cuando por amor vuestro oyen, que la envidia, el libertinaje, ó la heregía alzan contra ellos la voz, y excitan los gritos de un pueblo engañado, que desea y pide á ciegas su destruccion.

Segundo. *Preferencia renovada cada dia de cuatro suertes de personas.* — Primero. *De los impíos* que prefieren los falsos vislumbres de una ciega razon, ó mas frecuentemente de un libertino, como ellos, á toda la revelacion de Jesucristo, y á las luces puras del Evangelio. — Segundo. *De los hereges*, que prefieren un Novator, un sedicioso, un hombre rebelde á la Iglesia, á aquel que Jesucristo ha establecido su Vicario sobre la tierra, y á todos los Pastores legítimos unidos á él, con los cuales Jesucristo ha prometido estar hasta la consumacion de

los siglos. — Tercero. *De los mundanos*, los cuales prefieren el mundo á Jesucristo, y las leyes del mundo á las del Evangelio. — Cuarto. *De los pecadores*, los cuales prefieren su pasion; sus placeres, y su satisfaccion á Jesucristo... Y todos estos de comun acuerdo exclaman... « Quita del mundo á este... » Esto no procede de que ellos amen aquello, á que dan la preferencia. El impío comprende muy bien lo frívolo de sus razonamientos, y detesta en su corazon, las abominaciones de sus conductores, bien que los imite. El herege conoce muy bien la falsedad de su secta, y el oprobio de las cabezas, á que está sugeto. El mundano sabe á las veces, censurar la injusticia del mundo, que él ha escogido por Maestro, sus caprichos, su corrupcion, su mala fe, sus traiciones. El pecador no cesa de lamentarse de la tiranía de las pasiones, que lo señorean, y de la rebelion de una carne, que no ha querido vencer, y poner en sugecion; pero todos persisten en la eleccion insensata que han hecho, y en ella persisten por odio contra Jesucristo. Aborrecen al Santo, y al Justo; aborrecen la santidad, la pureza de sus leyes; aborrecen un Dios pobre, despojado de todo; un Dios paciente y humillado. Aman una vida injusta y sensual, una vida de tumulto, y fragil; y aborrecen al Autor de una vida Santa en este mundo, y de una vida gloriosa, deliciosa, y eterna en el otro. ¡ O imprudente eleccion! ¡ O preferencia insensata! ¿Cómo, pues, he podido yo hacerme culpable de una tal locura? ¿ Querré aun, por ven-

tura, caer en ella? ¡O Divino Jesus! sostenedme, yo prefiero vuestra palabra, y la simplicidad de mi fe á toda la ciencia de los hombres, prefiero vuestra santidad, vuestra mortificacion, vuestras humillaciones, y vuestros sufrimientos á todas las grandezas, y á todas las delicias del mundo.

PUNTO II.

Segunda pregunta de Pilato, y respuesta del pueblo.

Primero. *Pregunta de Pilato.* — « Y Pilato habló nuevamente á ellos, deseoso de librar á Jesus... Y les dijo. ¿Pues qué quereis que haga del Rey de los Judíos...? de Jesus llamado el Cristo...? » Se echa de ver en estas palabras de Pilato, la consternacion en que lo puso la primera respuesta de los Judíos, que ciertamente no esperaba. Vió sus medidas desconcertadas, y desvanecidas sus esperanzas, y su política está en sumo apuro. Ya no sabe á qué partido acogerse: consulta la voluntad de aquellos que deben obedecer á la suya, para decidir la suerte de un acusado que él reconoce inocente; toma el parecer de sus conjurados y de sus acusadores, y se somete á la ley de aquellos á quienes él debe darla. Respeta los nombres de Cristo y de Rey: Dios lo quiere así para gloria de su Hijo; pero este Juez indigno por su cobardía y debilidad, hace traicion á estos augustos nombres, y no lo respetará el pueblo... ¡Ah! Pilato, ¿tú no sabes qué

hacer de Jesus? Dámelo; y yo sé lo que tengo de hacer de él... Pero no: no es necesario que me lo des tú; me lo ha dado su Padre, y él mismo se ha dado á mí. ¿Qué haré yo de Jesus? Lo ofreceré cada dia como la víctima de propiciacion por mis pecados, lo haré mediador de mi reconciliacion con Dios. Por él daré gracias á Dios de los beneficios que de él he recibido, y en su nombre pediré todas las gracias que necesito. Haré de él las delicias de mi corazon, mi alimento, y mi bebida; la consolacion de mi destierro, el apoyo, y la felicidad de mi vida; el modelo de mi conducta y de mis acciones. Haré de él mi amor, mi esperanza, y mi salud; mi Salvador, mi Dios, y mi todo... « *¿ Qué quereis* (dices tú) *que yo haga de Jesus...?* » ¡Ah! sobre esto sabré yo bien consultar mi obligacion, y no la voluntad de los hombres, ó las costumbres del mundo. Yo le tributaré mis mas profundos homenages; le haré reinar sobre mí mismo; sobre todos mis sentidos, sobre todas las potencias de mi alma, le haré reinar en cuanto podré, sobre todos aquellos que dependen de mí, y extenderé en cuanto me será posible su Reino... *Es él llamado el Cristo*, y yo llamado Cristiano. Soy suyo por todos los títulos; lo seguiré, lo imitaré, y no lo abandonaré hasta que haya colocado, como ha prometido, á su siervo, con él en la habitacion de la gloria.

Tercero. *Respuesta del pueblo.* — « Dijeron todos sea crucificado... » Y ellos gritaban mas: crucífi-

calo; crucíficalo... » He aquí finalmente la palabra decisiva, tan deseada de las cabezas del pueblo; preordenada tantos siglos antes del Padre Eterno; anunciada de los Profetas; indicada de Jesucristo desde el principio de su predicacion; y claramente predicha cuando partia para Jerusalen; y cuando un tal cumplimiento parecia tener tan poca verisimilitud, que los Apóstoles no pudieron comprender lo que les decia. He aquí esta palabra pronunciada de todo el pueblo, teniendo sus cabezas, sus Magistrados, y y sus Pontífices á la frente, y pidiendo á grandes gritos que Jesus, su Mesias, y su Rey sea crucificado. ¿Quién jamas habria imaginado que las cosas debiesen llegar á este punto? Con todo eso han llegado á él, y en él durarán, y se mantendrán. No le valdrá á Pilato buscar efugios, y poner por obra todas las industrias de su política; la palabra se ha dado; será ejecutada; Jesus sea crucificado... Y si el Cristo debe ser crucificado ¿qué cosa debe ser el Cristiano sino crucificado, para ser semejante á su Divino Maestro, para reinar con él! Porque... los que son de Cristo han crucificado su carne con los vicios y con las concupiscencias *. Debo, pues, pronunciar contra mí mismo esta palabra de salud. Mi cuerpo se lamenta; pide reposo; huye el trabajo. — *Sea crucificado...* Mi carne se rebela, la concupiscencia se deja sentir, los vicios se manifiestan, y quieren reinar; todo

* Ad Corint., c. V, v. XXIV.

esto. — *Sea crucificado.* Un afecto desreglado de amor, de orgullo, de odio, de antipatía, de venganza, de maledicencia se subleva en mi corazon. — *Sea crucificado.* La persecucion me asalta; la calumnia me desacredita, la enfermedad me oprime; yo me presentaré á mis enemigos, y gritaré á cada uno de ellos; he aquí el que vosotros buscais. — *Crucificadlo.* — *Crucificadlo.* — Para esto he nacido, por esto soy Cristiano; en esto consiste mi felicidad, y mi gloria; pues que por esto solo puedo imitar á mi Salvador, y merecer reinar eternamente con él. ¡Ah! ¡Cuán afortunado seria yo, si estuviese crucificado al mundo, y á mí mismo! Entonces seria Cristiano, y perteneceria verdaderamente á Jesucristo.

PUNTO III.

Tercera pregunta de Pilato y respuesta del pueblo.

Primero. *Pregunta de Pilato.* — « Y él les dijo, por la tercera vez. ¿Pues qué mal ha hecho este? No encuentro en él delito alguno de muerte: lo castigaré, pues, y lo libraré...» Observemos aquí. — Primero. *La conducta siempre debil de Pilato*, el cual lejos de mostrar algun vigor, y fuerza, siempre se debilita mas. Obliga los enemigos de Jesus al silencio, y por esto á una tácita confesion de su inocencia: los delitos de Barrabas son graves, notorios, y probados, y contra Jesus no se produce

algun hecho; se presentan solo acusaciones indeterminadas, sin fundamento, sin pruebas, y sin testigos. No obstante á pesar de una inocencia tan pura, Pilato vuelve al primer expediente, que ya habia propuesto, de hacer castigar á Jesus, y librarlo. Con esto recae en su primera contradiccion, de hacer castigar un inocente. Propone este medio, y tambien lo pone en ejecucion, sin asegurarse, si el pueblo se contentará con él. No reflexiona, que siendo los azotes un suplicio, que ordinariamente se hace padecer á los que estan condenados á la Cruz, el hacerlo padecer á Jesucristo, es prepararlo para la Cruz, y no para librarlo. Finalmente Pilato se desmiente á sí mismo, y debilita el testimonio que habia dado á la inocencia de Jesus; porque habia dicho desde el principio, que no hallaba en él algun delito; y ahora restringe su testimonio, diciendo que no halla en él delito alguno, que merezca la muerte, ¿y qué es lo que encuentra en él, que merezca castigo? — Segundo. *La inocencia de Jesus. Pero qué mal ha hecho este?* ¡Ah! Antes bien, ¿qué bien no ha hecho él? ¿No ha pasado toda su vida en enseñar, en predicar, en edificar, en aliviar á todos los miserables, y en dar la sanidad á los enfermos? ¿Quién jamas ha recurrido á él, que haya sido desechado, y no haya vuelto consolado, aliviado, y sano? *¿Pero qué mal ha hecho este?* Con su celo, con sus virtudes, con sus milagros se ha ganado el amor, la veneracion, y la confianza de los pueblos, ha merecido su esti-

macion, y no han podido negarle sus elogios. He aquí su delito, he aquí lo que ha llenado de celo el corazon de sus enemigos, lo que ha hecho ponerlo todo por obra, para desacreditarlo, é intentar tantas calumnias, para hacer cambiar de sentimiento el pueblo, y revolver contra él mismo su favor. — No hagamos, pues, caudal alguno de nuestra inocencia en el Tribunal de los hombres; no esperemos en este mundo otro reconocimiento, que el que se ha mostrado á Jesucristo; y este pensamiento lejos de aflojar nuestro celo, nos anime, y no nos impida la ingratitud de los hombres el sacrificarnos á su servicio, y por su salvacion. — Tercero. *El misterio de la inocencia de Jesucristo.* Jesus era inocente, la inocencia, y la santidad misma; y nosotros éramos pecadores: él se habia cargado de nuestros pecados, sobre él habia puesto Dios nuestras iniquidades, y él solo podia llevarlas, expiarlas, borrarlas, y merecernos la gracia de una perfecta reconciliacion con Dios. He aquí el Misterio escondido en Dios, que los Profetas * han anunciado; que los Apóstoles nos han explicado **; que los Príncipes de este mundo no han conocido; que toda la Sabiduría de los Filósofos no habria jamas imaginado, para conciliar la justicia, y la misericordia de Dios. Misterio que la Filosofía no puede comprender aun si no sugeta las

* Isai., c. LIII, v. VI.

** Ad Cor., c. II, v. VIII.

luces débiles de su razon á las sublimes de la fe, y del Evangelio. Ahora toca á nosotros que conocemos este Misterio, conformarnos con Jesucristo, unirnos á él, sufrir con él en paz, y en silencio las injusticias, las calumnias, los ultrajes, los tormentos, y la muerte. Guardémonos de lamentarnos, y de preguntar. ¿Pero qué mal he hecho yo? Respondamos, ¿y qué mal habia hecho Jesus?... Por manifiesta que sea nuestra inocencia delante de los hombres, pensemos que somos pecadores delante de Dios: que todas las penas de este mundo son nada en comparacion de las que hemos merecido, que sin Jesucristo deberiamos sufrir penas mayores, porque seriamos siempre esclavos del pecado, y que somos muy felices, y muy honrados en poder á este precio participar de la redencion de Jesucristo, para tener parte en el Cielo de su gloria... ¡Ah! ¡Qué reconocimiento no le debemos! ¿Si su amor por nosotros lo ha sujetado á tantos suplicios, nuestro amor por él no nos dará valor para sufrir los que hemos merecido?

Segundo. *Respuesta del pueblo.* — « Mas ellos insistian pidiendo á grandes gritos que fuese crucificado... Sea crucificado... y crecian mas sus clamores...» ¡O gritos insensatos de un pueblo ciego, é infeliz; la sabiduría de Dios sabrá haceros servir á la gloria de Jesus, y á nuestra redencion: sereis recompensados con las voces de salud, y de bendicion, que hará sentir la Iglesia triunfante en el cielo, y la Iglesia militante sobre la tierra! No pasará

mucho tiempo, sin que mas de cien mil Israelitas, señalados sobre la frente, con la señal de la Cruz, y librados de la tribulacion; y una turba innumerable de todas las naciones del mundo, se una al coro de los Angeles, para cantar eternamente las alabanzas de Dios, y del Cordero, que murió por ellos *.

Peticion y Coloquio.

Uno mi voz, o Salvador mio, á la de vuestra Iglesia, para cantar vuestra Cruz, vuestro amor, vuestro triunfo y vuestra gloria, hasta que libre tambien de la tribulacion de esta vida, despues de haber estado con Vos crucificado, me pueda unir con vuestros Santos, y con los Angeles, para alabaros, y daros las gracias por toda la eternidad. Amen.

* Apoc., c. VII, v. VI.

MEDITACION CCCXXVI.

EL PUEBLO HACE A PILATO PREVARICADOR.

S. Mat., c. XXVII, v. XXIV. — S. Marc. c. XV, v. XVII. — S. Luc, c. XXIII, v. XXIV, XXV.

Observemos primero. La vana ceremonia que usa Pilato. Segundo La terrible imprecacion de los Judíos contra sí mismos. Tercero. La prevaricacion de Pilato.

PUNTO PRIMERO.

Vana ceremonia de Pilato.

Primero. *De la accion de Pilato.* — « Y viendo Pilato que nada adelantaba, sino que crecia mas el alboroto, tomando agua se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: yo estoy inocente de la Sangre de este Justo; allá os lo veais vosotros... tocará á vosotros responder por ella...» O sea que Pilato haya copiado de los Judíos esta ceremonia, ó que ella hubiese estado en uso entre los Gentiles, se comprende muy bien á qué fin se lava él las manos.

Esta accion justifica á Jesus, pero no justifica á Pilato. Se ve este Juez declarar públicamente la perfecta inocencia de Jesucristo. No dice ya como arriba, que no encuentra en él algun delito digno de muerte, ni como antes, que no halla en él algun delito, sino le da absolutamente, y sin restriccion el nombre de Justo, que expresa, no solo su inocencia, sino tambien su santidad, y la union de todas las virtudes. Se lo habia tambien indicado debajo de este nombre su muger; y él mismo, solamente por lo que habia visto en él, no podia negarle este testimonio. Lo da delante de todo el pueblo, y lo acompaña con una ceremonia capaz de hacer impresion sobre todos los espíritus, y de perpetuar su testimonio de generacion en generacion.—Admiremos aquí la providencia, y alegrémonos de la gloria que de esto resulta al nombre de Jesus. Con esta misma accion pretendió Pilato declarar que él estaba exento del delito que se cometia en derramar la Sangre del Justo; pero extrañamente se engañaba en esto. La ceremonia que hacia no podia tener este significado, pues haciéndola no detesta lo pasado, ni trata de repararlo; y luego despues de haberla hecho, continúa en el mismo tenor, y aun hace mas con dar él mismo las órdenes necesarias para que sea derramada la Sangre de este Justo. ¿Cómo, pues, con todo esto se cree él inocente? ¿No ve que el testimonio que da á Jesucristo, no obstante la ceremonia con que lo acompaña, se revuelve enteramente contra él mis-

mo? ¡Ay de mí! ¡Cuántos pecadores entre nosotros se ciegan de este modo! Apliquemos lo que hemos dicho ahora á la Confesion que se hace antes de la Comunion: apliquémoslo al agua bendita, de que todos se sirven al entrar en la Iglesia: con esto damos testimonio á la Divina Eucaristía, y á la santidad de la Casa de Dios; ¿pero nos purgamos? ¿Recuperamos la inocencia? ¿El testimonio que damos no se revuelve contra nosotros mismos?

Segundo. *Del discurso de Pilato.* — « Yo estoy inocente; pensad vosotros en esto...» Sin duda toca á ellos el pensar en esto. Pero tú Pilato ¿no tendrás tambien que responder de la Sangre de este Justo? Ellos son culpados en querer la muerte de Jesus, que han tenido tiempo de conocer mejor que tú: y en pedirla con tanto furor y con tanta rabia: son culpados en solicitarte, en darte priesa; en hacerte una especie de violencia, y en ponerte casi en la necesidad de derramar la sangre inocente: pero tú ¿no eres tú tambien sumamente reo en concederles una peticion de que conoces la injusticia, y que eres dueño de negarla? Tú cedes á su importunidad; tú empleas por ellos tu ministerio; te sirves de tu autoridad para consumar su delito, no obstante las represiones de tu conciencia, las luces de tu espíritu, y los avisos de tu virtuosa esposa. ¿Y tú te glorías aun de ser inocente...? Reflexionemos sobre nosotros mismos. ¡Cuántos entre nosotros ó se creen, ó se dicen inocentes, y son acaso mas culpados que el mismo Pilato! ¡O y qué industrio-

sos somos en echar sobre los otros nuestras propias culpas, y en pronunciar sobre nuestra propia inocencia! ¿Si nos dejamos trasportar á impaciencias, á cóleras, á quejas, á odios, á murmuraciones, á palabras de ultraje, confesamos acaso haber tenido culpa? ¿No decimos, por ventura, que nos han dado ocasion los otros? Como si la virtud pudiese practicarse de otro modo que en las ocasiones. ¿Los mayores delitos no se excusan acaso con la misma facilidad por aquellos que los cometen? Las injusticias, los hurtos, las destemplanzas, la impureza, el olvido de Dios, la indevocion, la irreligion, las blasfemias, la negligencia de las propias obligaciones, la calumnia, la venganza. ¿Quién hay que se condene en todos estos pecados, y se reconozca culpado sin buscar excusas? Se echa la culpa sobre el mundo, sobre los malos ejemplos; sobre los usos, sobre las pasiones; sobre la providencia, y sobre Dios mismo. Entre tanto se continúa á vivir sin remordimiento; y si algunos no se declaran del todo inocentes, viven por lo menos así tranquilamente como si lo fueran. ¿Pero qué? ¿Será así el juicio que de estas cosas hará Dios? Prevengamos, pues, su juicio, juzgándonos nosotros mismos, y persuadiéndonos bien que el pecado de los otros no borra el nuestro. ¡Ah! estoy bien lejos, o Dios mio, de ser inocente. Cada uno de mis pecados me hace reo, y culpado de toda la Sangre de Jesucristo, pues que él la ha derramado por borrarlos, y yo he tenido la desventura de pecar despues que él la derramó.

PUNTO II.

Terrible imprecacion de los Judíos contra sí mismo.

« Y respondiendo todo el pueblo dijo : su sangre (sea) sobre nosotros, y sobre nuestros hijos... »

Primero. ¿*Con que espíritu dijeron los Judíos estas palabras*? — Con un espíritu de furor y de impiedad... Con estas palabras los Judíos se sujetaban ellos mismos y toda su posteridad al anatema, y á todo el rigor de las venganzas del Cielo. Con tal que se hiciese morir á Jesus, se cargaban de todas las consecuencias, y de todos los castigos que podria merecer esta muerte; consentian en correr todos los riesgos, y en cuanto dependia de ellos, descargaban al Juez que temia por sí mismo. ¡Qué furor! ¡Qué frenesí! Un Juez pagano tiembla en el punto de condenar á Jesus : teme tirar sobre sí la cólera del Cielo por una tan injusta condenacion, y los Judíos adoradores del verdadero Dios, por obtener esta condenacion injusta, afrontan el peligro; presentan atrevidamente sus cabezas, y con ellas sus hijos, y todos sus descendientes para siempre. ¿Creen acaso estos impíos, que no hay un Dios en el Cielo para castigarlos? ¡Ah! Ya por mas de diez y ocho siglos ve con espanto el universo este pueblo errante, y disperso sobre la tierra, llevar consigo las señales de su reprobacion, y anunciar por todas partes, que él está reducido á tan miserable estado,

por haber hecho morir al Autor de la vida al Mesías, y al Hijo de Dios. Los Judíos, pues, cuales nosotros los vemos ya por tantos siglos, son una prueba viva é irrefragable de la verdad de la Religion Cristiana. Deben tambien servir de ejemplo á los libertinos que se hallan en el Cristianismo, ya que estos son espíritus fuertes por su audacia en blasfemar de Jesucristo, y por su intrepidez en afrontar todas sus amenazas; en exponerse á las consecuencias de su sangre profanada; y en arriesgarse á los peligros de la eternidad. Pongan estos los ojos sobre los Judíos. Aquellos fueron tambien espíritus fuertes. Pero al ver su posteridad, comprendan, que ninguno se burla de Dios impunemente, ni alguno provoca su cólera, sin experimentar bien presto los efectos.

Segundo. ¿*Con qué sentimientos debemos nosotros repetir estas palabras*? — Con sentimientos de una fe viva, de un profundo respeto; de un tierno reconocimiento; de un amor ardiente, y de una total confianza... ¡O sangre adorable y divina, derramada por mi salvacion, caed sobre mí, para lavarme, para purificarme, para santificarme! Desde mi nacimiento á este mundo, vuestra Iglesia, o Jesus, me recibió entre sus brazos; ella me ha señalado con vuestra sangre preciosa, y me ha puesto en el número de sus hijos. Luego que tuve la desgracia de manchar la vestidura de la inocencia de que me habia vestido, encontré en esta sangre preciosa, un baño saludable que ha lavado y limpiado

todas las inmundicias de mi alma, y cada vez que á él recurro, su divina y perenne virtud siempre mas me santifica. Aun mas. Vos habeis querido que esta sangre adorable se derramase por mí, y delante de mis ojos, sobre vuestro altar, y que yo la ofreciese en sacrificio á vuestro Padre por mis pecados. Aun mas. Vos me habeis mandado beberla; sustentarme de ella; hacerla correr por mis venas, para vivir solo de vuestra vida: estar animado solo de vuestro espíritu, y ser enteramente trasformado en Vos. — ¡O caridad inefable, hacedme digno de tantos beneficios, y enseñadme á servirme de ellos para vuestra gloria, y para mi salud! Sangre adorable, caed sobre nosotros todos, para salvarnos; caed sobre los impíos para ablandarlos y enternecerlos; sobre los Hereges para volverlos otra vez á la Iglesia; sobre los Gentiles para iluminarlos; y sobre los Judíos para convertirlos; para que reunidos todos en la misma fe, y en la misma esperanza, reinemos con Vos, y por Vos en la misma caridad, que subsistirá eternamente.

PUNTO III.

Prevaricacion de Pilato.

« Y Pilato, queriendo contentar al pueblo... decretó que fuese ejecutada su peticion. Y les soltó al que por sedicion y homicidio, habia sido puesto

en prision, que era el que pedian..... y habiendo hecho azotar á Jesus, lo entregó.... y abandonó á Jesus á su voluntad... para ser crucificado... »

Primero. *Ejemplo de prevaricacion en Pilato.* — ¿Cómo fue el llegar Pilato á este exceso de injusticia y de prevaricacion? ¡Ah! se habia vanamente lisonjeado de poder conciliar en sí mismo dos voluntades opuestas; la una de salvar á Jesus, y la otra de contentar al pueblo. — Consideremos, pues, en Pilato. Primero. *La voluntad de librar á Jesus.* Esta voluntad era sincera, y aun tambien ardiente y eficaz, era justa, y para él de una estrecha obligacion; él lo comprendia muy bien; era tambien facil de ejecutarse; la cosa dependia solo de él; él era el dueño y Señor absoluto; y si la hubiera ejecutado con resolucion y firmeza luego desde el principio, el pueblo lo hubiera aplaudido. ¿Por qué, pues, no lo hizo? Porque con la voluntad de cumplir su obligacion, tenia otra opuesta á su deber; y en vez de renunciar á esta quiso conciliarla con la primera; y esta fue la causa de su prevaricacion. Segundo. *La voluntad de contentar el pueblo.* Pilato quiso desde el principio tomar sus medidas con los cabezas; entre tanto los cabezas engañaron al pueblo; y Pilato entonces creyó deber satisfacer al pueblo... Se lisonjeó que podria con la paciencia y con la política obtener el conciliar juntamente los intereses de Jesus y de la cabala; de la obligacion y de la complacencia... ¡Ah! ¡Qué engaño! ¿Qué no hizo él para esto? ¿A qué vileza no llegó?

¿Qué violencia no hizo él á su caracter naturalmente fiero, arrogante, é inflexible *? ¿Cuántas veces no olvidó lo que debia á sí mismo, y á la Magestad del Emperador Romano. Tercero. *El éxito de sus esfuerzos.* Todo acabó con conceder cuanto queria el pueblo. Cuanto menos firme era el Juez, tanto mas se amontinaba el pueblo; con cuanta mayor circunspeccion hablaba el Juez al pueblo, con tanto mayor furor gritaba el pueblo. Por esto el Juez se vió obligado á abandonar á Jesus á la voluntad del pueblo, á los azotes y á la cruz; y á abandonarse á sí mismo contra sus luces, contra los avisos de su esposa, y contra sus remordimientos á un exceso de injusticia y de crueldad, que desde el principio le habria hecho horror, y de que no se hubiera creido poder ser culpable... El compendio de su conducta está comprendido en estas pocas palabras... « Deseoso de librar á Jesus... Queriendo contentar al pueblo viendo que nada aprovechaba, antes bien se hacia mayor el tumulto..... » Pilato hizo aun despues algunas nuevas diligencias para enternecer aquellos bárbaros corazones, pero fueron inútiles como las primeras, como veremos.

Segundo. *Aplicacion de este ejemplo.* Primero. — *A nuestra exterior conducta.* A nosotros no nos pertenece dar lecciones á nuestros superiores; á aquellos que la Providencia ha constituido en dignidad para gobernarnos y juzgarnos. Si por suerte fuése-

* Con tal caracter lo pinta Filon.

mos la víctima de la malvada política de algunos entre ellos, á nosotros tocaria imitar el silencio de Jesucristo, y su obediencia á las órdenes de Dios su Padre; pero sirva de provecho para nosotros el ejemplo de Pilato. Nosotros entramos en el mundo llenos de buena voluntad, de buenas intenciones. Nada queremos hacer contra nuestra conciencia, y contra nuestra salvacion. Hasta aquí todo va bien, pero examinémonos seriamente, y veamos si con esta voluntad no tenemos otra de agradar al mundo; si esta segunda voluntad no sirve de contrapeso y de contraste á la primera; si no tenemos en mira en conciliarla una con la otra, omitiendo en alguna parte la severidad de la obligacion por complacer al mundo y no ofenderlo. — Persuadámonos bien, que si damos lugar á conciliacion, estamos perdidos. — Nosotros mismos, pero ya muy tarde, caeremos en la cuenta, de que la union de la propia obligacion, y de la complacencia, es imposible. ¿Queremos, pues, mantenernos, y merecer tambien los elogios del mundo? aprendamos á resistirle y á desagradarle cuando la ocasion se presente: nuestros sentimientos ni le sean ocultos ni equívocos: declarémonos francamente en favor de la virtud, de la justicia, de la caridad, de la religion, de la fe, de la sumision á la Iglesia, de la piedad, y de la propia obligacion. Cuando el mundo nos verá resueltos, ya no tendremos que temer de su parte, ni gritos ni tumulto. Segundo. *Aplicacion de este ejemplo á nuestra conducta interna.* — Todos tenemos en

nosotros mismos una especie de Estado que gobernar; un Estado agitado de facciones; dividido por diferentes intereses; sujeto á sediciones y á rebeliones, y donde lo que hay de mas vil, mas ciego y mas despreciable, hace continuos esfuerzos para tenerlo todo sujeto á sí, y dar la ley.—¡Ay de mí! ¡Cuántos gimen al ver que en sí mismos todo está en consternacion, y en el mas horrible desorden! Se lamentan que no son ya los señores ni dueños de sí; que las pasiones los arrastran á los placeres, y les hacen hacer cosas que ellos detestan, de que se averguenzan, y de que se arrepienten. ¿De dónde, pues, procede esto? Procede de no haber sabido desde el principio mandar, hacerse temer y obedecer. ¿Queremos nosotros volver á poner las cosas en orden? Ejercitemos un imperio absoluto, y seamos inexorables; declaremos á nuestro cuerpo que de él no queremos otra cosa que servicio, trabajo, práctica de penitencia, y jamas placer alguno. Intimemos á nuestro corazon la ley de Dios, y sofoquemos desde su nacimiento todo deseo, que no sea conforme á ella. No permitamos á nuestro espíritu, sino pensamientos útiles, ni otro conocimiento que el de la religion y el de nuestras obligaciones. Pongamos un freno á nuestra lengua, un velo sobre nuestros ojos, y un tapon á nuestras orejas. Consultemos todos los dias nuestra conciencia, y ejecútense luego al punto sus órdenes; y el primero de nuestros sentidos que excitare la mas mínima rebelion, ó hiciere sentir el mas mínimo ruido, sea

luego al punto severamente castigado; y entonces volverán la calma y la tranquilidad, y gozaremos delante del Señor una paz profunda, y la abundancia de los bienes del Cielo.

Peticion y Coloquio.

¡Ah! Concededme, o Señor, la gracia de cumplir estas santas prácticas con fidelidad, para que por medio de la servidumbre y dependencia de mis sentidos, y de la mortificacion de mi carne, por medio de la sumision de mi espíritu á vuestra santa voluntad, y por medio de una perfecta confianza de mi corazon en vuestras misericordias, llegue á la gloria, y á la felicidad, que Vos me preparais. Amen.

MEDITACION CCCXXVII.

JESUS SE SUJETA A PADECER EL SUPLICIO DE LOS AZOTES.

S. Mat., c. XXVII, v. XXVI.—
S. Marc, c. XV, v. XV. —
S. Juan, c. XIX, v. 1.

Primero. Del rigor de este suplicio. Segundo. Porque haya querido el Salvador sufrir tanto, pudiendo rescatarnos con muchos menores tormentos. Tercero. De los sentimientos que ha inspirado á los Cristianos el suplicio de los azotes del Salvador.

PUNTO PRIMERO.

Del rigor de este suplicio.

« Entonces, pues, cogió Pilato á Jesus, y lo azotó... »

Primero. *Suplicio cruel, por sí mismo.* — La ley de los Judíos * prohibia dar mas de cuarenta golpes, y aun no se daban sino treinta y nueve **, pero entre los Romanos no era limitado el número. En-

* Deuter., c. XXV, v. III.
** 2. Ad Cor., c. XI, v. XXIV.

tre los Judíos, el paciente estaba postrado, ó inclinado : entre los Romanos estaba derecho en pie, pegado á una columna, que él abrazaba con las manos atadas con correas al otro lado de la misma, y con los pies unidos, y pegados á lo bajo de ella. Los cuatro soldados que debian crucificar al paciente, cuando debia ser crucificado, estaban tambien encargados de esta ceremonia. Los azotes se daban con varas, con correas, ó con cuerdas; y tal vez estos instrumentos remataban en nudos, ó estaban armados de garfios de hierro, y puntas bien ajustadas á las cuerdas *. Este suplicio era tan horrible entre los Romanos, que solamente se usaba para los extrangeros y esclavos. Se servian tambien de él, como de una especie de tormento, para sacar la verdad de la boca de los culpados; y muchos expiraban debajo de los golpes, no pudiendo sostener la violencia de tan cruel tormento **. Tal es ciertamente, o divino Jesus, el cruel y vergonzoso tormento, que Vos habeis querido sufrir por nosotros; y á que os habeis sugetado, para expiar nuestros desreglados, y malvados placeres. ¿Cómo puedo yo ofenderos aun?

Segundo. *Suplicio mas cruel por las particulares circunstancias.* — *La primera era el fin de Pilato.* No habia él renunciado á su primer designio que habia propuesto dos veces que era de castigar á

* Lib. III. Reg., c. XII, v. XI. Se llamaban escorpiones.

** Por relacion del Jurisconsulto Ulpiano.

Jesus, y librarlo despues; pero queria que el pueblo quedase contento, y por esto quiso hacer de Jesus un objeto de compasion, capaz de enternecer los corazones mas bárbaros; en su consecuencia, dió sus órdenes á los verdugos, y fueron cruelmente ejecutados.—*La segunda fue la delicadeza de la carne de Jesus.* Desde los primeros golpes, *aquella carne virginal quedó cárdena, rota y maltratada;* de todas partes corria como un arroyo la sangre. Los crueles instrumentos se llevaban consigo á pedazos la carne; y no tardó de ser una sola llaga todo el cuerpo de Jesus; ó antes bien, cayendo los golpes sobre las llagas, fueron haciendo continuamente otras nuevas sobre las que ya habian hecho... ¡Qué atroz, qué sangriento espectáculo! ¡Quién podrá pensar en él sin estremecerse, y sin horrorizarse! ¿O Dios mio, con qué título he podido yo merecer, que tanto sufrais por mí?—*La tercera fue el silencio de Jesus.* En medio de un suplicio tan horrible, no profirió Jesus una sola palabra, no se oyó salir de su boca la mas mínima queja, ni el mas mínimo suspiro. Se habria pensado acaso que era insensible á los golpes, de que era oprimido, y destrozado. Un silencio tan Divino, y sin ejemplo, lejos de enternecer aquellos corazones feroces, servia antes para irritar su rabia, y para animarlos á multiplicar los golpes aun con mayor crueldad... No cesaron, sino cuando estuvieron ellos mismos faltos de fuerzas, y tuvieron miedo, que el paciente expirase, y que la víctima huyese de sus manos.

Tercero. *Suplicio infinitamente cruel, por testimonio de los Profetas.* — Aquí los Evangelistas observan un silencio bien sorprendente. San Lucas no habla palabra de los azotes. San Mateo, y San Marcos los indican solamente con esta palabra. *Hizo azotar á Jesus.* San Juan solo hace de ellos un artículo separado en que dice puramente esta palabra. *Y lo azotó.* Pero si el celo de estos discípulos aficionados á su Maestro fue tan contenido, para que no pareciese sospechoso, Dios ha dado á su Hijo testimonios de otro género, cuales solo á él convenia dar, y que siendo anteriores por muchos siglos al suceso, no podian hablar, sino despues de haber sido iluminados de una luz Divina; cuyas expresiones no podian ser sospechosas de parcialidad, ni de exageracion; y cuyo testimonio lleva consigo una prueba convincentísima. Seria cosa muy larga querer referir aquí lo que los Profetas han dicho de los azotes del Salvador. Nos contentaremos con referir algunos pasos... « *Los pecadores* (dice David * en la Persona del Mesías) *han fabricado* (ó dado golpes) *sobre mi espalda..* » Me han batido y golpeado como los herreros baten sobre el yunque, á grandes golpes de concierto, y sin interrupcion: ó segun otro significado de la palabra Hebrea, han trabajado sobre mis espaldas; las han surcado con haber hecho llagas largas y profundas. Y en otra parte... *han contado mis huesos* **...» ha-

* Psalm. CXXVIII, v. III.

** Psalm. XXI, v. XVIII.

biéndolos visto descubiertos, y despojados de las carnes que los cubrian... « *Dios* (dice Job) *, me ha entregado en manos de los impíos... me ha quebrantado, y puesto como por su blanco... Me ha traspasado los lomos por todas partes; no me ha perdonado... Me ha destrozado con heridas sobre heridas; se aplomó sobre mí como un gigante **... De la planta del pie (dice Isaías) hasta la cabeza, no hay sanidad alguna en él: (al opuesto) herida, cardenal, y llaga hinchada que no haya sido exprimida, ni fajada, ni templada con odio... Finalmente, Isaías dice tambien ***: *ciertamente él fue llagado*, estrujado de los golpes *por causa de nuestras maldades...* » O Dios mio; por nuestros pecados: ¿Cómo? ¿por los malvados Vos sufrís un tal suplicio? ¿Por mí sufrís dolores tan excesivos? ¿Por mí Vos abandonais vuestra carne inocente á cuanto la crueldad tiene de mas bárbaro? ¿Y yo? ¿qué haré yo, pues, o Salvador mio: qué haré yo por Vos, y por expiar mis propios pecados?

* Job, c. XVI, v. XII, XV.
** Isai., c. I, v. VI.
*** Isai., c. LIII, v. V.

PUNTO II.

Por qué motivo el Salvador haya querido sufrir tanto, pudiendo rescatarnos con mucho menores penas.

Esta es una pregunta que se hace algunas veces; y ya que hemos llegado al primer derramamiento de sangre, causado por los verdugos de Jesucristo, es cosa oportuna responder aquí; y lo que diremos servirá para toda la pasion. Nosotros no pretendemos penetrar los consejos de Dios que adoramos; pero sin querer investigar estos abismos, podemos indagar con respeto las razones de su conducta que pueden adaptarse á nuestra capacidad, y servir á nuestra edificacion.

Primero. *Razones tomadas de parte de Dios.*— Quiso el Salvador sufrir todos estos excesos, para mostrar á Dios su Padre su amor, su respeto, su obediencia, y para satisfacer abundantemente á su justicia. El amor no está ocioso; quiere manifestarse; no se sacia sino de excesos, y creeria no haber hecho cosa alguna, si dejase de hacer ó de padecer alguna cosa. Aquellos en quienes arde alguna centella de este divino amor, se animarán de este pensamiento, y comprenderán cuál deba ser la sed de Jesus por las humillaciones, y por los sufrimientos que debian honrar á su Padre.

Segundo. *Razones tomadas de nuestra salvacion.*— Jesus era nuestro Salvador, y nada quiso omitir de

cuanto podia contribuir á nuestra salvacion. Él ha sufrido. Primero. *Por sostenernos en nuestras penas.* Nosotros debiamos sufrir muchas penas y dolores, lo primero en el orden natural; despues para conservar nuestra fe; y finalmente en la práctica de la virtud. El Salvador en todas estas penas ha querido ser nuestro modelo, nuestra fuerza, y nuestra consolacion; ha querido que en nuestras penas podamos decir para sostenernos y animarnos: yo sufro, pero lo que sufro es nada en comparacion de lo que ha sufrido mi Maestro por mí. Segundo. *Para hacernos aborrecer el pecado.* Mucho importaba para nuestra salvacion, que tuviésemos una viva idea de la Santidad de Dios, de su grandeza, de la severidad de sus juicios, del rigor de sus castigos, de la gravedad del pecado, y que comprendiésemos cuán enorme pecado es una desobediencia á las leyes de esta Suprema Magestad. ¿Y de dónde podiamos derivar esta idea, sino de los sufrimientos, y de las humillaciones de nuestro Salvador? Si nosotros no las perdiésemos jamas de vista, no podriamos jamas resolvernos á cometer un solo pecado. Tercero. *Para excitar nuestra confianza.* Despues de tantos pecados: despues de tantas recaidas en los mismos pecados; en medio de tantas culpas que cada dia cometemos, teniamos necesidad de un poderoso motivo para no dejarnos llevar de la desesperacion, y para animarnos á la confianza en Dios, sin la cual, ninguno puede agradarle. ¿Pero ahora, quién podria ya turbarnos, ó debilitar en nosotros los senti-

mientos de una entera confianza, al ver la sobreabundancia del precio que se ha pagado por nosotros? Cuarto. *Para animar nuestra esperanza.* Ninguna cosa era mas propia para sostenernos en el ejercicio de las mas heróicas virtudes, que una alta idea de la felicidad del cielo, y una firme esperanza, de que al fin de nuestros dias será nuestra recompensa. ¿No hallamos, por ventura, la una y la otra en la consideracion de cuanto ha padecido el Salvador, para entrar en su gloria, sabiendo por la fe, que lo ha ofrecido por nosotros, y para hacernos participantes de la misma gloria. Quinto. *Para inflamarnos de amor divino.* El compendio, y la perfeccion de la ley es el amor de Dios, y el amor del prójimo. ¿Y podemos nosotros meditando la Pasion del Señor, no amar á un Dios, que nos ha dado su propio Hijo por Salvador; que se ha dado á nosotros de tantas maneras, y que con tanto amor se ha abandonado por nosotros al furor de sus enemigos? Podemos nosotros no amar á nuestros hermanos, que él ha amado; que ha rescatado como á nosotros, y que como á nosotros, llama á la misma felicidad? Ahora; si el Señor nos hubiese rescatado con cualquiera pena ó tormento pequeño, bien que fuese de infinito precio, no encontrariamos en él todas estas ventajas, que justamente nos procuró, con haberse abandonado á tantos excesos. ¡Oh! ¡Y cuán amable es este divino Salvador! ¡Oh! ¡Y cuánto merece nuestro reconocimiento, y que lo hagamos todo por él!

Tercero. *Razones tomadas de la gloria misma de Jesucristo.*—El cielo era debido á Jesucristo, por derecho de nacimiento; pero ha querido merecerlo para sí, y para nosotros, como debemos nosotros mismos merecerlo, con la aplicacion de sus méritos. Ahora; en aquella habitacion de la vida, de donde está desterrada la muerte, y donde todo vive en Dios, en aquella morada de la gloria, donde todas las acciones, penas, tormentos, y sufrimientos de los Santos viven en una eterna memoria, y estan siempre presentes delante del Trono de Dios, y en el espíritu de todos aquellos bienaventurados inmortales, no convenia, que la cabeza, y el Rey de tantos Héroes, les precediese solamente por la dignidad de su persona, y por los derechos de su nacimiento, era necesario que los sobrepujase tambien por el esplendor de sus méritos, y por el heroismo de sus virtudes. Y esta es la gloria que él se ha adquirido con las profundas humillaciones, y con los crueles tormentos que ha sufrido. Y esta gloria misma contribuye á la felicidad de los Santos. ¡Qué fortuna para ellos tener un tal Rey por su cabeza, haberse dedicado á seguirlo, y hallarse en su corte! ¡O y cuál es la union de sus corazones, y el ardor de su amor para este Rey de la gloria, que tanto ha hecho por ellos, y les ha procurado una tan grande felicidad, y á tan grande costa! Este pensamiento nos debe animar á seguirlo en sus humillaciones, y en sus sufrimientos, para seguirlo despues eternamente en la habitacion de su gloria.

Tales son las razones que podemos pensar, que Dios ha tenido en querer que su Hijo, nuestro Señor, obrase nuestra redencion con su muerte, y que este divino Salvador haya tenido él mismo para aceptar con júbilo estas condiciones, y cumplir el orden de su Padre, y serle obediente hasta la muerte, y hasta la muerte de Cruz.

PUNTO III.

De los sentimientos que este suplicio de los azotes del Señor ha inspirado á los Cristianos.

Primero. *A los Mártires* : sentimientos de alegría en los suplicios... Los azotes fueron el primer suplicio que se ha padecido por la fe. Los Apóstoles, y San Pedro el primero, fueron los primeros que tuvieron el honor de sufrirlos, por sentencia del consejo de los Judíos *; «y salian alegres (dice la Escritura) de la presencia del consejo, porque habian sido juzgados dignos y merecedores de sufrir afrentas por el nombre de Jesus...» San Pablo se gloría de haber sufrido este suplicio ocho veces de los Judíos : cinco veces, con correas, ó cuerdas, y tres veces con varas**, y si lo rehusó bajo el Tribuno Lisias*** fue, porque en aquella ocasion no se trataba de la fe, y del nombre de Jesus... Todos los

* Ac. Ap., c. V, v. XLI.
** Ad Cor. c. XI, v. XXIV.
*** Act. I. Ap., c. XXII, v. XXIV, XXIX.

Mártires en este mismo suplicio, ó en otros semejantes, han manifestado su alegría, y se han tenido por dichosos. ¿Quién otro, que un Dios puede inspirar estos sentimientos en un suplicio tan cruel, y antecedentemente tan vergonzoso? Y ademas ¿qué otro sentimiento pueden tener aquellos que padecen este suplicio, sabiendo que un Dios ha querido sufrirlo por ellos?

Segundo. *A los fieles afligidos.*—Sentimientos de sumision, y de accion de gracias en sus penas... Los dolores y las enfermedades del cuerpo, las penas del espíritu, las contradicciones, las humillaciones, las desgracias, los males públicos, y particulares son azotes de Dios, y como varas con que nos castiga. Los golpes que su mano paterna deja caer sobre nosotros son sensibles, pero una alma cristiana que sabe que ni menos él perdonó á su propio Hijo, lejos de dolerse y lamentarse de ellos, los recibe con sumision. Y aun va ella mas adelante; le da las gracias por haberla hecho con esto compañera en los sufrimientos de su Hijo; por hacerla con esto expiar sus pecados; por tenerla lejos de la ocasion de cometer otros; por perfeccionar y purificar así su virtud, y despegarla de la carne y del mundo, para que se una mas estrechamente á él solo. Ella entra tambien á parte de sus designios: Jesus paciente, Jesus azotado, y destrozado de los golpes, es el objeto de sus meditaciones, es su apoyo y su fuerza, su consolacion, y su esperanza.

Tercero. *A los penitentes, y á las almas fervoro-*

sas.—Sentimientos de odio de sí mismas, y deseo de mortificar su carne. El suplicio de los azotes que padeció el Salvador, es entre todos sus suplicios el que la penitencia y el fervor pueden imitar mas fácilmente. Los azotes ó la disciplina ha sido empleada en la penitencia pública de la Iglesia, y lo es aun en la penitencia privada. Si tal vez se ha introducido algun abuso en este ejercicio, esta no es razon para proscribirlo; y sino es cosa conveniente aconsejarlo á toda suerte de personas, es cosa aun menos conveniente el prohibirlo á todas. No se puede sin temeridad condenar ó despreciar un ejercicio que tantos Santos han practicado; que tantos sabios fundadores de órdenes religiosos han prescripto, y de que San Pablo mismo parece habernos dado el ejemplo, cuando dice *: «yo combato, no como el que hiere el aire, si no castigo mi cuerpo, y lo pongo en esclavitud...» Avergonzarse de la disciplina tomada por penitencia, es en algun modo avergonzarse de los azotes del Salvador. ¿Si este ejercicio es humillante no lo fue, por ventura, el del Señor? ¿Si es doloroso no lo fue tambien el suyo? ¿Pretendemos nosotros, acaso, expiar los pecados de nuestra carne sin hacerla sufrir? ¿Si este es el castigo de los niños y de los esclavos, no somos, por ventura, hijos indóciles, y desobedientes: no somos esclavos insolentes y rebeldes? Debe sin duda este ejercicio ser regulado por una suma prudencia:

* 1. Ad Corint., c. IX, v. XXVI, XXVII.

¿pero las mas de las veces no se abandona acaso, menos por prudencia que por pereza? Los Santos han sacado de él muchas ventajas, que como ellos podemos tambien sacar nosotros, pero sin seguirlos en los devotos excesos á que ellos se han abandonado. La disciplina tomada regularmente, y con la conveniente moderacion nos une á los azotes del Salvador; nos aplica sus méritos; nos los imprime en la memoria, y excita nuestro reconocimiento. Ella humilla la carne: la doma; reprime sus movimientos, y las rebeliones; conserva el fervor, y la alegría del espíritu; le ahuyenta los malos pensamientos, y lo despierta de la soñolencia, languidez, y flojedad, á que se deja naturalmente inclinar, y lo hace mas apto para elevarse á Dios, y gustar las cosas celestiales. Los que no pueden, ó los que no deben practicar este ejercicio, súplanlo con otros instrumentos, ó medios de penitencia, que produzcan el mismo efecto, porque no debemos pasar la vida sin algun ejercicio de penitencia corporal, y de conformidad con la Pasion del Salvador, si queremos llegar á ser herederos de su gloria.

Peticion y Coloquio.

Sí, o Señor; vuestra penitencia, bien que excesiva, no me purificará si yo no uno á ella la mia. Expire, pues, en mi corazon el amor de los falsos gustos, y de la vana gloria del mundo. Hacedme participante de vuestras humillaciones, y de vuestros sufrimientos, o Jesus, para que participe de la felicidad del Cielo. Amen.

MEDITACION CCCXXVIII.

JESUS ES CORONADO REY.

S. Mat., c. XXVII, v. xxxvii, xxx. — S. Marc., c. XV, v. xvi, xix. — S. Juan, c. XIX, v. ii, iii.

Consideremos primero, los ornamentos de la dignidad real de Jesucristo. Segundo. Los homenages que rinden á la soberanía de Jesucristo. Tercero. El misterio de la soberanía de Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

Ornamentos de la dignidad real de Jesucristo.

Primero. *El primero fue el manto.* — « Entonces los soldados del Presidente, llevando á Jesus al Pretorio, juntaron al rededor de él toda la Cohorte: y despojándolo, le pusieron encima una clamide * de color de coco... » Habiendo Jesus padecido el suplicio de los azotes, y habiendo vuelto á tomar

* Especie de capa corta que usaban los Romanos.

sus hábitos, les vino al pensamiento á los soldados, ministros de esta ejecucion, y á todos los soldados del Pretorio, el tener un divertimiento digno de su crueldad; y tomaron para él la idea del delito mismo que imputaban á su prisionero. Lo acusaban de haber querido hacerse Rey, y de decirse Rey de los Judíos, y se imaginaron hacer con él un Rey de teatro, y la ceremonia de su coronacion. Condujeron á Jesus del lugar donde habia sido azotado al atrio interno del Pretorio, donde estaban los soldados, aquí llaman con ellos toda la Cohorte. Todos se acercaron allí con diligencia... Entremos tambien nosotros en espíritu, en este atrio del Pretorio; observemos lo que en él se hace, y pidamos al Salvador la gracia de comprender este profundo misterio, y de aprovecharnos de él.... El primer distintivo de la soberanía que dieron á Jesus fue un manto viejo y roto de color de púrpura que le echaron sobre el cuerpo, por la alusion al manto real. Esta ignominia fue acompañada de un cruel suplicio, porque comenzaron por despojarlo de sus vestidos ya pegados sobre las llagas recientes que habia recibido de los azotes, y su sangre comenzó de nuevo á correr por todas partes. Entre tanto el Salvador no hablaba palabra; no dejaba escapar un suspiro, ni hacia la mas mínima resistencia. Se dejaba conducir, despojar y revestir como querian. Expiaba con esto las delicadezas de nuestro cuerpo; los placeres de nuestra perversa carne; el lujo de nuestros vestidos; la vanidad que

de ellos sacamos, y el orgullo que nos inspiran. Nos merecia la gracia de la penitencia y de la mortificacion; la gracia del desprecio del mundo, de sus pompas y de toda su gloria. En los dolores del cuerpo, en las humillaciones, en la pobreza, unámonos á Jesus cubierto de aquella púrpura ignominiosa.

Segundo. *El segundo fue la corona.*—« Y tejiendo una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza....» Continuando los soldados su cruel divertimiento, tomaron un manojo de espinas flexibles, armadas de puntas duras y largas: de esto hicieron una corona que le pusieron sobre la cabeza, y se la afianzaron, haciéndole entrar á viva fuerza. La sangre corre por todas partes; y lo que habria causado compasion; lo que no se habria podido ver sin horror en los mas viles animales, no sirve para otra cosa que para excitar la risa insolente, y los insultos crueles de aquellos bárbaros corazones. El Salvador se dejó poner y fijar esta nueva diadema, llevando de este modo sobre su cabeza inocente los frutos de la maldicion fulminada á la tierra, expiando la loca ambicion de nuestros padres, que despues sucesivamente han ido enviando á sus hijos, y que en los grandes, y en las testas coronadas ha ocasionado en todos los tiempos tantos estragos, y ha derramado tanta sangre. Expiaba aquel deseo de dominar que se halla en todos los corazones, y que mueve á cada uno á alzarse sobre los otros á costa de la justicia, de la verdad, de la caridad, y

aun á costa de la fe. Expiaba todos los pecados que se conciben, que se sustentan y se mantienen en nuestras cabezas prevaricadoras, en nuestra memoria, en nuestra imaginacion, y en nuestro espíritu. Expiaba los cuidados idólatras que se toman tantas personas mundanas, por adornar una cabeza pecadora, deseos de exponerla á la pública vista, y tirarse detras de sí con ella, adoradores; por adornar una cabeza orgullosa, y un ídolo abominable, que no es otra cosa que polvo y que debe convertirse en polvo. Nos merecia la gracia de la humildad, de la dulzura, de la paciencia, y del desprecio de las grandezas y de la estima del mundo. En las tentaciones, en los proyectos de fortuna, de ambicion ó de venganza, en los pensamientos ó en las imaginaciones impuras, pensemos en la cabeza de Jesus coronada de espinas; y cuando padezcamos en esta parte del cuerpo, pensemos en los pecados que hemos cometido con ella, y para expiarlos, unamos lo poco que en ella sufrimos, con lo que Jesucristo mismo ha padecido en ella por nosotros.

Tercero. *El tercero fue el cetro.*—« Y una caña en su mano derecha... » En vez de cetro, le pusieron en la mano derecha un pedazo de caña. Ninguna cosa rehusó Jesucristo; la aceptó, la tomó, y la tuvo en la mano como ellos deseaban. En este estado finalmente compareció á aquella insolente soldadesca un objeto digno verdaderamente de risa. Si hubieran tenido algun sentimiento de humanidad, habria antes debido parecerles un objeto digno

de compasion. Pero á los ojos de la fe, ¡o cuán digno es de nuestras adoraciones, de todo nuestro amor, y de todo nuestro reconocimiento! Con aquella caña nos advierte la fragilidad de todas las potestades terrenas; la vanidad de todas las humanas grandezas; satisface por los pecados que se cometen con el abuso de la autoridad, y santifica el cetro de los Reyes, y les merece la gracia de evitar los innumerables peligros de que está rodeada la potestad soberana. Merece la misma gracia á todos aquellos que tienen cualquier imperio, y cuyos peligros de toda especie crecen á proporcion de su altura. Los Monarcas, y todos los que mandan, deben unir su cetro al de Jesucristo, y las penas que á él estan anejas, á las que Jesucristo sufre. Todos los hombres deben poner su confianza en el cetro de Jesucristo; deben mirarse á sí mismos, como débiles cañas, que no pueden tener estabilidad, sino en cuanto se abandonan en las manos de Jesucristo, y en cuanto los lleva, y los sostiene esta mano omnipotente.

PUNTO II.

Homenages que rinden á la soberanía de Jesucristo.

«Y doblando la rodilla delante de él, se burlaban... y empezaron á saludarle... y se acercaban á él, y decian: Dios te salve, Rey de los Judíos, y le

daban de bofetadas... y le daban golpes en la cabeza con una caña, y le escupian encima, y doblada la rodilla lo adoraban...» En estos homenages que rinden á Jesucristo, hagamos las siguientes reflexiones.

Primero. Consideremos *lo que padece y lo que sufre*. Sufre burlas y escarnios, en gestos y en palabras... Iban delante de él los unos despues de los otros, y para burlarse de él doblaban la rodilla, lo adoraban, y lo saludaban diciéndole: Te saludo Rey de los Judíos... Sufre insulto y ultrage en bofetadas y en salivas... Así tambien lo habian tratado en casa de Caifás, en burla y desprecio de su calidad de Mesías y de Profeta. Aquí su calidad de Rey le cuesta mucho mas aun... Sufre finalmente dolores crueles, y golpes inauditos que le dan. Tomaban la caña que tenia en la mano, y con ella le daban golpes en la cabeza, sirviéndose de este modo de su cetro para consolidar mas sobre su cabeza la corona que llevaba. ¡Qué barbarie! ¿Quién podrá concebir jamas la grandeza de este suplicio? Una espina entrada en la cabeza ¡ah! ¡qué tormento! Por poco que se toque, ¡o qué dolor! Jesus tiene la cabeza traspasada por todas partes; las tocan; las mueven todas de una vez, las encajan con violencia y á grandes golpes ¡qué suplicio! y ¡o por cuánto tiempo duró esta sanguinosa escena! ¡Ah! ¡cuántos de estos golpes recibió Jesus! Es regular que ninguno de los soldados haya querido eximirse de prestar su homenage, y que cada uno de ellos le haya dado re-

plicados golpes.—¡O Salvador mio, y Rey mio; á qué precio me rescatais! ¡o y qué cara os cuesta mi alma!

Segundo. *¿Cómo lo sufre él?*—Con una paciencia mas que humana, y de hecho divina... Aquí tambien se cumple la palabra del Profeta*: «He abandonado mis mejillas á los que arrancaban el pelo de la barba; no he apartado el rostro de los que me cubrian de injurias y de salivas...» Aquí Jesus no tenia los ojos vendados como en casa de Caifás: aquí veia los homenages insultantes que se le rendian; veia los golpes que se le preparaban; y con todo eso, el temor no le hizo jamas hacer algun movimiento para evitarlos, ó disminuir la violencia. Cuando le quitaban de la mano la caña la cedia; cuando se la volvian á poner la volvia á coger. Todo lo sufria en un profundo silencio, y como si fuese del todo insensible. Si los soldados hubieran reflexionado por un momento sobre una paciencia tan extraordinaria, habrian sospechado en ella algun misterio, y habrian temido pasar mas adelante; pero al contrario, aquella paciencia sobre que no reflexionan, aumenta su insolencia, y los confirma en su barbarie. ¡Cuál será su sorpresa, y su desesperacion, cuando verán al que ahora tratan tan indignamente, ser su Juez en el dia de la eternidad...! Jesucristo sufre todavía nuestros pecados, nuestros desprecios, nuestros insultos, y nuestras

* Isai., c. L, v. VI.

blasfemias. La paciencia de Dios, que deja en el mundo tantos pecados sin castigo, hace audaces los pecadores, pero deberia hacerles temblar. ¡Ay de mí, y cuán sorprendido quedaré yo, cuando vea la magestad terrible á quien sirvo con tanta negligencia, que con tanta facilidad ofendo, y á quien con tanta frecuencia falto al respeto!

Tercero. *¿Por qué sufre?* — Sufre por expiar el culto impío que los idólatras han dado á los demonios, con desprecio de Dios su Criador, y su bienhechor, á quien debian homenage, obediencia, reconocimiento y amor. Para expiar el culto superficial, y puramente externo, que los Judíos, por la mayor parte daban á Dios, que solo honraban con los labios, mientras su corazon estaba lejos de él, rebelde á sus leyes, desobediente á sus órdenes, pegado á la tierra, é indiferente á las promesas de la ley, y á los bienes celestiales que el Mesías les debia traer. Para expiar el culto hipócrita que tantos falsos cristianos, que han recibido el Bautismo, y no observan sus promesas; que se glorían de creer el Evangelio, y no escuchan á la Iglesia; que tienen la fe, y la deshonran con sus obras; que por sus votos y su hábito hacen profesion de piedad, y viven en pecado; y que en las acciones mas santas, en el uso de los sacramentos, en la adoracion externa de la Divina Magestad, y hasta al pie de sus altares lo insultan con la corrupcion de su corazon, con las pasiones que dentro de sí sustentan, y con los pecados en que viven y aman.—¡Ah Salvador

mio, cuánta parte tengo yo en los homenages insultantes y dolorosos que habeis sufrido en el Pretorio. Yo soy el que os he puesto aquella corona de espinas, el que os he insultado con burlas; el que os he escupido en el rostro, el que os he dado golpes en la cabeza, y he hecho correr por ella la sangre, y el que os he ocasionado tan crueles dolores. Pero Vos habeis sufrido tan crueles ultrages, para merecerme la gracia de dar á Dios un culto puro, y de adorarlo en espíritu y verdad. Por Vos solo, o Salvador mio, le puedo dar este justo tributo, y borrar los pecados del culto lleno de hipocresía y de disimulacion, con que tan frecuentemente lo he irritado. Me postro, pues, á vuestros pies, o Dios mio, o Rey mio, perdonadme todas mis irreverencias. Querria poder recompensar con mis sinceros homenages todos los ultrages que recibís aun entre nosotros.—¡Ah! Perdonadnos, Señor; mudad nuestros corazones, para que podamos por medio de un culto digno de Vos, reparar la manera indigna con que por lo pasado os hemos servido.

PUNTO III.

Misterio de la soberanía de Jesucristo.

Lo que de parte de los soldados Romanos era una escena de burla y de crueldad, era de parte de Dios un misterio de gloria y de salud... Es allá sobre

el monte de Sion, donde Jesus es verdaderamente establecido Rey *. Allá es donde su Padre le da como la investidura de un Reino bien diferentes de los Reinos de la tierra. Allá Jesus toma la posesion de él; allá recibe los distintivos ó insignias de su soberanía: allá es hecho y declarado Rey de Israel; aquel Rey prometido á los Judíos; la salvacion del mundo, y la expectacion de las naciones... Allá es donde Jesus viene á ser.

Primero. *Rey de los Mártires.* — Con ellos dividirá el caliz de su pasion, y ellos lo beberán con él. Participarán de sus dolores, de sus azotes y de su cruz; pero la corona, la púrpura, y el cetro pertenecen á él solo. Este es un género de suplicio reservado á él solo, y de que ninguno participará con él. Podrán los tiranos inventar y ejercitar sobre sus discípulos toda suerte de tormentos atroces, é inauditos, menos este, que debe en todos los siglos, y en la eternidad distinguir el Rey de los súbditos. Todos los otros suplicios estan subordinados á esta corona de espinas, á este cetro de caña y á esta púrpura ensangrentada. De aquí traen ello su mérito, su esplendor y su gloria. De aquí sacan los Mártires su fuerza, su valor y su perseverancia. —Os adoro, o Rey de los Mártires. Vos habeis tenido mucha razon en decir, o sumo Rey, que vuestro Reino no era de este mundo. ¿Y quién jamas habria pensado en hallar en medio de tantos

* Psalm. II, v. VI.

oprobios y tormentos una soberanía real, tan sublime, tan admirable, tan excelente, tan perfecta?

Segundo. *Rey de los escogidos.* — Todos no son llamados á la gloria del martirio, pero todos deben trabajar para ser del número de los escogidos. Si aspiramos como debemos á aquella felicidad: he aquí nuestro Rey; no nos engañemos; este es el que debemos seguir, el que debemos imitar, y á quien debemos hacernos semejantes para entrar con él en su Reino. Contemplemos su corona: su cetro, y su púrpura. ¡Ah! No nos atemorice esta apariencia; él es el Rey de las virtudes; ni por otro camino que por el de las virtudes humillantes, mortificantes, y penosas, podemos llegar al Cielo. Se nos presentará á nosotros un otro Rey coronado de rosas, resplandeciente de gloria, con cetro de oro en mano; pero ¡ah! no lo sigamos, es un impostor; su esplendor es un prestigio; son amenazas sus promesas; y el término á que quiere conducirnos, es un horrible abismo, es un suplicio eterno. Sigamos al Rey de los escogidos; en su seguimiento, sostenidos de su fuerza, animados de su ejemplo, y fortificados en la grandeza de nuestra esperanza, encontraremos en la mortificacion, en la penitencia, en la fuga de los placeres, en la mansedumbre, en la humildad, y en la paciencia, una consolacion mas sensible, y una felicidad mas sólida, que en todos los bienes que pueden prometernos el demonio, la carne y el mundo. Jesus nuestro Rey ha to-

mado sobre si cuanto en esto habia de mas duro, y de mas penoso: si quedan aun algunas espinas en el camino de la virtud, si en él encontramos tal vez algunas debajo de nuestros pasos, pensemos que ellas han traspasado la cabeza de nuestro Rey, y han hecho correr por ella arroyos de sangre. ¿Y tendremos despues de esto corazon para lamentarnos? ¡Ah! si somos tan delicados que no queremos sufrir cosa alguna en seguimiento de nuestro Rey coronado de espinas, temamos ser un dia excluidos del número de sus súbditos, y del Reino de la gloria, al que él nos conduce.

Tercero. *Rey de todas las criaturas.* — Aquella soberanía llena de dolores y de confusion, es al mismo tiempo una soberanía llena de virtudes y de méritos: aquella soberanía, cuyos distintivos recibe aquí Jesucristo de las manos de su Padre, debia durar para él, y para los que lo siguen, solo por un breve espacio de tiempo, despues del cual debia mudarse en una soberanía llena de grandeza, de magestad, y de poder. Nosotros podemos someternos, y echarnos fuera de la primera, pero toda criatura estará necesariamente sujeta á la segunda, que por medio de la primera he adquirido él, y que le ha dado el derecho de reinar sobre todas las criaturas, y de juzgarlas sin apelacion, y por toda la eternidad. Amigos y enemigos; fieles é infieles, todos deben comparecer delante del tribunal de este sumo Rey, y recibir de él la sentencia irrevocable que decidirá de su suerte eterna. Ya no será jamas

Rey de ignominia y de dolor; objeto de irrision, y de compasion, rodeado de soldados que lo ultrajen, y lo atormenten: sino Rey de gloria, y de magestad; cercado de Angeles, ejecutores de sus órdenes; y un Rey justo y omnipotente, que vendrá á juntar y llevar consigo los que habrán sido participantes de sus sufrimientos, y á condenar á los suplicios eternos los que habrán rehusado reconocerlo: los que habrán quebrantado sus leyes: los que habrán despreciado sus humillaciones; y los que habrán ultrajado, ó su persona, ó la de sus siervos.

Peticion y Coloquio.

O Rey supremo; os adoro en el estado de vuestra humillacion. No me desecheis en el dia de vuestra gloria; reinad sobre mí desde ahora, y para siempre. Amen.

MEDITACION CCCXXIX.

ECCE HOMO.

JESUS ES MOSTRADO AL PUEBLO.
S. Juan, c. XIX, v, iv, viii.

Primero, Jesus es mostrado al pueblo. Segundo, De la palabra de Pilato. Ecce homo; he aquí el hombre. Tercero. De la palabra de los Judíos; se ha hecho Hijo de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Jesus es mostrado al pueblo.

Primero. *Pilato anuncia á los Judíos, que les hará ver á Jesus.*—« Salió, pues, fuera de nuevo Pilato, y les dijo; he aquí que os lo traigo fuera, para que sepais * que no hallo en él causa alguna... » Habiendo Pilato visto el estado en que la crueldad

* Hay aquí un hebraismo, y una frase abreviada, como si hubiese dicho, para que sepais como yo lo he tratado, bien que en él no encuentre algun delito.

de los soldados habia puesto á Jesus, esperó que tan tierno espectáculo haria impresion sobre el corazon de los Judíos, y ordenó que fuese sacado fuera. Salió despues donde estaba el pueblo, y compareció sobre la tribuna, de donde les habia hablado varias veces. La intencion de Pilato era disponer los ánimos, é inspirar al pueblo algun sentimiento de compasion para con aquel, que les queria mostrar. Les acordaba el juicio, que de él habia hecho siempre, declarándolo inocente, indicaba indirectamente á su espíritu la condescendencia que habia usado con ellos, haciéndolo castigar, bien que inocente, y les pedia en contracambio, que se contentasen con aquel suplicio, aun cuando le creyesen culpado; finalmente, les hace ver, que les habia mantenido la palabra; que lo habia hecho castigar, como habia prometido, y mas aun. Pero en esto Pilato no hacia otra cosa, que hacer traicion á su deber, y degradarse á sí mismo: él se engañaba en su esperanza; se condenaba á sí mismo por su propia confesion, se contradecia en sus juicios; y mantenia solo la mitad de la palabra que habia dado, porque habia, es verdad, ejecutado la promesa hecha á la iniquidad, pero no ejecutaba despues la que habia hecho á la justicia que era de librar á Jesus, despues de haberlo hecho castigar. En vez de librarlo, lo remite todavía al arbitrio de sus enemigos, y continúa á hacer el personaje de intercesor, donde está encargado de hacer el de Juez. Tal es, justamente, la

conducta que muchas veces se tiene en la causa del justo, del pobre, de la viuda, y del huérfano.

Segundo. *En qué estado comparece Jesus.* — « Y salió Jesus, llevando la corona de espinas, y el vestido de púrpura... » Llevaba tambien, sin duda, una caña en la mano, y compareció sobre la tribuna en el estado de dolor, y de desprecio, en que lo habian puesto los soldados... ¿No bastaba, o Salvador mio, que hubiéseis tenido Vos, por testigos de vuestros oprobios, á los que os los habian ocasionado; era aun necesario, que tuviéseis en este estado de ignominia, la confusion de ser expuesto al ludibrio de todo un pueblo, y lo que es aun mas sensible al de vuestros mas crueles enemigos...? Pilato, mostrando á Jesus, « les dijo; *Ecce homo;* ved aquí el hombre... » He aquí aquel que vosotros acusais de excitar sediciones, y de aspirar á la Soberanía. Mirad, si en el estado en que se halla, teneis alguna cosa semejante que temer... ¡Ay de mí! ¡Y á qué estado estaba reducido! Su rostro estaba cubierto de sangre, y contundido de los golpes; su cuerpo medio desnudo, y destrozado por todas partes, no mostraba otra cosa, que llagas ensangrentadas. Lo hemos visto, dice el Profeta * Isaías; hemos visto aquel hombre despreciado; aquel hombre de dolores; el último de los hombres. ¡Ay de mí! ¡En qué ha venido á parar aquella Divina belleza, que arrebataba todos los corazones! ¿Quién

* Isai., c. LIII. v. II, III.

lo habria podido reconocer en el miserable estado, en que lo hemos visto? Lo hemos visto tenido por un leproso, herido de la mano de Dios... Era, de hecho, aquella mano terrible, la que lo habia herido, y humillado. Llevaba por nosotros la pena que habiamos merecido, y que sin él, hubiéramos padecido eternamente, sin poder jamas expiar nuestros pecados; porque para expiarlos, ha sido cubierto de llagas, y quebrantado debajo de los golpes.

Tercero. *Qué sentimientos excitó la vista de Jesus.* —« Pero luego que lo vieron los Pontífices, y los Ministros alzaron las voces, diciendo: crucifícale, crucifícale...» No es aquí el pueblo, el que hace sentir su voz. Acaso, un espectáculo tan tierno empezaba á excitar en los corazones sentimientos de compasion; y acaso, lo echaron de ver los Pontífices, ó tuvieron de ello temor. Se dieron priesa á prevenir la respuesta del pueblo, y el pueblo no les contradijo... No se sacian aun, con cuanto han hecho aquellos corazones bárbaros y celosos; tienen todavía envidia de aquel poco de vida, que le queda aun á Jesus; y no se contentarán, sino cuando la haya perdido sobre la Cruz.—¿Pero qué pensamientos debe excitar en nosotros la vista de Jesucristo, en el estado en que Pilato lo presenta? Nosotros que sabemos que él padece por nosotros; que por nosotros se ha puesto en aquel estado de desprecio, de abatimiento, de dolores; y en un estado capaz de mover á compasion los corazones mas insensi-

bles, ¿no nos moveremos al verlo en sus sufrimientos, y en sus oprobios? ¡Ah! ¿Cómo podrá jamas nuestro amor corresponder bastantemente á un amor tan grande, y nuestro reconocimiento á tan grandes beneficios?

PUNTO II.

De aquella palabra de Pilato; he aquí el hombre: Ecce homo.

Hemos visto en qué sentido dijo Pilato esta palabra á los Judíos. Pero esta palabra es muy digna de consideracion, para no pensar, que Pilato es aquí el órgano de Dios mismo. Debemos, pues, considerar estas palabras, como si fuesen enderezadas á nosotros, pensando que nos viene presentado Jesus por cada una de las Personas de la Santísima Trinidad.

Primero. *Por el Padre*, que nos lo da, como su Hijo, y nuestro Maestro, y que exige que lo adoremos, y que le obedezcamos. *He aquí el hombre*, nos dice: he aquí el Hijo del Hombre; aquel Hijo que he prometido á Adan, á Abrahan, y á David; aquel Hijo del Hombre, que es al mismo tiempo mi Hijo único, y amado, que me es consustancial, é igual en todo por la naturaleza divina, que yo le comunico, que me está sumiso, y obediente en la naturaleza humana, que él ha unido á sí, por amor mio, y por amor vuestro. *Helo aquí:* yo os lo he dado; yo os lo doy; él es vuestro sin dejar

de ser mio... Mirad el estado en que he consentido que lo pongan, porque lo ha deseado por vuestro amor. Ha querido por reparar mi gloria, y por salvaros, humillarse hasta el anonadamiento *, y por esto yo le he dado un nombre que es sobre todo nombre; para que al solo nombre de Jesus, ó de grado, ó por fuerza toda rodilla se doble en el cielo, sobre la tierra, y en el infierno. — Asi nos habla Dios, y es obligacion nuestra, hacer con todo el fervor, de que somos capaces, actos de reconocimiento, de amor, de respeto, de adoracion, de fidelidad, y de obediencia.

Segundo. *Por el Hijo*, que se muestra á nosotros, como nuestro Salvador y nuestro modelo; que exige que pongamos en él toda nuestra confianza, y que hagamos todos nuestros esfuerzos para hacernos semejantes á él. *He aquí el hombre*, nos dice, de quien teneis necesidad para ser reconciliados con Dios, para ser sanados de vuestras heridas y para ser librados de los castigos que habeis merecido. Yo me he hecho hombre para este fin, y me he obligado á cumplir todo esto. Sobre mí he tomado los artículos y las condiciones de vuestra paz **; me he encargado de vuestras deudas, llevo el peso de vuestros dolores, de vuestras enfermedades, de vuestras llagas y de vuestros suplicios. Vosotros veis á qué exceso de dolores y de humillaciones me

* Ad Philip., c. II, v. VII.

** Isai., c. LIII, v. V.

he reducido. En el estado en que estoy, conviene reflexionar que soy un hombre. ¡Ah! soy un gusano de la tierra, no un hombre* el oprobio de los hombres y el desecho del pueblo, un objeto de derision para los que me miran con los ojos de la carne. Yo me presento á los ojos de vuestra fe; vosotros sabeis quién soy yo y por qué fin me hallo en el estado en que me presento. Unidos á mí, poned en mí toda vuestra confianza, y yo os libraré de vuestros enemigos, como sabré librarme de los mios.

Tercero. *Por el Espíritu Santo*, que nos lo presenta como Rey y esposo de nuestras almas, y que exige que lo amemos con el amor mas tierno y el mas respetuoso. — Hija de Sion, nos dice en los Cánticos**, ven fuera, y ven á ver el Rey pacífico, con la diadema de que lo ha coronado su madre en el dia de sus desposorios, dia que hace la alegría de su corazon; *He aquí el hombre*, que yo he formado por vosotros en las castas entrañas de una Virgen; mirad la diadema con que lo ha coronado la Sinagoga su madre, y que él lleva con júbilo, por el ardiente amor de que está encendido por vosotros. He aquí el momento de sus desposorios, acercaos á él, y si vosotros lo aceptais por esposo, seguidlo. No está lejos el momento de contraer con él una alianza eterna. Sobre la cruz se cumplirá este misterio, y se consumará en el Cielo en las delicias de un di-

*Psalm. XXI, v. VII.

** Cant., c. III, v. XI,

vino y eterno amor.— ¡Alma mia, qué feliz anuncio! He aquí aquel tierno esposo que bajó del Cielo para buscarte, para llamarte, para conseguirte y tenerte. ¡O Esposo Divino, á qué gran precio me pagais! ¡Oh! ¡Cuánto os cuesta el hacerme digno de Vos! Me postro á vuestros pies; me reconozco indigno de tan sublime altura; pero pues que Vos quereis con vuestra liberalidad y con vuestros tesoros llenar el intervalo inmenso que hay entre los dos, acepto, Señor, vuestros favores. Yo os consagro todos los sentimientos de mi ternura, y todo el amor de mi corazon. Soy vuestro, o Divino Esposo mio, en el Calvario y sobre la Cruz. No os pido otra gracia que la de morir allí con Vos. ¡Ah! ¡Cuándo vendrá aquel dia afortunado, que me unirá para siempre con Vos! No me abandoneis, o tierno Esposo, en el lugar de mi destierro, durante el tiempo de mi separacion. Mientras espero el momento de veros, no tendré aquí en la tierra otra consolacion que la de unirme á Vos por medio de vuestro Sacramento, y de conformarme á vuestra Cruz por medio de mis sufrimientos.

PUNTO III.

De aquella palabra de los Judíos: «se ha hecho Hijo de Dios.»

Primero. *De la ley que citan los Judíos.* — Indignado Pilato al ver la rabia de los Judíos en pedir que Jesus fuese crucificado, «les dijo: Tomadlo

vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro en él delito. Le respondieron los Judíos: Nosotros tenemos ley, y segun la ley debe morir, porque se ha hecho hijo de Dios... » No hubo jamas semejante ley. La ley segun la cual debe morir no es otra cosa de parte de los Judíos que la ley de su pasion, y de parte de Jesus no es otra que la de su amor. Habia una ley* que condenaba á muerte al blasfemo y á los falsos profetas; y demasiados de estos se hallaban entre los adoradores del verdadero Dios; pero era sin ejemplo entre ellos que alguno se hubiese dicho hijo de Dios, en un sentido propio y natural que lo hacia igual á Dios. Lo habia dicho á todo el pueblo en las públicas instrucciones que hacia en el Templo; mas claramente aun lo habia dicho en medio de todo el Sinedrio. No se habia retratado en el segundo, y confirmaba su testimonio con el derramamiento de su Sangre y con el peligro de vida que estaba próximo á dar por esta verdad. Se habia hecho Hijo de Dios; pero habia probado serlo con infinitos milagros que habia obrado en esta calidad, y lo probaba actualmente aun por la manera que sufria y por el concurso de todas las profecías que se cumplian en él. —¡O y de cuánto consuelo es para nosotros esta verdad! ¡Cuán bien fundadas son nuestras esperanzas! ¡O cuán racional y bien apoyada nuestra fe! ¡Cuán legítimos nuestros cultos y nuestro amor!

* Levit., c. XXIV, v. XVI.—Deut., c. XVIII, v. XX.

Segundo. *De la providencia de Dios en la manifestacion de su Hijo.* — Es admirable el modo con que en el curso de su Pasion, y por una serie natural de hechos, ha mostrado la providencia sucesivamente la calidad y juntamente las dos naturalezas del Salvador. Mientras Pilato presenta á Jesus á los Judíos, y les muestra su Humanidad degradada y humillada, diciéndoles: « *Veis aquí el Hombre,*» los Judíos de su parte descubren su Divinidad de que él no habia aun oido hablar, y le dicen : *Se ha hecho Hijo de Dios.* Le habian llevado á Jesus, porque se decia el Cristo Rey. Su calidad de Cristo, ó de Mesías y de Profeta, que era de inspeccion de los que poseian las Escrituras, no quisieron reconocerla los Judíos; antes lo ultrajaron con la venda, con las salivas y con las bofetadas. Su calidad de Rey, que parecia ser de la inspeccion del Gobernador, es ultrajada por los Gentiles en el Pretorio, como hemos visto. Y finalmente, su calidad de Hijo de Dios está para ser ultrajada de la union de los Judíos y de los Gentiles. Ya el Sinedrio de los Judíos ha condenado á Jesus á muerte por este pretendido delito; y los Gentiles estan para ejecutar la sentencia con el suplicio de la Cruz, á peticion de los Judíos. ¡Qué providencia! ¡Qué encadenamientos de hechos y de maravillas! Admiremos aun cómo ha podido suceder que el Mesías esperado de la nacion, que muestra tener todos los caracteres de su mision, anunciado de un Precursor, venerado de todo el pueblo, que une en sí todo el cumplimiento de todas las

profecías, que obra milagros que hacen decir á los menos inteligentes, que él es el Mesías esperado; cómo ha podido suceder que toda la nacion lo haya pedido para el suplicio y para la muerte, mientras que el juez que lo ha condenado á la muerte no ha hablado jamas, sino para dar testimonio de su inocencia, ni se ha cansado jamas hasta decir al fin públicamente que él era inocente. Esta declaracion formal de Pilato se halla cuatro veces solo en lo que cuentan los Evangelistas.

Tercero. *Del temor de Pilato.* — «Cuando oyó Pilato estas palabras, se intimidó mas...» No estaba sin remordimientos en la manera con que trataba un hombre inocente, un justo que se decia el Mesías y el Rey prometido á los Judíos; pero cuando oyó decir que este hombre se decia tambien Hijo de Dios, su sorpresa fue extrema, y aun mas grande su temor. Tenia él, por decirlo así, debajo de su mano, las pruebas de una verdad tan estupenda.— Lo que él veia en Jesus, su silencio, sus palabras y su paciencia; lo que le habia oido decir, que su Reino no era de este mundo, y que habia nacido para hacer conocer la verdad, y sus milagros infinitos de que no era posible que no hubiese oido hablar; todo esto anunciaba un origen celestial; y si el testimonio de un hombre tan extraordinario se unia á todas estas pruebas, la cosa no se podia ya poner en duda. No le quedaba que hacer á Pilato ya otra cosa que tomar conocimiento para aclarar este último punto; y esto es lo que hizo despues.—

Reconozcamos aquí que el temor de Pilato no podia ser mejor fundado, porque maltratar, ultrajar, hacer morir al Hijo de Dios, es alguna cosa terrible. Pero nuestros incrédulos que saben lo que sabia Pilato, que ademas saben los motivos que Jesus ha tenido para padecer y morir, que saben esto y lo que ha sido escrito en orden á su Resurreccion, que ven su Cruz adorada de todos los pueblos, y su Religion establecida sobre las ruinas de la idolatría, ¿cómo pueden ellos sin temor despreciarlo, ultrajarlo y blasfemarlo? El Herege y el pecador que creen en él, ¿piensan ellos seriamente, el primero, que es la Iglesia del Hijo de Dios la que el abandona, y el segundo, que es la ley del Hijo de Dios á la que él hace traicion? ¡Ay de mí! Yo mismo que hago profesion de servirlo, ¿no debo estar penetrado de temor y respeto, al pensar que es el Hijo de Dios á quien sirvo, que son sus Sacramentos los que recibo, que son sus mandamientos los que observo, su juicio el que espero, y sus castigos ó sus premios los que merezco?

Peticion y coloquio.

Detesto, o Salvador mio, todas las iniquidades que he sometido contra Vos, como Hijo de Dios. Propongo rendiros en adelante todas las obligaciones de fe, de adoracion, de compuncion, de amor y de reconocimiento que os debo en esta calidad. Vos, o Salvador mio, os habeis hecho la ley de morir por mí; pues yo tambien me hago la de vivir únicamente por Vos. Amen.

MEDITACION CCCXXX.

ENTREGA PILATO A JESUS A LOS JUDIOS PARA SER CRUCIFICADO.

S. Juan, c. XIX, v. IX, XVI.

Primero, Ultimo discurso de Pilato con Jesus. Segundo. Ultima tentativa de Pilato para librar á Jesus. Tercero Ultima decision de Pilato sobre la suerte de Jesus.

PUNTO PRIMERO.

Ultimo discurso de Pilato con Jesus.

Primero. *Silencio de Jesus.* — « Y entró de nuevo en el Pretorio, y dijo á Jesus : ¿ de dónde eres tú? Pero Jesus no le respondió... » Pilato no intentaba ciertamente informarse del pais de Jesus : sabia que era Galileo, y de Nazareth. Le preguntaba sí, sobre su origen, para saber qué cosa decia él mismo ; y si era verdad que se hiciese creer descendiente de un origen celestial, é Hija de Dios. La causa del silencio de Jesucristo debe atribuirse á las

malvadas disposiciones de Pilato, muy semejantes á las de Herodes; á las de los impíos, y de los grandes del mundo, cuando se entremeten á examinar la Religion... La primera de estas malvadas disposiciones fue una vana curiosidad. Pilato, teniendo la imaginacion llena de los Dioses de la fábula, y de los héroes á quienes ellos habian dado nacimiento, quiso saber en qué modo en medio de un pueblo que conocia un solo Dios, pretendiese Jesus decirse Hijo de Dios. Pero la pureza del Misterio de la Encarnacion, y la fecundidad de una Virgen, no debia ser confundida con fábulas impuras, por medio de las cuales parece que el demonio haya querido prevenir el nacimiento del verdadero Hijo de Dios; y con esta grosera imitacion oscurecer su gloria. Con todo eso de este tan infecto principio, no tienen verguenza los impíos de nuestro tiempo de sacar semejanzas y comparaciones, para cubrir y autorizar sus blasfemias.—La segunda fue una orgullosa presuncion. Pilato se imaginaba tener derecho de hacer esta pregunta; y pensaba que Jesus estuviese obligado á responderle. Pero un tan sublime misterio es conocido solo por el Padre, y por aquellos á quienes el Hijo quiere revelarlo * : y estos son los pequeños y los humildes, no los presuntuosos. — La tercera fue una prudencia carnal. Pilato queria juzgar de la respuesta que Jesucristo daria, y estaba siempre resuelto á regularse de

* S. Mat., c. XI, v. XXV, XXVII.

manera de poder procurar los intereses de una fortuna, y preferirlos á todo. Las disposiciones opuestas son la simplicidad, la humildad, la pureza de corazon, y el despego de todas las criaturas. Pongámonos en estas disposiciones, si no queremos que Jesucristo guarde silencio con nosotros.

Segundo. *Queja de Pilato.* — « Le dijo por esto Pilato; ¿no me hablas á mí? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para librarte?... » Pilato hace ver con estas palabras sus malvadas disposiciones como hemos observado; muestra demas de esto, la falsa idea que tiene de su potestad, y que es muy comun á todos aquellos que tienen alguna autoridad Se creen ellos independientes, y señores de hacer y decidir segun su gusto, su interes, y su capricho. Crucificar, ó absolver, esto depende de ellos, ó es para ellos una misma cosa. ¿Pero la justicia, la caridad, las leyes, y las razones no deben, por ventura, ser escuchadas? ¿No imponen ellas alguna obligacion? ¿No limitan acaso, y no determinan ellas la potestad de que se glorían? ¿No hay, por ventura, un Señor Soberano que debe juzgar nuestros juicios, y al que los Reyes mismos deben dar cuenta del uso que habrán hecho de su autoridad? ¡Ah! no serian tan deseadas y buscadas las dignidades; los que las ocupan serian humildes, y temblarian si pensasen á la cuenta, que deben dar á Dios de todas sus decisiones. — Nosotros podemos servirnos de la queja de Pilato, pero por un moti-

vo contrario cuando nos hallamos débiles y áridos... ¿Cómo? Señor: « *¿ no hablais conmigo ?...* ¿ No sabeis que sin Vos yo nada puedo? Descubridme, o Señor, las señales amables, y las riquezas de vuestro celestial origen. Decid una palabra, y mi alma será sana, iluminada, arrebatada, y encendida de vuestro amor.

Tercero. *Respuesta de Jesus.* — « Respondió Jesus: no tendrias poder alguno sobre mí, si no se te hubiese dado de arriba. Por tanto, el que me ha entregado á tí, tiene mayor pecado...» ¡ Qué magestad en esta respuesta! ¡ O y cuán digna es del Hijo de Dios! — Primero. Jesus confiesa tácitamente, que él es Hijo de Dios, pues que no niega la acusacion que producen contra él; y no habiendo respondido á la pregunta que le ha hecho Pilato, responde luego á lo que él ha añadido. — Segundo. Reprime el orgullo del Presidente, recordándole que su poder viene de Dios. — Tercero. Nos da el ejemplo de la obediencia que debemos á las Potestades establecidas por Dios, aun cuando abusan de su poder. — Cuarto. Reprende á Pilato su delito, pero indirectamente, y con una admirable dulzura. — Quinto. Se muestra Juez soberano, é iluminado por el discernimiento que hace, y por el juicio que pronuncia de los pecados, decidiendo que el de Caifás es mas grande; porque el poder que ha recibido, y de que abusa, es mas santo, y acompañado de mayores luces; porque obra por pasion, por odio, por envidia, y Pilato solamente

por debilidad, por vileza, y casi con repugnancia; y finalmente porque Caifás da el movimiento á los otros, induce con su autoridad los Sacerdotes y los Magistrados, y engaña al pueblo con sus calumnias y con sus cabalas. Sobre esta regla juzgará Jesus de la gravedad de nuestros pecados en el último dia. Prevengamos su juicio, y juzguémonos nosotros mismos; expiemos nuestros pecados con la penitencia; guardémonos de cometerlos en adelante, y seamos fieles á todas nuestras obligaciones... La divinidad de esta respuesta se manifiesta aun mayormente del haber hablado así Jesucristo, estando despedazado y llevando aun sobre su cabeza la corona de espinas... Estas fueron las últimas palabras que Jesucristo profirió á la presencia de Pilato, y en el Pretorio.

PUNTO II.

Última tentativa de Pilato para librar á Jesus.

Primero. *Busca medios.* — « Desde entonces buscaba Pilato cómo librarlo... » Las palabras proferidas por Jesucristo, y que son para Pilato las últimas que salgan de su divina boca, hacen en el espíritu de este Gobernador una fuerte impresion. Parece conmovido, convertido y arrepentido de lo pasado; resuelto á obrar mejor en adelante; determinado á librar á Jesus, y á entrar en los caminos de la justicia, de que se habia apartado... ¡Ah! Hay un grande intervalo entre un pecador conmo-

vido, y un pecador convertido. El pecador mismo á veces se engaña en esto; pero sus acciones descubren fácilmente las disposiciones secretas de su corazon. ¿Qué hace Pilato para reparar su injusticía? Busca un medio de librar á Jesus, y lo busca con un deseo sincero de hallarlo, y con firme voluntad de abrazarlo si lo encuentra. ¡Pero qué engaño! ¡Qué ceguedad! ¿Por qué buscar lo que tiene entre las manos? ¿No es él el dueño y el Señor para librarlo al punto? ¿No ha dicho poco ha él mismo que tiene el poder de librarlo? ¿No se ha obligado á esto con condenarlo á los azotes? ¿No ha prevenido de esto al pueblo? ¿Pues qué busca todavía? Busca unir la obligacion con la pasion. Esto es lo que busca desde el principio, y lo que no ha podido hallar, y que no hallará jamas. — Un pecador quiere convertirse; una alma disipada quiere consagrarse al fervor; ella es una resolucion tomada, y que estan resueltos á ejecutar. ¡Bellas disposiciones! ¡Santa resolucion! ¿Qué hacen ellos para ponerla en ejecucion? Buscan los medios, buscan un tiempo propio, y una ocasion favorable; esperan una situacion mas tranquila, en que libres de ciertos cuidados, no encontrarán ya mas obstáculo á su piadoso designio. ¡Qué error! ¡Qué engaño! Como si la virtud pudiese estar sin obstáculos, y no fuese el primer efecto de una conversion sincera mostrarse superior á todas las dificultades. Pierden entre tanto el tiempo presente, y buscan otro que jamas encontrarán. Los pecados se acu-

mulan; crece su número; vienen á ser siempre mas graves, y en ellos mueren.

Segundo. *Gritos de los Judíos.* — Pilato fijo en su proyecto, compareció delante del pueblo... « Pero los Judíos (que advirtieron su designio no le dieron tiempo para hablar y) alzaban los gritos diciendo: si libras á este, no eres amigo del Cesar; porque cualquiera que se hace Rey va contra el Cesar..... » La calidad de Rey que convenia á Jesus, estaba tan lejos de contrastar los derechos del Cesar, que Jesus mismo, despues que fue recibido en triunfo, habia declarado su sentimiento, sobre la obligacion de pagar el tributo al Cesar, profiriendo aquella admirable sentencia; que es necesario dar al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios... Pero todo es bueno, todo sirve á la calumnia, al odio, á la envidia. — Estos tambien son los frívolos temores con el uso de los cuales buscan cada dia algunos, hacer sospechosa la fidelidad de aquellos que son tanto mas fieles al Cesar, cuanto lo son á Dios y á su Iglesia. ¿Pero quién podrá jamas hacer caudal sobre la fidelidad debida al Cesar en aquellos que han sacudido ya el yugo, despreciado las reglas, y quebrantado todas las leyes de la Religion?

Tercero. *Impresion que hace sobre Pilato el nombre del Cesar.* — Pilato sabia muy bien, que si Jesus aspira á un Reino, aquel Reino no era de este mundo; que su calidad de Rey era un punto de Religion, y no un negocio de Estado; sabia que

Herodes no habia tenido sobre esto sospecha; y que el Cesar no podia tampoco ofenderse. Por esto no tuvo dificultad en darle siempre el título de Rey de los Judíos, y quiso tambien que fuese escrito sobre su cruz. Si Pilato hubiese tenido un poco mas de firmeza, habria despreciado los gritos y las amenazas del pueblo, que no tenian fundamento alguno, pero un hombre que no tiene otro Dios que su fortuna á quien está resuelto á sacrificarlo todo, se deja fácilmente desconcertar y atemorizar. Al solo nombre del Cesar se desvanecieron todos los designios de librar á Jesus, y Pilato pasó rápidamente de la voluntad de librarlo á la de entregarlo en las manos del pueblo. — Basta una sola pasion en el corazon, bien que en la apariencia debil, para hacer infructuosos todos los buenos sentimientos que haya podido hacer nacer en él un residuo de bondad y de Religion.

PUNTO III.

Ultima decision de Pilato sobre la suerte de Jesucristo.

Primero. *No hubo jamas sobre la tierra decision tan importante, y tan solemne.* — El Evangelio refiere todas las circunstancias.... « Pilato, pues, oido este discurso, llevó fuera á Jesus, y se sentó en su Tribunal, en el lugar llamado en griego *Lithostrotos*, y en hebreo *Gabbatha*. Y era la Parasceve de la Pascua, y cerca de la hora sexta... » Volvamos á

tomar estas circunstancias, y consideremos primero las personas. Estas son el Hijo de Dios presente, y citado como malhechor; el Pueblo de Dios que pide su muerte, y un Gentil, un Pagano que debe decidir de ella... El lugar es el Tribunal del Imperio Romano levantado con pompa en medio de la Santa Ciudad. El Evangelista lo nombra en tres lenguas: en latin, en griego, y en hebreo *, como si con esto quisiese darnos á entender, que todas las naciones de la tierra estan interesadas en la sentencia, que debe salir de este Tribunal, en que hace de Juez Dios mismo, mas que los hombres... El dia es el Viernes de Pascua **, y la vigilia del Sábado mas célebre, que hubiese en todo el año; porque caia en la solemnidad de la Pascua... La hora era la mas luminosa del dia, luego, presto debia comenzar la hora sexta; esto es, estaba próximo el mediodía. Desde la mañana se habia puesto en movimiento toda la Ciudad. Tres potestades habian tomado conocimiento de esta causa, esto es, el Sinedrio general de la Nacion, el Rey de Galilea, y el Gobernador Romano. A casa de este último habian ido los Pontífices, los Sacerdotes, los Doctores de la Ley, los Magistrados, los Ancianos

* La palabra Latina es *Tribunal*, la Hebrea *Gabbata*, que significa elevado, y la Griega *Lithostrotos*, que significa pavimento de piedras, y con esto se deben entender mármoles preciosos de diferentes colores y puestos juntos con orden, de que estaba enlosado este lugar, y de aqui se colige la magnificencia de los demas adornos.

** Vease la nota al fin de esta Meditacion.

del pueblo, para acusar allí á Jesus. Algun tiempo despues llegaron allí tambien los Diputados de las doce Tribus, para pedir la libertad de un reo... La fiesta de la Pascua habia traido una multitud innumerable de forasteros, como tambien los ciudadanos, habian tenido tiempo de acudir á aquel sitio, y hallarse en la decision de un negocio tan famoso, como aquel á los ojos de los hombres, é infinitamente mas importante aun, en los designios de Dios, y á los ojos de la fe. Jesus habia nacido en un establo en la media noche, y sin testigos, y quiere ser sentenciado á muerte en Jerusalen, en la fiesta de la Pascua; en medio del dia; y á vista de todo el pueblo. —Adoremos; admiremos, y estemos atentos á cuanto debe suceder.

Segundo. *No hubo jamas decision tan manifiestamente forzada, ni tan inicuamente obtenida.* — Pilato habiéndose sentado sobre su Tribunal... « Dijo á los Judíos; he aquí vuestro Rey... » Os adoro, o Rey mio, Rey del cielo, y de la tierra; Rey de los siglos, y de la eternidad; Rey tanto mas adorable, cuanto que quereis sugetaros á la muerte por la salvacion de vuestro pueblo, y principalmente por mi alma... « Pero ellos gritaban, quita, quita, crucíficalo... » Esta es la tercera vez que hacen resonar el aire con este grito cruel, y será esta la última vez. Pueblo ingrato, serás oido; y tu Rey, y tu Salvador será crucificado, no obstante su reconocida inocencia, no obstante los remordimientos del Juez, que lo condena, y los esfuerzos que hace

para librarlo... *Pilato* hizo todavía la última instancia, y *les dijo*; *¿crucificaré yo á vuestro Rey?* ¿Cómo? ¿Así habla un Gobernador al pueblo de Dios; y este pueblo no le escucha?.. ¡Ah! ¡Cuántas veces la conciencia nos ha dado esta misma reprension, sin que nosotros la hayamos escuchado!.... « Tomaron aquí la palabra « *los Pontífices, y le respondieron, no tenemos otro Rey que el Cesar.* » ¡Ah! Con razon, pues, hemos dicho, que estos eran impíos; hombres sin religion; tales se dejan ver aquí manifiestamente. No renuncian ya á Jesus en particular, sino al Mesías en general, sea el que pueda ser. La expectacion del Mesías, de un Rey de la estirpe de David, que librará á Israel, es un prejuicio que ellos abandonan al pueblo, y de que secretamente se burlan, y al que públicamente se muestran aquí contrarios. ¿Pero cómo puede oir el pueblo tranquilamente una blasfemia semejante? ¡Ah! ¿Pueblo insensato, dónde te dejas guiar? Tú, indiferentemente adoptas todos los sentimientos de tus conductores; tú hablas por su boca, tú renuncias á las promesas, y á la fe de tus Padres; no quieres otro Rey, que al Cesar, y á todos los Césares de la tierra; vivirás una vida errante, y vagamunda, serás mirado como el oprobio del mundo, y el desecho de todas las naciones. Veras los Césares, bajo que vivirás, adorar, y reconocer aquel que tú presentemente desechas. ¡Ah! Ojalá, que pudiese á lo menos, un espectáculo tan tierno conmoverte un dia, y convertirte á él. Pero mientras

la Iglesia suspira esta tu feliz conversion, tu existencia, tu dispersion, tu dureza seran para nosotros una prueba luminosa de la Divinidad de aquel, que tú crucificas.

Tercero. *No hubo jamas una decision tan extraordinaria y tan incomprensible.* — « Entonces, pues, lo entregó para que fuese crucificado... » Despues de tantas preguntas hechas de Pilato para examinar á Jesus, despues de tantos esfuerzos para librarlo, todo, finalmente, va á parar en entregarlo en las manos de los Judíos para ser crucificado. ¡Pero cómo lo da en sus manos? ¿Acaso por una sentencia de condenacion? Esto no aparece. ¿Y cómo se habria atrevido despues de haber hecho y dicho tanto: cómo se habria atrevido á proferirla? ¿Acaso por una simple permision? Esta ya se la habia dado por dos veces, y ellos no se habian contentado con esto. ¿Es acaso Pilato el que lo crucifica? No: ahora poco se ha disculpado de esto: por otra parte vemos que entrega Jesus á los Judíos para ser crucificado. ¿Son acaso los Judíos los que lo crucifican? ¿Pero cómo, si estos han declarado que esto no les era permitido?... No se sabe, pues, qué cosa sea este juicio de Pilato. Solamente se ve que el orden, la razon, la equidad, las leyes, la formalidad, todo aquí se ha echado á un lado, todo se ha destruido. — *Lo entregó en sus manos.* He aquí cuanto de esto dice el Evangelio; y es digno de reflexionarse que esta es la expresion de que se han servido los cuatro Evangelistas; lo que nos

hace entender claramente que no se usó ya otra formalidad contra Jesucristo; pero Jesucristo fue la víctima, y fue crucificado, como si se hubiese pronunciado contra él una sentencia con todas las formalidades legales. ¡Cuántas injusticias! ¡Cuántos horrores! Aprendamos con el ejemplo de Jesucristo á no lamentarnos jamas. Jesus fue crucificado por autoridad de Pilato, y á solicitud de los Judíos; pero en esto se obraba nuestra salvacion, y se cumplia el designio de Dios.

Peticion y coloquio.

Permitid, o Divino Redentor mio, que yo os acompañe hasta el fin de vuestro sacrificio, y haced que no me olvide jamas de que Vos vais al suplicio por salvarme la vida, y para expiar mis pecados con vuestra muerte. ¡Ah! Ojalá que pudiese yo estar clavado en la cruz con Vos, como vuestro Apostol, con mi amor, con la mortificacion de mis deseos, y con ser participante de vuestros sufrimientos. Amen.

EXPLICACION

SOBRE AQUELLA EXPRESION DE SAN JUAN : Y ERA LA PARASCEVE DE LA PASCUA.

La Pascua no era para los Judíos una fiesta movible. Esta se celebraba en un dia determinado del mes : pero no caia siempre en el mismo dia de la semana. Podian, pues, decir : el Viernes de Pascua, como nosotros decimos el Viernes de Navidad : el Viernes de todos los Santos, cuando estas fiestas caen en estos dias, y como decimos tambien el Domingo de Pascua. La palabra de que se servian para nombrar el sexto dia de la semana significaba *preparacion* : pero esta se debe tomar únicamente como nombre propio de aquel dia, sin atender á su etimología, y á su primitiva significacion, como nosotros llamamos aquel dia Viernes, sin reflexionar á la etimología de esta palabra. Para el dia de Pascua no habia *Parasceve*, ó sea preparacion, porque en aquel dia era permitido el preparar cuanto era necesario para comer *. Solo habia preparacion para el Sábado. Con que *preparacion de Pascua* no quiere decir otra cosa que preparacion, en la que caia el dia de Pascua ; y la expresion de San Juan no significa otra cosa, sino que el Salvador fue crucificado en el dia *de la preparacion*, ó sea

* Exod., c. XII, v. XVI.

en el Viernes, y que este dia era el dia de la Pascua, habiéndose comido el Cordero Pascual, como hemos visto, en las primeras Vísperas de este dia, esto es, el Jueves por la tarde.

FIN DEL TOMO UNDÉCIMO.

INDICE

DEL TEXTO EMPLEADO EN LAS MEDITACIONES DE ESTE TOMO UNDÉCIMO.

(El asterisco * indica el fin del capítulo.)

SAN MATEO.

Capítulos.	Versículos.	Meditaciones.	Páginas.
XXVI.	— XXX, XXXV.	— CCCI.	— 1
—	XXXVI, XXXVIII.	— CCCII.	— 19
—	XXXIX, XLIV.	— CCCIV.	— 28
—	XLV, XLVI.	— CCCVI.	— 42
—	XLVII, L.	— CCCVII.	— 48
—	L, LIV.	— CCCIX.	— 68
—	LV, LVI.	— CCCX.	— 79
—	LVII, LXIII.	— CCCXII.	— 96
—	LXIII, LXVI.	— CCCXIII.	— 108
—	LXVII, LXVIII.	— CCCXIV.	— 117
—	LXIX, LXXIV.	— CCCXV.	— 128
—	LXXV *.	— CCCXVI.	— 145
XXVII.	— I.	— CCCXVII.	— 152
—	II.	— CCCXVIII.	— 164
—	III, X.	— CCCXIX.	— 172
—	XI.	— CCCXXI.	— 198

Capítulos.	Versículos.	Meditaciones.	Páginas.
—	XII, XIV.	— CCCXXII.	— 206
—	XV, XX.	— CCCXXIV.	— 227
—	XXI, XXIII.	— CCCXXV.	— 240
—	XXIV, XXVI.	— CCCXXVI.	— 252
—	XXVII, XXX.	— CCCXXVIII.	— 278

SAN MARCOS.

XIV.	— XXVI, XXXI.	— CCCI.	— 1
—	XXXII, XXXIV.	— CCCIII.	— 19
—	XXXV, XL.	— CCCIV.	— 28
—	XLI, XLII.	— CCCVI.	— 42
—	XLIII, XLV.	— CCCVII.	— 48
—	XLVI, XLVII.	— CCCIX.	— 68
—	XLVIII, LII.	— CCCX.	— 79
—	LIII, LXI.	— CCCXII.	— 96
—	LXI, LXIV.	— CCCXIII.	— 108
—	LXV.	— CCCXIV.	— 117
—	LXIV, LXXII.	— CCCXV.	— 128
—	LXXII.	— CCCXVI.	— 143
XV.	— I.	— CCXVII.	— 152
—	I.	— CCCXVIII.	— 165
—	II.	— CCCXXI.	— 198
—	III, V.	— CCCXXII.	— 206
—	VI, XI.	— CCCXXIV.	— 227
—	XII, XIV.	— CCCXXV.	— 240
—	XV.	— CCCXXVII.	— 264
—	XVI, XIX.	— CCCXXVIII.	— 278

SAN LUCAS.

XXII.	— XXXI, XXXIV.	— CCCI.	— 1
—	XXXIV, XXXVIII.	— CCCII.	— 11

Capítulos.	Versículos.	Meditaciones.	Paginas.
—	XXXIX, XL.	— CCCIII.	— 19
—	XLI, XLII.	— CCCIV.	— 28
—	XLIII, XLIV.	— CCCV.	— 35
—	XLV, XLVI.	— CCCVI.	— 24
—	XLVII, XLVIII.	— CCCVII.	— 48
—	XLIX, LI.	— CCCIX.	— 68
—	LII, LIII.	— CCCX.	— 79
—	LIV.	— CCCXII.	— 96
—	LV, LX.	— CCCXV.	— 128
—	LXI, LXII.	— CCCXVI.	— 143
—	LXIII, LXV.	— CCCXIV.	— 117
—	LXVI, LXXI*.	— CCCXVII.	— 152
XXIII.	— I.	— CCCXVIII.	— 164
—	II.	— CCCXX.	— 186
—	III, IV.	— CCCXXI.	— 198
—	V, XII.	— CCCXXIII.	— 214
—	XIII, XVII.	— CCCXXIV.	— 227
—	XVIII, XXIII.	— CCCXXV.	— 240
—	XXIV, XXV.	— CCCXXVI.	— 252

SAN JUAN.

XVIII.	— I, II.	— CCCIII.	— 19
—	III, IX.	— CCCVIII.	— 58
—	X, XI.	— CCCIX.	— 62
—	XII.	— CCCXI.	— 90
—	XIII, XXIV.	— CCCXII.	— 96
—	XV, XXVII.	— CCCXV.	— 128
—	XXVIII.	— CCCXVIII.	— 168
—	XXVIII, XXXII.	— CCCXX.	— 186
—	XXXIII, XXXVIII.	— CCCXXI.	— 198
—	XXXVIII, XXXIX.	— CCCXXIV.	— 227
—	XL*.	— CCCXXV.	— 240

Capitulos.	Versículos.	Meditaciones.	Páginas.
XIX.	— I.	— CCCXXVII.	— 264
	— II, III.	— CCCXXVIII.	— 278
	— IV, VIII.	— CCCXXIX.	— 291
	— IX, XVI.	— CCCXXX.	— 304

INDICE

DE LAS MEDITACIONES CONTENIDAS EN ESTE TOMO UNDÉCIMO.

		Páginas.
Meditacion	CCCI. Jesus va al huerto de las Olivas.	1
—	CCCII. De las dos espadas.	11
—	CCCIII. De la tristeza de Jesucristo en el huerto de las Olivas.	19
—	CCCIV. Oracion de Jesucristo en el huerto de las Olivas.	28
—	CCCV. Cuanto sucedió de extraordinario en la oracion de Jesucristo.	35
—	CCCVI. De Jesus despues de su oracion en el huerto de las Olivas.	42
—	CCCVII. Beso de Judas.	48
—	CCCVIII. Potencia de Jesucristo sobre la turba.	58
—	CCCIX. Ardor de San Pedro por la defensa de su Maestro.	68
—	CCCX. Jesus se entrega en manos de sus enemigos.	79
—	CCCXI. De las ataduras de Jesucristo.	90
—	CCCXII. Primer Consejo de los Judíos.	96

Páginas.

MEDITACION CCCXIII. Continuacion y fin del primer Consejo de los Judíos. 108

— CCCXIV. Jesus es ultrajado en casa de Caifás. 117

— CCCXV. Caida de San Pedro. 128

— CCCXVI. Penitencia de San Pedro. 143

— CCCXVII. Segundo Consejo de los Judíos. 152

— CCCXVIII. Jesus es entregado al Presidente Pilato. 164

— CCCXIX. Muerte funesta de Judas. 172

— CCCXX. Congreso preliminar de Pilato con los Judíos. 186

— CCCXXI. Pilato pregunta á Jesucristo sobre su Reino. 198

— CCCXXII. Silencio de Jesus delante de Pilato. 206

— CCCXXIII. Jesus es enviado de Pilato á Herodes; y de Herodes á Pilato. 214

— CCCXXIV. Jesus es comparado con Barrabas. 227

— CCCXXV. El pueblo pide que sea librado Barrabas, y Jesus crucificado. 240

— CCCXXVI. El pueblo hace á Pilato prevaricador. 252

— CCCXXVII. Jesus se sujeta á padecer el suplicio de los azotes. 264

— CCCXXVIII. Jesus es coronado Rey. 278

— CCCXXIX. Jesus es mostrado al pueblo: Ecce homo. 291

— CCCXXX. Pilato entrega Jesus á los Judíos para ser crucificado. 304

FIN DE LOS INDICES.

248.3
D76
Duchesne
AUTHOR
Evangelio Meditado, El
TITLE